



THE
SILVER FOXES OF
WESTMINSTER

*Amory
Venganza*

MERRY

bestselling author

FARMER

Amor y Venganza

MERRY FARMER

TRADUCIDO POR
JORGE RICARDO FELSEN

AMOR Y VENGANZA

Derechos de autor ©2024 por Merry Farmer

Este libro electrónico tiene licencia solo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró solo para su uso, regrese a su minorista digital y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente. Cualquier semejanza con eventos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Diseño de portada por Erin Dameron-Hill (la hacedora de milagros)

ASIN:

ISBN de tapa blanda:

[Haga clic aquí para obtener una lista completa de otras obras de Merry Farmer.](#)

Si quieres ser el primero en enterarte de cuándo saldrán los próximos libros de la serie y más, suscríbete a mi boletín aquí: <http://eepurl.com/RQ-KX>

Índice

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

[Agradecimientos](#)

Durante décadas, Lord Mark Gatwick ha sido conocido como el mejor amigo del malvado villano, Lord Theodore Shayles. Pero la verdad es que Mark no podría despreciar más a Shayles. Después de ejecutar su venganza contra Shayles por un evento de pesadilla que sucedió hace más de veinte años, Mark está a punto de encontrar la paz que lo ha eludido toda su vida.

Hasta que una novia que nunca quiso aparece en la puerta de su casa...

Angelique LeClair se ha enfrentado a muchos desafíos al crecer como hija de un hombre negro y una mujer blanca, no lo suficientemente clara como para pasar por alto, en su hogar de Louisiana. Pero su mayor desafío de todos viene con la conmoción de saber que, para heredar el dinero que necesita desesperadamente para evitar caer en la indigencia, debe viajar a Inglaterra para casarse con un primo lejano que nunca ha visto. Está decidida a sacar lo mejor de una mala situación.

Hasta que descubre que su novio está en peligro catastrófico...

Cuando Lord Shayles es liberado de prisión, jura no detenerse ante nada hasta que Mark esté muerto. Cuando Shayles se entera de la existencia de Angelique, sus intenciones mortales toman un giro repugnante. Mark debe arriesgar su vida por la mujer que nunca esperó que fuera su última oportunidad de redención y felicidad.

Uno
L

HAMPSHIRE, INGLATERRA – SEPTIEMBRE DE 1881

Lord Mark Gatwick estaba solo. Donde una vez su extensa finca de Hampshire, Blackmoor Close, había estado repleta de invitados, todos los cuales habían sido invitados, alojados y estaban en deuda con lord Theodore Shayles, los salones ahora estaban vacíos y los extensos céspedes no contenían nada más que césped bien cuidado. Donde antes las habitaciones resonaban con risas obscenas y sonidos de persecución carnal, ahora todo estaba en silencio, quieto.

Mark se apartó de la ventana del salón matutino, lejos de la vista de la lluvia que caía sobre el pequeño jardín ovalado que marcaba la entrada a la puerta principal de Blackmoor Close. La lluvia oscurecía todo el camino que serpenteaba media milla desde la puerta hasta el portón que marcaba la entrada a su finca, pero se había quedado junto a la ventana estudiando la aproximación durante una buena media hora después del desayuno. Fue un bendito alivio que el carril hubiera permanecido vacío.

Cruzó el salón lentamente, colocando cuidadosamente un pie delante del otro, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. El tic-tac del reloj en la repisa de la chimenea fría y la lluvia golpeando contra las ventanas eran los únicos sonidos que había en la habitación, y tenía la intención de que siguiera siendo así. Caminó deliberadamente sin hacer ruido mientras cruzaba hacia el pasillo.

No era el único. Baxter, su mayordomo, salió del pasillo opuesto a donde caminaba Mark e inmediatamente aminoró la marcha. El rostro del hombre solo delataba un leve atisbo de sorpresa y preocupación mientras estudiaba a Mark, y luego se inclinó.

"Buenos días, mi señor," dijo con una voz tan apagada que uno habría pensado que alguien había muerto.

"Buenos días, Baxter." Mark le asintió con la cabeza y siguió caminando a su paso mesurado.

"¿Puedo ser de alguna ayuda, mi señor?" preguntó Baxter.

Mark negó con la cabeza. "No, Baxter, no."

Continuó caminando, consciente de que Baxter lo observaba mientras se deslizaba hacia el invernadero. Una de las sirvientas del piso de arriba, Lucy, estaba ocupada en la habitación, sacudiendo las cortinas y cepillándolas. Mark logró llegar a la mitad de la habitación antes de que una tabla crujiera bajo su pie, alertando a Lucy de su presencia. La pobre doncella saltó y jadeó, y parecía que se hubiera ensuciado al verlo. No habría sido la primera vez que una mujer palidecía cuando él entraba en la habitación.

"Lo siento, mi señor," susurró ella, haciendo una reverencia, con el rostro enrojecido. "Perdóneme, mi señor." Parecía que iba a romper a llorar.

"Está bien, Lucy," dijo Mark, apenas por encima de un murmullo.

"No sabía que vendría... Volveré más tarde, mi señor." Lucy hizo otra reverencia y huyó de la habitación.

Mark suspiró, bajando la cabeza. No había tenido la intención de ahuyentar a la pobre muchacha. Simplemente quería... No estaba seguro de lo que quería. Caminó hasta el antiguo clavecín que había pertenecido a su madre y pasó una mano por el diseño de madera incrustada en la parte superior. No había ni una mota de polvo en el instrumento, a pesar de que nadie lo había tocado en más de cincuenta años. Se acercó al atril de marfil que su tío había usado mientras tocaba el violín. Eso también estaba tan perfectamente conservado y cuidado como una

pieza de museo. Echó un vistazo a las pinturas de las paredes, su contribución a la decoración. Las obras de Gainsborough y Reynolds le devolvieron la mirada en silencio. Eran invaluable. Cualquiera de las decenas de cuadros que llenaban las paredes de su casa valía una fortuna. Los museos le habían pedido que las prestara para exhibiciones especiales. Tampoco le importaba prestárselas. Pero ninguna de las obras maestras que poseía era la pintura.

Mark habría dado todo lo que poseía para recuperar la pintura. No importaba que no fuera arte elevado, cuyo tema no fuera elevado o importante. La pintura significaba todo para él. Era su corazón y su alma. Era su castigo y su penitencia. Hacía veinticinco años que no lo veía. No sabía dónde estaba, pero ciertamente sabía quién lo tenía.

Con un suspiro, se dio la vuelta para salir del conservatorio. Un suave golpe sonó desde uno de los asientos acolchados de la ventana en el otro extremo de la habitación. Mark se giró y encontró a un elegante gato atigrado gris que se estiraba donde había aterrizado después de saltar del asiento y luego seguirlo fuera de la habitación.

"¿Asegurándote de que no me meta en problemas, Styx?" le preguntó al gato mientras seguían juntos por el pasillo.

Styx no lo miró, pero parecía saber exactamente de qué se trataba Mark. Se dirigieron por el pasillo y luego entraron en el salón de baile, que también funcionaba como galería para sus adquisiciones de arte. Styx se dirigió directamente a una de las puertas francesas, deteniéndose para sentarse y contemplar la lluvia. Mark se quedó mirando también por la ventana.

En lo que a él respectaba, se había ganado el silencio en el que se encontraba ahora, en las buenas y en las malas. Después de más de veinticinco años de seguir a Theodore Shayles, como un cachorro patético que no sabía qué más hacer, merecía la paz. Shayles estaba en prisión, condenado por operar un burdel, pero no por las numerosas muertes que habían tenido lugar en ese burdel. Algunos decían que la condena en la Cámara de los Lores de aquella primavera se había producido porque Mark había hablado, declarando culpable a Shayles, pero Mark se negaba a darse ese tipo de crédito. En su lugar, optó por centrarse en el breve respiro que ahora tenía. El silencio era un alivio después de más de dos décadas de vivir en el corazón de una vorágine.

Pero el silencio también era opresivo. Se alejó de la ventana y caminó lentamente a lo largo del salón de baile mientras miraba al suelo. Styx lo siguió a su lado. El silencio fue temporal. Era la calma antes de otra tormenta. Estaba lleno de tensión y de temor. Shayles estaba en prisión, sí, pero al cabo de un mes sería liberado. La condena del villano solo había sido de seis meses. Seis míseros meses a cambio de la pérdida o destrucción de un centenar de vidas o más. Pero la vida de cien mujeres aparentemente no era igual a la vida de un hombre malvado. A Mark le irritó los nervios. Más que la promesa furiosamente gritada de Shayles en el hemiciclo de la Cámara de los Lores cuando fue detenido: "Te mataré mientras duermes, bastardo asqueroso y traicionero. Te mataré por esto".

Mark y Styx salieron del salón de baile y se dirigieron hacia la parte trasera de la casa, hacia la biblioteca. Sabía sin lugar a dudas que Shayles tenía la intención de cumplir su promesa de asesinato. No importaba lo lejos que estuviera Blackmoor Close de Londres. No importaba que hubiera dado órdenes de que no se permitiera a ningún hombre pasar por la puerta a media milla de distancia. Shayles saldría de prisión en el plazo de un mes. Él vendría.

"Mi señor." Baxter se aclaró la garganta en la puerta de la biblioteca.

Mark se volvió, ocultando su momento de alarma al verse sorprendido perdido en sus

pensamientos, y luego cruzó la habitación. “¿Sí?”

"Ha llegado el correo de la mañana". Baxter presentó una pequeña pila de sobres.

"Gracias, Baxter". Mark tomó el correo con un gesto de asentimiento.

Baxter se dio la vuelta para marcharse mientras Mark revolvía los sobres y volvía a la ventana donde Styx había saltado al alféizar. La mayoría de las cartas eran de negocios. Una era de Lady Lavinia, la esposa de su primo, que era muy posiblemente la única persona en el mundo que todavía consideraba a Mark un amigo. Se metió la carta en el bolsillo de la chaqueta, dejó la mayor parte del correo sobre la mesa junto a la ventana, pero se concentró en la última carta que tenía en la mano.

Era de un tal Mr. Lloyd, el abogado de Shayles. Con el corazón en la garganta, Mark abrió la carta.

"Lord Gatwick" comenzaba sin preámbulos ni cortesía. "Con respecto a sus repetidas preguntas sobre cierta pintura que pertenece a mi cliente, una vez más, debo informarle que la obra de arte en cuestión es posesión exclusiva de mi cliente. Como propietario, no tiene ninguna obligación de devolverle dicha pintura ni de informarle de su paradero o estado. Por favor, cese su búsqueda en este asunto".

Mark apretó los dientes, tentado de aplastar la carta hasta convertirla en una bola y arrojarla por la ventana a la lluvia. Shayles no era dueño de la pintura. Mark no se la había vendido ni se la había regalado al bastardo. Al igual que con todo lo demás, Shayles lo había tomado porque se ajustaba a su fantasía, porque sabía que tomarlo heriría a Mark. Pero la carta continuaba.

"En cuanto a la inminente liberación de mi cliente, Lord Shayles desea recordarle las obligaciones financieras que tiene con él. Espera que la suma de veinte mil libras sea depositada en su cuenta bancaria antes de su liberación. Si no se deposita esa suma, entablaré una demanda contra usted y hará que los numerosos secretos de su pasado se derramen por las hojas de escándalo de los periódicos más importantes de Londres.

Mark se burló y sacudió la cabeza, escaneando el resto de la carta antes de aplastarla en una bola. No tenía obligaciones financieras con Shayles. No tenía ninguna obligación. Shayles se equivocaba si pensaba que podía obligarlo a reforzar su fortuna despilfarrada. Y en cuanto a la amenaza de vender sus secretos a los periódicos londinenses, era una amenaza sin dientes. Uno no pasaba más de dos décadas al lado de un villano asesino como Shayles, viéndolo chantajear a la mitad de la nobleza, sin protegerse a sí mismo. Eso y, a diferencia de la mitad de la nobleza, Mark no tenía un escándalo a su nombre. Sus negocios financieros eran honestos, no había tenido una amante desde la universidad, nunca se había salido de la línea y, aparte de su asociación con Shayles, había vivido una vida perfectamente insípida y poco interesante. De hecho, a todos los efectos, Mark no había vivido realmente durante los últimos veinticinco años.

Y, sin embargo, era muy posible que Shayles fabricara una montaña de mentiras sobre él para dar sustancia a su amenaza. El bastardo pensaba que podía agarrarlo por las pelotas y apretarlo hasta que capitulara ante cualquier demanda loca que Shayles le hiciera. Podría, y probablemente lo haría, arrastrar el nombre de Mark por el barro solo para demostrar un punto. Y luego cumpliría su promesa de asesinarlo. Pero fue la audacia de la reivindicación de la propiedad sobre *el cuadro* lo que se le quedó grabado en la cabeza a Mark.

Lleno de energía renovada provocada por la ira, Mark salió de la habitación, Styx lo miró con desaprobación. Apretó la mandíbula y apretó los puños a los costados mientras subía la gran escalera de la parte delantera de la casa y avanzaba a grandes zancadas por el más pequeño de los dos pasillos que conducían a las habitaciones del primer piso, dirigiéndose a la parte trasera de la casa. Solo había un lugar en el que quería estar cuando la emoción se apoderaba de él, como lo

había hecho en ese momento, y solo una cosa que quería hacer.

Abrió de par en par la puerta de la suite de habitaciones en la parte trasera de la casa, pero tan pronto como estuvo en la primera de las habitaciones, dejó escapar un suspiro y se obligó a bajar los hombros y aflojar la mandíbula. El rico y penetrante aroma de la pintura al óleo y la trementina llenó su nariz, calmándolo. Cerró la puerta suavemente detrás de él y se adentró más en la habitación.

Un caballete alto se alzaba cerca de la hilera de ventanas que daban al lado sur de la finca. Allí le esperaba un cuadro a medio terminar. Varias otras pinturas en diversas etapas de finalización se encontraban alrededor de la habitación. Había colgado algunas, pero la mayoría de ellas descansaban contra las paredes, secándose o simplemente asentadas allí, tan inquietas e indecisas como su creador. Un armario con fachada de cristal lleno de pinturas, solventes, pinceles y cosas por el estilo estaba pegado a la pared que daba a las ventanas. El suelo, la alfombra e incluso las paredes estaban manchados y salpicados de pintura, en parte por décadas de accidentes y en parte por algunos de los métodos más experimentales de pintura que había probado a lo largo de los años.

El mismo rostro le devolvió la mirada desde todos los lienzos de la habitación. El mismo rostro asustado, aterrorizado, con los ojos muy abiertos, atormentado. Su cara. Nunca olvidaría su rostro, por mucho que lo intentara.

Incapaz de soportar la forma en que ella lo miraba desde todas las direcciones, condenándolo con su terror, atravesó la habitación delantera y entró en el viejo dormitorio que formaba la otra mitad de la suite. El lecho alto y antiguo era tan sólido como cuatro robles que crecían juntos en el bosque. Era tan sólido como lo había sido su padre antes de que la enfermedad se apoderara de él. Cada detalle del mobiliario del dormitorio le recordaba a Mark el hombre sabio, cariñoso y honorable que había sido su padre. El armario de la esquina, hecho del mismo roble que la cama, aún conservaba la ropa de su padre, intacta desde hacía casi treinta años. El lavabo todavía estaba tendido con las cosas de afeitar de su padre. El cepillo aún tenía mechones de cabello de su padre. Y aunque Marcos permitía que sus sirvientes limpiaran la habitación y cambiaran las sábanas de vez en cuando, exigía que cada detalle permaneciera exactamente como estaba.

Se acercó a la cama y se sentó, con el corazón tan pesado como el día que se sentó al lado de su padre, sosteniéndole la mano mientras la vida se le escapaba. Tenía solo dieciocho años cuando murió su padre. Había llegado al final de su primer semestre en Oxford, apenas unos meses después de que Mark se encontrara accidentalmente con Shayles y su suerte. Se había sentado en el mismo lugar donde estaba ahora, llorando y agarrando la mano de su padre, diciéndole que no le gustaba Shayles, que no confiaba en él, pero que no sabía cómo separarse de él. Le había rogado consejo a su padre, pero ya era demasiado tarde.

Mark tragó saliva con fuerza y sacó la carta de Lavinia de su chaqueta. La desgarró como si fuera la bebida fuerte que necesitaba para alejar la tristeza que lo rodeaba.

"Querido primo Mark", comenzaba en la ligera y rizada letra de Lavinia. "Resultó que el picnic en la casa de los Tavistock fue una idea terrible, tal como dijiste que sería. Lord Tavistock está enfermo, Lady Tavistock parecía desesperada de preocupación por él, y tal como sugeriste, parecía como si todo hubiera sido orquestado por el primo de Lord Tavistock como una forma de reclamar la finca, en caso de que Lord Tavistock muriera".

Los hombros de Mark se relajaron mientras seguía leyendo. Si no fuera por Lavinia, no sabría nada en absoluto sobre lo que sucedía en la nobleza. Se había ido de Londres poco después del juicio de Shayles y apenas había salido de su finca desde entonces. Sin embargo, él y Lavinia se enviaban correspondencia varias veces a la semana, y aunque algunos podrían pensar

que no había nada importante en sus cartas, eran la única línea de vida que tenía con el resto del mundo. Y si era honesto consigo mismo, prefería que fuera así. Más de veinte años al lado de Shayles y no sabía nada sobre cómo comportarse en compañía educada. Lavinia era su tutora en la vida y la sociedad, aunque solo fuera un curso por correspondencia.

"El bebé sigue siendo una delicia", continuaba su carta, llegando a su fin. "Realmente es un encanto. Creo que la maternidad me queda bien. Sé que no es apropiado para una condesa, pero nada me da más alegría que jugar con el querido pequeño Arthur y tenerlo cerca. Creo que Armand está empezando a estar bastante celoso de su heredero. Debes venir a ver a Arthur pronto, mientras todavía está en esta dulce etapa. Por favor, dime que sí. Tu amiga, Lavinia".

Algo parecido a una sonrisa tiró de los labios de Mark. Nunca había pensado en bebés o niños. Siempre había sospechado que sabían lo roto y oscuro que era su alma. Pero tal vez tendría que aceptar la oferta de Lavinia en algún momento.

Quizás.

Volvió a doblar su carta y la metió de nuevo en el sobre, llevándola al escritorio de su padre. Abrió un cajón que contenía pañuelos viejos, unos pocos calcetines comidos por las polillas, y el resto de las cartas que Lavinia le había enviado, colocando la nueva cuidadosamente en la parte superior de la pila. Luego regresó a la sala de estar y tomó su bloc de dibujo. Se sentó en una silla cerca de una de las ventanas, tomando un lápiz de la mesa auxiliar. Empezó a dibujar, recordando los pocos bebés que había tenido el privilegio de ver en su vida. No podría dibujar al bebé de Lavinia, no sin verlo, pero al menos podría...

Sus ojos lo miraban desde el papel, matando su sonrisa. Se suponía que eran los ojos de un bebé inocente, pero su mano solo podía formar un conjunto de ojos. Su sonrisa desapareció mientras su mano seguía adelante. Su rostro lloroso empezó a surgir de la página. No importaba lo que intentara evocar de su memoria, siempre era su rostro el que aparecía. Su corazón le dolía como una cosa enferma en su pecho mientras seguía dibujando. Su boca retorcida y suplicante apareció en la página, su cabello salvaje, su mejilla magullada.

No podía soportarlo. Con un gruñido de disgusto consigo mismo, lanzó el bloc de dibujo y enterró su rostro en sus manos. Sus recuerdos crecían ferozmente y ardientes: el olor a humo de tabaco y moho, las risas oscuras, sus gritos mientras suplicaba por misericordia. Nunca los sacaría de su cabeza, nunca podría escapar. Nunca...

Un resonante timbre sonó en algún lugar lejano de la casa. Era tranquilo pero distinto. No había escuchado el sonido de la campana en la puerta principal desde hacía meses, pero allí estaba. Reverberaba a través de la casa silenciosa con una fuerza que Mark nunca habría imaginado posible. No debería estar escuchando algo tan distante, pero allí estaba. Sonó una segunda vez, y él se incorporó. De entre todas las cosas malditas por Dios, alguien estaba en la puerta principal.



Angelica LeClaire no había visto más que lluvia y miseria desde que puso un pie en suelo inglés. Su barco había partido de la soleada Nueva Orleans semanas atrás y había atracado en el lúgubre Portsmouth hace dos días. Desde el momento en que resbaló al bajar por la pasarela y se torció el tobillo hasta esa mañana, cuando se vio obligada a discutir con el mozo en la estación de tren de Petersfield para que le quitara el baúl antes de que el tren se alejara, hasta el trayecto salvaje y accidentado que la llevó a las puertas de Blackmoor Close, había encontrado frustración e irritación de sobra.

"Abuelo Miles", murmuró, mirando al techo del carruaje sacudido en el que viajaba, "si me estás escuchando desde arriba, nunca te perdonaré por esto".

Su memoria evocó el sonido de su abuelo adoptivo riendo indulgentemente ante su genio, acariciándole la cabeza y diciendo: "Sí lo harás, Angel, sí lo harás".

Angelica suspiró, cruzó los brazos apretadamente para protegerse del frío y la humedad, y miró por la ventana. Si estuviera soleado, tal vez habría estado impresionada con el paisaje ondulado de Hampshire. Todo era verde con solo algunos destellos de naranja, amarillo y rojo a medida que las estaciones cambiaban. El paisaje tenía un aire de libro de imágenes, especialmente el breve vistazo que había tenido a lo lejos de la gran casa que se alzaba en el centro de Blackmoor Close. La casa estaba mayormente oculta por la lluvia, pero se erguía como un majestuoso borrón contra el cielo gris. Solo esperaba que el habitante de la casa no fuera tan gris y amenazador como el clima inglés.

"Hemos llegado", dijo el conductor, deteniendo el carruaje en lo que parecía ser el medio de la nada.

Un estallido de miedo se agitó en Angelica. Se acercó más a la ventana y bajó el cristal deslizante para poder sacar la cabeza y mirar alrededor. Su temor se convirtió en confusión. "No, no hemos llegado", respondió al hombre empapado sentado en lo alto del asiento del conductor. Todo lo que podía ver era un alto muro de piedra cubierto de hiedra con una verja de hierro forjado aún más alta y elaborada. Una verja de hierro forjado cerrada. "Pedí que me llevaran a la casa, no que me dejaran en el camino", dijo.

El carruaje se sacudió cuando el conductor saltó y abrió la puerta. "Hasta aquí puedo llevarla, señorita", explicó, algo avergonzado.

"¿Hay algún problema con el carruaje?" preguntó Angelica.

El conductor se sonrojó. "No, señorita. Hay un problema con el señor Gatwick".

Un presentimiento de angustia se acumuló en el estómago de Angelica. No podía haber un problema con el señor Gatwick. Lo había apostado todo, su vida y su sustento, a que no habría ningún problema con el señor Gatwick.

"Ha prohibido la entrada al recinto de Blackmoor Close a cualquier hombre que no haya invitado explícitamente", continuó el conductor.

Angelica frunció el ceño, más ansiosa que nunca. "Entonces, ¿por qué me trajo todo este camino si se me prohíbe la entrada?"

El conductor sonrió. "Usted no es un hombre, ¿verdad? El señor Gatwick nunca dijo nada sobre que las mujeres no pueden entrar".

Angelica se relajó un poco y compartió la sonrisa del conductor. Le gustaba su sentido del humor. El humor era exactamente lo que necesitaba para calmar sus nervios ante el asombroso cambio de vida que tenía frente a ella.

Se acercó a la puerta, y el conductor le ofreció su mano. "Gracias, señor", dijo al bajar y adentrarse en la lluvia. Volvió al carruaje para coger el paraguas que tenía a mano y lo abrió para resguardarse de la lluvia, luego lo sostuvo torpemente mientras rebuscaba en el pequeño bolso que llevaba para pagar al conductor. "Espero que esto sea suficiente", dijo, entregándole unas pocas monedas. Aún no había dominado qué moneda era para qué cantidad o qué cantidad equivalía a dólares estadounidenses.

El conductor miró las monedas y luego le devolvió una con una sonrisa avergonzada. "Hay que mantenerse honesto", dijo, tocándose el borde del sombrero. "Solo voy a bajar su baúl por usted".

Angelica se puso a un lado mientras el conductor retiraba su pesado baúl de viaje del fondo del carruaje. Miró por encima del hombro la imponente verja y el sendero de grava que se alejaba de ella, subiendo una pendiente y atravesando un breve tramo de bosque. La casa no era visible desde donde estaba. Cuando el conductor depositó su baúl a sus pies, ella se volvió hacia él.

"Buena suerte, señorita", dijo, tocándose el sombrero una vez más.

Angelica parpadeó. "¿No va a llevar mi baúl por mí?"

Una vez más, el conductor pareció avergonzado. "No puedo, señorita". Señaló hacia la verja. "No se permite la entrada a los hombres, ¿recuerda?"

Ella suspiró, encogiendo los hombros. "Supongo que no". Miró su baúl, mordiéndose el labio. "Supongo que tendré que hacerlo yo misma". Como todo en su vida.

Respirando profundamente para armarse de valor, Angelica se dirigió hacia la verja. Aunque no operaba bajo la ilusión de que su vida había sido difícil, no había llegado a donde estaba descansando en los laureles de las cosas que le habían dado sus padres y su abuelo adoptivo. Había tomado su educación y la había utilizado para administrar las propiedades y las inversiones de su abuelo adoptivo. Un logro que no había sido fácil para una mujer y una cuarterona. Había tenido que superar obstáculos en cada paso antes, y estaba decidida a enfrentar el desafío ahora. No tenía otra opción. Era eso o ceder al miedo que la acechaba constantemente, como un lobo en las sombras.

Cuando cruzó la verja, probando si se abriría, se sorprendió al ver que lo hacía. Al menos eso hacía más fácil su próximo paso. Empujó la verja, cerró su paraguas y se dirigió de regreso a su baúl mientras la lluvia comenzaba a empaparla de pies a cabeza. Era una molestia, pero necesitaba ambas manos para llevar su baúl. Deslizó el paraguas mojado bajo las correas que mantenían su baúl cerrado y luego agarró el asa, levantó y comenzó la larga y torpe caminata hacia la casa.

Angelica estaba segura de que, si alguien estuviera cerca para verla, estarían asombrados o divertidos. Allí estaba ella, vestida con la última moda, con los volantes de su miriñaque rápidamente absorbiendo agua hasta el punto en que debían haber parecido el trasero de un pato,

avanzando lentamente por un camino de grava bajo la lluvia, un gran baúl en sus brazos. Su cuerpo estaba inclinado en un ángulo extraño para darle palanca al llevar el baúl. La mayoría de las mujeres que conocía no habrían podido levantar tal peso, pero la mayoría de las mujeres no estaban tan en forma como Angelica se aseguraba de estar. Había aprendido una lección aterradora hace varios años sobre la importancia de la fuerza física y la destreza atlética y había hecho todo lo posible por cultivar ambas, por poco femeninos que fueran sus esfuerzos. Pero la fuerza le daba la ventaja de no ser indefensa. Nunca había planeado ser indefensa de nuevo.

Aunque, no habría dicho que no a la ayuda mientras luchaba desde el camino hasta la mansión de Blackmoor Close. Se detuvo bajo los árboles que ocultaban el camino desde la verja para recuperar el aliento, continuó y luego se detuvo por segunda vez bajo un gran roble a unos cien metros de la entrada principal de la gran casa. Parte de ella resentía el hecho de que ningún sirviente saliera corriendo a ayudarla. Parte de ella resentía al propio Lord Gatwick por no acudir a su rescate. No es que supiera cómo era su primo lejano por matrimonio de todos modos.

Cuanto más se acercaba a la puerta principal de la casa, más temía que toda la finca estuviera abandonada. Todas las ventanas estaban oscuras, la mitad de las cortinas estaban corridas, y la única indicación de alguna ocupación eran unas pocas y delgadas volutas de humo que se elevaban de las chimeneas cerca de la parte trasera de la casa. Aun así, cuando llegó a la puerta principal y dejó caer su baúl con un golpe sordo, tiró del cordón para tocar el timbre de la puerta.

El timbre resonó dentro de la casa con un sentido resonante de fatalidad. Jadeante, Angelica se apartó y puso las manos en las caderas. Su cuerpo estaba caliente por el esfuerzo, pero la lluvia que había empapado su vestido de viaje la estaba enfriando rápidamente. Estaba agradecida de que proporcionara ocultamiento para las manchas decididamente poco femeninas que estaba segura de que habrían destacado bajo sus brazos y en su espalda. Esperaba y rezaba para que Lord Gatwick tuviera un fuego ardiente encendido en al menos una de las habitaciones de la enorme casa y que tuviera una habitación preparada donde pudiera cambiarse y potencialmente desplomarse en una siesta. También esperaba que al menos algo en su baúl estuviera seco.

Cuando nadie respondió a la puerta, avanzó para tocar el ominoso timbre nuevamente. Estaba al borde de la desesperación, convencida de que no había nadie en casa, cuando finalmente la puerta se abrió, revelando a un hombre fornido de mediana edad con un traje bien confeccionado. El corazón de Angelica se hundió.

"¿Sí?", respondió el hombre.

Angelica tragó el nudo de miedo que siempre le subía a la garganta cuando conocía a un hombre que no conocía. Se tensó, lista para enfrentarse a él si era necesario. "¿Lord Gatwick?" preguntó al hombre al fin, aún sin aliento por su viaje por el camino.

El hombre frunció el ceño. "Soy el señor Baxter, el mayordomo".

"Oh. Por supuesto". Angelica respiró aliviada. Dio otra mirada al mayordomo. Era mayor y tenía la apariencia de alguien que pasaba mucho tiempo en el interior. Podría vencerlo si tenía que hacerlo. Sabiendo eso, sonrió, esperando que no hubiera visto su momento de recelo. "¿Está Lord Gatwick en casa?" preguntó.

El mayordomo siguió frunciendo el ceño. "Lo dudo", dijo. Su rostro se contrajo en pensamiento. "Pero entre mientras averiguo". Se apartó, haciendo un gesto para que ella entrara. "¿Su nombre, señorita?"

"Angelica LeClaire", dijo Angelica, respiró hondo y levantó una vez más su baúl. El mayordomo no lo había visto desde donde estaba, y mientras Angelica lo llevaba sobre el umbral y entraba en el vestíbulo, su ceja se alzó sorprendida.

"Espere aquí, señorita LeClaire", dijo, estudiándola con una nueva luz de evaluación en sus ojos.

Angelica colocó su baúl en la alfombra dentro de la puerta, sin querer ensuciar el suelo de madera pulida. Mientras el señor Baxter caminaba con calma hacia una escalera gigante que se extendía a través de un vasto vestíbulo, ella miró a su alrededor. Su abuelo adoptivo le había llenado la cabeza con historias de su tierra natal desde que era niña. Tenía una predilección por la arquitectura y se explayaba sobre las grandiosas casas de campo que poblaban el campo británico. Había tenido un cariño especial por Blackmoor Close, ya que había crecido allí cuando la casa era relativamente nueva. Angelica sentía como si ya conociera el impresionante vestíbulo frontal por sus descripciones. Su abuelo Miles había dibujado sus propios planos del diseño de la casa mientras contaba sus historias. Su corazón latía rápido y anhelaba correr por los pasillos, buscando la biblioteca, el invernadero y el legendario comedor con su mesa que podía albergar a cincuenta invitados o más.

Baxter no había llegado a la mitad de las escaleras cuando un hombre salió de uno de los pasillos que se adentraban en la casa, en la parte superior de las escaleras. La guardia de Angelica volvió a levantarse de golpe y ella se enderezó para ocultar su estallido de miedo. El nuevo hombre también era de mediana edad, pero alto y razonablemente guapo. Aunque, el traje negro que llevaba le daba a su rostro una palidez que lo hacía parecer pálido y tal vez un poco enfermizo. Su cabello castaño oscuro estaba impecablemente cuidado y su rostro estaba bien afeitado, lo que hizo que Angelica respirara aliviada. Al menos no lucía uno de esos ridículos bigotes que estaban tan de moda entre los hombres del momento.

Incluso antes de que el señor Baxter hiciera una reverencia al hombre mientras bajaba las escaleras, supo que el hombre era lord Mark Gatwick, su prometido. Al menos, era su prometido si seguía los deseos de su abuelo adoptivo. Lo estudió con cautela, apresurándose a evaluar si era el tipo de hombre que sería una amenaza para ella.

"Mi señor" dijo el señor Baxter a lord Gatwick mientras bajaba las escaleras. "Me dirigía a preguntar si estaba en casa".

Angelica sabía lo suficiente sobre los modales británicos como para saber que era perfectamente posible que Lord Gatwick se parara frente a ella y aun así no estuviera en casa para hacer visitas sociales. Por suerte para ella, no se trataba exactamente de una visita social.

Lord Gatwick llegó al pie de la escalera, caminando delante del señor Baxter, y estudió a Angelica con una mirada velada. Ella le devolvió la mirada con una evaluación mucho más obvia. La vida le había enseñado que la mejor manera de enmascarar el miedo era parecer audaz. Pero los ojos de lord Gatwick mostraban sorpresa en lugar de amenaza, a pesar de la completa inexpresividad de su rostro. "Estoy en casa" dijo, dirigiéndose al señor Baxter, pero sin dejar de mirar a Angelica.

"Mi señor, ésta es la señorita Angelica LeClaire" dijo el señor Baxter, apresurándose hacia adelante como si estuviera decidido a completar su trabajo correctamente.

"¿Cómo está?" Angelica sonrió, tendiendo la mano a lord Gatwick. Su sonrisa creció cuando su mano no tembló ni un poco.

"Estoy bien" contestó lord Gatwick, aunque a Angelica le asaltó al instante la sensación de que no lo estaba, en absoluto. De todos modos, tomó su mano y ejecutó una reverencia perfecta sobre ella. "¿Y usted?"

"Estoy mojada, fría y sin aliento", respondió, continuando sonriendo, pero dando un paso protector hacia atrás. "Pero también tengo esperanza, expectativas y determinación".

El ceño de Lord Gatwick se frunció confundido. "Confío en que lo explique", dijo, elevando

el final de su frase como si fuera una pregunta.

"Me encantaría", respondió ella, utilizando la cortesía de su interacción como escudo contra la apuesta monumental en la que su abuelo adoptivo la había metido, una apuesta que se negaba a perder. "Pero ¿quizás podría explicarlo frente a un fuego?"

"Sí, por supuesto." Lord Gatwick se sacudió como si hubiera olvidado sus modales. Hizo una pausa en sus pensamientos, luego dijo: "Creo que hay un fuego en el estudio". Nuevamente, su declaración tenía la entonación de una pregunta, y miró a Mr. Baxter.

"Así es, mi señor", dijo Mr. Baxter con un gesto de cabeza. "Y haré que traigan té caliente para Miss LeClaire".

"Muy bien", dijo Lord Gatwick, luego hizo un gesto para que Angelica lo siguiera. "El estudio está por aquí".

"En el ala norte", dijo Angelica. "Pasando por la sala de fumadores y la pequeña biblioteca".

Lord Gatwick casi da un paso en falso. La estudió con sorpresa, que era cada vez menos capaz de ocultar a medida que avanzaban. Bueno. Sería menos amenazante si lo mantenía alerta. "¿Ha estado en Blackmoor Close antes?" preguntó, una profunda sospecha en su voz.

"No, mi señor", dijo ella. "Pero mi abuelo adoptivo, Lord Miles Ellingham, fue criado aquí. Solía pasar horas contándome sobre la casa cuando era niña".

El ceño de Lord Gatwick se elevó. "¿El tío Miles? Es el hermano de mi abuelo".

Llegaron al estudio, y Lord Gatwick la acompañó hacia el alegre fuego en su gran chimenea.

"Lamento decir que el abuelo Miles *era* el hermano de su abuelo", suspiró Angelica. "Falleció en junio".

"Lamento escucharlo", dijo Lord Gatwick con voz preocupada, entrelazando las manos detrás de la espalda. "Quería mucho al tío Miles".

"Y él lo apreciaba", dijo Angelica. Tragó saliva, la ansiedad burbujeando dentro de ella mientras se acercaba al punto de su viaje. "Tanto, que le dejó una esposa en su testamento".

Lord Gatwick parpadeó, luego sacudió la cabeza. "¿Perdón?"

Angelica exhaló, enderezando los hombros. "El abuelo Miles y yo éramos muy cercanos, ya ve. Desde el momento en que se casó con mi madre cuando yo tenía solo diez años. Supongo que debería haberlo llamado Papá todos esos años, pero él era mucho mayor que yo, y tenía el pelo blanco. Insistió en que no reemplazaría a mi propio padre, que murió cuando yo tenía ocho años. Padre era un hombre importante en Nueva Orleans. Era hijo de una esclava, pero se convirtió en un destacado banquero después de la guerra".

Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza para despejar los detalles superfluos que enturbiaban la historia que necesitaba contar. Lord Gatwick la observaba, intensamente interesado en lo que tenía que decir, según todas las apariencias, así que continuó.

"Mamá y el abuelo Miles no tuvieron hijos propios", dijo. "Cuando falleció y se leyó su testamento, la mayor parte de su fortuna se destinó a las causas sociales que apoyaba. Hay una pequeña cantidad destinada a usted también, creo. Confieso que esa parte del testamento no me preocupaba".

"¿En verdad?" Lord Gatwick parpadeó incrédulo.

"Sí". La mandíbula y el corazón de Angelica se endurecieron. "Verá, el abuelo Miles no me dejó nada. Después de cuidarme y educarme. Después de amarme como si fuera su propia hija. Después de emplearme en un puesto de respeto y responsabilidad de una manera que rara vez se le concede a las mujeres. No me dejó nada en absoluto".

Exhaló, su enojo se desvaneció en melancolía.

"Eso no es precisamente cierto. Me dejó una generosa asignación y una participación en sus

negocios", continuó.

"Eso está lejos de ser nada", dijo Lord Gatwick.

Angelica lo miró defensivamente. "Si me caso con usted".

Los ojos de Lord Gatwick se abrieron de par en par. Un momento después, su expresión se volvió completamente en blanco. Tan en blanco que envió un escalofrío por la espalda de Angelica. Era como si hubiera tomado su alma y la hubiera guardado en algún cajón, dejando solo a un hombre vacío mirándola. Lo peor de todo era que lo había hecho tan rápido y con tanta habilidad que le quedaba la impresión de que estaba acostumbrado a doblarse sobre sí mismo.

"Por eso estoy aquí", continuó ella, cuidando de mantener su postura erguida y su tono firme. Por muy guardado que estuviera, si pensaba por un momento que podía hacerle daño, se llevaría una sorpresa. "No tengo intención de ser desechada. No tengo intención de caer en la vida que me espera de regreso en Nueva Orleans. Se han dado grandes pasos desde la guerra, pero sin la protección del abuelo Miles, lo mejor que puedo esperar es un trabajo en el servicio doméstico o enseñando. Mi piel no es lo suficientemente clara como para pasar desapercibida en Nueva Orleans, y justo o no, eso limita lo que puedo hacer. En Inglaterra, sin embargo, la gente puede no cuestionar lo que no están acostumbrados a ver. Especialmente si el título Lady Gatwick está vinculado a mi apariencia. En resumen, mi señor, me niego a conformarme con menos de lo que sé que soy capaz".

Un silencio ensordecedor siguió a su discurso. Lord Gatwick la miraba, pero a Angelica le resultaba imposible saber qué pensaba él de su declaración. No tenía la menor pista sobre sus pensamientos sobre el matrimonio, con ella o con cualquier otra persona.

Rompió el silencio abriendo su bolso y sacando una carta húmeda. "Está todo aquí", dijo, presentándoselo. "Esta es una copia del testamento del abuelo Miles junto con una carta de su abogado confirmando su veracidad".

Lord Gatwick tomó aliento mientras aceptaba la carta, lo que daba la apariencia de que volvía a la vida. "Gracias", dijo, completamente educado, y comenzó a abrir el sobre y a quitar cuidadosamente su contenido.

Mientras él leía los documentos, Angelica se volvió para inspeccionar la habitación. El estudio no era tan grande como la otra habitación que había visto en su camino desde el vestíbulo, o las habitaciones de las que su abuelo adoptivo había hablado. Era acogedor, sin embargo. El cálido fuego traía un poco de calidez que apenas cortaba el estado empapado de Angelica. Los muebles eran más nuevos que algunos de los que había visto en las otras habitaciones. Sin embargo, fueron las paredes las que atrajeron su atención.

"¡Cielos, ¿es eso un Degas?", preguntó, con la boca abierta al ver la obra maestra colgada detrás de un escritorio como si estuviera de vacaciones en un museo.

Lord Gatwick levantó la vista de su lectura, frunciendo el ceño. "¿Conoce a Degas?"

"Por supuesto que sí", respondió Angelica, acercándose para estudiar la pintura. Se volvió hacia Lord Gatwick. "Y estoy segura de que vi un Tissot en el pasillo".

"¿Está familiarizada con James Tissot también?", Lord Gatwick bajó las cartas por completo y se unió a ella en contemplar la pintura.

"Soy bastante aficionada al arte", dijo Angelica. "Encuentro fascinante todo lo que actualmente está saliendo de París. El movimiento impresionista es revolucionario".

"Yo también lo creo", dijo él, aunque su voz estaba cargada de reservas.

Angelica lo estudió por un momento, sintiendo como si el suelo se hubiera inclinado ligeramente. En su experiencia, los hombres eran tiranos, no conocedores. Pero eso no era suficiente para confiar en su prometido aún.

"El abuelo Miles me prometió varias veces que me llevaría a París para ver las obras de Monet, Renoir y Manet, pero nunca fuimos", continuó, mirando nuevamente el Degas. "Todavía espero ir algún día. Si tengo los medios financieros para el viaje". Miró de reojo a él, esperando ver cómo reaccionaría.

Lord Gatwick dio un paso atrás, frunciendo el ceño nuevamente en pensamiento. Miró los papeles en sus manos y pareció enfocarse en sí mismo. Angelica contuvo el aliento, ansiosa por ver si menospreciaría sus esperanzas y la enviaría lejos o se aprovecharía de su falta de amigos y se lanzaría sobre ella sin el beneficio del matrimonio.

No hizo ninguna de las dos cosas, lo que elevó sus esperanzas y la puso más en guardia. Estaba a punto de hacerse cargo y abrir las negociaciones matrimoniales, según los deseos del abuelo Miles, cuando un majestuoso gato gris entró en la habitación. Su expresión se iluminó.

"Hola" dijo inclinándose ligeramente para saludar al gato. "¿No eres una cosa guapa?"

El gato se acercó a ella para investigar. Olfateó sus faldas empapadas. Cuando extendió una mano hacia él, lo olfateó por un momento y luego frotó su cara contra sus dedos. Ella lo recompensó por la muestra de amistad rascándose detrás de las orejas.

Cuando levantó la vista, Lord Gatwick la miraba con los ojos muy abiertos.

"Espero que no le importe" dijo Angelica con un ligero rubor, poniéndose más erguida. "Me gustan los gatos".

Lord Gatwick apartó la mirada del gato y luego dijo: "A Styx no suelen gustarle los invitados".

"Vaya". Angelica le sonrió al gato una vez más. "Gracias amablemente por ese honor", le dijo a Styx.

Una luz curiosa llenó los ojos de lord Gatwick. La estudió un momento más. "Necesito que mi abogado revise estos documentos" dijo por fin. "Necesito determinar su validez. Me preocupa que no se me haya informado antes del fallecimiento del tío Miles ni de su testamento".

"El testamento no se leyó hasta el mes pasado" explicó Angelica, volviéndose hacia él, con el corazón acelerado. "El abogado del abuelo Miles dijo que se pondría en contacto con usted, pero yo le dije que yo mismo le entregaría los documentos".

Lord Gatwick asintió, pero Angelica no sabía si eso significaba que él le creía o no. Sin embargo, estaba segura de una cosa. Si iba a atacarla, ya lo habría hecho. Era hora de que dejara de lado sus miedos y considerara la realidad de su situación.

"Blackmoor Close no es un lugar de veraneo" dijo, "pero sería grosero por mi parte echarle o no ofrecerle refugio aquí hasta que se pueda determinar la veracidad de todo el asunto".

Angelica entrecerró los ojos ligeramente. "¿Me está invitando a quedarme?"

Vaciló. Podía ver algún tipo de conflicto en sus ojos. Contuvo la respiración, rezando para que su suerte cambiara.

Al fin, dijo: "Sí. La invito a que se quede. Pero debo escribir inmediatamente a mi prima, lady Lavinia Helm, y rogarle que venga a quedarse como chaperona mientras usted esté aquí".

"Comprendo" dijo Angelica, empapada de alivio. No tendría que quedarse sola en Blackmoor Close. No se vería obligada a una posición desventajosa. No solo eso, cuanto más tiempo permanecía bajo el techo de Lord Gatwick, mayores eran sus posibilidades de convencerlo de que se casara con ella.

"Té, señoría" dijo el señor Baxter al entrar en la habitación, con un gran servicio de té plateado en las manos.

"Gracias, Baxter" dijo lord Gatwick. "Y haz que Lucy prepare una habitación para la señorita LeClaire. Es posible que también necesite lavar y secar sus cosas debido a la lluvia. Fíjate si hay

algo seco que pueda usar mientras tanto. Creo que la señorita LeClaire será nuestra invitada durante algún tiempo”.

Tres

∞

Había estado demasiado tiempo sin compañía. Esa era la única explicación posible para la locura de Mark al invitar a la señorita Angelica LeClaire a quedarse en Blackmoor Close.

Y era una decisión insensata. No tenía forma de probar que ella era quien decía ser hasta que Walton, su abogado, revisara los documentos que había traído consigo, contactara a las personas de su tío abuelo en Nueva Orleans y verificara los detalles. Parecía extraño que no hubiera sido informado de la muerte de su tío abuelo antes, pero si era honesto consigo mismo, quizás su abogado le había mencionado correspondencia de sus parientes americanos. Pero su preocupación por Shayles y el fortalecimiento de su finca había empujado los detalles fuera de su mente y no había pedido detalles.

Aun así, eso no era excusa para permitir que una completa desconocida, una mujer que era extranjera en todos los sentidos, se refugiara bajo su techo. Una mujer que afirmaba ser su prometida. Una mujer que estaba completamente segura de sí misma y determinada. Una mujer hermosa.

Parpadeó ante su último pensamiento, arrastrando sus ojos de vuelta a su desayuno en lugar de seguir mirando a Angelica al otro extremo de la mesa. Su rostro se sonrojó de vergüenza mientras educaba su expresión a una completa indiferencia. Parte de él había esperado que se fuera por la mañana, abandonando sus locos planes de matrimonio cuando viera que él no iba a tomarla por su palabra sin verificar minuciosamente su historia. Pero ella había entrado en la sala de desayunos con la cabeza bien alta solo minutos después de que él se hubiera sentado en la pequeña mesa. Lo había saludado con una sonrisa que le había puesto los nervios de punta, tomó asiento frente a él y pidió educadamente a los sirvientes un poco más de jamón con sus huevos.

Y también se lo comió. Mark nunca había visto a una mujer con tan buen apetito, al menos no una que mostrara ese apetito en público. Incluso Styx parecía sorprendido mientras observaba el desayuno desde un lugar soleado en la esquina. De alguna manera, era incongruente. Angelica era delgada y esbelta. Su cintura era delgada, aunque no imposiblemente estrecha, como la de una dama que se ataba demasiado fuerte el corsé, y sus senos tenían una redondez agradable aunque no estaba exageradamente dotada.

Parpadeó, conteniendo el aliento. ¿Qué tenía que comentar sobre los senos de la señorita Angelica LeClaire, incluso para sí mismo? No pensaba en esas cosas. No se había permitido considerar la forma femenina como algo más que un objeto de arte durante casi veinticinco años, y con buena razón. La forma en que su pulso se aceleraba y sus pantalones se ajustaban era completamente inapropiada. Nunca debería haber permitido que Angelica se quedara. Pero ella había notado su Degas, había tenido una opinión sobre el arte, y lo había mirado con esos grandes, oscuros e implacables ojos suyos, viéndolo a él y no a "el lacayo de Theodore Shayles".

Sin mencionar el hecho de que a Styx le agradaba ella.

"Me alegra ver que ha salido el sol", dijo ella, sacándolo de sus pensamientos. Los pinchazos de vergüenza le brotaron en la piel. "Estaba empezando a pensar que Inglaterra nunca veía el sol".

"El clima puede ser bastante agradable", dijo con cuidadosa cortesía. "Particularmente en esta época del año".

"Espero disfrutarlo", dijo ella, terminando el último pedazo de su tostada. Alcanzó su té, pero antes de dar un sorbo, dijo: "Parecía bastante perdido en sus pensamientos ahora mismo".

La espalda de Mark se enderezó y su rostro se calentó aún más. ¿Tenía alguna habilidad mágica para ver en su mente? Dios no lo permita. ¿O estaba tan fuera de práctica en mantener sus emociones veladas después de meses solo que había perdido la habilidad? Era una idea terrible permitir que ella se quedara.

"No he tenido más que mis pensamientos para hacerme compañía estos últimos meses", dijo antes de que pudiera pensarlo mejor.

"Estaba preguntándome eso", dijo ella, dejando su taza. "Debo confesar que mientras me acercaba ayer, estaba convencida de que la casa estaba abandonada".

"Las circunstancias son tales que no tengo invitados en este momento", dijo.

"Y no tiene familia", continuó, declarando un hecho en lugar de hacer la pregunta, como si ya supiera demasiado sobre él. "¿Ni amigos tampoco?" Sus cejas delgadas y oscuras se alzaron apenas.

"No. No tengo amigos", dijo. Un pedazo del frío familiar que había cultivado lo atravesó, aunque ahora le traía decepción y una sensación de oportunidad perdida.

La expresión de Angelica se transformó en un ceño fruncido de preocupación. Presionó los labios mientras lo estudiaba. Labios completos con un agradable tono de rosa. Complementaban perfectamente su elegante nariz y sus prominentes pómulos. Las manos de Mark se movieron como si ya estuvieran dibujando sus rasgos. Se preguntaba si su piel sería tan suave como parecía.

Una nueva ola de repulsión por la laxitud de sus pensamientos golpeó a Mark. Carraspeó y ocultó su vergüenza alcanzando su taza de té. No era Shayles, no era uno de sus repugnantes y lascivos compinches. Vería a las mujeres con respeto, no como objetos de lujuria.

"No creo haber conocido a nadie sin amigos antes", dijo Angelica, relajándose en una sonrisa compasiva. "Y dudo haber conocido a uno ahora", continuó.

"Puedo asegurarle", dijo Mark con voz entrecortada entre sorbos de té. "Que ahora ha conocido a uno".

Angelica negó con la cabeza. "Imposible. Seré su amiga".

Maldita sea, pero sus palabras le llegaron al corazón. Se frunció y se terminó el té, luego se levantó. "Si me disculpa, tengo mucho trabajo que hacer".

Era una mentira, pero le permitía alejarse de la mesa de todos modos. Styx se levantó, listo para acompañarlo en su patrulla solitaria por la casa. Angelica también se levantó y se interpuso en el camino de Mark.

"¿Su trabajo puede esperar?" preguntó. "Con el sol finalmente afuera, esperaba salir afuera para hacer algo de ejercicio. Esperaba que viniera conmigo".

Todo lo que ella decía golpeaba a Mark como el olor de flores desconocidas en una orilla extranjera en una tierra que nunca había conocido. No sabía cómo responder, lo que lo hizo dudar. Probablemente ella pensaba que era tonto.

"No salgo afuera", dijo al instante sabiendo que *era* tonto.

Angelica se rio de una manera que solo podría describir como americana. "Todos salen afuera. El sol y la actividad vigorosa son esenciales para la salud. Seguro que debe estar ansioso por estirar las piernas después de tanta lluvia".

"Yo..." Titubeó, incapaz de pensar en una objeción que no sonara ridícula. Miró a Styx, como si el gato pudiera encontrar una excusa por él. Pero Styx solo se estiró, bostezó, y olfateó de regreso a la mesa para ver si podía conseguir sobras.

"¿Interferiría con su trabajo si le pidiera que me diera un recorrido por los terrenos de Blackmoor Close?" Angelica preguntó antes de que pudiera pensar en cómo continuar. "El abuelo Miles me contó todo lo que podría desear saber y más sobre la casa, pero no habló mucho de los terrenos".

Mark se tensó. Podía decir que pasar la mañana con Angelica era una idea terrible porque, en el fondo, era exactamente lo que quería hacer. Y seguir sus deseos nunca había sido una buena idea. Pero ella era su invitada, y no podía esconderse en su estudio hasta que se fuera. Ya se sentía bastante mal escondiéndose en Blackmoor Close desde el principio.

"Está bien", dijo con una ligera inclinación. "Estaría encantado de darle un recorrido por los terrenos y jardines". Estaba seguro de que parecía ridículo haciendo la oferta con una cara insípida y en blanco, pero sus emociones estaban tan enredadas que no habría sabido cómo lucir si lo hubiera intentado.

"Maravilloso", dijo Angelica, moviéndose hacia la puerta con energía visible. "Solo iré a buscar mi abrigo, si ya está seco, y lo veré en el vestíbulo en diez minutos".

"Como desee", Mark inclinó la cabeza hacia ella.

Tan pronto como ella salió de la habitación, él tomó una respiración ansiosa. ¿Qué clase de hombre era él si estaba metido en problemas cuando se enfrentaba a caminar al sol con una hermosa extranjera? No era mucho hombre en absoluto, se respondió a sí mismo. Y ese era su problema.

El abrigo de Angelica aún estaba húmedo, así que tomó un feo chal de punto de la pequeña porción de su ropa que las doncellas de Blackmoor Close no habían llevado para restaurar su frescura, y regresó apresuradamente al pasillo. Esperaba ansiosa su paseo como algo mucho más que una forma de familiarizarse con la finca. Estaba ansiosa por aprender más sobre Mark.

Algo estaba terriblemente mal con su prometido. No podía poner el dedo en qué era, pero todo en él insinuaba tragedia, desgracia y problemas. Su respuesta habitual al miedo hacia los hombres, especialmente los hombres que tenían el potencial de dominarla, disminuyó cuando observó su gusto por el arte. Tampoco se comportaba como los depredadores que había conocido. Cuando admitió sin emoción que no tenía amigos, su corazón casi se partió en dos, no por la falta de melancolía en la forma en que lo dijo, sino porque le creyó. Pero quería saber por qué. ¿Por qué un hombre que era guapo, educado, con título e inteligente no tenía amigos? Era extraño sentir curiosidad donde esperaba sentir temor.

Él la estaba esperando junto a la puerta principal con un abrigo ligero y sombrero cuando ella llegó al pie de las escaleras. El gato atigrado que parecía nunca estar lejos de su lado estaba a unos metros de distancia, acicalándose como si también estuviera esperando salir al sol.

"Veo que tenemos un chaperón", dijo Angelica, sonriendo a Styx.

Mark miró hacia abajo a su compañero. No sonrió, pero su rostro se suavizó. "Probablemente quiere perseguir pájaros en lugar de ratones por un rato".

Tan pronto como Angelica llegó al lado de Mark, él abrió la puerta principal, dejando salir al gato, y le ofreció su brazo. Ella lo tomó, luego entrecerró los ojos hacia el sol, suspirando de contento, mientras salían de la casa. Styx salió como un rayo, jugueteando en el jardín. Angelica

sentía ganas de correr y saltar tras él.

“¿Cómo consiguió Styx su nombre?” preguntó mientras cruzaban el camino de grava hacia un sendero de losas que rodeaba la gran casa. “Parece demasiado dulce para haber sido nombrado por el Río Estigia que uno debe cruzar para llegar a Hades”.

“Y sin embargo, es por eso precisamente por lo que fue nombrado”, dijo Mark sin dar detalles.

Angelica quería más detalles. Quería eso y mucho más. Quería que el hombre con el que estaba decidida a casarse revelara todos sus secretos, que sospechaba eran numerosos. Quería saber por qué no le tenía miedo. “Pero, ¿cómo termina un gato siendo nombrado por un río?”, preguntó.

La misma mirada cerrada que había aparecido en Mark repentinamente al menos una docena de veces en las pocas y breves conversaciones que había tenido con él regresó. Encontró eso y la vacilación resultante tan curiosa como cualquier historia sobre el nombre de un gato.

“Le dieron su nombre en una fiesta en mi casa hace unos años”, dijo finalmente mientras doblaban la esquina de la casa y entraban en un jardín cuidadosamente mantenido plantado al estilo francés. “Styx y sus hermanos apenas tenían más de seis semanas de edad. Un... un conocido mío los encontró y pensó que sería divertido ahogarlos a todos en el río”.

“No”, Angelica jadeó, horrorizada ante la idea.

La expresión de Mark se endureció como una piedra. Sus ojos se volvieron fríos y muertos. “Me detuvieron en mi camino para detenerlos, y cuando llegué al río, solo quedaba Styx. Estaba luchando, gruñendo y siseando. Lo que, por supuesto, solo hacía reír a mi... conocido. Lo arrojé al río, pero salté tras él y lo salvé”.

“Bien por usted”, dijo Angelica, aunque el resto de la historia era espantoso.

Mark hizo una pausa antes de continuar con, “Dicen que, si uno es sumergido en el Río Estigia, se vuelve invulnerable. Styx logró sobrevivir a esa fiesta y a la pérdida de su madre y hermanos también. Tuve que dejarlo dormir en mi cama por el resto de la fiesta para evitar que los invitados lo encontraran, ya que estaban decididos a hacerlo”.

Angelica no sabía qué decir. Una parte de ella estaba atrapada en la imagen de un hombre adulto acurrucado con un gatito pequeño en su cama. Parte de ella encontraba notable que Mark pensara que su cama era un lugar donde nadie más estaría durante una fiesta. Sabía lo suficiente de tales eventos como para saber que el salto de cama era común. El resto de ella comenzaba a entender por qué Mark no tenía amigos si el tipo de personas con las que había estado asociado harían un deporte de ahogar gatitos.

Sabía que había estado en silencio durante demasiado tiempo cuando Mark dijo: “Este es el jardín de rosas, plantado por mi madre cuando llegó a Blackmoor Close como una nueva novia en mil ochocientos treinta y cuatro”, como si fuera un guía liderando un recorrido profesional. “A mi madre le encantaban las rosas y se cuidaba especialmente de cultivarlas, o eso me han contado”.

“¿Entonces se lo han contado?”, Un sentimiento de angustia llenó el estómago de Angelica.

“Murió cuando yo tenía cuatro años”, Mark dijo sin emoción, o más bien con una riqueza de emoción embotellada que endurecía la cáscara que ella comenzaba a percibir a su alrededor. “Al dar a luz a mi hermana”, agregó. “El bebé no sobrevivió”.

“¿Tenía otros hermanos?”, preguntó con voz queda.

“No”, respondió como si estuviera discutiendo si tomaba limón en su té. No la miró. Miraba directamente hacia adelante.

“¿Fue criado por tu padre entonces?”, preguntó.

“Sí”, respondió con igual falta de pasión.

Quería saber mucho más, pero sintió que necesitaba proceder con extrema precaución. Caminaron directamente a través del jardín de rosas y hacia un camino que conducía a través de un césped y hacia una pendiente hacia el río.

“¿Se volvió a casar su padre alguna vez?”, preguntó.

“No”, respondió con una sílaba, vaciló, y luego dijo: “Su salud comenzó a deteriorarse cuando yo tenía doce años”.

“Siento escuchar eso”, dijo, sintiendo un presentimiento sobre lo que había sucedido después. “¿Eran cercanos?”

“Muy”, respondió Mark, un atisbo de emoción entrando finalmente en su tono. Su postura rígida se relajó un poco mientras caminaban. “Pasamos mucho tiempo juntos. Él me enseñó sobre arte. Solíamos hojear catálogos de grandes obras de arte juntos. También me enseñó a jugar al ajedrez y a las cartas”.

“Parecen ser recuerdos felices”.

“Lo son”, estuvo de acuerdo. “Asistí a Eton, pero mi padre me llamaba a casa temprano y me enviaba de vuelta tarde porque prefería tenerme a su lado, especialmente más tarde”.

Angelica apretó su brazo con fuerza, deseando que continuara, pero sabiendo que no podía presionar.

“Mi padre fue el hombre más sabio que he conocido”, continuó por fin, no mucho más fuerte que un susurro. “Los consejos que me dio, desde mis estudios hasta el cuidado de la vida silvestre y cómo tratar con los sirvientes, fueron invaluable. Me enseñó que era mejor permanecer en silencio y dejar que los demás pensarán lo que quisieran de uno que revelar demasiado. También me enseñó que era mejor mantener a un enemigo a la vista que darle la espalda ni siquiera por un segundo”.

Sus palabras terminaron con un profundo ceño fruncido y un largo momento de silencio. Angelica se encontró conteniendo la respiración, preguntándose sobre todas las formas en que Mark había utilizado ese consejo a lo largo de los años.

Cuando el silencio se prolongó demasiado, ella dijo: “Apenas conocía a mi padre, pero el abuelo Miles también era un hombre sabio”.

“Siempre lo admiré”, dijo Mark, saliendo un poco de su interior. “Aunque se mudó a América cuando yo tenía solo diez años. Intercambiamos correspondencia durante años, hasta que...”. Sus palabras se desvanecieron y no continuó.

“Habla de usted de vez en cuando”, dijo Angelica, atrayendo la atención de Mark. “No mucho, pero lo suficiente como para que supiera que existía. Estaba orgulloso de su sobrino nieto en Oxford”.

Angelica esperaba una sonrisa ante esas palabras, pero en cambio una mirada atormentada llegó a los ojos de Mark. Se apartó de ella, mirando directamente hacia adelante mientras se acercaban al río. El sendero se curvaba para seguir junto al agua que corría. Las orillas del río estaban inundadas por toda la lluvia, y el agua gorgoteaba mientras avanzaba velozmente. Los árboles con hojas a medio cambio de color se extendían sobre las orillas o a lo largo de la pendiente. A lo lejos, Angelica pudo distinguir una casa de manantiales o un cobertizo para botes, alguna estructura hecha de piedra.

“Mi padre murió hacia el final de mi primer semestre en Oxford”, dijo Mark finalmente.

“Siento mucho escuchar eso”, dijo Angelica.

Sintió todo el cuerpo de Mark tenso. “Murió justo cuando más lo necesitaba”, dijo en un susurro apretado.

Angelica no sabía qué decir. Había planeado que su paseo fuera una forma de descubrir más sobre él, no para que su conversación lo atormentara, pero esa fue la impresión que le quedó. La culpa la apretó. Miró a su alrededor en busca de una forma de cambiar de tema y aligerar el ambiente.

"No he tenido un ejercicio adecuado desde que pisé el barco en Nueva Orleans", dijo, soltando el brazo de Mark y avanzando hacia un grupo de rocas al pie de un árbol donde el camino había sido parcialmente tallado en la ladera. "Siento que necesito compensar el tiempo perdido".

Mark no dijo nada. Se juntó las manos detrás de la espalda y la observó, su rostro pálido y su expresión preocupada, mientras ella recogía una piedra del tamaño de una pelota de cricket. Caminó de regreso al camino y lanzó la piedra al río con toda su fuerza. La ceja de Mark se levantó ante la distancia que logró lanzar.

"Estoy impresionado", dijo él.

Angelica regresó al grupo de rocas y eligió otra, más grande. "Le sorprendería lo efectivo que es para fortalecer los músculos simplemente arrojar piedras". Lanzó la segunda piedra al río tan duro como pudo, deleitándose con la forma en que estiraba y probaba sus músculos. Volvió a buscar otra piedra y la arrojó al río con la mano izquierda.

"Creo que los escoceses usaban rocas y troncos para entrenamiento militar cuando los ingleses les prohibieron entrenar", dijo Mark mientras la observaba.

"Así es", sonrió, eligiendo una roca del montón que tuvo que levantar con las dos manos. "Disfrazaban su entrenamiento de fuerza como juegos. También he descubierto que arrojar piedras alivia bastante la frustración". Subrayó su punto arrojando la piedra con toda su fuerza y gruñendo de manera supremamente poco femenina mientras lo hacía.

"¿De veras?", preguntó Mark. Se acercó al montón para buscar una piedra adecuada, al igual que ella lo hizo.

"Ha habido muchas, muchas veces en las que he expulsado grandes cantidades de frustración arrojando piedras al Mississippi", dijo, jadeando un poco por su última piedra, y eligiendo otra, formidable.

Regresó al río y puso todo su empeño en lanzar la roca. Se sintió maravilloso poder usar sus músculos finalmente en lugar de sentarse con compostura, como un animal enjaulado.

Mark había elegido una roca del tamaño de una pequeña pelota, que arrojó al río con vigor. Una mirada de satisfacción llenó su rostro al soltarla y exhalar. No dijo nada, pero Angelica pudo ver que el ejercicio le sentaba bien.

"Ve", dijo ella. "Es bueno para los músculos y la mente".

Él asintió y regresó al montón de rocas, seleccionó otra y la arrojó al río con toda su fuerza, exhalando mientras lo hacía. Su mirada permaneció fija en el río que corría mientras la roca se sumergía y desaparecía bajo la superficie. Lentamente, su expresión cambió de una banalidad cuidadosa a algo que Angelica solo podría describir como dolor. Se inclinó para recoger otra roca, luego la lanzó al río con un suspiro más fuerte. Su expresión se oscureció aún más, y tomó otra roca, tensando visiblemente cada músculo de su cuerpo. Arrojó esa roca con mucha más fuerza y frustración que las demás.

En segundos, lo que comenzó como ejercicio y alivio se transformó en algo completamente distinto. Angelica podía verlo en las líneas cada vez más tensas del rostro de Mark, en la creciente tensión y estrés en su cuerpo. Tomó roca tras roca, lanzándolas al río más rápido y con más fuerza. Cada una chapoteaba en la corriente rugiente como si estuviera rompiendo la cáscara que había construido a su alrededor. Su sombrero voló, y pareció no darse cuenta. Gruñía

mientras lanzaba, y esos gruñidos rápidamente se convirtieron en sonidos que eran tanto gritos como sollozos.

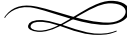
Finalmente, tomó una roca con las dos manos, la levantó sobre su cabeza y la lanzó al río con un grito furioso de "¡Maldito seas!"

Se tambaleó hacia atrás, jadeando y sin poder quedarse quieto. Angelica lo observó con una mano presionada contra el estómago, parpadeando rápidamente para contener las lágrimas de shock y simpatía, aunque estaba desconcertada por qué podría tenerlo tan alterado. Mark pasó una mano por su cabello, con el pecho jadeante mientras caminaba de un lado a otro con pasos inquietos. Angelica se estremeció cuando se inclinó repentinamente hacia adelante, agarrándose las rodillas y dejando caer la cabeza con un gemido doloroso. No sabía si debía ayudarlo o dejarlo estar.

Mark se enderezó de repente y se alejó de ella, como si ella no estuviera allí, caminando rápidamente de regreso por el sendero. Angelica lo dejó ir. Su corazón le dolía. No sabía cómo empezar a describir lo que le estaba sucediendo, pero tenía la sensación distintiva de que había entrado en su vida en medio de una crisis. Sin amigos, sin familia, sin compañía más que un gato que había rescatado de... alguien. Deseó haber pensado en preguntar el nombre del conocido que había matado al resto de la familia de Styx.

De cualquier manera, estaba consumida por la sensación de que tenía que hacer algo, que había llegado justo a tiempo. Se sentía atraída hacia él en lugar de repelida por él. Era casi suficiente para hacerla reír, especialmente considerando lo irritable que era Mark. Tal vez el abuelo Miles no le había jugado una mala pasada. Tal vez el viejo sabía exactamente lo que estaba haciendo en su testamento.

Cuatro



Angelica estaba decidida a darle a Mark la privacidad que necesitaba para enfrentar a cualesquiera demonios estuviera arrojando piedras junto al río. Pasó el resto de la mañana dando un vigoroso paseo por los terrenos de Blackmoor Close por su cuenta, deteniéndose para realizar una serie de ejercicios calisténicos a la sombra del pequeño bosque que rodeaba la propiedad. Su esperanza era que unas pocas horas de paz y contemplación devolvieran a su prometido a un estado de calma.

Pero cuando regresó a la casa para el almuerzo, Mark no estaba en ninguna parte.

"¿Almorzaré sola?" preguntó al criado que le servía la sopa en el desayunador, habría sido ridículo para ella comer sola, o incluso comer con Mark, en el vasto comedor.

El ansioso criado miró a Mr. Baxter, que estaba de pie como un centinela cerca de la puerta.

"Lord Gatwick está indispuerto esta tarde", dijo Mr. Baxter.

"Oh." Angelica no sintió que fuera apropiado decir más.

Pasó la tarde hojeando los libros en la biblioteca de Blackmoor, luego seleccionó uno para leer afuera, a la sombra de un árbol plantado en la esquina del jardín de rosas. Sus pensamientos tenían dificultades para concentrarse en Dickens cuando los pensamientos de Mark no la dejaban en paz. ¿Había hecho lo correcto al incitarlo a arrojar piedras y liberar lo que había estado embotellando? Nadie, hombre o mujer, reaccionaba a un simple pasatiempo con tanta emoción a menos que tuvieran una bodega entera de botellas alineadas en su alma. ¿Era el bastardo al que Mark se refería en sus gritos el mismo conocido que había ahogado a los gatitos en la fiesta en casa de Mark? Estaba segura de ello. Pero si Mark odiaba tanto al hombre, estaba segura de que era un hombre, ¿por qué lo había invitado a su casa?

Sus preguntas permanecieron sin respuesta, ya que Mark también estuvo ausente para la cena. Mr. Baxter insistió en que Angelica disfrutara de su comida en el comedor formal, como era de esperar, pero en cuanto se enteró de que Mark no se uniría a ella, instruyó a Mr. Baxter y a su criado para que le trajeran la cena a su habitación. Comió sola en un espacio mucho más cómodo, pero cada bocado estaba sazonado con confusión y preguntas.

Para el día siguiente, todavía estaba sin respuestas. Volvió a hacer sol, así que después de un desayuno solitario, Angelica salió para una mañana de ejercicio vigoroso. Se dijo a sí misma que era vital que permaneciera paciente. Las almas atormentadas rara vez se aquietaban después de un día de introspección. Ella sabía eso mejor que nadie. La idea de que Mark, también, estuviera sufriendo un miedo tan grande como el que la seguía a ella se había apoderado de ella y no la abandonaba. El miedo requería paciencia.

Siguió diciéndose eso mientras levantaba ramas pesadas del sendero del bosque y hacía algunos trabajos que un jardinero debería haber hecho para mantener sus brazos fuertes. Había

aprendido de la peor manera que la debilidad física era una vulnerabilidad en un mundo donde los hombres veían a las mujeres como su derecho, como presa. Se negaba a dejar que el peligro en el que había caído una vez antes la tomara por sorpresa una segunda vez.

Sin embargo, para la tarde, su paciencia había llegado a su fin.

"¿Dónde está Lord Gatwick?" preguntó a Mr. Baxter en el vestíbulo cuando regresó de su ejercicio.

Mr. Baxter parecía algo avergonzado cuando dijo: "Lord Gatwick continúa indispuerto".

Angelica bufó y cruzó los brazos. "No tenía idea de que un conde pudiera tener una constitución tan pobre", dijo con ironía en su tono.

El Sr. Baxter se movió ansiosamente, mirando hacia arriba las escaleras hacia el pasillo que estaba al frente del que conducía a la habitación que le habían asignado. "El señor Gatwick está en una situación delicada en este momento", dijo.

Angelica habría reprendido al hombre por ser obtuso si no hubiera habido una buena dosis de preocupación en su expresión. El personal de Mark se preocupaba por él. Lo protegían. Era una buena señal. El abuelo Miles siempre le había dicho que podías determinar el carácter de un hombre por cómo trataba a sus inferiores y cómo lo trataban a él.

"Supongo que no podrá ampliar esa situación", dijo sin ninguna expectativa de que lo hiciera.

"No, señorita", dijo el Sr. Baxter con una media reverencia apologética.

"Es un buen hombre, Sr. Baxter", dijo, sacudiendo la cabeza y dejando caer los brazos. "Creo que el señor Gatwick tiene suerte de tenerlo".

"Gracias, señorita", dijo el Sr. Baxter con una reverencia más profunda.

Angelica le dio una sonrisa final antes de girarse y dirigirse hacia las escaleras, desviándose hacia el pasillo opuesto al que estaba segura de que Mark se había escondido. Necesitaba cambiarse de vestido y refrescarse después de su mañana.

Pero mientras pasaba una esponja por su cuerpo y se secaba, su impaciente curiosidad se negaba a desaparecer. Sea cual sea el miedo que atormentaba a Mark, estaba segura de que sería más fácil de soportar si lo compartiera. Especialmente con ella. No tenía la intención de irse de Blackmoor Close y tenía toda la intención de convertirse en la esposa de Mark, le gustara o no. Era eso o luchar por encontrar una forma de comenzar de nuevo con muy pocos recursos en un mundo que proporcionaba pocas oportunidades a las mujeres y aún menos a las de raza mixta. Mark era su esperanza para el tipo de vida que quería, y no sería negada. Y por primera vez en mucho tiempo, era un hombre en posición de dominarla del que no tenía miedo. No cuando sentía que estaban en igualdad de condiciones.

Tan pronto como estuvo vestida, con su cabello cepillado y recogido en un simple moño, volvió al pasillo. La casa estaba casi en silencio por la tarde. Dondequiera que estuvieran el Sr. Baxter y los otros sirvientes, no hacían ruido mientras trabajaban. Angelica tampoco estaba inclinada a hacer ruido, especialmente porque sospechaba que ni Mark ni el Sr. Baxter aprobarían lo que tenía la intención de hacer. Cruzó la pasarela en la parte superior de las escaleras y se escabulló tan silenciosamente como pudo por el pasillo opuesto.

Por las descripciones del abuelo Miles, sabía que el ala este de la casa era más pequeña que la del norte. Contenía los dormitorios familiares y estaba mucho menos decorada que la sección de la casa donde se alojaban los invitados. Uno de los dormitorios tenía que ser el de Mark. Estaba segura de que era donde se escondía.

Uno por uno, abrió las puertas a lo largo del pasillo, asomando la cabeza dentro. La mayoría

de las habitaciones que encontró estaban vacías, con sus muebles cubiertos con paños de muselina para protegerlos del polvo. Una habitación aproximadamente a la mitad del pasillo no tenía tales cubiertas. Era un dormitorio finamente amueblado con un aire decididamente masculino. La gran cama con dosel parecía tener cientos de años. Sus cortinas de terciopelo azul estaban agrupadas cerca de la cabeza y parecían como si no se hubieran cerrado en décadas, pero la ropa de cama parecía relativamente nueva y aún no utilizada. Un lavamanos y un armario constituían el resto del mobiliario de la habitación, junto con una silla que estaba cerca de una gran chimenea fría. El lavamanos contenía una navaja de afeitar y jabón para afeitar junto con un cepillo de pelo.

No había duda en la mente de Angelica de que había descubierto la habitación de Mark, pero él no estaba allí. Se mordió el labio y retrocedió al pasillo con un ceño fruncido. Si no estaba en su habitación, ¿dónde estaba?

Continuó su búsqueda de una respuesta, descubriendo más habitaciones que estaban tan calladas como tumbas a medida que avanzaba por el pasillo. Nada en la casa parecía estar despierto, como si fuera parte del cuento de La Bella Durmiente, esperando ser despertado por el primer beso de amor. Todo eso dejó a Angelica con una sensación inquietante.

Cuando llegó al final del pasillo, olfateó y tuvo una súbita noción de lo que podría encontrar detrás de la última puerta. Reconoció los olores de trementina y pintura. Seguro que, cuando abriera la puerta, se revelaría un estudio de pintura completo.

Gaspó al entrar en la habitación. La luz del sol se filtraba a través de un par de ventanas altas en el lado opuesto, llenando la habitación con el tipo de luz que suponía que los artistas ansiaban para su trabajo. Y la habitación estaba repleta de trabajo. Cada pulgada de las paredes estaba colgada con pinturas que iban desde el tamaño natural hasta no más grande que su mano. Más lienzos estaban apilados contra las paredes, superponiéndose entre sí. Un gabinete de pintura y suministros estaba cerca de la puerta, y un caballete con una pintura a medio terminar descansaba cerca de las ventanas junto con una pequeña mesa y sillas. Pero era el arte mismo lo que hacía que la mandíbula de Angelica cayera y su estómago se llenara de mariposas.

De cada lienzo, la misma cara le devolvía la mirada. Una mujer. Una joven. No podía tener más de veinte años, si eso. Tenía una tez clara, cabello castaño dorado y ojos avellana. Sus mejillas eran redondas y sonrosadas, y su nariz era estrecha. El término "rosa británica" surgió instantáneamente en la mente de Angelica. Pero en las pocas pinturas que mostraban algo más que la cara y la cabeza de la mujer, llevaba ropa simple, no de alta costura.

Pero había más en las imágenes pegadas en toda la habitación que simplemente la cara bonita de la mujer. Estaba atormentada. Estaba sufriendo. Ninguna de las pinturas la representaba feliz y sonriente. En algunas, sus ojos estaban húmedos de lágrimas. En otras, sus rasgos estaban retorcidos de dolor. En algunas estaba gritando. Las pinturas demostraban una variedad de estilos, desde el agudo realismo de los maestros neoclásicos hasta el énfasis en la luz de los impresionistas, pero la intensidad de la emoción en cada una era tan feroz que Angelica se llevó una mano al corazón, tragando saliva para mantener sus propias emociones a raya.

Mark las había pintado. Estuvo segura al instante, aunque ninguno de los lienzos estaba firmado. Nunca habría adivinado que él practicaba el arte además de coleccionarlo y saber sobre él. Pero no había otra explicación, especialmente porque la pintura en el caballete aún estaba húmeda. Mark había sido explícito sobre cuánto tiempo había pasado desde que había tenido huéspedes en una de sus breves e insulsas conversaciones, lo que significaba que ningún otro artista podía estar presente. A menos que tuviera un artista de repuesto encerrado en las habitaciones sin usar de Blackmoor, lo cual dudaba.

Como si necesitara más pruebas, un sonido de movimiento vino del segundo cuarto de la suite grande. Angelica saltó al sonido, congelándose donde estaba, pero cuando no hubo otro sonido, se acercó cuidadosamente hacia la puerta que separaba las dos habitaciones de la suite.

La segunda habitación era un dormitorio cuyos muebles parecían aún más antiguos que los de lo que suponía que era la habitación de Mark. La cómoda, la cama y el armario de la habitación que se extendían ante ella parecían positivamente medievales en su esplendor. Las cortinas estaban cerradas en esa habitación, pero había más que suficiente luz del estudio para que Angelica viera a Mark dormido en la cama. Estaba tumbado de lado sobre las mantas, con las piernas estiradas y los brazos pegados al pecho. Su rostro estaba pálido, aunque relajado en el sueño, aunque no se había afeitado, y su cabello estaba desordenado. Llevaba la misma ropa que había llevado el día anterior en su paseo, pero sus manos estaban manchadas con rastros de pintura.

La vista hizo que el corazón de Angelica se derritiera incómodamente en su pecho. Se movió cuidadosamente hacia la habitación. Styx dormitaba en la otra almohada de la cama. Abrió un ojo y levantó un poco la cabeza al ver a Angelica, pero no debió haberla visto como una amenaza. Cerró el ojo y volvió a su siesta. Al menos hasta que Angelica se sentó en el borde de la cama cerca de las piernas de Mark. A él no le gustó mucho eso y pasó de dormir a salir disparado de la cama y fuera de la habitación con la velocidad que solo un gato podría manejar.

Ya fuera la partida de Styx o Angelica sentada en la cama, Mark se despertó de golpe. Angelica contuvo la respiración, forzándose a aparecer tranquila para no alarmarlo. Su plan solo funcionó a medias. Mark inhaló bruscamente al verla, se volteó sobre su espalda y se alejó de ella, sentándose. Pero después de su primer estallido de sorpresa, soltó un suspiro, sus hombros y cabeza se desplomaron.

"No se preocupe por mí", dijo Angelica. "Solo estaba pensando en tomar una siesta yo también". Parte de ella quería agregar, "Ya que aparentemente no tiene el menor interés en entretener a sus invitados", pero optó por no mostrar ningún desagrado en él. Después de todo, se atrapan más moscas con miel que con vinagre.

Mark murmuró algo cansado e incoherente que se resolvió en un "Lo siento".

"Parece que necesitaba descansar", dijo ella, aún sin juzgar.

Mark se frotó la cara con la mano, sin decir nada. La miró, con recelo y vergüenza nublando su expresión, como si lo hubieran despertado demasiado rápido para ocultar sus emociones. Podía verlo luchando por saber qué hacer con la situación, luchando por mantener su dignidad y compostura. Ella eligió ignorar su visión de su vulnerabilidad.

"No sabía que era pintor", dijo como si estuvieran sentados en el salón tomando té.

Él parpadeó, moviéndose para sentarse más erguido, aunque era incómodo con las piernas estiradas sobre la cama. Todavía llevaba puestos sus zapatos también. Por un momento, pareció que podría negar haber pintado el contenido de la otra habitación, pero al ver sus manos, debió haber sabido que no tenía sentido negarlo.

"Aprendí cuando era niño", dijo, con la voz cargada de sueño. Se aclaró la garganta y continuó un poco más distintamente. "Mi padre trajo a un tutor cuando vio que tenía talento y un..." Hizo una pausa para tragar, pareció estar debatiendo algo internamente, pareció resolver el debate, luego continuó con, "Y un amor por la pintura también".

"Es muy bueno", dijo Angelica. Lo decía en serio. "¿Veo que ha experimentado con diferentes estilos?"

"Sí", respondió, mirándola como si no estuviera seguro de si se estaba burlando de él. Lo que le dijo que más personas se habían burlado de él por pintar que las que no.

"¿Qué estilo prefiere?" preguntó ella.

Frunció el ceño y la estudió como si estuviera tratando de descifrar lo que quería decir, pero finalmente respondió: "Me inclino hacia estilos más realistas. Admiro los estilos más abstractos, pero el detalle me atrae".

"¿Ha pintado algo más que esa mujer?" El pulso de Angelica se aceleró mientras hacía su pregunta.

Mark no respondió. La mirada velada que había llegado a conocer de él regresó. No pudo evitar sentirse decepcionada.

Se deslizó hacia el borde de la cama, moviendo las piernas hacia un lado y levantándose. Angelica se puso de pie con él.

"¿Quién es ella?" preguntó.

El color abandonó el rostro de Mark y por un momento Angelica pensó que podría estar enfermo. No le sorprendió en absoluto cuando se alejó de ella, rodeó la cama hasta el lavamanos y se echó agua en la cara en lugar de responder. Lo que le dijo que la mujer era alguien significativa. ¿Tal vez una amante anterior? No tenía suficiente parecido para ser un pariente, así que desechó la idea fugaz de que fuera su madre. El sentido le decía que sería una tonta preguntarle más a Mark en este momento, sin embargo. Quizás una vez que estuvieran casados, él se abriría.

"¿Este es su dormitorio?" preguntó en su lugar.

"No", respondió mientras se secaba la cara con una toalla, luego la apartaba. "Era la habitación de mi padre".

Angelica asintió, comprendiendo. Tenía sentido que se retirara a la habitación del hombre al que había amado y admirado cuando sus emociones lo abrumaban. La suite probablemente era el sitio de recuerdos entrañables y un lugar de amor.

"Probablemente piensa que soy un tonto", dijo en un tono derrotado mientras caminaba cautelosamente hacia ella. "Un hombre adulto escondiéndose en la habitación de su padre cuando debería estar entreteniendo a su invitada."

"Para nada", respondió Angelica encogiéndose de hombros, aunque había estado pensando exactamente eso. "Llegué sin avisar. ¿Por qué debería interrumpir su vida para mantenerme ocupada?"

Él la observó, continuando con la sensación de que ella podría explotar en cualquier momento. "¿No es acaso el propósito de su visita interrumpir mi vida?"

Ella no pudo evitar sonreír. "*Touché*. El matrimonio siempre es una interrupción."

Su expresión irónica indicaba que el matrimonio probablemente no sucedería, pero lo que en realidad dijo fue: "¿Habla francés?"

"*Mais oui. J'ai été élevé à la Nouvelle-Orléans, après tout*", respondió ella.

Mark asintió como si entendiera cada palabra, pero no hizo ningún comentario adicional. "He sido un mal anfitrión", dijo, moviéndose hacia la puerta del estudio, luego girándose y caminando sin rumbo de regreso al dormitorio, como si no estuviera del todo listo para enfrentarse a su arte. "El clima está agradable de nuevo hoy".

"Sí", dijo Angelica, ocultando su sonrisa. "Fui a dar otro paseo vigoroso esta mañana y me mantuve ocupada moviendo troncos del sendero en sus bosques".

Él frunció el ceño en confusión. "Tengo un jardinero que hace todo eso".

Angelica encogió los hombros, acercándose a él. "Prefiero mantener mi fuerza".

Su ceja subió. "¿Su fuerza?"

"Sí", respondió, encontrando y sosteniendo su mirada. "Una vez fui atacada, y no tengo la

menor intención de encontrarme en esa posición nuevamente. La fuerza es la mejor defensa".

"No tengo la intención de atacarla", dijo con un extraño nivel de defensa, retrocediendo un paso.

"No dije que lo haría", dijo ella, desconcertada por su reacción.

Parecía darse cuenta de lo inapropiadamente que había respondido, y sus hombros cayeron en derrota. "Lo siento", dijo, pasándose una mano por los ojos. "Todavía estoy un poco confundido por el sueño".

Angelica se preguntó qué más lo estaba confundiendo. Las rocas en el río, la forma en que la había saludado, la obviedad de su tensión, como un gato que esperaba que su atormentador volviera en cualquier momento. Mark estaba sufriendo.

Por mucho que Angelica hubiera deseado encontrar una manera de sonsacarle toda la historia, un golpe en la puerta los sorprendió a ambos y terminó la conversación. Un momento después, el Sr. Baxter entró en la habitación.

"Mi señor, su..." El Sr. Baxter se detuvo con una mirada de alarma al ver a Angelica. "Lo siento, mi señor. Debería haber sido más explícito en que la señorita LeClaire no debía molestarlo".

"Está bien, Baxter". En un instante, la espalda de Mark estaba recta, su barbilla estaba arriba y, excepto por su obvio estado de desorden, era el amo de la casa una vez más. "Ya era hora de que me interrumpieran".

"Lo siento por haber husmeado a sus espaldas, Sr. Baxter", se disculpó Angelica, acercándose para estar al lado de Mark, sintiendo que sus mejillas se calentaban.

El Sr. Baxter miró de Angelica a Mark como si no supiera el protocolo para la incómoda situación.

"¿Qué pasa, Baxter?" preguntó Mark, colocando gentilmente al hombre de nuevo en el camino correcto.

"Mi señor, su primo, Lord Helm, y Lady Helm han llegado", dijo el Sr. Baxter con una reverencia. "Están esperando en el salón oeste".

"Gracias, Baxter. Dígales que bajaremos directamente", asintió Mark.

El Sr. Baxter se volvió para irse, dándole a Angelica una última mirada, incierto.

"¿Son sus primos a quienes le escribí para que vinieran a quedarse como chaperones?" preguntó Angelica una vez que se hubo ido.

"Sí." Mark bajó la vista hacia sí mismo y suspiró. "No estoy en condiciones de recibir visitas".

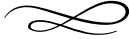
"No, no lo está", dijo Angelica con una sonrisa. Aunque le gustaba la vista de Mark un poco desarreglado. Era un fuerte contraste con la manera demasiado tensa en que se había conducido el día que llegó. Se sentía como si hubiera desgastado un poco su caparazón para ver la criatura esponjosa dentro. Quería ver más.

"Tendré que presentarla así de todos modos", dijo con disgusto, sacudiendo la cabeza con desagrado mientras se dirigía hacia la puerta. "Lavinia me perdonará. Armand no", continuó mientras Angelica lo seguía. "Espero que no le importe quedarte con desconocidos inmediatamente después de ser presentada, ya que tendré que abandonarla para arreglarme de inmediato".

Angelica se rio. "He pasado toda mi vida siendo abandonada con desconocidos. Tengo una forma sorprendente de hacerlos mis amigos".

Se detuvo una vez que alcanzaron el pasillo para mirarla. Angelica no podía estar segura, pero pensó que tal vez a Mark le gustaba lo que veía.

Cinco



Mark estaba convencido de que la única manera en que podría haberse avergonzado más frente a Angelica sería si hubiera estado durmiendo desnudo en la cama de su padre. Vestido o no, sentía como si ella lo hubiera sorprendido con todo al descubierto. Había visto su estudio, había visto su trabajo. Había podido notar por la mirada en sus ojos que había notado que no se había cambiado de ropa desde su caminata la mañana anterior. Incluso si ella no lo hubiera visto, ciertamente olía como si no se hubiera cambiado ni bañado. Y ahora estaban camino hacia abajo para encontrarse con Lavinia y Armand con él en ese estado.

Llegaron al final del pasillo y comenzaron a bajar las escaleras, uno al lado del otro. ¿Se había vuelto completamente loco? ¿Había perdido la capacidad de interactuar socialmente? Angelica era su invitada y estaba fallando como anfitrión en todos los aspectos.

Pero si fuera honesto consigo mismo, ella era más que una simple invitada. Era una invasora, venida a derribar sus muros con su ridícula propuesta de matrimonio. Solo que, derribar sus muros era exactamente lo que ella había logrado desde el principio. En lugar de actuar como el anfitrión cortés, debería haberla dejado a su aire mientras se investigaba el testamento de su tío abuelo. Nunca debería haber salido a caminar con ella la mañana anterior, nunca debería haber lanzado piedras al río como un niño.

Dios, pero se había sentido bien lanzar esas piedras. Ojalá todas hubieran golpeado a Shayles en la cara, como imaginaba que lo habían hecho.

"Lord y Lady Helm están esperando", dijo Baxter cuando llegaron al pie de las escaleras. "La Sra. Dees ha enviado té".

"Gracias, Baxter", dijo Mark como si nada estuviera remotamente fuera de lo común. Fingir que todo estaba como debería haber sido lo había llevado a través de veinticinco años de infierno, así que no veía razón para detenerse.

"Oh, una cosa más, mi señor." Baxter se acercó al armario en el vestíbulo, trayendo una pila de cartas. "Ha llegado el correo de la mañana. Dentro de él, puede encontrar algunas cosas de interés." Miró brevemente a Angelica mientras le entregaba el correo a Mark.

"Gracias, Baxter". Mark tomó las cartas, hojeándolas rápidamente. Había una carta delgada de Lavinia que no había logrado llegar antes de que ella misma lo hiciera junto con dos cartas de Londres: una del abogado de Shayles y otra del suyo propio. Su estómago se apretó al ver la carta de su abogado, pero se obligó a seguir adelante hacia el salón oeste en lugar de abrirla de inmediato.

"Mark, qué encantador verte... Dios mío, ¿estás completamente bien?" preguntó Lavinia mientras se levantaba de uno de los sofás en el salón, con un bebé envuelto en sus brazos. Con solo mirarlo, su expresión había pasado de feliz y abierta a alarmada.

"Buenos días, prima Lavinia", la saludó con un gesto de sus labios que pasaba por una sonrisa, luego asintió solemnemente a Armand. "Helm".

"Gatwick", respondió Armand devolviendo el saludo brusco con la mandíbula apretada, estrechando los ojos mientras examinaba a Mark de arriba abajo.

Mark sabía muy bien lo que su primo veía mientras lo observaba, pero ignoró la imagen que debía haber pintado. Enderezó la espalda y fingió que estaba vestido con el último estilo y olía a rosas.

"Prima Lavinia, Helm, me gustaría presentarles a la señorita Angelica LeClaire", dijo, con su manera perfecta.

"¿Cómo están ustedes?" Angelica hizo una reverencia ligeramente, mirando de Lavinia a Armand y viceversa.

"Bastante bien", respondió Lavinia, sus ojos brillantes mientras avanzaba. "Hemos estado ansiosos por conocerla desde el momento en que recibimos la carta de Mark". Miró a Armand, quien parecía menos que entusiasmado. De hecho, Armand parecía como si el techo pudiera desplomarse sobre él en cualquier momento.

"También he estado ansiosa por conocerlos", dijo Angelica, con la imagen de gracia y amabilidad. "Lord Gatwick dijo que los había llamado para actuar como chaperones, pero ha dicho muy poco más".

Le envió una sonrisa que para su gusto era excesivamente cariñosa, considerando que había otras personas presentes. Aunque no estaba seguro de que le hubiera importado si ella le hubiera sonreído de esa manera cuando estaban solos.

Ese pensamiento trajo consigo un calor incómodo. Cerró su corazón de golpe, apartó sus emociones invasoras y aclaró su garganta. "Si me disculpan", dijo. "Como pueden ver, necesito un poco de tiempo antes de estar listo para la compañía. No tardaré más que un momento".

"Por supuesto", dijo Lavinia, ajustando a su hijo contra su hombro mientras lo hacía. "Pero ¿estás completamente seguro de que estás bien?"

"Estoy bien. Gracias por preguntar." Asintió cortésmente, luego se dio la vuelta para irse antes de que Lavinia pudiera hacer más preguntas.

Lo que estaba haciendo, de hecho, era huir. Lo sabía, y es probable que Lavinia también lo supiera. Algo le decía que Angelica también lo sabía. Angelica parecía saber mucho sin tener manera de haber obtenido la información. Tal vez fuera una bruja. Nueva Orleans estaba plagada de brujas, o eso había escuchado.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos tontos mientras alcanzaba las escaleras y las subía de dos en dos. Mientras lo hacía, miró las cartas en su mano una vez más. Estaba dispuesto a apostar su vida a que la carta del abogado de Shayles contenía otra negativa para devolverle su pintura. Eso no impediría que Mark lo siguiera pidiendo una y otra vez. Desgastaría a Shayles eventualmente.

Tan pronto como llegó a su habitación, se dirigió a su cama, donde Styx estaba durmiendo la siesta, lanzó las cartas, y comenzó a desvestirse. Sin embargo, no pudo resistir su curiosidad por mucho tiempo. Cuando solo le quedaban los calzoncillos, arrebató la carta de su abogado de la cama y la rasgó mientras Styx se levantaba y se acercaba, como si él también estuviera interesado en la carta.

El sobre contenía dos hojas de papel. La primera era una carta que decía: *"Mi lord, he examinado detenidamente los documentos que me envió y he enviado consultas a Nueva*

Orleans. Mis consultas fueron respondidas de inmediato por las oficinas de Beck y LeRoux. Las afirmaciones de la señorita LeClaire son completamente verdaderas. El testamento de su bisabuelo es tal como ella lo presentó ante usted. A menos que se case con ella, no quedará con nada. Además, una lectura minuciosa del testamento en cuestión ha revelado que, sin un matrimonio, no tiene derecho a heredar la pequeña suma y la propiedad que su bisabuelo le ha dejado".

"¿Propiedad?" preguntó Mark a Styx, frunciendo el ceño.

La carta continuaba. *"Me tomé la libertad de investigar más esa sección del testamento y descubrí que, de hecho, su bisabuelo adquirió un interés mayoritario en Blackmoor Close de su abuelo en 1845. Parece que este hecho fue en gran parte olvidado por su padre cuando le legó la finca, pero he localizado los documentos de la transacción original, que muestran claramente que la finca pertenecía al Lord Miles Gatwick.*

"Puede ser posible impugnar la propiedad de Blackmoor Close en los tribunales, ya que Lord Miles Gatwick había residido en Estados Unidos durante los últimos treinta años. Sin embargo, sería más simple cumplir las condiciones del testamento. Me tomé la libertad de obtener una licencia especial en su nombre, en caso de que elija casarse".

Con el corazón latiendo en su garganta, Mark miró la segunda hoja de papel contenida en la carta. Era una licencia especial con su nombre y el de Angelica ya completados. La vista de eso le envió un escalofrío por la espalda y lo hizo sentarse con fuerza en la cama. Más perturbador aún, las emociones que corrían desenfrenadas en él no eran lo que esperaba. En lugar de temor y rechazo a la idea, su corazón se aceleró y algo similar a la esperanza brotó dentro de él.

Pero no, eso era ridículo. Apartó la carta y la licencia y se puso de pie, marchando hacia su lavabo para mojar una esponja y limpiarse. Styx saltó de la cama y se puso en una posición en el alféizar de la ventana junto al lavamanos. Angelica no había mencionado nada acerca de que perdería el único hogar que había conocido si no se casaba con ella. Estaba jugando con él. Es probable que estuviera esperando revelar la verdad y atraparla una vez que la rechazara.

Aunque eso no parecía mucho a lo que sabía de ella. Había anunciado su intención de casarse con él como una forma de afirmar su independencia, paradójicamente, no como chantaje para convertirse en condesa. ¿Era posible que no hubiera leído el testamento más allá de la sección que le correspondía? Dijo que no había estudiado esa parte detenidamente. Tenía que haber una trampa, algún tipo de píldora para tragar. Todos tenían motivos ocultos. Todos querían algo para ellos mismos, y como había demostrado la historia, él siempre era el perdedor.

Pero mientras se pasaba una navaja por la cara para parecer respetable de nuevo, su mente se llenaba de dudas. Angelica tenía una fuerte motivación para venir a Blackmoor Close, pero no era una oculta o siniestra. Había sido sincera con él desde el principio. Ya lo había visto en su peor momento y no había huido. Aunque eso podría ser simplemente una prueba de su determinación de casarse con él cueste lo que cueste. No es que estuviera totalmente en contra de la idea. Supuso que tendría que casarse con ella para mantener su hogar, pero más allá de eso, le... le gustaba.

Tan pronto como dejó entrar el pensamiento en su mente, su mano resbaló y la navaja mordió su mejilla. Un sentido de temor lo invadió. Las mujeres que le gustaban rara vez tenían un buen final. Ahora podía ver el futuro. Daría a Angelica todo lo que ella quisiera y se casaría con ella, y ella nunca lo perdonaría por ello.

Angelica luchaba con sus nervios mientras Mark se daba la vuelta y salía de la habitación. Con él a su lado, parecía más fácil enfrentarse al Lord Helm y la amenaza que podría representar. Sin él, volvía a fingir que era más fuerte de lo que era.

"Supongo que él necesita arreglarse", dijo Lady Lavinia.

El hecho de que Lady Lavinia hablara primero le dio a Angelica valor y sugirió que Lord Helm no era ni dominante ni cruel. Tragó su miedo y se volvió hacia la condesa con una sonrisa. "Mi visita hasta ahora ha sido inesperada, por decir lo menos", dijo.

"Mark no fue particularmente abierto en su carta para mí", dijo Lady Lavinia, mirando a su esposo con ceño fruncido, luego volviendo a mirar a Angelica. "Venga, siéntese y cuénteme cómo terminó aquí".

Angelica estaba más que feliz de obedecer. Era mucho más fácil enfrentarse a la situación extraña sentada, especialmente cuando Lady Lavinia le ofreció una taza de té. Angelica sirvió para todos, ya que Lady Lavinia tenía un bebé en brazos.

"Estoy aquí debido a los dictámenes del testamento de mi abuelo adoptivo, mi señora", explicó Angelica, entregando a Lady Lavinia una taza.

"Sí, eso es todo lo que decía la apresurada carta de Mark". Lady Lavinia dejó a su bebé dormido en el sofá a su lado, luego se volvió para tomar la taza.

"¿Su abuelo adoptivo es el Gran Tío Miles de Gatwick?" Lord Helm preguntó, aun frunciendo el ceño.

"¿No es también su tío abuelo?" Angelica preguntó.

Lord Helm negó con la cabeza. "Gatwick heredó su tierra y título a través de la familia de su madre. Lord Miles Gatwick era el hermano del abuelo de su madre. Transmitió el título de Conde de Gatwick a Mark cuando dejó Inglaterra por América". Hizo una pausa antes de agregar: "El apellido de Mark es Pearson, al igual que el mío y como lo fueron nuestros padres, pero se le llama Gatwick, debido a su título, al igual que ahora me llaman a mí Helm".

"Ya veo", dijo Angelica, sintiendo que le daba vueltas la cabeza. Los títulos y nombres británicos y cómo se recibían era un enredo de confusión para ella. "No pensé que fuera posible que un hombre heredara un título a través de una línea femenina.

"Es con un poco de truco", explicó Lord Helm. "La mayoría de los títulos británicos se crean con cartas de patente que especifican a los 'herederos varones del cuerpo' del titular como sucesores. Muy pocos títulos antiguos, como el título de Gatwick, provienen de cartas de patente que especifican 'herederos del cuerpo' en general como sucesores, lo que significa que el título puede fluir a través de una línea femenina si no hay otro sucesor masculino. Técnicamente, Lord Miles Gatwick no debería haber podido renunciar a su título cuando se mudó a Nueva Orleans, pero el viejo astu...", Se aclaró la garganta. "El viejo truhán estaba decidido a pasar el título a Mark. Cometió un pequeño acto de traición de naturaleza financiera y comercial que lo hizo perder el título, que luego pasó a Mark, quien era el siguiente heredero más cercano del cuerpo". Hizo una pausa antes de agregar: "Creo que también hubo una gran suma de dinero que cambió de manos en el momento del paso del título". Hizo otra pausa. "O bien el título fue declarado extinto y luego otorgado de nuevo a Mark, gracias a esa suma de dinero. Los detalles son confusos, pero había una explicación para todo".

La boca de Angelica se abrió, su cabeza daba vueltas. "Qué confuso".

"Lo es", Lavinia estuvo de acuerdo con una risa. "Por eso tratamos de no pensar en ello".

Angelica se sentó allí desconcertada durante unos momentos más antes de sacudir la cabeza, cerrar la boca y continuar. "El abuelo Miles no me dejó nada en su testamento". La expresión de Lavinia se contrajo con sorpresa y simpatía. "Eso es, nada a menos que me case con Lord Gatwick", continuó.

"¿Su abuelo adoptivo exigió que dejara atrás su vida en Nueva Orleans para venir hasta aquí y casarse con Mark?" Lavinia parpadeó.

Lord Helm simplemente frunció el ceño con sospecha.

Angelica encogió los hombros. "Sin los medios para mantenerme, no tendría mucha vida en Nueva Orleans de todos modos. Así que aquí estoy, viniendo a Inglaterra para pedirle a mi pretendido que cumpla los términos del testamento".

"Y ¿qué ha dicho Mark?" Lavinia continuó. "¿Está dispuesto a la idea de casarse?" La estudió con una nueva luz en sus ojos, como si estuviera contemplando las implicaciones del compromiso también.

"No podría decirlo", Angelica respondió, sintiéndose obligada a responder a Lavinia con tanta apertura y honestidad como ella estaba mostrando. Alzó su taza de té para tomar un sorbo, luego inclinó la cabeza hacia un lado. "Lord Gatwick es sumamente difícil de leer. Pero debo confesar, por lo poco que he visto hasta ahora, creo que necesita una esposa de algún tipo, incluso si decide que no soy yo".

"Estoy de acuerdo", dijo Lavinia con un nivel de emoción que sorprendió a Angelica. "Especialmente después de todo por lo que pasó esta primavera".

Los ojos de Angelica se abrieron de par en par. Puso su taza de té en la mesa para no correr el riesgo de dejarla caer cuando una ola de emoción la golpeó. Por fin, sintió como si tuviera respuestas a las preguntas que la estaban atormentando. "¿Qué pasó esta primavera?", preguntó, intentando no sonar demasiado ansiosa.

Lavinia se inclinó más cerca, poniendo también su taza de té en la mesa. La emoción brillaba en sus ojos. "Fue el tema de la temporada", comenzó. "Durante semanas, los periódicos y el cotilleo de la ciudad no hablaban de otra cosa".

Lord Helm se reclinó en su silla con una profunda mueca, mirando hacia la puerta como si Mark apareciera en cualquier momento y se sintiera ofendido por su conversación. Eso no detuvo a Lavinia para continuar.

"Hubo un juicio, ¿sabe?", explicó. "En la Cámara de los Lores. Un amigo de Mark, aunque no estoy segura de llamarlo amigo, Lord Theodore Shayles, fue acusado de varios cargos, incluido el funcionamiento de un burdel y el abuso a las mujeres".

El pecho de Angelica se apretó tan fuerte que no pudo respirar por un momento. El asesino de gatitos. Tenía que ser él. ¿Y era un hombre que también era cruel con las mujeres? Un escalofrío profundo de presentimiento le recorrió la espalda, evocando recuerdos propios que había luchado por mantener a raya.

"Lord Shayles fue encontrado culpable", continuó Lavinia. "Mucha gente dice que fue por culpa de Mark".

"En parte", dijo Lord Helm. Angelica dedujo por la postura del hombre que no sentía el mismo tipo de respeto por Mark que Lavinia obviamente tenía. De hecho, si hubiera sido una mujer de apuestas, podría haber supuesto que a Lord Helm no le gustaba Mark en absoluto.

"Supongo que la historia se remonta más atrás que eso", continuó Lavinia, su postura relajándose. Parecía perdida en sus pensamientos por un momento. Angelica esperó pacientemente hasta que continuó con: "Mark ha sido amigo de Shayles durante décadas, aunque no sé cómo".

"Los dos son malditos basta...", Lord Helm tragó sus palabras por segunda vez, retorciéndose en su asiento. "Mi esposa tiene una visión más optimista de mi primo de la que tengo yo", le dijo a Angelica en voz tensa.

Lavinia emitió un sonido impaciente. "Armand y sus amigos no quieren a Mark", dijo, mucho más abierta de lo que Angelica hubiera esperado en una mujer que acababa de conocer. Le gustaba Lavinia inmensamente por su franqueza. "Piensan que solo porque ha estado al lado

de Shayles durante tanto tiempo, es tan malvado como él. Pero yo sé que no lo es", agregó con vigor.

"No me parece malvado en absoluto", Angelica estuvo de acuerdo. "Aunque hay algo en él que se siente..." Se detuvo, buscando la palabra, recordando el estallido de emoción de Mark en el río el día anterior. "Él me parece un hombre que tiene un gran peso sobre sus hombros".

"Siempre lo he pensado así también", Lavinia dijo, sonriendo a Angelica como si fuera un alma gemela.

Lord Helm parecía apenas tolerar la opinión de su esposa. Sin embargo, lo admiraba por no interrumpirla o decirle directamente a Lavinia que estaba equivocada.

"Es cierto", Lavinia continuó. "Durante décadas, Mark ha estado al lado de Shayles. Y no se equivoque, Shayles es terrible. En el juicio, fue encontrado culpable de operar un burdel y condenado a seis meses de prisión".

"¿Eso es todo?" Angelica preguntó, instantáneamente enojada.

"Eso fue lo que pensé también", Lavinia coincidió con su tono frustrado. Sacudió la cabeza. "Honestamente, si lo hubieran juzgado un tribunal de mujeres, el veredicto habría sido muy diferente. Shayles habría sido condenado por asesinato".

"¿Es un asesino?" Los ojos de Angelica se abrieron de par en par.

Lavinia miró nerviosamente a Lord Helm.

"Sí, lo es", Lord Helm respondió en tonos oscuros.

"Pero ¿no fue condenado?" Angelica preguntó.

"No por eso, lo cual fue exasperante", Lavinia sacudió la cabeza. "Mis amigas y yo estábamos furiosas. Todavía lo estamos". Hizo una pausa y luego dijo con un tono más ligero: "Espero que tenga la oportunidad de conocer a mis amigas. Marigold, en particular, la adoraría".

Angelica sonrió repentinamente ante el inesperado cumplido. Sin embargo, no duró mucho. Se sentía como un perro con un hueso ahora que estaba aprendiendo más sobre Mark. Todo lo que Lavinia había dicho hasta ahora encajaba demasiado bien con la historia que Mark había contado sobre su conocido ahogando a la familia de Styx. Necesitaba saber más.

"¿Por qué supone que Mark continuó su asociación con un hombre como Lord Shayles?" preguntó.

Lord Helm se movió en silencio en su silla, su expresión tan oscura como una nube de tormenta, parecía querer una respuesta a esa pregunta también.

"Nadie sabe", respondió Lavinia. "Pero estoy segura de que hay una muy buena razón para la asociación. Una razón que ninguno de nosotros conoce". Le envió a su esposo una mirada regañona. Angelica tuvo la sensación de que habían discutido sobre Mark antes y que Lavinia siempre tomaba partido por Mark. Eso aumentaba aún más la estimación de la condesa a los ojos de Angelica.

"Mark me dijo ayer que no tiene amigos", dijo Angelica.

Lavinia reaccionó como si le hubiera contado sobre los gatitos. "Pero sí tiene amigos", insistió. "Yo soy su amiga. Pensé que él me consideraba como tal".

"Estoy segura de que sí", dijo Angelica, extendiendo la mano para tocar el brazo de Lavinia. "Y le aseguré que yo también soy su amiga".

"Me alegra mucho escucharlo", dijo Lavinia, sonriendo y tomándole la mano a Angelica por un momento. "He estado diciendo todo el tiempo que, si Mark tuviera el beneficio del tipo correcto de amigos, podría salir de cualquier tipo de atolladero en el que se haya metido".

"¿Cree que está tan mal?", preguntó Angelica.

Lavinia encogió los hombros. "No ha salido de Blackmoor Close desde que regresó aquí al

final del juicio. Al menos, hasta donde yo sé". Bajó la cabeza, echando un vistazo rápido a su esposo. "La gente del pueblo no habla tan bien de él como me gustaría".

"Lavinia", dijo Lord Helm con voz de sufrimiento. "Ya hemos pasado por esto antes".

Un impulso de protección llenó a Angelica. "¿No cree que los hombres merecen una segunda oportunidad, Lord Helm?" preguntó, sabiendo muy bien que mostraba demasiada indignación para una conversación con un conde. Pero, una vez que se casara con Mark, sería condesa.

Lord Helm se retorció, atrapado en su silla por las miradas indignadas de dos mujeres. "Si Mark es el santo que ustedes dos obviamente piensan que es, ¿por qué esperó tanto tiempo para darle la espalda a Shayles?"

Angelica y Lavinia abrieron la boca para responder, pero fueron interrumpidas por una aclaración de garganta en la puerta. Las tres se volvieron para encontrar a Mark parado allí, luciendo tan limpio y pulido como si hubiera descansado toda la noche, se hubiera dado un baño lujoso y lo hubiera vestido un ayuda de cámara. Un torrente de vergüenza inundó a Angelica. A juzgar por lo rosadas que se pusieron sus mejillas, Lavinia también lo sintió. Lord Helm se sentó más derecho, pero su expresión se convirtió en un ceño fruncido.

"Mi abogado ha revisado el testamento del tío-abuelo Miles", anunció Mark, avanzando más hacia la habitación, con las páginas de una carta en la mano. "Es legítimo y lo ha verificado".

Un profundo silencio llenó la habitación. La piel de Angelica se erizó de expectativa. Mark reconoció el testamento, ¿pero la ayudaría a cumplirlo?

Se acercó lentamente hacia ella, con una mirada indescifrable en sus ojos. "¿Sabía acerca de la sección que se refiere a Blackmoor Close?" preguntó.

Angelica se giró para mirarlo, parpadeando. "Recuerdo haber leído algo sobre Blackmoor cuando escaneé las partes del testamento que no me concernían".

"¿No leyó esas secciones detenidamente?" preguntó, clavando sus ojos en ella.

De repente, Angelica deseó haber repasado todo el testamento con minuciosidad en lugar de enfocarse en la sección que destruyó su futuro. Debería haber exigido más de los abogados de su abuelo Miles.

Antes de que pudiera decir algo, su memoria se agitó y tragó saliva. "Oh, Dios", dijo, poniendo una mano en su pecho. "Ni siquiera pensé en esa parte. Solo quería venir aquí lo más rápido posible para abordarlo porque el poco dinero que tenía se estaba acabando".

"¿Qué pasa?" preguntó Lavinia en un susurro. "¿Hay algún problema?"

Todos los ojos se volvieron hacia Mark una vez más. Permaneció perfectamente quieto, antinaturalmente quieto. Angelica estaba segura de que podía ver las ruedas girando en su mente, sin embargo.

"Nada está mal", respondió después de una pausa tan larga que Angelica soltó el aliento que había estado conteniendo mientras él hablaba. "Mi abogado fue lo suficientemente considerado como para obtener una licencia especial junto con la investigación del testamento. Estoy seguro de que podemos hacer arreglos con el reverendo Ballard para casarnos en unos días".

El corazón de Angelica se aceleró hasta el punto de marearla. Iba a seguir adelante. No solo eso, no les había contado a sus primos sobre la cláusula del testamento que debía de haberle parecido un soborno: que perdería Blackmoor Close si no se casaba con ella. El calor inundó el rostro de Angelica con vergüenza y alivio. ¿Pensó que ella le había mentado al no mencionar el destino de Blackmoor Close? O tal vez se había hecho un favor a sí misma al no colgar ese pedazo indecoroso de la voluntad sobre su cabeza como cebo para atraparlo como esposo. Tal vez su propio enfoque en cuidarse a sí misma había funcionado a su favor. De cualquier manera, estaba tan agradecida que quería reír y llorar a la vez.

“¿Te vas a casar con esta mujer?” dijo lord Helm, enderezándose alarmado. “¿Esta mujer que apareció en tu puerta sin avisar? ¿Una mujer de la que no sabes nada?”

Mark miró a Lord Helm y a Angelica. Su mirada se posó en ella por un momento, y aunque el color inundó su rostro, Angelica no tenía idea de lo que estaba pensando.

Por fin, se volvió hacia lord Helm y dijo: “Sí”.



Ella estaba gritando, alcanzándolo, rogándole que hiciera que los demás se detuvieran, incriminándolo con su miedo. Mark se retorció y luchaba, pero cuanto más lo intentaba, más difícil le resultaba moverse. Sus gritos alcanzaron un punto álgido mientras la risa de Shayles resonaba en sus oídos, cada vez más fuerte. Pero Mark no podía moverse, no podía gritar, no podía detener el horror que se desarrollaba frente a él. Todo lo que podía hacer era mirar, sudar, jadear, luchar contra las ataduras que lo retenían.

"Piénsalo de esta manera, Gatwick", dijo la voz risueña de Shayles. "Tu lugar con nosotros está asegurado ahora".

Mark despertó con un sobresalto, dando un tirón en un intento de incorporarse de golpe. Estaba enredado en un montón de sábanas sudorosas y no llegó muy lejos. Se retorció dentro de ellas por un momento antes de darse cuenta de que el sueño había terminado, habían pasado casi veinticinco años, y estaba a salvo en su propia cama.

Logró liberarse de las sábanas y sentarse por fin, jadeando fuertemente. Se pasó ambas manos por el cabello húmedo, luego se frotó la cara, deseando desesperadamente estar presente en el momento presente y no en el pasado. Como si alguna vez pudiera hacer eso. Pero a medida que su respiración se calmaba y notaba la luz de la mañana que se filtraba por las rendijas de las cortinas, una sensación completamente diferente de temor se apoderó de él, dejándolo temblando.

Era el día de su boda, el día que no podía evitar. Lo cual no quiere decir que hubiera intentado evitarlo. Había pasado una semana desde que Walton le envió la carta indicando que el testamento del tío-abuelo Miles era legítimo y que tendría que casarse con Angelica. Una semana en la que había hecho planes desapasionados, centrándose en detalles, mientras Lavinia mantenía ocupada a Angelica. Una semana en la que primero intentó fortalecer su valor para enfrentar todo lo que significaba el matrimonio, luego cambió de táctica y buscó razones para convencer a Angelica de tener un matrimonio solo de nombre.

Se movió lentamente, apartando sus sábanas arrugadas y saliendo de la cama. Sus pies tocaron el suelo, y se recordó a sí mismo que el mundo era sólido a su alrededor, que el presente era todo lo que importaba, y que Shayles estaba encerrado en la prisión de Newgate. Y en cuanto a la mujer...

Se frotó una mano pesada y temblorosa sobre la cara y se dirigió a su lavamanos para salpicarse agua fría en la cara. Necesitaba instalar baños en Blackmoor. La cocina había sido actualizada hace unos años para incluir agua corriente después de repetidas súplicas de la Sra. Dees y Baxter, pero Mark había tardado en actualizar el resto de la casa. Seguramente Angelica querría...

Sus pensamientos se desvanecieron en un miedo vago e inquietante mientras se secaba la cara con una toalla, luego se dirigió a sentarse en la silla cerca de la chimenea. La criada debió haber encendido el fuego mientras luchaba con sus sueños. No sería la primera vez que lo sorprendía en una pesadilla. No sería la única en saber cuán turbulento era su sueño después de hoy. Tal vez podría convencer a Angelica de que mantuviera la habitación de invitados que ocupaba actualmente.

La idea era ridícula. Como mínimo, debería tener la habitación al otro lado del pasillo. Ella sería su esposa, después de todo.

Su esposa. La noción lo llenó de ansiedad. Durante décadas, había logrado mantener a las mujeres a distancia, por respeto, culpa y protección. De repente, una había logrado burlar sus defensas y se había plantado firmemente en medio de su vida. Sacudió la cabeza, dejando escapar una media risa irónica.

Se escuchó un golpe en su puerta, seguido del "Mi señor" amortiguado de Baxter.

"Adelante", dijo Mark.

Baxter entró, vestido impecablemente como siempre, pero con un ánimo en su paso que era completamente inapropiado en el hombre mayor. "Mi señor, me he tomado la libertad de prepararle un baño", dijo.

"Gracias, Baxter." Mark dejó escapar un suspiro y se puso de pie. Tomó su bata de la esquina de su armario, se la echó sobre sus pijamas arrugados y siguió a Baxter fuera de la habitación y por el pasillo hasta el antiguo vestidor que contenía la bañera de latón antigua que su familia había usado para bañarse durante lo que debían haber sido siglos.

Estaba exagerando, por supuesto, pero al sumergirse en el agua tibia, sus huesos se sintieron tan viejos como los muebles antiguos de su padre. ¿Cómo se había metido en el lío del matrimonio? Se esperaban cosas de los hombres casados, cosas que ni siquiera estaba seguro de ser capaz de hacer. Miró hacia abajo, a través del agua de la bañera. Ni siquiera estaba seguro de que esas partes de él funcionaran todavía. Por otro lado, funcionaban perfectamente cuando estaba solo.

Su sonrisa irónica desapareció cuando pensó en la noche que se avecinaba. Tal vez podría encontrar una manera de evitar consumir su matrimonio. Tal vez un rayo lo golpearía en el camino hacia la iglesia o se caería en una tumba abierta en el cementerio después de la ceremonia. Si tuviera tanta suerte. Todo su matrimonio iba a ser un desastre.

Y, sin embargo, justo detrás de ese pensamiento vino otro. Angelica no permitiría que eso sucediera. La había conocido hace quince días, pero una cosa de la que estaba seguro acerca de ella era que, si Angelica quería algo lo conseguía. Y que le den si no encontraba atractivo ese rasgo.

Por supuesto, cuando Shayles quería algo, también lo conseguía.

Ese pensamiento extraviado lo impulsó a salir de la bañera y pasar a la acción. Se secó con una toalla, se puso de nuevo la bata, y luego marchó de regreso a su dormitorio para cambiarse. Mientras se mantuviera ocupado, mientras se centrara en los detalles, en sofocar cualquier emoción que surgiera, podría superar el día, podría superar la noche y podría superar su vida.

Lavinia y Armand charlaban felizmente en el comedor cuando Mark bajó las escaleras, limpio, afeitado y vestido con uno de sus trajes más elegantes. Lavinia sostenía a su hijo en su pecho como si no hubiera nada fuera de lo común en mostrar un poco de piel en la mesa. La cara de Mark se sonrojó en el momento en que la vio, aunque él apartó la mirada.

"Oh, buenos días, Mark", lo saludó Lavinia con una sonrisa tímida, colocando rápidamente una servilleta sobre su pecho y su bebé. "Lo siento. Si hubiera sabido que venías...". Dejó que sus

palabras se desvanecieran.

"Gatwick", lo saludó Armand con mucha menos cortesía, frunciendo el ceño como si Mark hubiera entrado en la habitación y hubiera mirado a su esposa en lugar de apartar la vista. Aunque había habido cierto suavizamiento en la incómoda relación que Mark y Armand habían tenido en la semana pasada.

"¿Angelica aún no ha bajado?" preguntó Mark, buscando algo de qué hablar. No podía reunir el coraje para moverse hacia la habitación y acercarse a la mesa.

"Ella estuvo aquí antes que nosotros", dijo Lavinia, un destello de picardía en sus ojos, como si Mark y Angelica fueran amantes en lugar de dos personas siguiendo las instrucciones dejadas en un testamento. "Dijo algo sobre querer echar un último vistazo al testamento de su abuelo".

Eso era todo lo que Mark necesitaba escuchar. Asintió con brusquedad, luego giró y marchó fuera de la habitación.

"No me importa lo que digas", escuchó que Armand le decía a Lavinia detrás de él. "Mi querida prima es peculiar".

Mark apretó la mandíbula mientras avanzaba, dirigiéndose a su estudio. El comentario de Armand era lo más amable que alguien le había dicho en mucho tiempo, pensó con un toque de ironía.

Angelica estaba exactamente donde Mark suponía que estaría, en su estudio, sentada en su escritorio, leyendo lo que asumía era la carta que Walton le había enviado unos días antes, devolviendo el testamento y la carta del abogado del tío-abuelo Miles. Ella se estremeció al verlo, levantándose tan rápido que la silla se arrastró hacia atrás.

"Lo siento", dijo apresuradamente. "No debería estar husmeando, lo sé. Pero quería leer la parte del testamento de abuelo Miles sobre Blackmoor Close una vez más, y vi todas las otras cartas en el cajón junto con él, y no pude resistirme, aunque debería haberlo hecho".

Mark apenas escuchó sus palabras. Estaba demasiado ocupado mirándola. Angelica era tan divina como su nombre en un vestido de moda de color melocotón y blanco roto. El escote mostraba sus hombros y cuello y el tono cálido de su piel. Resaltaba perfectamente sus pechos y enfatizaba su cintura estrecha. Su cabello estaba recogido en un revoltijo de rizos, aunque cómo había logrado un estilo tan elaborado sin una doncella de la dama lo desconcertaba. Lo que realmente captó su atención fue el brillo de emoción en sus ojos, como si estuviera esperando ansiosamente casarse con él en lugar de simplemente hacerlo para complacer a un abuelo adoptivo fallecido y asegurar su futuro. La vivacidad de sus ojos hacía que el resto de ella, que ya era hermosa, fuera deslumbrante.

Un momento después, cuando su corazón se apretó en su pecho y su ropa le resultó incómodamente restrictiva, escuchó sus palabras.

Parpadeó. "¿Qué estaba leyendo?", preguntó, su pulso aumentando con presagios de mal agüero.

Angelica echó una mirada avergonzada a la carta en el escritorio. "Una carta de un tal Sr. Lloyd. Un abogado, creo". Arrastró los ojos para encontrarse con los suyos. "El abogado de Lord Shayles".

Calor y miseria inundaron todo el cuerpo de Mark, haciéndole dar vueltas el estómago y mareándolo. "Por favor, no lea mi correspondencia privada", dijo en un murmullo, acercándose al escritorio y recogiendo la carta de Lloyd, junto con el testamento y una carta de Walton.

Su movimiento lo llevó a centímetros de Angelica, pero ella no retrocedió. Mantuvo su posición, lo que significaba que él estaba obligado a estar cerca de ella, lo suficientemente cerca para un abrazo. Lo consideró, consideró abrazarla y... y no sabía qué. Solo que tal vez se sentiría

bien ser abrazado por ella. Incluso podría gustarle besarla, aunque dudaba que fuera bueno en eso. Dudaba que pudiera...

Ella se alzó de puntillas y rozó sus labios suavemente contra los suyos. Fue solo un momento. Apenas hubo presión involucrada. Se apartó tan pronto como robó el beso, el color profundo inundando sus mejillas. El corazón de Mark latía tan rápido que tuvo que agarrarse del borde del escritorio para no caerse.

"Lo siento", dijo Angelica. Hizo una seña con la cabeza hacia las cartas que ahora temblaban en su mano. "Realmente necesito aprender a no meterme en lo que no me importa".

Mark estaba congelado. No podía haberse movido incluso si hubiera querido. Sus labios le hormigueaban y su corazón golpeaba.

Angelica lo miró, pareciendo ponerse más incómoda por momento. "Parecía necesitar ese beso", dijo, el color salpicando sus mejillas. "Y ya que estamos a punto de casarnos...". Su expresión avergonzada se profundizó, y entrelazó las manos frente a ella. "Lo siento si me he pasado de la raya".

Frunció el ceño, como si estuviera sorprendida de haberse disculpado, luego se aclaró la garganta y se puso más recta. "Deberías exigirle a Lord Shayles que le devuelva ese cuadro", dijo en un tono enérgico.

La mención del cuadro sacó a Mark de su parálisis. Si ella estaba dispuesta a dejar el beso atrás, él también lo haría. "He preguntado", dijo, avergonzado de lo áspero que sonaba su voz. "Él se niega".

"Entonces necesita hacer más que preguntar", dijo ella. "Necesitas exigir".

"Ya lo he hecho". Dejó caer las cartas de nuevo en el escritorio. De todos modos, no sabía qué habría hecho con ellas, y sostenerlas hacía que sus temblores fueran dolorosamente evidentes.

"¿Has intentado ir al despacho de este hombre, armar un alboroto y negarse a irte sin el cuadro?" preguntó ella.

Un estallido de calidez brotó en su pecho ante la imagen mental de Angelica haciendo precisamente eso. Parecería como un lirio silvestre salvaje estallando de color si entrara a las oficinas de Lloyd, Palmer y Leeds con sus demandas. Disfrutaría viendo la escena desarrollarse.

"No estoy seguro de que el Sr. Lloyd o sus asociados tengan la autoridad para devolverme el cuadro", dijo, aunque admitirlo hacía que Mark se sintiera aún más inadecuado de lo que ya se sentía.

Angelica lo estudió durante un largo, incómodo momento, con los ojos entrecerrados, la cabeza inclinada hacia un lado. Mark deseaba que dejara de mirarlo como si estuviera enumerando sus órganos internos. "Lavinia me contó todo sobre Lord Shayles", dijo ella.

Mark rezó para que el suelo se abriera bajo él y que el abismo resultante lo arrastrara al infierno. Habría sido una mejora sobre cómo se sentía con sus ojos afilados clavados en él. "Dudo sinceramente que le haya contado ni una fracción de lo que hay que saber sobre el hombre", murmuró.

"Entonces, ¿por qué no me lo cuenta?" Angelica dio un paso adelante, enganchando su brazo en el de él y marchándolo hacia la puerta. "De camino a la iglesia".

"No", dijo él. Se estremeció por la ferocidad de su tono y lo suavizó para decir: "Créame, no quieres manchar su mente con un tema tan desagradable".

Angelica simplemente murmuró en respuesta, abrazando su brazo con más fuerza.

Hicieron una breve parada en el comedor para recoger a Lavinia y Armand. Con cada minuto que pasaba, Mark empujaba sus emociones más y más hacia dentro de sí mismo. Se quedó rígido

en el pasillo, mirando hacia arriba sus pinturas y contando detalles: cuántas flores en la Cassatt, cuántas ramas en la Ruskin. Ahogó los fragmentos de conversación mientras Lavinia se apresuraba a ordenar a su hijo y Angelica intercambiaba cortesías con Armand. Logró embotar sus pensamientos por completo, desapareciendo dentro de sí mismo, hasta que Angelica lo despertó con un "Allá vamos".

Era un día hermoso de finales de septiembre, pero todos se apiñaron en una de las carrozas más grandes de Mark para el viaje a la iglesia. A Mark le hubiera gustado caminar, aunque solo fuera para darse ese tiempo extra para asimilar la locura de la que era parte, y estaba seguro de que Angelica habría caminado si le hubieran dado la mitad de la oportunidad. Pero Lavinia nunca lo hubiera logrado, así que irían en carroza.

El pecho de Mark se apretó cuando el conductor saltó para abrir las puertas de Blackmoor Close y dejarlos salir, luego condujo a través de ellas. Habían pasado meses desde que había puesto un pie en el mundo exterior, lo cual se sentía tanto dolorosamente cobarde como abrumador al mismo tiempo. Mantuvo sus pensamientos para sí mismo, confiando en su expresión en blanco para protegerlo. Angelica le apretó la mano, aunque él no se había dado cuenta de que había estado sosteniendo su mano en absoluto, insinuándole que estaba haciendo un trabajo terrible al ocultar sus sentimientos.

La alegre charla de la que no quería formar parte continuó cuando desembarcaron en la pequeña iglesia parroquial a las afueras de Longmoor. Mark había hecho arreglos con el vicario días antes, así que cuando entraron en el pequeño edificio, todo estaba en su lugar para la boda.

Sucedió tan rápido que Mark apenas tuvo tiempo de calmarse antes de que terminara. Lavinia y Armand sirvieron como testigos cuando Marcos y Angelica se pararon frente al vicario, intercambiaron votos, se comprometieron el uno con el otro y fueron declarados marido y mujer. Todos, incluida Angelica, sonreían mientras firmaban la licencia especial y se la entregaban al vicario para que hiciera lo que hicieran los vicarios para presentar los documentos de matrimonio ante las autoridades. Era tan incruenta como cualquier transacción comercial en la que Mark hubiera participado, tanto que, por mucho que lo intentara, no podía deshacerse de la sensación de irrealidad que formaba una neblina a su alrededor. En realidad, no estaba ocurriendo. Todo era un sueño. Se despertaría y volvería a estar en la pesadilla de las garras de Shayles en un abrir y cerrar de ojos, lleno de oscuridad en lugar de Lavinia y Angelica riendo mientras el bebé arrullaba y golpeaba sus manos.

La realidad finalmente se impuso cuando Marcos y Angelica se pararon en los escalones de la iglesia bajo la luz del sol de la mañana.

"¿No la vas a besar?" preguntó Lavinia. "No lo hiciste durante la ceremonia, así que ahora es el momento".

"¿Nos vamos a besar?" preguntó Angelica, mirando a Mark con demasiada alegría en los ojos. Pero, por supuesto, estaría alegre. Había ganado su premio. Su futuro estaba asegurado. No tendría que regresar a Estados Unidos sin un centavo o ganarse la vida como lavandera, o lo que hicieran las mujeres sin recursos. Era una condesa con todo un patrimonio que administrar.

Sin palabras, Mark hizo lo que sabía que se esperaba de él. Se volvió hacia Angelica, le puso una mano en la cintura y se inclinó para cerrar los labios sobre los de ella. Luchó por ignorar la oleada de anhelo en su pecho, el impulso de atraerla completamente a sus brazos y la tentación de reavivar la llama dentro de él que había muerto hacía tanto tiempo.

"Aquí está", dijo Lavinia con voz satisfecha mientras Mark se alejaba de Angelica. "Ahora es oficial."

Mark sonrió disculpándose a Angelica, si es que su expresión siquiera podía llamarse sonrisa.

Ofreció su brazo una vez más, y se arrebujaron de nuevo en el carruaje para regresar a Blackmoor Close.

"Me alegra que pueda estar tranquila ahora", murmuró Mark a Angelica mientras Lavinia y Armand se ocupaban de su hijo.

Angelica le dedicó una sonrisa a Mark. "Y me alegra que pueda conservar su finca." Su sonrisa se convirtió en una expresión de arrepentimiento. "De verdad lamento no haber prestado más atención a esa parte del testamento."

Mark encogió los hombros. "Ya es agua pasada."

"¿Se asegurará su abogado de que las autoridades sepan que hemos cumplido las condiciones del testamento?" preguntó ella.

"Estoy seguro de que sí lo hará."

Mark pensó que la conversación había terminado y se giró para mirar por la ventana mientras el carruaje pasaba por la puerta hacia Blackmoor Close una vez más. Pero Angelica siguió hablando: "He estado debatiendo si vender mi parte en la compañía de mi abuelo Miles, ahora que estoy establecida aquí en Inglaterra, o mantenerla en algún tipo de fideicomiso para nuestros hijos."

Un escalofrío eléctrico recorrió la espalda de Mark al recordar de repente que la ceremonia era solo el comienzo de un matrimonio. "Si es que hay hijos," dijo en voz baja, mirando al bebé de Lavinia.

"Oh, habrá hijos, sin duda," dijo Angelica con una risa irónica que atrajo la atención de Armand.

El rostro de Mark se calentó. Si alguna vez había llegado el momento de imponer su voluntad en lo que respecta a la cama conyugal, era ahora. Pero apenas podía formar un pensamiento, mucho menos palabras, con Armand mirándolo de esa manera. Mark permaneció impasible y en silencio, preguntándose si había cometido el error más grande de su vida, mientras el carruaje subía por el camino de entrada.

Debería haber sido el día más feliz de la vida de Angelica. Y no es que estuviera infeliz. Había asegurado su futuro con una breve ceremonia, unas pocas palabras y un beso que la dejó deseando más. Eso la llenó de satisfacción. Pero el resto del día fue decididamente anticlimático.

Después de la ceremonia, regresaron a Blackmoor, donde fue presentada formalmente a los sirvientes como Lady Angelica Pearson, Condesa de Gatwick. El título le mareaba, al igual que la reunión con la ama de llaves, la Sra. Scott, que ocupó la mayor parte de la tarde temprano. Mientras Mark entretenía a sus primos en el jardín de rosas, ella discutió salarios y menús, horarios y personal, en un pequeño jardín trasero de la casa.

"¿Es esto lo que suele hacer una noble en su día de bodas?" preguntó Angelica a la Sra. Scott cuando llegaron al tema de la lavandería.

"No, mi señora," respondió la Sra. Scott con una mirada nerviosa por encima del hombro. "Le pedí al señor si podía hablar con usted sobre estas cosas antes, pero parecía decidido a posponerlo hasta después de la boda."

"Ya veo."

Angelica se recostó en su silla, una sonrisa irónica asomándose en sus labios. Mark la estaba evitando. Había estado esquivo toda la semana, desde que aceptó casarse con ella y puso las cosas en marcha. Tenía la sensación de que no estaba enojado con ella por la parte del testamento que habría quitado Blackmoor Close de su posesión, que le creía cuando decía que no había prestado atención a esa parte de los deseos del abuelo Miles porque no parecía aplicarse a ella. Pero algo había asustado a Mark. Era obvio que no quería casarse con ella.

Y, sin embargo, lo había hecho.

Decidió esperar a enfrentarlo hasta mucho después de la cena. Lavinia y Armand se habían ido a la cama, y sin siquiera discutirlo, Mark se había retirado a su habitación, dejándola en sus nuevas dependencias al otro lado del pasillo. Se desvistió, dudó y luego se puso una bata recién comprada antes de meterse en su nueva cama para esperar.

Y esperar.

Y esperar.

Cuando quedó claro que Mark no iba a llamar a su puerta y deslizarse entre las sábanas con ella para consumar su matrimonio, decidió tomar cartas en el asunto.

Llena de determinación, se levantó de la cama y marchó hacia la puerta. Sin molestarse en ponerse una bata, salió al pasillo, luego se dirigió a la habitación de Mark. Le dio la cortesía de llamar, pero entró antes de que él respondiera.

"¿Quién...?" Su respuesta murió en sus labios cuando ella irrumpió en la habitación. Mark ya estaba en la cama, con su pijama abrochado hasta el cuello, leyendo un libro. "¿Qué hace aquí?" preguntó con los ojos como platos, alarmado.

"Creo que la pregunta debería ser qué hace *usted* aquí" dijo ella mientras caminaba con determinación hasta el lado de su cama, apartaba las mantas y se metía en ella con él.

Mark se retiró, deslizándose hacia el lado opuesto de la cama como si ella estuviera enferma. Ciertamente, no era la reacción que la mayoría de los hombres habrían tenido con su esposa en su noche de bodas. Ella estaba completamente decidida a no dejarlo pasar sin comentar.

"¿Olvidó que está casado?" preguntó. "¿Que esta noche es su noche de bodas?"

Él tragó saliva y puso su libro en la mesa al lado de la cama. "No olvidé," dijo sin mirarla a los ojos.

"Una licencia especial es una cosa", continuó en un tono que no admitía argumentos, "pero no lo es todo. No me sentiré segura sobre mi lugar aquí, sobre la legalidad de ser su esposa, hasta que este matrimonio se consume".

Él no respondió y aún se negaba a mirarla, aunque su rostro se había sonrojado. Algo estaba terriblemente mal con él, y ella estaba perdiendo la paciencia para sacárselo gentilmente.

"Dígame, Mark", dijo en un tono firme. "¿Prefiere a los hombres?"

Él la miró entonces, encogiéndose. "No. No lo hago. Aunque no contradigo el rumor cuando se menciona".

El ceño de Angelica se alzó. Entonces, ¿había un rumor al respecto?

"¿Es impotente?" preguntó ella, más curiosa por sus pensamientos, su historia y su corazón que por sus genitales.

Él frunció el ceño. "Sinceramente, no lo sé", dijo, sorprendiéndola nuevamente.

"¿Cómo no lo sabe?" preguntó ella. "O es o no lo es. Seguramente las mujeres con las que ha estado..." Se detuvo cuando su expresión se volvió francamente mortificada y entrecerró los ojos. "¿Es virgen?" preguntó, resistiendo la tentación de añadir, "¿A su edad?"

"No", respondió, jugueteando con un hilo suelto en sus cobertores y mirando fijamente sus manos mientras lo hacía.

Ella soltó un suspiro impaciente. "¿Podría hacerme el honor de explicar por qué estamos aquí teniendo esta conversación en lugar de hacer el amor?"

Finalmente, él la miró. Ella podía decir que le costaba un supremo esfuerzo encontrarse con sus ojos. "No he estado con una mujer en casi veinticinco años", confesó. "Mi última experiencia fue..."

"¿Difícil?" ella terminó por él.

"Horrible", respondió en un susurro de piedra.

El corazón de Angelica se partió en dos. Por un lado, estaba llena de lástima por la miseria que había soportado con la última mujer. Por otro lado, no iba a pasar por la vida con un matrimonio de papel y sin hijos. Además, el instinto y la experiencia le decían que, si el miedo se alimentaba durante demasiado tiempo, paralizaba el alma.

"Gracias por decírmelo", dijo. "Ahora, por favor, quítese el pijama y consumemos este matrimonio".

Sus ojos se abrieron de par en par y la miraron incrédulos. "¿Como si fuera tan fácil?" preguntó.

Estaba indignado. Había elevado un poco la voz. Su color era alto. Pero Angelica quería reír y declarar la victoria. Era la primera vez desde su mañana junto al río que había mostrado siquiera un indicio de emoción cerca de ella. Quisiera él o no, había roto sus defensas.

"Está bien", dijo, retorciéndose y alcanzando el borde de su camisón. "Voy yo primero".

En un movimiento rápido, se quitó el camisón por la cabeza y lo arrojó al suelo junto a la cama. Su mirada cayó directamente sobre sus senos al descubierto, lo cual fue otra victoria. Por mucho que lo negara, era un hombre con deseos.

"Ahí lo tiene", dijo, girándose para mirarlo y empujando las mantas hacia abajo para revelar sus caderas y muslos y todo lo que había entre ellos. "Tiene a una mujer desnuda en su cama que resulta ser su esposa. ¿Qué va a hacer al respecto?"

Él la miró, observando la visión completa de ella. Su sonrojo se intensificó y sus ojos se llenaron de una dolorosa combinación de hambre y miedo. Daría cualquier cosa por asomarse bajo las mantas que lo ocultaban desde la cintura hacia abajo para ver si se había puesto duro, pero dudaba que le diera ese placer.

"¿Tienes idea de lo difícil que es para mí?" preguntó al fin, aún más alterado.

Ella tomó ese estallido de emoción como un paso definitivo en la dirección correcta, incómodo como fuera.

"Sí", dijo sinceramente. "Lo sé. Pero no creo que retrasar lo inevitable ayude".

"¿Cómo sabe que es inevitable?" preguntó, retorciéndose.

"Porque quiero hijos", dijo. "En plural. Y no soy del tipo que va más allá de los votos matrimoniales para tenerlos. Quiero bebés que se parezcan tanto a usted que cualquiera con medio cerebro para cuestionar la validez de este matrimonio se quede callado. No solo quiero mi futuro asegurado por papel, quiero que esté determinado por la carne y la sangre".

Su expresión estaba tan sorprendida que por un momento Angelica temió haber ido demasiado lejos. Lo miró, desafiándolo a apartar la mirada o inventar alguna excusa, pero no lo hizo. Después de un silencio que parecía infinito, respiró hondo y alcanzó los botones de su pijama.

"Está bien, entonces", dijo, desabrochando cada botón con manos temblorosas. "Lejos de mí ser el instrumento de la inseguridad de alguien. Si necesita un heredero para sentirse cómoda aquí, tendrá un heredero".

Se encogió de hombros y se quitó la parte de arriba, arrojándola a un lado. Una oleada de emoción recorrió a Angelica, concentrándose como deseo en su núcleo. Mark tenía un buen pecho, con músculos definidos y una cantidad agradable de vello, y un estómago plano. No le importaría en absoluto tener su físico presionado contra el suyo. Metió la mano debajo de las cobijas y se retorció, sacando un par de pantalones de pijama y lanzándolos a un lado con una cantidad emocionante de energía.

"Allí", dijo bruscamente, ruborizándose furiosamente. "¿Está lista?"

Ella todavía estaba mayormente expuesta a él y extendió los brazos como si preguntara: "¿Qué piensa?"

Él vaciló de nuevo, pero sea cual fuera el argumento que pasaba por su mente, lo resolvió y se giró hacia ella, aún oculto bajo las capas de sábanas y mantas. Extendió la mano hacia ella, tirando de ella debajo de él y posicionándose entre sus piernas.

Los ojos de Angelica se abrieron de par en par al sentir su pene grande y muy erecto presionando contra su muslo. Así que no tenía que preocuparse de que fuera impotente. Y aunque tenía muy poca experiencia de primera mano para comparar, estaba razonablemente segura de que no tenía nada de qué avergonzarse. De hecho, habría dado cualquier cosa por asomarse bajo las sábanas para ver qué tan grande era. Eso o tener el coraje de alcanzar entre ellos para acariciarlo. El instinto le decía que su valentía estaba alimentada únicamente por la irritación y la necesidad de demostrar que ella no podía vencerlo, así que mantuvo las manos a su lado.

"¿Es virgen?" preguntó él, poniendo las manos a cada lado de sus hombros, jadeando ya, aunque nada había sucedido.

"De hecho, sí", respondió ella.

"Entonces probablemente la lastime", dijo con un toque de pesar en su rostro.

"No lo hará", insistió ella, encontrando y sosteniendo su mirada. "Se lo prometo".

Un destello de algo profundo llenó sus ojos. Se movió, acercando su miembro a donde necesitaba estar, pero retrasándose.

"Esto no va a ser placentero", dijo con un creciente sentimiento de inquietud. "Solo soy capaz de los aspectos mecánicos, en el mejor de los casos".

"No me estoy quejando", dijo ella.

Levantó los brazos para apoyar las manos en sus costados. Él se estremeció, pero cuando ella acarició hacia arriba y luego circuló para frotar su espalda, se relajó y soltó un suspiro.

Entonces comenzó a temblar.

"No va a pasar nada malo", le dijo ella en voz baja, continuando acariciando su espalda. "Está bien".

"No", insistió él, rígido y suspendido sobre ella. "Nada volverá a estar bien nunca más".

"Lo estará", dijo ella. "Estoy aquí".

Movió las caderas, abriéndose a él e intentando guiarlo hacia su entrada. Cuando eso falló, alcanzó entre ellos, agarrándolo con un rápido suspiro y guiándolo a donde necesitaba estar.

La resistencia que había estado sosteniendo se rompió. Con los ojos apretados, se adentró en ella con un siseo de aliento que se convirtió en un gemido desgarrador cuando se insertó por completo. Abrió los ojos, aunque su mirada no estaba enfocada. Angelica tragó su sorpresa en el agudo momento de dolor que trajo su invasión, concentrándose en la maravilla de ser llenada por él en cambio. Era la sensación más extraña, potencialmente más asombrosa, darle la bienvenida dentro de su cuerpo. Y aunque no venía con el mismo tipo de placer lujurioso que imaginaba que el acto debía tener, de todos modos, le derribió el corazón.

Particularmente cuando Mark comenzó a moverse dentro de ella, como si fuera impulsado por una fuerza invisible y ligeramente maligna. La tensión se extendió desde él, no solo en la forma en que sus músculos trabajaban para alimentar sus embestidas cada vez más rápidas. Llevaba las emociones que lo recorrían tan cerca de la superficie que Angelica podía sentir el miedo, el anhelo y el arrepentimiento en las líneas de su cuerpo, escuchar el deseo y la renuencia en los suspiros y sollozos que escapaban de sus pulmones, y saborear la ansiedad y la excitación en el sudor que brotaba de su piel mientras se inclinaba lo suficientemente cerca como para que

ella pudiera besar su cuello. Lo abrazó con sus brazos y piernas, cerrando los ojos y derramando tanto de su corazón hacia él como pudo.

"Shh", susurró mientras los sonidos que hacía se volvían desesperados. "Está bien".

Estaba más que bien. A pesar de la intensidad de sus emociones, su cuerpo cobraba vida. Aunque fuera por obligación, sus embestidas eran extremadamente excitantes. Podía sentir el potencial que tenían, sabía que, con el tiempo, podrían ser amantes extraordinarios. Solo necesitaban superar el primer obstáculo.

"Oh, Dios", jadeó él, tensándose aún más, sus embestidas volviéndose frenéticas. Ella sabía lo suficiente sobre el acto para saber que estaba cerca de terminar, así que lo sostuvo aún más fuerte, rezando para que pudiera sentir el cariño que su vulnerabilidad despertaba en ella. "Oh, Dios", volvió a respirar, seguido de un puñado de gemidos sin palabras que culminaron en un jadeo agudo. Ese jadeo se convirtió en un largo suspiro lastimero cuando sus embestidas se ralentizaron.

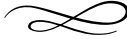
Se detuvo por completo, cayendo encima de ella. Angelica continuó abrazándolo con todo su cuerpo, frotándole la espalda y susurrándole: "Ahí tiene. Se acabó. Estás bien. Estuvo bien". Un sentimiento de orgullo por él la llenó. No era la emoción que esperaba sentir después de hacer el amor con su marido por primera vez, pero ahí estaba. Había hecho algo extraordinario por él, y ella había estado allí para ayudarlo.

"Lo siento" gimió Mark, apartándose de ella e intentando rodar hacia un lado.

"Quédese donde está" le susurró suavemente, pasándole una mano por el pelo mientras él hundía la cara en la almohada que tenía a su lado. "Descanse ahora".

Él asintió y se quedó en sus brazos, aunque rodó hacia un lado y en lo que resultó ser una posición mucho más cómoda para ambos. Angelica continuó acariciándole la cabeza e incluso le besó el cuello y la mejilla. Tal vez ella estaba tan loca como él, pero con su consumación llegó un sentimiento de tal protección que las hordas mongolas podrían haber ido tras él y ella habría luchado contra ellos sin ayuda de nadie con una plancha de fuego. Mark era suyo ahora, y ¡ay de cualquiera que intentara hacerle daño!

Siete



Shayles se reiría de él. De eso estaba seguro Mark. Se sentó al otro lado de la mesa del desayuno frente a Angelica tres días después de su matrimonio, comiendo crepes con gesto hosco, completamente convencido de que, si Shayles estuviera sentado entre los dos, se estaría riendo a carcajadas. Porque a pesar de tener una esposa nueva, hermosa, vibrante y dominante, a pesar de haber roto su voto de celibato de por vida en su noche de bodas, a pesar de todas las apariencias, Mark nunca se había sentido tan despojado de su hombría en toda su vida.

"Pensé que podríamos dar un paseo después del desayuno", dijo Angelica con una sonrisa, sirviéndose otra taza de té. "El clima está simplemente magnífico esta mañana".

Mark miró hacia la ventana y el sol que entraba. Una brisa movía las cortinas, y el dulce trino de los pájaros fluía junto con el sol. Angelica había insistido en abrir tantas ventanas como fuera posible para ventilar la gran y antigua casa. Styx lo aprobaba. Estaba sentado en el alféizar de la ventana, lanzándose sobre un insecto que intentaba escapar hacia la madera.

Mark volvió la mirada hacia Angelica. Ella era la personificación de la belleza y la luz que llenaban la naturaleza, haciéndola alegre. Era abrumadoramente hermosa con un vestido de lavanda pálida que realzaba el tono de su piel y la profundidad de sus ojos.

"No, gracias", dijo con una cortesía frágil, forzando su mirada hacia su plato.

Sintió más que vio su ceño fruncido de frustración, imaginó sus labios suaves apretándose en una línea en lugar de levantar la vista para verlo.

"Disfrutaría de tu compañía en mi caminata matutina", continuó ella, con una voz mucho menos desaprobadora de lo que esperaba. "Ahora que Lavinia y Armand han regresado a casa".

Mark se tensó. Lavinia y Armand habían vuelto a casa el día anterior, dejándolo a él y a Angelica solos. Habría suplicado que se quedaran y continuaran como un amortiguador entre él y sus tumultuosos sentimientos por su nueva esposa, si suplicar no lo hubiera hecho parecer un lunático.

"Pensé que podría pintar", dijo, pinchando su último crepe con un tenedor. La acción provocó que la crema se escapara por un extremo, lo que le provocó una oleada de calor y náuseas.

Dejó el tenedor, aunque siguió mirando el crepe en lugar de levantar la vista hacia Angelica. La había poseído. Todavía no podía superarlo. De hecho, lo había hecho. Su estómago se retorció de vergüenza al recordarlo. Ella lo había incitado a empujarse dentro de ella como un libertino común. Y como un animal, no pudo detenerse hasta que derramó su semilla dentro de ella.

Lo cual era lo que ella quería. Era necesario si quería darle los hijos que deseaba. Pero todo el tiempo que estuvo con ella, con el instinto carnal dominándolo y privándolo del sentido hasta que llegó al clímax, no pudo pensar en nada más que en las innumerables mujeres que Shayles

había abusado y degradado mientras él observaba, la atmósfera sórdida de mil orgías en las que lo habían incitado a observar, y, lo peor de todo, la terrible noche cuando todo comenzó.

Escuchó los gritos de *ella* resonando en su cabeza, suplicándole que lo detuviera, incluso cuando los brazos gentiles y reconfortantes de Angelica lo rodearon.

"Mark, detente". El repentino y fuerte aplauso de Angelica lo sacó de sus pensamientos horribles.

Saltó, sus ojos se elevaron para encontrarse con los suyos. Solo entonces se dio cuenta de que su corazón latía con fuerza y que un sudor frío le había cubierto la espalda y la frente. Debió haber parecido un espectro, porque los ojos de Angelica estaban abiertos y llenos de preocupación.

"Pensé que te había perdido por un momento", dijo, exhalando un suspiro de alivio. "¿Te importaría decirme dónde estabas?"

"No." Se apartó de la mesa y se puso de pie, la silla raspando tan fuerte que Styx se sobresaltó y saltó por la ventana. "Permíteme salir".

Se dirigió hacia la puerta y hacia el pasillo, la cabeza le daba vueltas y los pulmones le apretaban. Debería haber salido afuera para inhalar tanto aire como fuera posible, pero sus pasos lo llevaron al invernadero en su lugar. Para cuando llegó a las altas ventanas al fondo de la habitación, temblaba furiosamente y sus rodillas amenazaban con ceder. Se apoyó contra la pared cerca de la ventana y se pasó una mano por la cara.

No sorprendentemente, Angelica entró en la habitación unos segundos después, acercándose a él como si fuera un caballo nervioso que ella estaba decidida a domar. Tampoco mantuvo una distancia respetable. Marchó directamente hacia él, parándose cara a cara con él, y apoyó sus manos en su pecho.

Miró fijamente sus ojos con toda la ferocidad protectora de una leona defendiendo a sus cachorros. Y maldición, le gustaba. Lo ansiaba. Quería hundirse en sus brazos y apoyar la cabeza en su pecho, como si ella fuera la madre que nunca tuvo. Era humillante. Era un hombre adulto, por el amor de Dios, un conde, un miembro de la Cámara de los Lores. Se había graduado en la Universidad de Oxford con honores máximos y había dirigido Blackmoor Close él solo desde los dieciocho años. Había presenciado más horrores de los que jamás podría comprender. No debería desmoronarse ante la idea de que una mujer lo abrazara, lo acariciara y le dijera que todo estaría bien.

"¿Quieres hablar de ello?" preguntó con una voz llena de la paciencia de una santa.

"No", respondió honestamente.

A pesar de todo, levantó las manos vacilantes y las posó en su cintura. No era tan esbelta como algunas de las mujeres más ridículas que había conocido, que apretaban tanto sus corsés, pero le gustaba sentir el músculo y la fuerza en su forma. Le había gustado un poco demasiado cuando sus cuerpos estaban entrelazados la otra noche. Por eso se había negado rotundamente a repetir su acto de amor, aunque Angelica se había acostumbrado a dormir en su cama. Gracias a Dios que no había presionado el asunto, porque sabía muy bien que no habría podido resistirse si hubiera querido su semilla dentro de ella de nuevo.

Tenía que resistir. Su cordura dependía de resistir su atractivo, tanto sensual como sentimental.

Justo detrás de ese pensamiento vino una risa burlona en su mente. Estaba siendo ridículo. Por supuesto que debería ceder a su afecto. Iba a pasar el resto de su vida con ella.

"No", dijo Angelica. Mark parpadeó, obligándose a volver a enfocarse. Al principio pensó

que simplemente estaba repitiendo su respuesta, pero la firmeza en sus ojos y la forma en que movió las manos para agarrar sus brazos dijeron otra cosa. "No te alejes de mí así nunca más. Puedo ver que te vas porque tu rostro se vuelve todo vacío y sin expresión." Hizo una pausa, inclinó ligeramente la cabeza y continuó, "Lavinia dice que lo haces todo el tiempo, que te conviertes en una estatua cuando estás en una situación incómoda".

La ceja de Mark se levantó. ¿Lavinia lo había notado? Maldición, había pasado veinticinco años trabajando para perfeccionar una apariencia de indiferencia, y en el poco tiempo que había conocido a su prima política, ella lo había visto a través de él.

"Las mujeres tienen una percepción extraordinaria", murmuró, sin estar seguro de si se sentía enojado con la idea o avergonzado. O impresionado.

Angelica sonrió. "Sí, la tenemos". Se levantó de puntillas y lo besó ligeramente en los labios. "Y no lo olvides".

Maldita sea, era como arcilla en sus manos. Su cuerpo se inundó de calor y le costó cada facultad de concentración que tenía no balancearse hacia ella, caer a sus pies y prometer hacer cualquier cosa y todo por ella si tan solo lo amara. Era vergonzoso. Shayles se reiría hasta que se orinara encima si pudiera verlo.

"Tengo una idea." Angelica se enderezó, dando un paso atrás. "¿Por qué no reúnes tus cosas de pintura y las llevas afuera? La luz es fantástica hoy".

"No", dijo, inicialmente por instinto, pero reuniendo lógica para respaldar la reacción. "El caballete es demasiado incómodo, y no tengo el equipo adecuado para transportar ese tipo de pintura".

"Está bien", dijo ella, su aquiescencia haciéndolo sentir como si hubiera ganado una estrella de oro de su niñera. "¿Qué tal si llevas tu bloc de dibujo afuera?"

"Prefiero no hacerlo", respondió, alejándose de la pared y de ella. Su ritmo cardíaco se había ralentizado y había dejado de temblar y sudar. El ataque que sus recuerdos habían provocado estaba desvaneciéndose, dejándolo en una especie de limbo extraño. "Un paseo sería agradable", dijo, sin poder mirarla a los ojos, considerando que un paseo era su idea y que, en esencia, simplemente estaba cediendo a ella.

"Perfecto," dijo ella. "¿Podemos salir al jardín por estas puertas?" preguntó, marchando hacia las puertas francesas, que estaban abiertas.

No era necesario responder, ya que la respuesta era obvia, así que Mark simplemente la siguió hacia afuera, bajo el sol. Le ofreció su brazo mientras comenzaban a caminar por el sendero que los llevaría a través del corazón del jardín francés, hacia el jardín de rosas y a través del prado hacia el río.

Ella lo miró mientras caminaban, como si esperara algo. Mark no podía imaginar qué estaba pasando por su mente. Se apresuró a encontrar algún tema de conversación para hacer que su paseo fuera menos incómodo. Nada se le ocurrió. Había pasado demasiado tiempo sin decir nada, tratando activamente de mezclarse con el fondo para que Shayles y sus secuaces, de los cuales, podría decirse, él era uno, no lo notaran. Había tenido demasiado miedo de que las mujeres a las que habían maltratado se atrevieran a hablar con ellos. Parte de él deseaba haberlo hecho ahora. Tal vez entonces tendría una pista de cómo estar con Angelica.

"¿Es la mujer de los cuadros?" ella preguntó mientras pasaban por el jardín de rosas.

Punzadas de miseria helada le pincharon la piel. Se tensó hasta el punto en que sus movimientos se volvieron rígidos mientras caminaba.

"¿Quién era ella?" Angelica preguntó.

Mark no podría haberle respondido, aunque lo hubiera intentado.

Extrañamente, sin embargo, ella dejó caer la pregunta, como si hubieran pasado junto a un animal muerto y destrozado al costado del camino, ella hubiera comentado qué le podría haber pasado a la pobre criatura, luego hubiera marchado, con la cara inclinada hacia el sol con una sonrisa de aprecio. Unos metros más adelante en el camino y Mark se dio cuenta de que ella no iba a insistir en el tema. Había hecho un intento por levantar la tapa que mantenía sobre su pasado, y cuando esa tapa resultó estar bien cerrada, abandonó sus esfuerzos y siguió adelante. Sin burlarse de él. Sin mofarse de él. Sin intimidarlo. Era extraordinario.

"¿Cómo planeas recuperar tu cuadro de Lord Shayles?" ella preguntó cuando llegaron a la curva del camino que seguía la orilla del río.

"He escrito a su abogado repetidamente, pero sin éxito", dijo Mark.

Angelica hizo un sonido de asentimiento, frunciendo el ceño en pensamiento. Esperaba que lo regañara para que lo intentara de nuevo, que lo ridiculizara por ser un cobarde. En cambio, ella preguntó: "¿Qué tipo de cuadro es?"

"Es un cuadro", murmuró él, sonrojándose y mirando fijamente al río para evitar acercarse a sus ojos.

"Debe ser valioso", continuó ella, mordiéndose el labio. "A juzgar por lo que he visto de tu colección, tienes una colección brillante e impresionante, por cierto".

"Gracias", sus hombros se relajaron un poco. "Ha sido el trabajo de toda mi vida".

"¿Alguna vez has pensado en prestar algunas de las piezas a museos?"

"Me lo han pedido y en ocasiones lo he hecho, pero la idea de dejar salir alguna de mis adquisiciones de mi vista durante mucho tiempo me pone ansioso", respondió honestamente antes de que pudiera detenerse. Un parpadeo más tarde se preguntó si ella había hecho la pregunta a propósito para sacarlo.

Angelica simplemente hizo un sonido de pensamiento y continuó. "Lord Shayles debe tener una pieza extremadamente valiosa", dijo. "¿Quizás un Gainsborough o un Turner? ¿Uno de los maestros holandeses? O, no, apuesto a que es incluso mejor que eso. Es un Caravaggio, ¿verdad? ¿Un Miguel Ángel? O, no, es un da Vinci. Has adquirido la Mona Lisa y Lord Shayles la tiene. La pieza en París es una copia. Debe ser eso".

Un destello de irritación llevó a Mark a mirar a Angelica, listo para hacer algún comentario defensivo, pero la forma en que ella le sonreía, burlona y tierna, juguetona y alegre, secó el comentario agudo en sus labios antes de que pudiera hacerlo. Se veía tan feliz que él quedó aturdido al instante.

"No es la Mona Lisa", dijo. "La guardo en una caja fuerte con llave en el ático".

Angelica rio. El sonido lo envolvió como una cascada de diamantes. Había hecho un chiste. La había hecho reír.

"Así que eso era esa caja", dijo en tono jovial. "Y la urna al lado debe contener a la Venus de Milo".

"No", Mark negó con la cabeza. "Solo colecciono pinturas. No tengo ojo para la escultura".

"Debes estudiarla, entonces", ella asintió. "Podríamos estudiarla juntos".

El cálido sentimiento que había estado creciendo en Mark mientras caminaban por la soleada mañana se volvió resbaladizo. Si ella lo deseaba, se convertiría en el principal erudito del mundo en escultura de todo tipo. Se tumbaría a sus pies y chuparía sus dedos de los pies si ella se lo pidiera.

"Qué débil eres", la voz de Shayles resonó en su cabeza junto con la risa burlona de sus amigos y su llanto. "Harías lo que te dijera que hicieras, ¿verdad? Bueno, lo harás si sabes lo que te conviene".

Angelica tiró de su brazo, desequilibrando a Mark justo cuando el frío agarre de sus recuerdos se deslizaba por su espalda y agarraba su cabeza. El sacudón fue tan brusco que se olvidó completamente de lo que había estado pensando.

"¿Qué fue eso?" preguntó, sabiendo ya la respuesta.

Pero en lugar de confirmar su sospecha de que ella lo había visto deslizándose, ella señaló una sección derruida del muro a medio camino por el prado. "Necesitamos reparar ese muro", dijo, arrastrándolo fuera del camino.

"Ha estado así desde que tengo memoria", dijo Mark, no exactamente una protesta, pero sin sentir la misma urgencia que claramente sentía Angelica. "Creo que marcaba el límite entre la extensión original de Blackmoor Close antes de que mi bisabuelo comprara más tierras".

"Es una monstruosidad", dijo Angelica. Pisoteó la hierba alta del prado como si fuera un césped cuidado, soltando su brazo, pero agarrando su mano para arrastrarlo.

Por tres segundos, Mark se preocupó por sus pantalones y zapatos antes de desechar pensamientos de manchas de pasto y rasguños. De repente, tenía diez años de nuevo, aventurándose por el prado con pantalones cortos, y su espada de madera a su lado. Una sensación de ligereza lo invadió cuando llegaron al muro y Angelica soltó su mano. Ella plantó las manos en las caderas por un momento, inspeccionando los escombros.

"Esto no debería tomar mucho tiempo", dijo con un suspiro satisfecho, y luego se puso a trabajar.

Al principio, Mark simplemente la observó levantar una roca que juraría que era demasiado pesada para ella y colocarla encima de la base restante del muro. Una vez que esa estuvo en su lugar, estudió el resto de las rocas, eligió una y la levantó también.

"¿Somos escoceses entrenando para la batalla de nuevo?" preguntó, desabrochándose la chaqueta. Se la quitó, la arrojó a un lado y se remangó la camisa.

"Siempre estamos entrenando para la batalla", dijo ella con una sonrisa irónica.

Mark tuvo la sensación repentina y espeluznante de que ella hablaba en serio. Se inclinó para levantar una roca grande de todos modos. Su peso tensaba sus músculos, pero la sensación no era del todo desagradable. Siguió el ejemplo de Angelica, apilando rocas encima de los restos del muro.

Su trabajo fue en gran medida inútil y sin arte. Las rocas que apilaban no se parecían en nada a un muro, al igual que su chaqueta no se parecía a una chaqueta mientras yacía en la hierba. Pero había una extraña satisfacción en estirar la espalda, sentir la quemadura en los brazos y los muslos mientras levantaba y cargaba. El sudor que generaban se sentía cálido y honesto en lugar del sudor frío del miedo que lo había golpeado en el desayuno. Lo mejor de todo, su mente y sus recuerdos se apagaron. Era como si sus músculos hubieran tomado toda su energía, dejando ninguna para alimentar el terror subyacente de estar vivo.

"Listo", jadeó Angelica finalmente, retrocediendo, con el pecho jadeante, para estudiar la estructura tambaleante y desigual que habían creado. "Diría que es un trabajo bien hecho".

Mark la estudió. Se habían formado manchas bajo sus brazos y en su espalda, pero no podía pensar en nada que hiciera que un vestido pareciera más atractivo. Su cabello se había soltado de su estilo y algunos mechones se levantaban en ángulos extraños. Su rostro estaba sonrojado y brillaba con sudor. Y él quería besarla. Violentamente. Desesperadamente. Todo su cuerpo anhelaba la simple necesidad de abrazarla, de presionar sus labios contra los suyos. Eso era todo lo que quería, solo un beso, nada más. Pero el pánico que ese sentimiento traía consigo lo mantenía congelado en su lugar.

"Tengo hambre", dijo Angelica al fin, volviéndose hacia él. "¿Tienes hambre?"

"Mucho", respondió él, tropezando con la única palabra.

"Volvamos a la casa y veamos si el almuerzo está listo".

Tomó su mano y comenzaron a caminar de regreso por el campo. Mark estaba más feliz de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo solo con seguirla. Recogió su chaqueta mientras pasaban por ella, la colocó sobre su brazo y permaneció en silencio mientras caminaba con ella. Caminaba con su esposa por un prado soleado en sus mangas de camisa, goteando de sudor. Contento. Era algo que apenas podía comprender.

Para cuando llegaron a la casa, su valentía había crecido a pasos agigantados. Entraron en la casa de la misma manera que habían salido, a través del invernadero, y se dirigieron al vestíbulo. Antes de llegar al comedor, sin embargo, Mark detuvo a Angelica suavemente.

"Angelica", comenzó, su corazón latiendo aún más rápido que cuando estaban caminando.

"¿Sí?" Ella lo miró con una sonrisa, sus mejillas sonrosadas por el sol y el ejercicio.

Mark se acercó más a ella. Su estómago se revolvió. Estaba casi cumpliendo cincuenta, por Dios. No debería sentirse como un muchacho inexperto de dieciséis años. Tomó su otra mano, mirando fijamente sus dedos entrelazados con los suyos, reuniendo el valor para levantar la mirada hacia ella. Su vergüenza era absurda. Ella era su esposa, después de todo.

"¿Te importaría si yo...?" No pudo sacar las palabras, tonto como era.

En lugar de eso, finalmente miró sus ojos, encontrando nada más que paciencia allí. Su sangre bombeaba más fuerte, y por primera vez en lo que parecía una eternidad, la oleada de excitación que lo recorría no inspiraba instantáneamente repulsión. Bajó la mirada a sus labios. Eran suaves y entreabiertos. Contuvo la respiración, acercándose más, su cuerpo zumbando de expectativa y alegría. El aroma de su piel lo intoxicaba mientras luchaba contra el último de sus inhibiciones. Podía hacer esto. Nada malo sucedería. Todo estaría...

"Mi señor, ha llegado el correo".

La voz profunda de Baxter fue como un chapoteo de agua fría rompiendo un hechizo. Mark retrocedió, marchitándose de vergüenza. Exactamente como un chico de dieciséis años lo haría si su padre lo hubiera sorprendido besando a una criada.

"Oh". Baxter parecía igualmente desconcertado mientras se detenía de golpe, extendiendo una carta. "Lo siento mucho, mi señor, su señoría. No me di cuenta... debería haberlo hecho... es imperdonable de mi parte". La cara del hombre estaba roja como un tomate.

Mark carraspeó, apartándose de Angelica, tan rígido como siempre. "No importa, Baxter. ¿Qué tiene para mí?"

"Una carta, su señoría", dijo Baxter con un nuevo tipo de ansiedad. Se acercó rápidamente, extendiendo la carta como si fuera veneno. "De la Prisión de Newgate".

El corazón de Mark cayó en su estómago, que rápidamente se llenó de ácido. Su actitud helada volvió a su lugar mientras tomaba la carta de Baxter y asentía en agradecimiento. No habría podido formular las palabras para agradecer a Baxter o enviarlo a sus asuntos si lo hubiera intentado. Todo lo que podía hacer era estudiar el sobre con aprensión. Conocía demasiado bien la caligrafía de la dirección.

"Prisión de Newgate", dijo Angelica, acercándose y agarrando el brazo de Mark con ambas manos. "Es donde está detenido Lord Shayles, ¿verdad?"

Mark asintió, las palabras aun escapándose de él. Insertó su pulgar en la solapa del sobre y lo rasgó, demasiado ansioso por buscar un abridor de cartas en su estudio. En los casi seis meses que Shayles había estado encarcelado, ni una vez le había escrito a Mark directamente. Toda correspondencia había sido filtrada a través del señor Lloyd, el abogado. Una carta directa no podía ser una buena noticia.

La carta en sí era corta y al grano.

"Querido Gatwick. El momento se acerca para mi liberación, pero me gustaría verte antes. Visítame aquí el miércoles trece a las diez de la mañana. Haré arreglos por mi parte. Tenemos mucho de qué hablar".

La carta estaba firmada con la grandiosa firma de Shayles, aunque Mark notó que temblaba más que la última vez que la había visto.

"¿Qué vas a hacer?" preguntó Angelica.

Mark volvió a doblar la carta, mirándola por un momento. "No lo sé", respondió. El pensamiento de regresar a Londres, de entrar en una prisión y enfrentarse a Shayles después de todo lo que había pasado, lo llenaba de temor. Pero quedarse donde estaba, escondido en Hampshire detrás de las paredes cerradas de Blackmoor Close, lo convertiría en el peor tipo de cobarde.

Se sorprendió a sí mismo al girar y mirar a Angelica. "¿Qué crees que debería hacer?" preguntó.

Su hermoso rostro se endureció con resolución. "Creo que deberías entrar en esa prisión con la cabeza en alto y decirle a ese bastardo que te devuelva tu cuadro".

La amaba. Dios todopoderoso, ¿cuándo había pasado eso? Pero allí estaba. Él, Mark Pearson, Conde de Gatwick, estaba completamente enamorado de su ardiente esposa estadounidense. Era un desastre total. Si Shayles se enteraba, sería el fin de él, el fin de todo.

"Supongo que vamos a Londres, entonces", dijo, sintiendo que el último resto de control que tenía sobre su vida se desvanecía.



Los nervios de Mark estaban tensos mientras él y Angelica recorrían las calles de Londres en el carruaje Templeton, el mayordomo de su casa en la ciudad, había organizado recogerlos en la estación de tren. Sentía como si no hubiera estado en Londres durante décadas... y sentía como si nunca se hubiera ido. El fuerte olor a basura y humo irritaba su nariz y el constante bullicio de carruajes, gente y comercio le molestaba.

"No tenía idea de que Londres fuera tan grande", dijo Angelica, con los ojos muy abiertos mientras prácticamente se apretaba contra la ventana, mirando la ciudad. "Nueva Orleans está creciendo a pasos agigantados, pero esto es impresionante".

"Llegaste a través de Portsmouth y no Londres cuando llegaste", dijo Mark, sin saber cómo hacer conversación cuando claramente sus sentimientos sobre el asunto eran tan diferentes a los de ella.

Angelica respondió afirmativamente con un murmullo, pero continuó mirando el mundo afuera del carruaje.

Mark la observó. La línea de su cuello mientras se estiraba hacia la ventana era embriagadora. Su mano descansando en el asiento entre ellos, con los dedos largos extendidos para proporcionar equilibrio mientras se inclinaba, era hipnotizante. Ella había recogido su cabello en un estilo desafiante a la gravedad una vez más, lo que mostraba la línea de su mandíbula y sus pómulos.

Quería pintarla. El pensamiento le llegó de repente, enviándole un cosquilleo por la espalda. Solo había tenido un sujeto para sus pinturas durante casi veinticinco años, pero de repente sus manos le picaban por tener otro. La imagen que Angelica estaba creando en ese momento, mirando ansiosamente por la ventana a un mundo completamente nuevo, inevitablemente sería una obra maestra. Si pudiera hacerle justicia. Lo cual dudaba.

El carruaje giró en la última esquina hacia Hill Street, donde se encontraba su casa en la ciudad, y Angelica se alejó de la ventana, girando para enfrentarlo. "Debes pensar que soy tonta por emocionarme tanto por un lugar que probablemente conoces bien".

"Nunca podría pensar que eres tonta", respondió Mark. La frase habría sonado suave y caballerosa si no hubiera estado tan rígido de ansiedad. Él era el tonto en su situación actual.

Angelica le envió una sonrisa irónica. "Puedo ser excepcionalmente tonta cuando me lo propongo. El abuelo Miles solía decirme que tenía el sentido de una mula cuando se trataba de meterme en situaciones insostenibles en lo que respecta a los negocios".

"Oh", dijo Mark, aprovechando la oportunidad para que ella hablara de sí misma y no de él.

Ella rió, removiendo su corazón. "Tenía la mala costumbre de irrumpir en las reuniones de accionistas y hacer que las cosas se detuvieran". Se acercó más a él. "Los hombres de negocios

no aprecian que una mujer se inmiscuya en sus asuntos, especialmente cuando la mujer en cuestión sabe más sobre el negocio que ellos".

"Los hombres son ignorantes la mayor parte del tiempo", estuvo de acuerdo Mark, una vez más demasiado nervioso por dónde estaba y por qué estaba allí para sonar despreocupado.

La expresión de Angelica se contrajo como si su ansiedad no pasara desapercibida. "Lavinia insinuó que no has vuelto a Londres ni te has alejado de Blackmoor Close desde el juicio del Lord Shayles en la primavera", dijo.

"No lo he hecho", respondió Mark honestamente.

Esperó a que Angelica preguntara por qué o lo regañara o se riera de él por ser un cobarde, pero ella simplemente lo estudió por un momento más, luego se giró para mirar por la ventana cuando el carruaje se detuvo.

"¿Es esta tu casa en la ciudad?", preguntó, el asombro volviendo a su expresión.

"Sí", respondió Mark, moviéndose alrededor de ella hacia la puerta para estar listo cuando el conductor la abriera. Tan pronto como lo hizo, Mark saltó, luego se volvió para ofrecerle a Angelica una mano. "Gatwick House ha estado en la familia desde que fue construida poco después del Gran Incendio".

"¿No fue hace casi dos siglos?" Angelica parpadeó, luego miró hacia arriba a la enorme edificación georgiana. "No parece tan vieja".

"Fue remodelada en la época de Jorge II", explicó. "Necesita ser renovada nuevamente para agregar comodidades modernas".

Enganchó la mano de Angelica en el hueco de su brazo y la escoltó hasta los escalones delanteros. Templeton estaba esperando para abrir la puerta y darles la bienvenida y recibir sus abrigos, y todo su personal, varios de ellos caras nuevas que habían sido contratadas después del juicio, estaba alineado para saludarlo.

"Buen día, mi lord, mi lady", dijeron cada uno, uno tras otro, inclinándose profundamente o haciendo una reverencia. Mark no vio más que desprecio disfrazado en sus sonrisas demasiado apretadas o actitudes demasiado adulatoras.

"¿Les gustaría tomar té en el salón, mi lord?" preguntó Templeton.

Mark se volvió hacia Angelica, quien asintió.

"Sí", dijo, luego llevó a Angelica hacia la parte trasera de la casa.

El personal se dispersó mientras caminaban, y dentro de momentos, Mark y Angelica estaban gracias a Dios solos en el salón floral que su madre había decorado cuando era una novia nueva.

"Todos parecen tan amables", dijo Angelica con una sonrisa.

Mark se volvió hacia ella, levantando una ceja en sorpresa. "¿Quién, el personal?"

"Sí, por supuesto".

Él negó con la cabeza. "Me desprecian, estoy seguro".

La expresión de Angelica se deshizo en confusión. "Definitivamente no lo hacen. ¿No viste las miradas de respeto que te dieron?"

"Porque les pago, sin duda", dijo. "No puedo imaginar que alguno de ellos piense bien de mí". No después de haber sido testigos de cómo interpretaba el papel del perro faldero de Shayles durante años. Por qué, había tenido un demonio de un tiempo para mantener a las jóvenes criadas en su empleo después de la forma en que Shayles las acosaba cada vez que él y sus acompañantes organizaban fiestas en Gatwick House. Había llegado al punto en que había instruido a la Sra. Lewis, su ama de llaves, que solo contratara chicas poco atractivas para trabajar arriba. Aunque la mayoría de las criadas que los acababan de saludar eran nuevas.

"Te aprecian, Mark", insistió Angelica, poniendo una mano en su brazo. "Acéptalo".

Mark la miró mientras bebía su té como si fuera una pintura particularmente compleja en una galería oscura. Finalmente, dijo: "Temo que pronto verás que tu fe en mí es equivocada", dijo en voz baja.

"Tonterías", lo contradijo ella.

Su conversación se interrumpió cuando Templeton entró en la habitación seguido por una de sus nuevas criadas con un servicio de té.

"Esta carta fue entregada para usted esta mañana, mi lord", dijo Templeton, presentando a Mark un sobre simple que no tenía franqueo. "Fue entregada personalmente y el mensajero expresó un sentido de urgencia".

"Gracias, Templeton". Mark tomó la carta, asintiendo tanto al mayordomo como a la criada, quienes sabían lo suficiente como para entender la señal de que era hora de irse. Angelica se sentó en el sofá junto a la mesa donde estaba el té y sirvió mientras Mark abría y leía la carta.

"¿Qué dice?" preguntó Angelica.

Mark frunció el ceño mientras escaneaba el breve contenido. "Es del abogado de Shayles, aconsejándome que cancele mi visita a la prisión mañana como se ha acordado".

"¿Qué cancelas?" Angelica parpadeó, su mano ágil suspendida sobre el tazón de azúcar. "¿Por qué el abogado de Lord Shayles no querría que lo visitaras?"

Mark se encogió de hombros, sintiendo un terror acumulándose en su estómago. Solo podía haber una razón, según él. Su mente retrocedió al final del juicio, a las amenazas de Shayles de matarlo mientras dormía por traicionarlo. Obviamente, Shayles tenía intenciones violentas y el Sr. Lloyd lo sabía y estaba tratando de evitar un desastre.

Volvió a leer el breve mensaje, caminando unos pasos por el salón con el ceño fruncido. ¿Realmente estaba tratando Mr. Lloyd de protegerlo o tenía otra razón para no querer que hablara con Shayles? Tal vez Shayles estaba listo para ceder en el asunto de la pintura, pero Lloyd no quería perder la cara después de haberle negado a Mark lo que le pertenecía durante tanto tiempo. O tal vez Shayles deseaba hacer algún tipo de confesión que Lloyd creía que le causaría daño.

"Mark, siéntate. Toma un poco de té", habló Angelica metiéndose en sus pensamientos.

Mark estaba tan poco acostumbrado a tener una voz amable interrumpiendo sus pensamientos que casi tropezó mientras caminaba. Se volvió hacia Angelica, notando la mirada de preocupación e impaciencia mezclada en su expresión. Cambió de dirección y se sentó en el sofá a su lado, aceptando la taza de té que le ofrecía.

"¿La carta dice algo sobre tu pintura?" ella preguntó.

Así que ella no se había olvidado de eso. Mark no estaba seguro de si quería que lo hiciera o no.

"No", dijo, luego tomó un sorbo de su té. Lo había preparado exactamente como le gustaba. No recordaba haberle dicho cómo le gustaba su té.

Angelica lo estudió mientras bebía su té, como si fuera una pintura particularmente compleja en una galería oscura. Por último, dijo: "Creo que deberíamos visitar a este abogado lo antes posible".

El ceño de Mark se levantó. "No necesitas venir conmigo".

"Oh, pero creo que sí", dijo con un tono de amenaza en su voz que le hizo sentir un escalofrío por la espalda. "Este... ¿Sr. Lloyd, verdad?"

Mark asintió.

"Este Sr. Lloyd ha sido demasiado esquivo con respecto a esta pintura. Conozco a hombres como él. Piensan que pueden conseguir lo que quieren solo por la virtud de su terquedad".

"Sin duda pueden", murmuró Mark.

"Nunca lo permití cuando ayudaba al abuelo Miles con su negocio, y no lo permitiré ahora".

Fiel a su palabra, Angelica terminó su té, puso la taza y se levantó. "Vamos".

Mark parpadeó hacia ella. "¿A dónde vamos?" Dejó su té a un lado sin terminarlo y se levantó con ella.

Angelica tomó su mano y lo llevó hacia la puerta. "Vamos a la oficina del Sr. Lloyd".

"Pero acabamos de llegar", argumentó.

"Exactamente", dijo con una sonrisa, llevándolo por el pasillo y sorprendiendo a un criado, que probablemente esperaba que su amo se quedara quieto momentos después de llegar. "Trae el carruaje", le dijo Angelica al joven, que se apresuró a hacer su voluntad. A Mark le dijo: "Si llegamos a la oficina del Sr. Lloyd antes de lo que él espera, nos pondrá en una posición superior y al Sr. Lloyd a la defensiva. Los hombres a la defensiva son más honestos cuando se les presiona", insistió. "Especialmente si una mujer los pone a la defensiva".

Sus palabras calaron en él mientras llegaban a la puerta principal, donde Templeton se apresuró a entregarles sus abrigos y sombreros mientras esperaban a que el carruaje volviera a dar la vuelta.

"Angelica, no tienes que acompañarme en esta misión", dijo, sus nervios volviendo a erizarse. "De hecho, podría ser más seguro si no lo hicieras".

"¿Más seguro?" Ella lo miró incrédula, luego sacudió la cabeza. "Es mucho más seguro para mí estar a tu lado", dijo. "Otra cosa que aprendí del mundo de los negocios de Nueva Orleans es que los hombres siempre, sin excepción, subestimarán a una mujer y la tratarán como si estuvieran en un salón en un principio. Les da el tiempo justo para entrar con las armas desenfundadas".

Mark apretó los labios y dejó escapar un suspiro. No estaba seguro de que le gustara el enfoque del Salvaje Oeste, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. En cuestión de minutos, estaban sentados de nuevo en el carruaje, camino al bullicio y el humo de la ciudad. Media hora después, estaban de pie en el vestíbulo de Lloyd, Palmer y Leeds mientras uno de los empleados se apresuraba a informar al Sr. Lloyd que tenía visitas.

La oficina del abogado estaba cargada y había una sensación de fragilidad en el aire. Mark tenía demasiada experiencia con el lugar, de los días en los que ayudaba a Shayles a defenderse de acusaciones y demandas. Acusaciones que eran bien fundamentadas y demandas que deberían haber continuado y sido el final de Shayles, de no ser por las montañas de suciedad que tenía sobre todos, desde el Príncipe Albert hasta el propio Lloyd. Los recordatorios de su vieja vida, de la cobardía en la que casi se ahoga, estaban por todas partes.

"No te olvides de respirar", le susurró Angelica en un momento.

Mark parpadeó y la miró solo para encontrar una sonrisa traviesa en su rostro. Parecía como si estuviera lista para luchar contra los hunos, como si todo su entrenamiento estilo escocés con piedras en el prado estuviera a punto de ser puesto en uso.

"El Señor Lloyd lo verá a usted, Lord Gatwick", dijo el empleado con voz entrecortada, haciendo gestos para que Mark y Angelica lo siguieran por un pasillo y otro lleno de oficinas.

Antes de entrar en la oficina de Lloyd, Mark se armó de valor. Después de todo, no era un gusano completo. Estaba en lo correcto, y Lloyd lo sabía. Shayles también lo sabía, a pesar de sus amenazas y posturas. No tenía razón para sentirse intimidado, especialmente con Angelica a su lado. Aunque parte de él encontraba incómodo que debiera encontrar fuerzas en su esposa cuando, de hecho, debería protegerla y resguardarla.

"Lord Gatwick", Lloyd se levantó de un pequeño escritorio abarrotado de papeles cuando

Mark y Angelica entraron en la habitación. "No esperaba verlo en este..." Se detuvo y frunció el ceño al ver a Angelica. "¿Quién es esta?"

"Mi esposa", respondió Mark, "Lady Angelica Gatwick".

Las cejas de Lloyd se alzaron tan rápido y tan alto que Mark medio esperaba que sus cejas se cayeran. "¿Esposa? No estaba al tanto de que se había casado, mi señor".

Mark ignoró lo que para él parecía un intento de obtener información. "¿Por qué desea que cancele mi visita a Newgate mañana, señor?" Mark preguntó, pasando al ataque.

Angelica tenía razón. La franqueza inesperada claramente tenía al hombre tratando de pensar en una respuesta. "No es adecuado", tartamudeó. "Usted es ampliamente considerado como el catalizador en la condena de mi cliente. No creo que sea prudente que tenga ningún contacto adicional con el Lord Shayles, ahora o cuando sea puesto en libertad condicional en dos semanas".

"¿Lord Shayles será puesto en libertad en dos semanas?" Angelica preguntó, con el rostro fruncido de alarma.

El terror se acumuló en el estómago de Mark.

Lloyd parecía aún más sorprendido. "¿Es usted americana?" preguntó.

"Ahora soy la Condesa de Gatwick, así que apenas importa para usted", dijo Angelica, con la espalda recta y la barbilla levantada.

La boca de Lloyd se abrió mientras la miraba, como si estuviera pescando una respuesta, pero no tuviera ninguna. "Sí", respondió al fin, con un aire de astucia en su expresión. "Lord Shayles está listo para ser liberado, su tiempo ha sido cumplido, a partir del veintiocho de octubre".

"No sabía que fuera tan pronto", dijo Angelica. Miró a Mark como si preguntara si él lo sabía.

Mark asintió, pero mantuvo una calma estudiada que no sentía. "Visitaré a Shayles mañana como él lo solicitó", dijo. "En cuanto a nuestro negocio, le he pedido repetidamente que me devuelva una cierta pintura en posesión de Shayles, y aún no he recibido lo que es mío".

"Porque no es suya, mi señor", dijo Lloyd, pasando de la sorpresa a la terquedad.

"Lo es", dijo Mark.

Lloyd negó con la cabeza. "Mi cliente, el Lord Shayles, me informó de manera inequívoca que la pintura en cuestión le pertenece exclusivamente a él, y que todas las preguntas al respecto no deberían ser respondidas. Creo que sus palabras fueron 'Gatwick nunca verá ni un pedazo de esa pintura mientras viva'".

Mark frunció el ceño a través de la familiar máscara de banalidad que había puesto. Por dentro, estaba furioso. Shayles no tenía derecho a llevarlo tras algo que ambos sabían que le pertenecía. No era más que un intento de frustrarlo y humillarlo a distancia, ahora que no podía frustrarlo y humillarlo de cerca. Y ambos sabían por qué.

"¿Dónde está mi pintura?" preguntó, sintiendo que al menos merecía eso.

"No estoy en libertad de decirlo", dijo Lloyd, enviándole una sonrisa de suficiencia.

"¿Dónde está?" repitió Mark.

"No estoy en libertad de decirlo", Lloyd dijo con más fuerza.

"No fue destruida en el incendio del Black Strap Club", continuó Mark. "Shayles me lo dijo".

"No podrá recuperarla, mi señor. Tengo estrictas instrucciones de mantener en secreto su ubicación y su estado hasta..."

"¿Está en Londres, entonces?" lo interrumpió Angelica.

Lloyd se sorprendió tanto por la interrupción que retrocedió, su boca flotando en indignación.

"Claramente lo está", continuó Angelica, dejando el brazo de Mark y acercándose al escritorio. "De lo contrario, no parecería tan desconcertado. ¿Dónde está? ¿La ha guardado en una caja de seguridad bancaria? ¿Está en su casa de la ciudad? ¿Lord Shayles la tiene en la prisión consigo?"

"Mi señora, yo..."

"¿La está guardando aquí en su oficina?" lo interrumpió Angelica. Puso las manos sobre su escritorio y levantó la voz. "¿Está en uno de esos armarios allí? ¿O la tiene en su propia casa? ¿Deberíamos llamar a la policía local para que allane su casa? ¿Cree que se tomarían bien que usted esté albergando bienes robados?"

"No la tengo", Lloyd le gritó, retrocediendo otro paso, sus ojos muy abiertos de alarma.

"¿Estará de acuerdo la policía con esa declaración?" continuó ella, hablando aún más alto. "¿Qué pensaría su esposa si supiera que está albergando bienes robados? ¿Volvería a hablarle, cree? ¿O ya lo ha destruido? Tenemos el poder de asegurarnos de que toda su práctica se hunda en el suelo si no..."

"Está en la finca de campo de Shayles", Lloyd interrumpió, encogiéndose bajo el asalto de Angelica. "Él la tiene en Ravencrest Hall".

Angelica se enderezó y retrocedió al lado de Mark con una sonrisa. "Está en Ravencrest Hall" susurró, con un brillo en los ojos y regodeándose en los labios.

El corazón de Mark se revolcó en su pecho, pero al mismo tiempo, su estómago se llenó de ácido. Bien podría haber estado en la luna. "Gracias" dijo, mirando a Angelica y a Lloyd. "Creo que con eso concluye nuestro negocio aquí".

Se dio la vuelta para irse, ofreciendo su brazo a Angelica. Ella lo tomó con una mirada de tan altiva superioridad que Mark casi rompió su máscara de indiferencia para sonreírle. Empezaron fuera de la oficina.

"Esperen" les gritó Lloyd. "Nuestro negocio no ha terminado. No puede ir a la prisión de Newgate mañana".

"Buenos días, señor Lloyd" dijo Mark, sosteniendo la puerta para Angelica mientras salían al vestíbulo.

"Debe escucharme, mi señor" los persiguió Lloyd. "Lord Shayles no está en condiciones de recibir visitas. Que el hombre cumpla su condena y se retire en paz".

Mark se quedó paralizado a mitad de paso, como si le hubiera caído un rayo, y luego volvió a girar hacia Lloyd. "Shayles no merece la paz más que... que yo", siseó.

Lloyd cerró la boca abierta y bajó los hombros. Toda su actitud se derritió en una amarga burla. "Que recaiga sobre su cabeza, entonces" dijo antes de darse la vuelta para marchar de vuelta a su despacho. Cerró la puerta tras de sí, atrayendo las miradas de varios empleados y asistentes.

Mark se aclaró la garganta y luego acompañó a Angelica. "Como si estuviera en cualquier otro lugar que no fuera en mi cabeza" murmuró.

Sabía lo que se avecinaba. Lloyd no le había dicho nada que no supiera ya. Al menos ahora sabía dónde estaba el cuadro. Estaba listo para enfrentar las consecuencias de su vida.

Angelica no estaba tan enamorada de Londres para cuando ella y Mark salieron de las oficinas de Lloyd, Palmer, y Leeds y se adentraron en la bulliciosa calle.

"La insolencia de ese hombre", resopló. "¿Qué utilidad posible tenía mantener la ubicación de tu pintura oculta, sino para fastidiarte?"

"Ahora sabemos dónde está", dijo Mark, con su mirada vacía y distraída. Ella no podía culparlo por refugiarse en lo que asumía eran viejos hábitos después de una reunión como esa.

"La forma en que te hablé", continuó, moviéndose ligeramente en su agitación. "¿No entiende que eres un lord y él, bueno, no?"

Mark la miró fijamente. "Descubrirás que, en esta era moderna, un título solo te lleva hasta cierto punto. Especialmente cuando la reputación de uno no es tan estelar como uno quisiera".

Angelica se detuvo en sus movimientos inquietos para fruncir el ceño. Antes de entrar en la oficina del Sr. Lloyd, Mark había sido un manojo de nervios. Ahora parecía tan tranquilo como un día de primavera. Sin embargo, estaba segura de que todo era una actuación. La diferencia era que antes mostraba sus emociones abiertamente, pero ahora las tenía contenidas.

Sacudió la cabeza, incapaz de contener su propia frustración. "Reputación o no, el hombre fue grosero. He tenido más que suficiente de hombres groseros para toda la vida".

El conductor de Mark debe haberlos avistado desde el lugar donde esperaba en la calle. Movié el carruaje hacia el tráfico y luego se acercó para recogerlos. Angelica no estaba de humor para estar dentro de un carruaje, o de una casa en la ciudad, en este momento.

"¿Hay algún lugar al que podamos ir a caminar?" preguntó mientras el conductor saltaba para abrirles la puerta. "No creo que pueda quedarme quieta en este momento, aunque mi vida dependiera de ello".

La mirada vacía de Mark se volvió reflexiva. Ayudó a Angelica a subir al carruaje, donde ella se retorció y se movía en lugar de acomodarse cómodamente. Luego se volvió hacia el conductor. "Llévanos a la Galería Nacional", dijo.

"Sí, mi señor". El conductor tocó el ala de su gorra, luego cerró la puerta del carruaje una vez que Mark estuvo dentro.

Resultó que la Galería Nacional era precisamente el lugar adecuado para que Angelica se desahogara.

"Nunca he visto tantas obras maestras de arte en un solo lugar", dijo, mirando hacia arriba en las paredes mientras caminaba rápidamente por una galería tras otra, con el brazo de Mark.

"No pareces estar viendo muchas de ellas ahora", dijo Mark, con suficiente tono de broma en su voz para indicar que él también estaba relajándose después de la horrible reunión.

Angelica se obligó a frenar su paso y le lanzó una sonrisa de lado. "Considéralo un breve

recorrido por todo lo que ofrece la galería antes de volver sobre nuestros pasos a un ritmo más lento".

"Debería haberte llevado a Hyde Park", dijo con una mueca irónica que podría haber sido un prototipo de una sonrisa. "Así podrías correr con todas las niñeras cuidando a los niños".

Angelica rio antes de que pudiera evitarlo. Se llevó una mano a la boca cuando varios de los clientes de la galería la miraron con sorpresa e indignación.

No habría tenido ninguna consecuencia si los clientes que la miraban a ella y a Mark hubieran sido completos desconocidos, pero resultó que no era el caso.

"Dios mío", exclamó un hombre regordete y canoso, apartándose de un Rubens particularmente voluptuoso. "¿Ese es Lord Gatwick?"

Un hombre que estaba con él se volvió y levantó un monóculo a su ojo. "No, no puede ser", dijo. "Gatwick es el último hombre vivo que podría hacer reír a una mujer".

Mark se tensó tan repentinamente y tan completamente que Angelica temió que, si intentaba empujarlo para que siguiera avanzando, se derrumbaría y se rompería, como una estatua hecha de arcilla quebradiza.

"Denbigh, Herbert". Mark saludó a cada hombre con un gesto de cabeza.

Lo miraron, con sus rostros retorcidos con una mezcla de burla y sorpresa, y luego miraron a Angelica.

"¿Y quién es esta?", preguntó Denbigh, mirando a Angelica como si fuera un trozo de carne.

Angelica podía sentir la reticencia que emanaba de Mark junto con su tensión. Carraspeó y dijo: "Caballeros, permítanme presentarles a mi esposa, Lady Gatwick". Su expresión no traicionaba nada, y Angelica sintió que no era casualidad que no le diera su nombre completo.

Su suposición pareció acertada cuando Denbigh y Herbert reaccionaron como si Mark les hubiera presentado a un unicornio entrenado. Ambos se quedaron boquiabiertos, y Herbert estalló en risas.

"¿Una esposa?", resopló. "¿Tú? Nunca pensé que vería ese día".

"No pensé que tuvieras eso en ti", se rió Denbigh, recordando lo que Mark le había dicho sobre ciertos rumores respecto a su sexualidad.

"Oh, esto es genial", se rió Herbert. "¿No hay alguna especie de apuesta sobre si Gatwick mirase siquiera a una mujer, sin mencionar casarse con una?"

"La apuesta se canceló hace años", dijo Denbigh, "porque Gatwick es un completo pez frío".

"Adivina qué, estábamos todos equivocados, ¿eh, Gatwick?", Herbert le golpeó el brazo tan fuerte que Mark se estremeció.

Antes de que Angelica pudiera abrir la boca para darle una lección al hombre, Denbigh continuó: "¿Sabe Shayles sobre esto?"

"Estallará de furia", dijo Herbert antes de que se pudiera responder la pregunta. Tuvo la decencia de bajar la voz mientras continuaba, "Ha tenido los huevos de Gatwick en un tornillo de banco durante décadas, y no estará contento de encontrar a alguien más aplicando la presión".

"No, en absoluto", se rió Denbigh. "Aunque dudo que Shayles sienta demasiada simpatía hacia el hombre después de esta primavera".

"No, para nada", Herbert sacudió la cabeza y chasqueó con seriedad fingida.

Los dientes de Angelica estaban tan apretados que le dolían. Era como si los dos hombres no pudieran ver a Mark parado justo frente a ellos mientras lanzaban sus insultos. Peor aún, era como si supieran perfectamente que él estaba allí y no les importara. La pareja parecía pensar que podían insultar a Mark impunemente. Y ninguno se había presentado formalmente ante ella. No tenía idea si Denbigh y Herbert eran señores o príncipes.

Lo peor de todo, Mark permanecía donde estaba, con una expresión aburrida en su pálido rostro como si no hubiera escuchado una palabra de ninguno de los dos hombres. Era evidente por la dureza de su brazo bajo su mano que había escuchado todo y sabía lo que todo eso significaba en todos los niveles. No había ocultado desde el principio que no era bien querido.

Denbigh y Herbert continuaron enviándose miradas irónicas y risitas sugestivas.

"¿Supones que Gatwick tiene la menor idea de qué hacer con una buena yegua como esa?" preguntó Denbigh.

Angelica había tenido suficiente. Sin decir una palabra más a la odiosa pareja ni siquiera mirarlos, ella llevó a Mark a un lado y marchó con él, duplicando el ritmo demasiado rápido de antes. Estaba medio sorprendida de que Mark la siguiera tan fácilmente.

Cuando atravesaron dos galerías y giraron en una esquina hacia una tercera, mucho más pequeña, él soltó un suspiro de irritación.

"Lo siento", dijo. "No esperaba encontrarme con gente como ellos".

"¿Amigos tuyos?" preguntó con un tono sardónico y cauteloso.

"Amigos de Shayles", gruñó Mark.

"Estoy empezando a entender lo que eso significa".

Él la miró con profunda ansiedad en sus ojos.

"Tenías razón", continuó ella, con un tono aún firme, pero de una manera que buscaba reconfortarlo al mismo tiempo. "No tienes amigos". Y ahora entendía que eso podría ser algo bueno en lugar de motivo de lástima.

Un poco de la aguda tensión que lo envolvía pareció disminuir. Él extendió su mano libre para reposar sobre la suya mientras descansaba en el hueco de su brazo. Viniendo de Mark, y en un lugar público, era un poderoso signo de afecto.

"Tal vez deberíamos regresar a la casa", dijo, girando para buscar una salida.

Sus esfuerzos se vieron interrumpidos cuando otro hombre se apartó del cuadro que había estado estudiando y los vio. Frunció el ceño. "Lord Gatwick".

Mark se tensó de nuevo por completo. Angelica se preparó para otro ataque de comportamiento horrible. Pero el caballero que se acercó a ellos tenía un comportamiento completamente diferente al de Denbigh y Herbert. Era alto, un poco desgarbado, con un rostro que parecía estar diseñado para el escenario cómico, y sin embargo, su manera era seria y, sorprendentemente, respetuosa.

"Sir Christopher". Mark hizo una reverencia rígida al hombre.

Sir Christopher respondió con otra reverencia. Sus movimientos inciertos dieron a Angelica la sensación de que el hombre no estaba acostumbrado a la formalidad. "No esperaba verte aquí", dijo, una sonrisa suavizando sus rasgos y haciéndolo parecer tonto, aunque Angelica sospechaba que no lo era en absoluto.

"Yo tampoco esperaba estar aquí", respondió Mark. Su manera era tan cautelosa como con Denbigh y Herbert, pero Angelica sentía que estaban en una situación completamente diferente. "Permíteme presentar a mi esposa, Lady Gatwick", dijo cuando Sir Christopher miró curiosamente a Angelica.

La cara de Sir Christopher se iluminó, quitándole años de encima. "Felicidades", dijo con una amplia sonrisa, extendiendo la mano hacia Mark y estrechándola vigorosamente. "No sabía que te habías casado".

"No es conocimiento común", respondió Mark.

Sir Christopher sonrió a Angelica y ejecutó una reverencia galante. "Sir Christopher Dowland, a su servicio, Lady Gatwick".

Angelica estaba encantada, en parte por la franqueza de Sir Christopher y en parte porque no parecía tener un firme agarre sobre las vaguedades del protocolo social. "Es un placer conocerlo, señor", dijo. Luego, porque la curiosidad lo exigía, no pudo evitar preguntar, "¿Cómo conoce a mi esposo?"

Sir Christopher sonrió. "Tuve el placer de conocerlo en los pasillos de Westminster, aunque Lord Gatwick está en la Cámara de los Lores y yo estoy en la Cámara de los Comunes".

"¿Oh?" El interés de Angelica estaba picado. No había dejado de considerar que Mark era miembro del Parlamento. No tenía más idea de cómo funcionaba el gobierno británico que de cómo construir una desmotadora de algodón, pero estaba impresionada de todos modos.

"Tenemos amigos en común", continuó Sir Christopher. "Lord Helm, Lord Malcolm y Lord Dunsford, entre otros".

Angelica miró a Mark con una sonrisa sorprendida. "¿Amigos en común?" preguntó, poniendo énfasis en la última palabra.

"Estoy seguro de que Sir Christopher usa el término libremente", dijo Mark en voz baja.

"Tal vez hubo algo de tensión en el pasado", continuó Sir Christopher con el aire de alguien que no se daba cuenta de que estaba hablando de cosas mejor guardadas en silencio. "Cuando Lord Gatwick formaba parte del grupo de Lord Shayles. Pero todos en Londres, todos los que tienen medio cerebro, saben que eso ya no es así".

"¿Lo hacen?" Angelica miró de Mark a Sir Christopher y viceversa. Mark parecía aterrado, como si no estuviera preparado para lo que Sir Christopher estaba contando y como si pudiera enfermarse por ello. Eso no impidió que Angelica prestara atención a cada palabra de Sir Christopher, sin embargo.

"Su esposo es un héroe", dijo Sir Christopher, enviando la ceja de Angelica hasta su línea de cabello. "Prácticamente por sí solo se encargó de que Shayles fuera condenado esta primavera. El resultado del juicio estaba lejos de ser seguro, aunque todos los hombres en la sala sabían lo culpable que era Shayles. Ninguno de ellos estaba dispuesto a tomar una posición en contra del bast—quiero decir, del villano, sin embargo. No hasta que Gatwick aquí, el asociado más cercano de Shayles, se levantó y lo declaró culpable. Fue como bolos cayendo uno tras otro después de eso".

Angelica parpadeó ante Mark. "¿Es verdad?"

Mark inhaló rápidamente. "Sí".

Podía decir que no iba a elaborar, pero se sintió como si su historia de vida se hubiera desplegado frente a ella de todos modos.

"Es una lástima que Shayles no haya sido enviado a prisión de por vida", continuó Sir Christopher. "Pero fue expuesto por lo que realmente es. Estoy seguro de que innumerables mujeres y hombres vivirán vidas más seguras y dormirán mejor por la noche gracias a lo que Lord Gatwick pudo hacer".

"Qué cosa tan maravillosa de decir", sonrió Angelica.

"Debemos irnos", dijo Mark.

"Por supuesto." Sir Christopher asintió, todavía sonriendo. "No seré yo quien los retenga de sus asuntos". Hizo una pausa, luego continuó, "Sería un honor recibirlos para cenar mientras estoy en la ciudad. No estaré aquí por mucho tiempo. Esta es solo una visita rápida para ocuparme de los asuntos de la finca antes de que el Parlamento se reúna de nuevo el próximo mes. Acomodaré mi horario al suyo".

"No estaremos en la ciudad por mucho tiempo", dijo Mark, luego hizo una reverencia rígida y dijo, "Buen día, Sir Christopher".

Salió de la habitación con Angelica como si estuvieran huyendo de otro encuentro como el de Denbigh y Herbert en lugar de lo que ella consideraba una agradable reunión.

"Y dices que no tienes amigos", lo reprendió mientras salían de las galerías y comenzaban a bajar por las largas y anchas escaleras hacia la salida.

"No tengo amigos", dijo Mark.

Le envió una mirada escalonada. "Sir Christopher fue perfectamente encantador. Nos invitó a cenar. Odio decirlo, pero fuiste un poco grosero".

Mark sacudió la cabeza. "Sir Christopher es un buen tipo, pero los otros que mencionó, Lord Malcolm, Dunsford, su amigo Waltham..." Sacudió la cabeza con más fuerza. "Me ven como una aberración sospechosa en el mejor de los casos. Me ven como mi primo, Helm, como a un perro que podría estar rabioso y que necesita ser mantenido a distancia".

Angelica abrió la boca para contradecirlo, pero no salió nada. Armand había sido helado en el mejor de los casos con Mark durante su estadía con Lavinia. Se preguntó cómo reaccionarían los otros hombres que Sir Christopher había mencionado si hubieran estado en la posición de Armand en Blackmoor Close.

El conductor de Mark los estaba esperando frente a la Galería Nacional una vez más, y en cuestión de minutos estaban metidos de nuevo en la carroza, camino a casa en Mayfair. Los pensamientos de Angelica continuaron ardiendo, sin embargo. Una tarde en Londres, y tenía la creciente sensación de que estaba viendo toda la imagen de la vida de Mark, no solo el pequeño segmento que había estado mirando hasta ahora. Mark no le había dicho una palabra que no fuera verdad. Podía ver que no era bien querido, excepto donde lo era, por Sir Christopher y su personal, y su reputación no era impecable, excepto cuando se trataba del juicio de Lord Shayles y su papel en él.

Mientras la carroza giraba en Hill Street, un recuerdo repentino la golpeó, uno que encajaba todo en su lugar. Había conocido a un anciano en Nueva Orleans, un hombre que limpiaba zapatos y hacía recados para los hombres de negocios cuyas instalaciones estaban cerca de las de Grandpa Miles. El viejo Abe había sido esclavizado durante la mayor parte de su vida. Había trabajado en los campos de una gran plantación en Mississippi antes de la guerra y la emancipación. Era un hombre libre, pero era evidente a simple vista que aún llevaba los grilletes en su corazón. Angelica había hecho todo lo posible para ser amable con él y para animarlo, pero ante la primera vista de un hombre blanco con una expresión enojada, Abe se encogería como si temiera que el látigo cayera en cualquier momento.

Mark todavía llevaba los grilletes de su tiempo al lado de Lord Shayles. Eso era obvio para Angelica. Lo que aún no sabía nada era qué eran realmente esos grilletes y cómo había sido esa vida con Lord Shayles.

"Si tenías amigos potenciales como Sir Christopher y esos hombres que mencionó", preguntó mientras la ayudaba a bajar de la carroza y la acompañaba a su casa, "¿por qué no aprovechaste sus ofertas de amistad en lugar de quedarte con Lord Shayles?"

No habían hablado una palabra en todo el viaje de regreso a casa, y Mark prácticamente se estremeció ante su pregunta directa.

"Esas ofertas de amistad no estaban ahí", explicó simplemente, con un toque de defensividad en su tono. "En ningún momento en los últimos veinticinco años ninguna de esas personas que mencionó Sir Christopher hizo la más mínima indicación de que me aceptarían en su círculo".

La lástima le apretó el pecho a Angelica. "¿Los habrías hecho amigos si te hubieran acogido más cordialmente?"

Encogió los hombros, ayudándola a quitarse el abrigo. "Nunca lo sabremos".

Le entregó su abrigo a Templeton, luego se quitó el suyo, junto con su sombrero.

"La cena está lista para servirse, mi señor", dijo Templeton en voz baja, como si le costara perturbar la conversación.

Mark asintió, luego ofreció su brazo para escoltar a Angelica hacia el comedor.

"Las personas quedan encerradas dentro de sus reputaciones desde temprana edad", dijo, casi como si hablara consigo mismo, mientras caminaban. "Es tan difícil sacudirse el papel en el que te han colocado como escalar una montaña con las manos desnudas. Mi padre me advirtió tanto durante mi infancia. Y no es como si no hubiera escuchado, pero para cuando terminé de lamentarme..." Se detuvo y carraspeó, con la cara fruncida. "Shayles era y, creo, sigue siendo una influencia fuerte. Protege lo que cree que es suyo celosamente. Para cuando me di cuenta de que estaba atrapado en su red, ya era demasiado tarde".

"¿Demasiado tarde para qué?" preguntó Angelica.

Él no respondió. Ella no esperaba que lo hiciera realmente. Mark distribuía información y palabras a su propio ritmo, y empujarlo no lograba nada. Aunque era una píldora amarga de tragar, saber que no había nada que pudiera hacer para acelerar el proceso de abrirlo.

Al menos, no había nada que pudiera hacer para acelerar el proceso con palabras. Había otras formas de persuadir a un hombre para que se abriera, y era hora de que ella las intentara.

Rápidamente se había vuelto rutinario que Angelica y Mark compartieran una cama por la noche, pero mientras se deslizaban entre las sábanas y Mark se inclinaba para apagar la lámpara esa noche, deliberadamente cruzó las líneas territoriales no habladas de la cama al acercarse a él tan pronto como se recostó boca arriba.

"¿Qué estás haciendo?", preguntó él, sobresaltado.

"Me estoy poniendo juguetona con mi marido", respondió ella con picardía, alcanzando los botones de la parte superior de su pijama.

Parecía flotar en un momento de indecisión, el potencial de movimiento que lo sacaría de la cama y lo alejaría de ella latente en él. Pero no se movió.

"¿Es esto realmente necesario?", preguntó con voz tensa.

"Sí". Ella dio su respuesta monosilábica de la misma manera que él lo haría y continuó desabrochándole la camisa, dejando al descubierto su pecho.

Sus labios se apretaron y su boca se torció como si quisiera encontrar una respuesta, pero ella no le había dejado espacio para hacerlo. Desabrochó el último botón y apartó los pliegues de su camisa. Al principio se tensó bajo su toque, pero cuando ella no hizo más que pasarle una mano perezosamente por los músculos pectorales y el estómago, empezó a relajarse.

Era agradable tocarlo. Tenía la sensación de que no lo habían tocado lo suficiente en su vida. Se apoyó en un brazo y bajó las sábanas para poder ver lo que hacía. Mark era digno de un hombre de su edad, pero nunca lo había visto excederse en la comida o la bebida, y disfrutaba de su paseo diario tanto como ella. Era extraño pensar que, a pesar de su larga asociación con lord Shayles, era un hombre sin vicios.

También era extraño pensar en él de forma tan remota cuando estaba acostado justo allí junto a ella, pacientemente y en silencio dejándola pasar la yema de los dedos por su piel y jugar con sus pezones. Se sacó de sus pensamientos y sonrió ante su expresión confundida.

"Te gusta esto, ¿verdad?" preguntó ella, incapaz de evitar regodearse mientras llevaba su mano hacia arriba para quitarle la camisa de los hombros.

Él frunció los labios y soltó un aliento por la nariz. "¿Vas a usarlo en mi contra si digo que

sí?" preguntó.

Angelica logró contenerse para no gritar victoria. "No", respondió. "Pero puedo guardar otras cosas en tu contra".

Él frunció el ceño mirándola. "¿Como qué?"

Ella se acercó y susurró en su oído: "Como mi cuerpo". Siguió su comentario seductor mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Él inhaló profundamente y se movió impacientemente. Angelica dejó que su mano se deslizara más abajo, por su abdomen. Atrapó los lazos de su pijama y los desató, luego deslizó una mano debajo de su cintura. Él contuvo el aliento por segunda vez y lo soltó con un gemido cuando ella pasó la mano por su pene y agarró sus testículos.

"También te gusta esto", le dijo con una sonrisa pícara mientras jugaba con él.

Para alguien que tenía tan poca experiencia con la forma masculina como ella, estaba impresionada consigo misma por ser tan atrevida. Se sentía natural con Mark, sin embargo, y el hecho de que él obviamente fuera más reservado que ella en tales asuntos solo la hacía más audaz. Probó el peso de su escroto en su mano, luego acarició lentamente su longitud endurecida, queriendo aprender todo lo que pudiera sobre cómo funcionaba y reaccionaba esa parte de él.

"No me has respondido", le recordó, aprendiendo la forma y el contorno de la punta con los dedos.

"No fue una pregunta", logró articular él.

Ella rio suavemente en su garganta. "¿También te gusta esto?", preguntó, tratando de contener la risa con la alegría de todo.

Él tardó en responder, así que ella cerró la mano alrededor de su grueso miembro y lo acarició lentamente. Puede que no tuviera experiencia personal, pero sus amigas en Nueva Orleans habían hablado sobre sus maridos y amantes y las cosas que les gustaban. No era completamente ignorante.

La respiración de Mark era profunda y entrecortada. Su cuerpo se había calentado notablemente bajo sus ministraciones. Se había vuelto tan duro mientras jugaba con él que se preguntaba si llegaría al clímax solo con eso.

"¿Bien?" preguntó ella, pasando el pulgar sobre la punta de su pene y encontrando humedad allí.

"Sí", respondió al fin, soltando un poderoso aliento. Se relajó al hacerlo, como si dejara de lado la idea de que no debería hacerlo.

"¿Te gustaría aún más si algo más que mi mano te estuviera complaciendo?" preguntó con un arqueado malicioso de una ceja.

Él la miró fijamente, con las mejillas rojas, como tratando de entender qué quería decir. "Sí", respondió al fin. "Creo que sí".

Una emoción electrizante recorrió el núcleo de Angelica. Estaba más que lista para explorar todas las formas en que ella y Mark podían trabajar juntos como marido y mujer. Demasiado emocionada para decir otra palabra provocadora, cambió de posición para montarlo, luego se sentó.

Él inhaló profundamente cuando su movimiento lo expuso, empujando las sábanas hacia abajo hasta sus muslos. Su camión los ocultó a ambos por un momento antes de que Angelica alcanzara el dobladillo y se lo quitara de la cabeza, lanzándolo a un lado. Mark emitió un sonido de aprecio al verla expuesta ante él. Él mismo era un espectáculo bajo ella, su pecho y estómago expuestos, su erección grande y reposando recta contra su abdomen.

Poco a poco, posó sus manos en sus caderas, acariciándola con una mezcla embriagadora de

vacilación y necesidad. Sus ojos siguieron su tacto mientras él cepillaba sus manos por su estómago y hasta sus senos. Ella se inclinó lo suficiente para que él pudiera sostener sus senos y explorarlos con sus palmas y pulgares, trabajando sus pezones en protuberancias tiernas. Su tacto encendió un fuego profundo dentro de ella que estaba ansiosa por avivar y explorar hasta que la consumiera, pero se obligó a ser paciente.

"Eres hermosa", susurró mientras acariciaba sus costados nuevamente, acariciando con una mano hacia los rizos entre sus piernas. "Y erótica".

Ella tragó el comentario burlón que quería hacer, girando las caderas hacia su tacto en su lugar. Él deslizó su mano entre sus piernas, rozando su sexo de una manera que se sentía tan bien que no pudo evitar suspirar de placer.

"No soy completamente ignorante, ¿sabes?" continuó él, pasando un dedo por su entrada húmeda. "Sé lo que le da placer a una mujer".

Demostó su afirmación al empujar su dedo dentro de ella, haciéndola jadear. Él presionó la base de su mano contra su clítoris al hacerlo, proporcionando justo la cantidad de fricción y presión para dejarla jadeando por aire.

La sensación era tan deliciosamente abrumadora que ella se inclinó hacia adelante y apoyó las manos a ambos lados de sus hombros. Se balanceó hacia su mano, hambrienta de más.

"Te gusta esto, ¿verdad?" él preguntó, devolviéndole sus palabras.

"Oh, sí", suspiró, luego se inclinó para cerrar sus labios sobre los suyos.

Movió su mano para poder sostener sus caderas mientras ella lo besaba. Sus labios se fundieron contra los suyos, tan ansiosos como ella era inexperta. Su corazón saltó en su pecho cuando él abrió su boca a la suya, atrayendo su lengua hacia su boca.

En un extraño y maravilloso instante, el equilibrio entre ellos cambió. Él la besó con una pasión que le quitó el aliento, saboreándola y provocando sus labios y lengua con los suyos. De repente, él era su maestro, mostrándole lo perfectamente que las bocas podían encajar y lo maravilloso que podía ser el apareamiento. Deslizó una mano por su costado para sostener su pecho mientras sus cuerpos se tocaban y deslizaban el uno contra el otro. Toda pretensión de juego y burla desapareció bajo la gloriosa sensación de que realmente estaban haciendo el amor.

"Te necesito", jadeó, rompiendo su beso.

Sus caderas se movieron bajo las suyas, y él agarró firmemente sus muslos. Ella entendió al momento y se movió con él, alcanzando entre ellos para agarrarlo y guiarlo a casa. Él se adentró en ella con una fuerza que le quitó el aliento. Su cuerpo se estiró y dolió mientras lo acomodaba, y gimió con el placer de ello, pero eso era solo el comienzo.

Agarró firmemente sus caderas mientras él embestía una y otra vez. Se sintió torpe al principio, pero la ansiedad la hizo aprender rápido, y a la media docena de golpes, estaba moviéndose con él. Se sintió tan diferente de su ansiosa y frenética noche de bodas que se sorprendió soltando suavemente en sincronía con sus embestidas. Se sintió tan bien que se arrojó contra él con más fuerza y rapidez, atrayéndolo más y más profundamente dentro de ella hasta que amenazaba con una marejada de sensaciones.

"Ángel", la llamó con voz entrecortada.

No podía decir si estaba demasiado abrumado para terminar su nombre o si pensaba que había alcanzado el cielo. Ella estaba segura de que lo había hecho, y momentos después, su cuerpo latía en orgasmo, apretándolo mientras él seguía embistiendo. Era diferente a cualquier cosa que hubiera sido capaz de provocarse a sí misma, y quería que durara para siempre, especialmente cuando Mark jadeó, luego gimió mientras su cuerpo se tensaba. Una sensación cálida se derramó a través de ella, ya sea por el acto físico de su clímax o por la unidad que

sentía con él, no lo sabía. Todo lo que sabía era que su cuerpo nunca podría tener suficiente de él y que su corazón sería suyo para siempre.

Su fuerza se agotó en el rastro del clímax, y se desplomó contra él, haciendo todo lo posible para mantenerlo dentro de ella. Su momento de decepción cuando él se movió y se salió fue mitigado cuando él cerró los brazos alrededor de ella, dejándola donde estaba como su manta.

"Deberíamos hacer esto más seguido", jadeó, apoyando la cabeza en su hombro.

Él tiró de las sábanas sobre ellos, envolviéndolos en un intenso calor. "Quizás deberíamos", dijo, logrando sonar tosco incluso cuando estaba sin aliento por hacer el amor.

Angelica apretó su sonrisa en la carne de su hombro para evitar reírse de su reacción. Su marca. Siempre era quisquilloso, incluso cuando estaba deshecho por la pasión. El hecho de que se hubiera deshecho y de que hubieran experimentado la pasión fue una gran victoria comparable a Waterloo. Ella suspiró feliz y cerró los ojos, apoyándose en él. Conquistaría esta montaña un pequeño y sensual paso a la vez.



Mark salió de la cama cuidadosamente a la mañana siguiente antes de que Angelica se despertara. Era una forma única de tortura separar su cuerpo del suyo después de la noche que habían pasado juntos, una noche que casi no había ocurrido. Estuvo a centímetros de salir corriendo cuando ella se acercó y desabrochó su camisa. La oleada de deseo, miedo y cariño que lo golpeó con su toque fue abrumadora. No pensaba que estuviera listo para sentir ese tipo de emociones.

Tampoco había pensado que estaba listo para sentir las sensaciones físicas que ella había despertado en él, pero en el momento en que deslizó su mano por debajo de su cintura para endurecerlo, supo que sería inútil resistirla. Había sido como la primera vez. Había luchado contra el miedo a avergonzarse y decepcionarla, y contra la locura de perder la razón por el placer. Al menos hasta que cruzó el punto de inflexión y el deseo desenfrenado lo impulsó a unirse con ella como si no hubiera un mañana. Le sorprendió haber durado tanto como lo hizo, pero supuso que la edad tenía sus beneficios.

Todo eso lo dejó sintiéndose patéticamente vulnerable, tanto que no había podido dejar que Angelica saliera de su abrazo cuando se durmieron. Gracias a Dios, a ella no parecía importarle. El problema era que el sentido de vulnerabilidad, de estar abierto y derramando emociones en todas direcciones, era lo último que necesitaba con lo que tenía que hacer esa mañana.

Caminó de puntillas por la habitación, recogiendo su ropa para el día, jabón y su navaja de afeitar, y se deslizó por el pasillo hacia una de las habitaciones de invitados. No estaba tan bien equipada como su propia habitación, pero al menos le permitía vestirse sin despertar a Angelica. Tuvo que buscar a Templeton para el agua para bañarse y afeitarse, pero toda su rutina matutina se logró sin despertar a Angelica, que necesitaba dormir.

Pero tenía otra razón, más importante, para no querer despertar a su esposa.

"Bajo ninguna circunstancia se le debe permitir a Lady Gatwick que me siga a la prisión de Newgate", le dijo a Templeton en voz baja mientras se preparaba para salir de la casa. "Tampoco se le debe permitir ir a la oficina del Sr. Lloyd, si tiene intención de hacerlo".

"Entendido, mi lord", dijo Templeton con una reverencia.

Mark vaciló, frunciendo el ceño por lo que necesitaba hacer. "De hecho, podría ser mejor si se le disuadiera de salir de la casa en absoluto". Hizo una pausa. "Supongo que podría dar un paseo por Hyde Park si es necesario. A Lady Gatwick no le gusta estar encerrada en casa. Pero asegúrese de que un lacayo la acompañe y de que no vaya sola a Hyde Park si así lo desea".

"Sí, mi lord".

Mark salió de la casa sintiéndose como el peor tipo de esposo imaginable. Había visto a demasiados hombres mantener a sus esposas como esclavas virtuales en sus propios hogares, y

nunca había soñado que él sería ese tipo de hombre. Pero eran necesarias precauciones con respecto a Shayles.

Shayles. El simple pensamiento del hombre hizo que el estómago de Mark se revolviera mientras lo conducían a través de la ciudad hasta la prisión de Newgate. Su reunión con Shayles no era hasta las diez, y aunque parte de él pensaba que sería mejor esperar en una cafetería, donde al menos podría tomar café y un bollo, su estómago se rebelaba ante la idea de comida. En cambio, hizo que su chofer lo llevara por la ciudad de la forma más larga posible, luego estacionó afuera de la prisión, donde Mark se sentó en contemplación durante más de una hora antes de reunir el valor para entrar.

Todavía era demasiado temprano cuando Mark descendió del carruaje y se dirigió a la puerta principal de la prisión.

"Lord Gatwick", se presentó al empleado detrás del escritorio en la sombría sala de espera. "Tengo una cita para ver al Lord Shayles".

"Lord Gatwick", murmuró el hombre detrás del escritorio, echando un vistazo a un libro mayor.

Mientras él verificaba, Mark miró a su alrededor. La habitación en la que se encontraba era gris y deprimente. Una mujer con ropa raída estaba sentada en un banco con los hombros encorvados. Tres niños flacos estaban con ella, sin vida. En el otro lado de la habitación, un hombre con sombrero bajo para ocultar la mitad de su rostro se apoyaba contra la pared.

"Ah, sí. Lord Gatwick. Se le espera", dijo el empleado. "Espere aquí mismo".

La espalda de Mark le picaba y sus nervios se erizaban con la demora. El empleado entró en una habitación detrás de su escritorio, y un momento después regresó con un guardia uniformado.

"Lord Gatwick", dijo el guardia, frunciendo el ceño y sombrío. "Sígame".

Mark nunca había estado dentro de una prisión antes. Inmediatamente, su mente evocó imágenes de miseria dickensiana. Había crecido con cuentos de prisión por deudas y almas desafortunadas esperando ser transportadas a Australia. La realidad de Newgate en mil ochocientos ochenta y uno era muy diferente. El sólido complejo carcelario era mucho más clínico. Las paredes de piedra eran sombrías y frías, pero no sucias ni llenas de decadencia. El edificio tenía una sensación de deterioro, y quizás otras secciones eran tan miserables como Dickens había escrito, pero Shayles era un aristócrata y, como tal, sería alojado en un lugar mejor.

La teoría se probó acertada y errónea cuando el guardia llevó a Mark por una escalera y por un pasillo hacia lo que podría haber servido como un apartamento para múltiples familias en las secciones más pobres del East End. El guardia golpeó la puerta antes de desbloquearla y preceder a Mark hacia la habitación.

Shayles estaba sentado en una pequeña mesa bajo una ventana gruesamente enrejada. Mark parpadeó y se detuvo justo dentro de la puerta al verlo. Solo había visto a Shayles vestido con la última moda, generalmente de negro, perfectamente arreglado y pulido. Ahora estaba vestido con un uniforme de prisión gris descolorido que alguna vez pudo haber sido a rayas antes de ser lavado mil veces. Su cabello rubio blanco había crecido y ahora parecía gris en lugar de lustrado. Shayles tampoco se había afeitado en días. Pero llevaba la misma mirada astuta y dominante que siempre había llevado, y al ver a Mark, se echó hacia atrás en su silla, una sonrisa lenta tirando de la comisura de su boca.

"Bien, bien. Llegas temprano, Gatwick", dijo, el mismo tono punzante en su voz que siempre había estado ahí. Sus fríos ojos azules eran lobunos.

Mark no dijo nada. Dio un paso más adentro de la habitación, parándose en su centro con las manos detrás de la espalda. El guardia que lo había mostrado tomó su lugar junto a la puerta, que permaneció abierta.

"Puede dejarnos", dijo Shayles al guardia con el mismo mando de un príncipe.

"No", dijo el guardia, totalmente implacable. A Mark le agradaba el hombre, aunque parte de él se avergonzaba de admitir que se sentía más seguro con él observando.

La sonrisa engreída de Shayles se desvaneció, y clavó una mirada asesina en el guardia por un momento. La fachada suave que llevaba cuando Mark entró en la habitación se agrietó un poco, dándole a Mark un vistazo de un hombre que había perdido su paciencia junto con todo lo demás.

Un momento después, la astucia volvió a la expresión de Shayles. "Bueno, Gatwick, sigues dando miedo como siempre".

Mark sospechaba que el comentario pretendía hacer que él comentara sobre la apariencia descuidada de Shayles, pero se negó a participar. Había jugado con Shayles durante demasiado tiempo.

"¿Por qué me has llamado aquí?", preguntó, manteniendo un tono ecuánime, pero evitando caer en el vacío que se había vuelto tan común en presencia del hombre.

"Quería ver si todavía vendrías cuando te llamo", dijo Shayles, luego siguió el comentario con una risa lenta y ronca. "Pero, por supuesto que sí. Aquí, perrito". Emitió el comando de la misma manera que lo haría a un perro, y luego se rio de su broma.

Los vellos de la nuca de Mark se erizaron. De repente, la sensación institucional de la prisión era más como la de Bedlam. Todo lo que quería hacer era huir, pero tenía sus propias razones para hacer la visita.

Abrió la boca, pero antes de que las palabras salieran, Shayles volvió a comenzar.

"Estoy a punto de ser liberado en menos de una quincena", dijo con una sonrisa feliz, moviendo su silla para cruzar las piernas. Se recostó, estudiando a Mark de pies a cabeza.

Mark se negó a ser intimidado. "Así lo he oído", dijo.

"Esa perra de mi esposa se ha fugado a Italia con algún joven idiota que conoció solo Dios sabe dónde", continuó Shayles, su tono demasiado casual para la amargura en sus ojos.

"Lo sé", dijo Mark.

"Se llevó lo último de mi dinero cuando se fue", continuó Shayles.

Mark no dijo nada. La fuga de la Lady Shayles había aparecido en las páginas de chismes poco después del juicio. La situación era bien conocida por todos.

La expresión de Shayles se tensó en amargura cuando Mark no reaccionó. "Eso significa que necesitare fondos una vez que sea liberado".

Aun así, Mark no dijo nada, aunque adivinó lo que se avecinaba. Ya había tenido demandas de efectivo a través de Lloyd.

"Así que", dijo Shayles, prolongando la sílaba, "eso significa que es hora de que pagues".

Sin sorprenderse, Mark negó con la cabeza. "No".

Shayles se levantó de su silla tan rápido que el guardia apenas logró alcanzarlo a tiempo para contenerlo. "No me digas que no, gusano miserable", siseó Shayles. Se apartó del guardia, dando un paso atrás y paseando frente a la mesa. "Me debes".

"No te debo nada", dijo Mark. Su corazón latía rápido y su mente luchaba contra él, deseando desesperadamente retroceder a su rincón habitual e ignorar lo que estaba sucediendo. Pero el tiempo de ignorar a Shayles y su villanía había terminado. Tenía que concentrarse. Tenía que mantenerse firme.

"Tú eres la razón por la que estoy aquí, bastardo", siseó Shayles. "Si no fuera por ti..."

"Tus crímenes son tuyos, Theodore. Sabes mejor que nadie que no tuve parte en ellos."

Shayles se detuvo en su paseo, con la boca abierta. Mark nunca lo había interrumpido en los veinticinco años de su conocimiento, y casi nunca lo llamaba por su nombre de pila.

"¿Cómo te atreves?" Shayles siseó. "¿Cómo te atreves a dirigirte a mí como si fuéramos iguales?"

"No soy tu igual", dijo Mark, su apariencia mucho más firme de lo que se sentía. "Tú eres un prisionero y yo soy un hombre libre." Quería creer que era un hombre libre, que estaba libre de Shayles, tan desesperadamente que le apretaba la garganta, impidiéndole decir algo más. No estaba seguro de si era cierto, sin embargo. Shayles tenía razón: Mark había acudido cuando él lo llamó.

"Cuando sea liberado, espero que transfieras cincuenta mil libras a mi cuenta", Shayles reanudó su inquieto paseo, con más aspecto de león enjaulado que de lobo.

En la carta, eran veinte. Shayles estaba aumentando la cantidad como siempre había aumentado las apuestas en su villanía.

"No", dijo Mark.

"Entregarás las llaves de tu casa de la ciudad y conseguirás los servicios de un detective para buscar a mi esposa", continuó, su expresión oscureciéndose.

"No lo haré", dijo Mark. Una extraña sensación de alivio lo invadió con cada nueva negativa, como si cada una se acumulara sobre la otra, como las piedras de un muro que mantendría fuera a Shayles.

Un destello de estar en el prado con Angelica, reconstruyendo el muro derrumbado, lo invadió. Angelica. Ella tendría algo que decirle a Shayles. La idea lo aterraba y al mismo tiempo le daba fuerzas.

"Devolverás mi pintura de inmediato", dijo, enderezándose.

Shayles dejó de pasear y se rió. El sonido comenzó como una risa baja y aumentó a un rugido, dando a Mark aún más la sensación de que el hombre había perdido la razón.

"¿Todavía obsesionado con Kitty?" preguntó, cruzándose de brazos y sacudiendo la cabeza. "Qué triste eres, pequeño gusano".

"Me pertenece", dijo Mark. "Quiero que me la devuelvas".

"Ahora es mía", gruñó Shayles como si pensara que estaba de nuevo en la cima. "Como todas las demás putas miserables con las que me he acostado".

Mark luchó por no estremecerse, pero amargas memorias lo asaltaron, gritos y súplicas de ayuda. La risa de Shayles resonaba sobre todo eso, amenazando con hacer que Mark vomitara. Gracias a Dios no había comido esa mañana.

"Te gustó", Shayles continuó con su tono más burlón. "Admítelo, lo hiciste. Siempre el artista, ¿verdad? Te gustaba ver, observar cómo me la follaba". Su sonrisa se volvió depredadora. "Fue una lástima que Nahrgang y Grayson tuvieran que sujetarla. Al menos ellos también tuvieron su turno".

"No escucharé esto", dijo Mark.

"Es una pena que la pobre puta se haya colgado por la vergüenza después", lo provocó Shayles.

"Detente", gritó Mark, apartándose de Shayles y llevándose las manos a los oídos. Cerró los ojos para bloquear el recuerdo, pero golpeaba su cordura de todas formas.

Al escuchar la malévola risa de Shayles, soltó un suspiro y apaciguó sus rasgos en la máscara en blanco que lo había protegido durante tanto tiempo. Se sentía como una derrota, pero al

menos lo detuvo de volverse loco.

"Oh, no mires así", dijo Shayles. Mark tardó un momento en darse cuenta de que le estaba hablando al guardia, que se había puesto pálido de furia. "No es mi culpa que ella eligiera ahorcarse en lugar de volver contigo. La mujer fue una participante más que dispuesta en nuestra pequeña diversión".

"No, no lo fue", Mark susurró, demasiado bajo para que Shayles o el guardia lo escucharan. Pero ese era su problema. Había dejado que el miedo lo silenciara, que el temor a represalias lo empujara a una caja fría y silenciosa, tan rígida y sin vida como un cuadro, que le había llevado décadas salir de ella. Se volvió hacia Shayles y repitió, "No, no lo fue", en voz alta y firme.

Shayles resopló. "Tú y yo recordamos el incidente de manera muy diferente". Se volvió hacia el guardia. "Ignora a Lord Gatwick. Es un sapo sin espina que no sabría qué hacer con una mujer si ella se sentara en su cara y le chupara la polla".

"Suficiente de eso", gruñó el guardia.

La mente y el corazón de Mark volaron instantáneamente hacia Angelica. Estaba tan agradecido de que ella no estuviera allí para escuchar la suciedad de Shayles que lo mareaba.

Como si Shayles hubiera escuchado sus pensamientos, sonrió y dijo: "Por cierto, las felicidades están en orden".

Mark se tensó. Su rostro se puso caliente, pero no pudo hablar.

"Se rumorea que la nueva Lady Gatwick es toda una luchadora", Shayles continuó, acercándose lentamente a Mark. "Que es estadounidense y también morena".

Por más que quisiera decirle a Shayles que se callara y que se ocupara de sus propios asuntos, Mark estaba paralizado por el miedo.

Shayles se acercó, moviéndose tan sutilmente que el guardia no intervino para detenerlo. "Me gustaría conocer a esta mujer", dijo Shayles con un tono engañosamente amable. "Suenan exactamente como mi tipo de dama". Se pasó una mano por la boca.

"Nunca", logró decir Mark por fin.

Shayles lo ignoró. "Me debes", repitió, bajando la voz mientras se acercaba a Mark. "Sería una terrible vergüenza si Angelica corriera la misma suerte que Kitty".

Un escalofrío recorrió las venas de Mark. Su visión se oscureció y tuvo que luchar contra las ganas de desmayarse. Preferiría morir antes que ver algo así sucederle a Angelica. Pero al parecer, eso es precisamente lo que Shayles tenía en mente.

"Dije que te mataría", susurró, posicionándose de manera que el guardia no pudiera verlo ni oírlo. "Dije que te asesinaría en tu cama, y lo digo en serio. Te estrangularé con mis propias manos, y luego me follaré a tu dulce Angelica hasta que sangre. Y luego lo haré una y otra vez hasta que..."

"Ya terminé aquí". Mark se apartó de golpe, avanzando hacia la puerta.

El guardia retrocedió como si recién se diera cuenta de lo amenazante que se había vuelto Shayles. "¿Qué le dijiste?" preguntó, avanzando y empujando a Shayles de regreso hacia la silla.

"Le deseé felicidades por su reciente matrimonio", mintió Shayles.

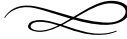
Si dijo más, Mark no lo escuchó. Marchó por la puerta y salió al pasillo tan rápido que casi podría haber estado corriendo. Apenas registró al guardia salir de la habitación de Shayles y cerrar la puerta con un golpe metálico. Giró la llave ruidosamente en la puerta, pero no serviría de nada. Paredes y cerraduras solo podían contener a Shayles por un tiempo limitado.

El monstruo no podía ser contenido. Eso debería haber sido obvio. Shayles era culpable de asesinato, y sin embargo, solo había sido condenado a seis meses. También era un mentiroso y un ladrón, y sin embargo, tenía el poder de retener algo tan simple como una pintura de Mark.

Sostenía el alma de Mark en la palma de su mano, y nada de lo que Mark había podido hacer había logrado liberarla. Y ahora Shayles estaba amenazando a Angelica.

Mark habría sido un tonto si asumiera que las amenazas eran vacías. Shayles no hacía amenazas vacías. Tan pronto como las puertas de su celda de prisión fueran abiertas, se desataría, sin detenerse ante nada hasta que Mark estuviera completamente destruido. Era una inevitabilidad tanto como el sol que sale por la mañana. Mark estaba muerto, pero haría una última cosa antes de que Shayles lo asesinara: protegería a Angelica. Su abogado podría ayudar hasta cierto punto, pero lo que Angelica necesitaría eran aliados. Por mucho que lo odiara, tendría que visitar al único hombre en Inglaterra que lo consideraba un héroe. Pero si estaba recurriendo a Dowland para obtener ayuda, la situación era muy grave.

Once



La frustración recorría la espalda de Angelica mientras daba vueltas alrededor del salón elegantemente decorado al frente de la casa de Mark. La molesta sensación de que la habían engañado, de que la habían dejado atrás mientras los hombres hacían su trabajo una vez más, no la abandonaba. Le irritaba en cada nervio, marcada por el golpeteo de sus pasos mientras desahogaba su energía caminando de un lado a otro.

Había sido tan feliz durante la noche. Ella y Mark habían hecho el amor como si lo sintieran, como si finalmente hubieran desarrollado una verdadera conexión en lugar de emparejarse por necesidad. Le había gustado montarlo mucho más de lo que pensaba, aunque no habría dicho que no si él la hubiera volteado boca arriba y la hubiera tomado con maestría. Lo que había pasado entre ellos había sido verdaderamente íntimo. Pero por la mañana, él se había ido.

Cuando supo por qué y adónde había ido, su temperamento casi se apoderó de ella.

"¿Fue a Newgate Prison sin mí?", le ladró a Templeton una vez que él le confesó el paradero de Mark.

"Sí, mi señora", dijo Templeton, teniendo dificultades para mantener un semblante sereno. "Me pidió que le dijera que no intentara seguirlo".

"¿Lo hizo?", Angelica se cruzó de brazos y golpeó con el pie, fulminando con la mirada al mayordomo.

Templeton tragó nerviosamente. "Él también me informó que no debe intentar unirse a él en Newgate. Puede pasear por Hyde Park con la protección de un lacayo, pero...". Las palabras de Templeton se marchitaron en sus labios ante la mirada insubordinada que Angelica le lanzó. Carraspeó. "El desayuno está esperando, mi señora", dijo, luego se inclinó y huyó.

Angelica comió, resentida por el hecho de que comía sola. Miró el lugar vacío frente a ella en la mesa mientras masticaba, imaginando todas las formas en que regañaría a Mark cuando regresara.

"Es simplemente la forma en que es el mundo, cariño mío", resonaron las palabras del abuelo Miles en su memoria horas después mientras daba vueltas en el salón. "Los hombres gobiernan, las mujeres siguen. Te he consentido, pero me temo que encontrarás pocos hombres que hagan lo mismo".

"No es justo", gruñó Angelica en voz alta, agarrando una almohada de una silla y arrojándola al sofá.

"No, no lo es", respondió el abuelo Miles de su memoria. Podía ver su rostro amable, marcado por la risa y la edad, en la pantalla de su mente. Mark se parecía un poco a él. Tenían la misma nariz y el mismo carácter decidido.

"Quizás algún día las tornas cambiarán", dijo el abuelo Miles. Recordaba bien el día en que

habían tenido la conversación. Estaba parada con él en el almacén, humillada y frustrada después de que los hombres que asistían a su reunión de distribuidores se negaran rotundamente a hacer negocios con ella en la habitación. "Pero hasta que lo hagan, ¿estás segura de que quieres seguir por este camino? Serás una esposa y madre ejemplar. Te veo como la dueña de toda una casa, organizando los negocios de la finca mientras crías niños finos y enérgicos. De hecho, entiendo que Blackmoor Close necesita una dueña. Mi sobrino nieto nunca se casó, y si lo que mi prima Bertha me escribe es cierto, es un triste viejo que podría necesitar una mujer fuerte a su lado".

Angelica parpadeó y se detuvo. El abuelo Miles le había mencionado a Mark antes. Había olvidado la conversación. Y aunque no le sentaba bien sospechar, una vez más, que su voluntad era una forma agri dulce de doblarla a sus ideas de lo que debería hacer y ser, estaba aún más convencida de que el plan de desheredación era tanto para el beneficio de Mark como para el suyo.

"Viejo manipulador", gruñó, reanudando su circuito alrededor de la habitación, aunque el cariño llenaba su corazón al pensar en él. Sin embargo, era absolutamente inaceptable que su vida hubiera sido determinada por un anciano con una agenda. Era injusto que los hombres la vieran como débil, que asumieran que podían conseguir lo que querían de ella por la fuerza.

Y, sin embargo, en el momento en que su mente gritó: "Nunca debí venir a Inglaterra", su corazón lo rechazó. Honestamente, no había tenido elección. Igualmente honesta, no habría renunciado a Mark por nada del mundo. Pero en el momento en que él regresara a casa, lo regañaría tan a fondo como el sargento más áspero.

Apenas había resuelto decirle a su esposo errante lo que pensaba cuando el sonido de la puerta principal abriéndose llegó desde el pasillo. Sin perder un paso en su paso, se volvió hacia la puerta del salón, apretó los puños a sus lados y siguió marchando.

Pero antes de llegar al pasillo, Mark irrumpió. Angelica se detuvo en seco, casi retrocediendo. Nunca había sabido que Mark irrumpiera en algún lugar.

"Shayles es un canalla y un imbécil", gruñó, la profundidad de su frustración palpable.

"Fuiste a verlo sin mí", dijo Angelica, tal como había planeado. A diferencia de sus intenciones, su voz tenía mucho menos vitriolo. Simplemente estaba afirmando un hecho.

"Es bueno que lo hiciera", le dijo Mark, cayendo en el paso casi en el mismo circuito que ella había estado caminando durante la última media hora. "La reunión fue perturbadora por decir lo menos. Es muy probable que Shayles se haya vuelto loco, aunque aún presenta un barniz de gentileza".

Angelica no sabía qué hacer con la forma inesperada en que las cosas se habían desarrollado. Debería estar a la defensiva, atacando a Mark por tratarla tan fríamente como cualquier otro hombre. En cambio, esa maldita parte de su corazón que latía solo por él corrió directamente a la simpatía y la preocupación.

"¿Qué dijo?", preguntó, moviéndose hacia su camino para que se viera obligado a detenerse de caminar.

No le devolvió la mirada de inmediato, lo que envió alarmas corriendo por la piel de Angelica. "Quería dinero", dijo, frotándose la cara. "Se burló de mí por venir cuando me llamó, como un perro, luego insistió en que aún le debo".

"¿Le debes qué?", Angelica entrecerró los ojos.

"No lo sé, ¿dinero? ¿Lealtad?" Él finalmente la miró. El habitual revoltijo de emociones suprimidas que ella había llegado a conocer como únicamente Mark definitivamente estaba allí, pero detrás de la irritación y la precaución había un montón de culpa. Estaba escondiendo cosas de ella.

Ella cruzó los brazos, sin ganas de mimarlo como solía hacerlo. "¿Qué no me estás contando?", preguntó.

"Muchas cosas", respondió él con mucha más honestidad de la que estaba preparada para escuchar Angelica. Ella parpadeó ante la respuesta inesperada, pero Mark se frotó la cara nuevamente y suspiró. "Necesitamos salir de Londres de inmediato", dijo con energía inesperada. "Es probable que Shayles sea liberado pronto, y sus intenciones asesinas siguen ahí".

El ceño de Angelica se alzó. "¿Te amenazó?", preguntó.

Mark marchó pasó de ella al servicio de té que habían preparado para Angelica hace una hora. "Todo su ser es una amenaza para mí", dijo, sirviendo lo que seguramente era té frío. Bebió una taza sin añadir azúcar ni leche, luego casi lanzó la taza de nuevo al platillo. Angelica se habría sorprendido si no hubiera astillado el pobre recipiente.

La taza de té era lo menos de sus preocupaciones. Nunca había visto a Mark tan agitado antes. Al menos, no de esta manera.

"Fui a ver a mi abogado después de la reunión", dijo, cruzando inquieto hacia la chimenea. "Le he pedido que ponga ciertas protecciones en su lugar".

"¿Protecciones?" Angelica encogió los hombros y negó con la cabeza. "¿Qué tipo de protecciones?"

"Protecciones que garantizarán que, si me sucede algo, mi dinero y mi finca vayan directamente a ti de tal manera que Shayles no pueda tocarlos", dijo, yendo a la ventana como si no pudiera quedarse quieto.

El corazón de Angelica golpeó contra sus costillas. "Crees que lo va a hacer, ¿verdad?", jadeó. "Crees que va a intentar matarte".

Evitó su mirada de inmediato, lo que envió una alarma a través de la piel de Angelica. "Va a hacer más que intentarlo", dijo con voz sombría.

Su boca se abrió de par en par. "Crees que va a tener éxito en matarte".

Evitó su pregunta al decir: "Si algo me sucede, acude a Sir Ch..."

"No permitiré que te pase nada", lo interrumpió Angelica, dando la vuelta alrededor del sofá para acercarse a él. "No deberíamos simplemente dejar Londres, deberíamos dejar toda Inglaterra. Podemos ir a Nueva Orleans, visitar a la familia de mi madre. Si Inglaterra no es segura, nos iremos".

"No haremos tal cosa", dijo Mark, apartando la mirada de la ventana para enfrentarla cuando estaba cara a cara con él. "Tú, por otro lado, deberías irte lo antes posible".

"No te dejaré", dijo, elevando la voz. "No en un momento como este".

Él soltó un suspiro frustrado, estudiándola con una mezcla de irritación y afecto. "No puedo pedirte que te vayas", dijo finalmente en voz baja.

Angelica esperaba al cielo que lo dijera de corazón. Ciertamente no disfrutaba la idea de estar sin él. "Debe haber formas en que puedas defenderte", dijo. "Lord Shayles es solo un hombre, y según entiendo, ya no tiene dinero, amigos ni poder".

Mark le lanzó una mirada melancólica. "No tiene dinero ni amigos, es cierto. Pero un hombre que conoce los secretos más oscuros de la mitad de los pares de Gran Bretaña siempre tendrá poder. Especialmente porque no tiene escrúpulos que lo acompañen". Hizo una pausa, el dolor apretando sus rasgos pálidos. "Lo he visto matar antes", continuó en voz baja. "Sin piedad y sin remordimientos". El dolor se profundizó en las líneas de su rostro y se apartó de ella. "Debería haber hecho algo para detenerlo".

"Lo hiciste", insistió Angelica, poniendo una mano en su brazo.

Él negó con la cabeza. "No lo suficientemente pronto. No casi lo suficientemente pronto".

Inhaló lentamente, luego se enderezó, mirándola una vez más, su energía renovada. "Ya no puedo esconderme de lo que se avecina para mí", dijo, fuego en sus ojos. "He esquivado mi destino el tiempo suficiente. Ahora viene por mí, y no puedo detenerlo".

"No vas a morir", insistió ella, lamentando la vacilación en su voz.

Él no respondió, ni para estar de acuerdo ni para negar sus palabras. En cambio, atrapó su mano y la llevó a sus labios. "No puedo escapar de mi destino, pero puedo tomar las riendas."

Un surco de confusión arrugó el ceño de Angelica ante sus palabras, pero apenas tuvo tiempo para contemplar qué quería decir. Él agarró su mano y la puso en movimiento, tirando de ella hacia la puerta.

"¿Adónde vamos?" preguntó ella.

Él no respondió. En lugar de girar hacia la puerta principal una vez que llegaron al pasillo, la llevó hacia las escaleras y arriba. La confusión de Angelica se convirtió en emoción agitada y palpitante mientras él seguía avanzando con ella hacia su habitación.

Tan pronto como cruzaron el umbral, soltó su mano y se giró para cerrar con llave la puerta. "No quiero que nos molesten", dijo, profundo y sin aliento.

"¿No?" Su corazón se aceleró en su pecho mientras él se acercaba a ella, desabrochando su chaqueta.

"No".

Sabía exactamente lo que él tenía en mente mientras se quitaba la chaqueta y la lanzaba a un lado. Hizo rápido trabajo también con su chaleco. La expectativa y la emoción la mareaban, y retrocedió hacia la cama, demasiado absorta por la visión de él desvistiéndose con tanta claridad de pensar en quitarse su propia ropa. Tenía la deliciosa sensación de que iba a ser arrasada y se llevó una mano a su palpitante corazón.

"Si este es el fin para mí", dijo mientras arrojaba su chaleco a un lado y aflojaba su corbata, "entonces voy a disfrutar cada momento de ello. Te dejaré con algo que nadie te puede quitar".

"Yo...", la boca de Angelica trabajaba inútilmente mientras se sentaba al borde de la cama. Su cuerpo pulsaba con energía expectante y deseo. Le tomó otro momento, sin aliento, antes de que suficiente sentido se filtrara a través de ella para incitarla a levantar sus faldas y quitarse sus zapatos y medias.

Desvestirse era la parte menos erótica de hacer el amor, pero Mark logró hacerlo excitante simplemente manteniendo sus ojos fijos en ella mientras desabrochaba su camisa y se la quitaba por la cabeza. Ella se tambaleó con los botones de su blusa y los sujetadores de su falda mientras él se quitaba sus botas y las pateaba a un lado, pero cuando se enderezó y se despojó audazmente de sus pantalones y sus calzoncillos en un solo, rápido movimiento, sus dedos de repente se negaron a funcionar.

Él salió de su ropa y se paró frente a ella, desnudo y erguido y completamente diferente al Mark que ella había llegado a conocer. Fue su primera vista completa de su cuerpo desnudo de pies a cabeza, y todo lo que había adivinado la noche anterior estaba de repente y magníficamente ante ella. Sus músculos eran firmes y bien definidos, como los de un hombre mucho más joven. Su piel era pálida, pero eso era de esperar. Y su miembro era grueso y largo y crecía más duro y más grande por segundo. Era un magnífico ejemplar de hombre.

"Lo siento si te he sorprendido", dijo con tonos que decían todo menos eso. Marchó hacia ella, tomándola de la mano y haciéndola ponerse de pie. "Pero te quiero más de lo que he querido cualquier cosa en mi vida, y pienso tenerte".

"Ohh", suspiró, completamente más allá del habla. Su blusa estaba abierta y su falda y armazón caían sobre sus caderas, pero no tenía en ella continuar desvistiéndose. No tenía en ella

hacer nada más que alcanzarlo, cepillando sus manos a lo largo de sus costados y hacia abajo hasta sus caderas, y acercándose a él y levantando su boca hacia la suya.

Él la besó con toda la pasión de un hombre que se niega a serle negado cualquier cosa. Su boca se moldeó a la suya, aplastando sus labios con su audacia y separándolos para que su lengua pudiera invadirla. El sabor de él causó que el dolor en su núcleo latiera. Sus manos se movían a lo largo de su corsé, empujando su falda y sus cosas interiores hacia abajo hasta que cayeron al suelo alrededor de ella. Entonces deslizó sus manos por sus costados, sobre sus senos, y por sus brazos para quitarle la blusa de sus hombros.

"Quiero adorar tu cuerpo", susurró mientras llovía besos por su cuello y hombro. Sus dedos trabajaron con sorprendente destreza para desabrochar su corsé mientras iba. "He querido probar cada centímetro de ti desde el momento en que te conocí".

"Entonces, ¿por qué no lo hiciste?" jadeó mientras su corsé se soltaba.

Él soltó la prenda restrictiva a un lado, luego levantó su camisón sobre su cabeza, exponiendo su pecho completamente. Sus manos acariciaban sus lados antes de que una taza su pecho, levantándolo para que él pudiera besar su camino a través de su pecho y cerrar su boca alrededor de su pezón. Angelica suspiró fuertemente mientras el placer se disparaba a través de ella. Para un hombre que reclamaba una falta de habilidad y experiencia en la cama, sabía exactamente cómo hacerla temblar.

"Porque no pensaba que te mereciera", respondió finalmente, bajando sus manos para tirar del cordón de sus calzones. Los empujó rápidamente, luego deslizó una mano posesiva entre sus piernas. Angelica jadeó ante el mando de su toque y el placer que le causó. "Todavía no creo que te merezca", gruñó, acariciando su hendidura húmeda. "Pero pienso tenerte hasta mi último aliento".

Un giro de inquietud cortó la excitación embriagadora que él provocaba en ella, pero apenas tuvo un momento para contemplarlo. La subió a la cama, la acostó boca arriba y luego cubrió su cuerpo con el suyo. Le arrancó las horquillas del pelo cuidadosamente arreglado, dejándolas esparcidas por las sábanas, y le pasó los dedos por el pelo hasta que se convirtió en una ola salvaje alrededor de su cabeza.

"Te quiero así" dijo él, con una voz más agresiva de lo que ella la había oído nunca. Y, sin embargo, de alguna manera esa agresión despertaba en lugar de intimidar. Le dio ganas de ceder ante él en todos los sentidos en lugar de defenderse. Le sujetó la cabeza con suavidad mientras se inclinaba para darle un beso largo y abrasador, que dejó a Angelica gimiendo de placer y retorciéndose debajo de él para separar las piernas en señal de preparación.

Podría haber estado lista para que él se hundiera profundamente dentro de ella, pero él tenía más en mente. Le pasó las manos por los hombros y por los brazos, siguiéndole la boca. Le besó el hombro, luego la parte superior del brazo, luego el pliegue del codo, como si aprendiera cada parte de ella con las manos y la boca. Nunca habría imaginado que la lengua de un hombre que se desliza por la tierna piel de la parte interna de su brazo podría ser tan erótica.

Sus manos continuaron hacia sus costados, donde trazó la parte inferior de sus pechos con el dorso de sus dedos. Su toque era ligero como una pluma, dejándola con ganas de más. Cuando su boca se unió a la dulce tortura, apenas pudo recuperar el aliento. Trabajó primero un pezón, luego el otro hasta tensar con la lengua, los labios y los dientes, luego cerró la boca sobre un pecho y succionó con fuerza. La variación de suave y exigente la dejó jadeante y caliente.

"Por favor" suspiró ella mientras sus manos le recorrían el estómago. No estaba segura de si estaba rogando por más o para que él lo llevara todo a un clímax demoledor. De cualquier manera, ella estaba en el cielo.

“Te mereces todo el placer que puedo darte y más” ronroneó, besándola en el estómago. “Mereces venirte tan a menudo y con tanta fuerza que el mundo se detendrá mientras lo experimentas”.

Su mente evocó una imagen de lo que eso podría significar durante solo una fracción de segundo antes de que él la agarrara de los muslos y los abriera de par en par. Su cuerpo palpitaba de expectación ante el gesto exigente. Un momento después, no era posible pensar en ella mientras la acariciaba con los dedos, separando su sexo para exponerla tan íntimamente como nunca había estado expuesta.

Su boca siguió rápidamente donde jugaban sus dedos. Ella gimió y se retorció mientras él pasaba la lengua por la carne ardiente de su sexo, y luego la pasaba alrededor de su clítoris. El placer crudo se disparó a través de ella, volviéndola loca y haciéndola jadear y jadear. Solo aumentó a medida que alternaba suaves caricias de su lengua con succiones más exigentes. Nunca había imaginado que tal cosa fuera posible. El poder puro y carnal de lo que le estaba haciendo la hizo estirar los brazos por encima de la cabeza y maullar incontrolablemente mientras la espiral dentro de ella se apretaba cada vez más.

Cuando estalló, gritó sin decir palabra. El latido en su corazón era más fuerte que cualquier cosa que hubiera experimentado, y se hizo aún más potente cuando Mark metió dos dedos dentro de ella. Él gimió de victoria mientras ella lo apretaba. La forma en que la acariciaba desde el interior mantenía su orgasmo y continuaba.

Su cuerpo se sintió líquido y luminiscente cuando el latido finalmente se detuvo, pero sabía que ese no era el final. Ella estaba preparada y lista para él, con las extremidades sueltas y completamente a su merced. Y lo deseaba dentro de ella más de lo que podía decir. Pero eso no impidió que lo intentara mientras él se deslizaba sobre ella y se colocaba en posición.

“Duro” jadeó ella, rodeándolo con los brazos y hundiendo las yemas de los dedos en la carne de su espalda. “Rápido. Hazme venir por segunda vez”.

Él gruñó en respuesta y se abalanzó sobre ella exactamente como ella le había pedido. Era feroz y exigente, lejos del mojigato y reticente Mark de su noche de bodas. La golpeó sin piedad, como si él también necesitara el apareamiento crudo de la manera en que ella lo hacía. Sus cuerpos chocaban sin artificio, sin nada bonito ni amable en ello. Todo era energía y excitación.

En cuestión de minutos, Angelica estaba de nuevo al borde del abismo. Mejor aún, podía sentir la ardiente desesperación que se extendía desde Mark. Su cuerpo estaba duro y tenso, y su respiración llegaba en jadeos exigentes coloreados con sonidos apasionados. Estaba perdido en el saqueo, esforzándose tanto por llenarla y poseerla que cada parte de él que no era primitiva se había quemado. Cuando por fin su cuerpo se tensó y un profundo grito salió de sus pulmones cuando entró dentro de ella, Angelica se sintió tan abrumada por la alegría que su cuerpo se estrelló una vez más.

“Mark” jadeó ella, hundiéndole las uñas en el trasero y agarrándolo con las piernas.

“Mi ángel” suspiró mientras sus últimas embestidas se ralentizaban y se desplomaba encima de ella. “Mi Ángel”.

Yacían donde estaban, una maraña de brazos y piernas y cuerpos sobrecalentados. Se quedó dentro de ella como si nunca quisiera salir, y por su parte, Angelica estaba más que feliz con eso. Cerró los ojos y lo abrazó con todo su corazón, preguntándose si algo más profundo lo había impulsado a hacer el amor con ella tan vigorosamente y preguntándose si eso importaba. En el fondo de su corazón, sabía que se había doblado una esquina, pero aún no había determinado si era buena o no.

“Dame una hora de descanso” jadeó Mark, moviéndose para acunarla más cómodamente, y

volveremos a hacerlo.

“¿Otra vez?” Angelica jadeó, emocionada y cautelosa a la vez. Esto de un hombre que había pasado la mayor parte de su matrimonio siendo reacio a tocarla.

“Y una y otra y otra vez” gruñó Mark. "Y mañana, iremos a casa y haremos los preparativos".



Cuando Mark era niño y su padre lo llevaba a Londres para una visita rara, el viaje de regreso siempre parecía interminable. El sistema ferroviario era nuevo y no era confiable, y ningún tren pasaba cerca de Blackmoor Close. Por eso agradecía a Dios que se hubiera invertido tanto en el sistema ferroviario británico que, al mediodía del día siguiente, él y Angelica estaban descendiendo del carruaje que Baxter les había enviado a la estación de Petersfield para recogerlos.

"No hay tiempo que perder", dijo, ayudando a bajar a Angelica mientras Baxter dirigía a los lacayos para que sacaran sus baúles del fondo del carruaje. "Shayles será liberado en menos de una quincena, y tenemos mucho que preparar".

Angelica se detuvo después de bajar al guijarro y lo miró con los labios fruncidos. "Si estás tan seguro de que Lord Shayles te perseguirá con asesinato en mente en el momento en que sea liberado de Newgate, entonces deberíamos estar en un barco rumbo a, bueno, a cualquier parte que no sea aquí, no corriendo como si la reina viniera a visitarnos".

Sus palabras inquietaron sus ya agitados pensamientos. Tal vez deberían huir.

Sacudió la cabeza ante la idea, tomándola de la mano y dirigiéndose hacia la puerta principal, donde Baxter dirigía la actividad de regreso al hogar. "No importaría", dijo bruscamente. "Shayles está tan empeñado en venganza que me seguiría. Pero como dije en Londres, si te sientes más segura volviendo a Nueva Orleans...".

No pudo terminar la frase. Lo último que quería era que Angelica saliera de su vida antes de que estuviera listo. Además, no había terminado su misión de asegurar su futuro, sin importar lo que Shayles le arrojara. La noche anterior solo había sido el principio. Tal vez debería renunciar a su plan inmediato y llevarla arriba para hacer el amor con ella hasta que ambos estuvieran demasiado cansados para preocuparse por el futuro o Shayles o mudarse. Cuanto antes la embarazara, antes estaría segura en todas las cosas como madre del próximo conde de Gatwick.

Sus pasos se detuvieron a medio camino por el pasillo por el que había avanzado, arrastrando a Angelica consigo.

"¿Qué pasa?" preguntó impacientemente Angelica.

El corazón de Mark se apretó y se revolcó en su pecho mientras se volvía para estudiarla. Su intención el día anterior había sido reunir cualquier virilidad que tuviera en un intento de asaltar la fortaleza de su cuerpo y dejar un hijo dentro de ella. No esperaba que su amor los golpeará hasta el núcleo. Pero ella había sido tan abierta con él, tan erótica en su disfrute de su unión. Ella lo había tocado y besado como si fueran amantes genuinos y no solo cónyuges necesitados de un heredero. Lo que había comenzado como su determinación de hacer lo correcto se había convertido en la tarde más sorprendentemente íntima que había pasado. No solo habían hecho el

amor una o dos veces, se habían deshecho en los brazos del otro tantas veces durante la tarde, la noche y la madrugada que había perdido la cuenta.

Se había divertido. Querido Dios, cómo se había divertido. No había pensado que tanta felicidad y contentamiento fueran posibles para él. El problema era que su desesperación por mantenerla fuera del alcance de Shayles se hacía aún más aguda.

"Debes estar lista", dijo en respuesta tardía a su pregunta. "No estoy seguro de que haya palabras para expresar cuánto Shayles está empeñado en venganza. Amenazó..." Se detuvo. Habría sido cruel de su parte explicar lo que Shayles había insinuado que quería hacerle a Angelica, especialmente porque un acto violento como ese estaría destinado como la forma más severa de castigo para él en lugar de simplemente una forma de humillarla.

Angelica soltó su mano para cruzar los brazos. "Lord Shayles me amenazó", arqueó una ceja. "Él sabe sobre mí".

Mark se derribó ante la vista de su indignación, pero por valiente que fuera, no había forma de que hiciera otra cosa que subestimar a Shayles.

Se acercó a ella, agarrando sus brazos superiores y mirándola imperiosamente a los ojos. "Sé que eres fuerte, pero no puedes imaginar la maldad a la que te enfrentas. Shayles es el diablo mismo. No es solo violento, es astuto. No solo te haría daño, te humillaría, y lo alargaría." Se detuvo, con el estómago revuelto por los recuerdos. "Lo he visto hacerlo. No permitiré que eso te pase a ti".

"Mark, puedo...", se detuvo abruptamente, juntando los labios y mirándolo fijamente, estudiándolo como si pudiera ver directamente en su alma. Mark esperaba que continuara con su afirmación de que podía cuidarse sola, pero en cambio, soltó un aliento y dijo: "Parecías decidido a llevarme a algún lugar justo ahora. ¿A dónde vamos y qué estamos haciendo?"

El recordatorio lo impulsó a la acción una vez más. Tomó su mano y continuó su carga por el pasillo hasta la armería.

"Necesitas aprender a defenderte", dijo. "No hay forma de saber hasta dónde llegará Shayles para ejecutar su venganza, pero no tengo ninguna duda de que intentará irrumpir en Blackmoor Close en sí".

Se dirigió a la armería, soltando la mano de Angelica y dirigiéndose directamente hacia el armario que contenía una colección de revólveres y pistolas de duelo que databan de al menos cien años.

"¿Honestamente crees que tu personal permitiría que Lord Shayles pusiera un pie en la finca?" preguntó Angelica, cruzando los brazos nuevamente y observándolo mientras él sacaba una pequeña caja que contenía las llaves de los armarios de un rincón oculto sobre una ventana. Tendría que entregar las llaves al cuidado seguro de Baxter a partir de ahora.

"Honestamente creo que Shayles lastimará o matará a cualquiera que se interponga en su camino para conseguir lo que quiere", respondió, buscando la llave que necesitaba. Cruzó la habitación hacia el armario que contenía los revólveres del modelo más nuevo.

"Y lo que quiere es matarte", dijo Angelica, con un atisbo de duda en su voz.

Mark abrió el armario, pero se volvió hacia ella con una mirada oscura. "Sí", respondió. "No tienes idea del rencor que ese hombre es capaz de sentir ni de cuál ha sido nuestra historia".

"Entonces dime", dijo ella, mucho más tranquila de lo que debería haber estado.

Mark se detuvo, con los labios trabajando pero sin formar palabras. ¿Cómo demonios podía explicar la pesadilla de su asociación con Shayles? No había palabras para el terror de un joven lejos de casa, su padre recién muerto, sin que nadie interviniera para brindar orientación. No había explicación para permanecer cerca del hombre que le había infligido tanto dolor personal

pero que aún lo cautivaba, como un hipnotizador. No había excusa para los años y años en los que la determinación de mantener a sus enemigos cerca para poder vengarse se desvaneció en una espera ciega y casi suicida de la vida.

Así que se volvió hacia el armario, tomando un revólver Remington americano y un pequeño revólver de bolsillo Webley Bull Dog y cajas con sus correspondientes balas.

"Entiendo que aún no estás listo para decírmelo," dijo Angelica con un suspiro, frotándose la frente. "Pero tampoco podrás evitar iluminarme eventualmente."

"No hoy", dijo él, cerrando el armario. "Tenemos demasiado que hacer".

"¿Qué tenemos que hacer?" preguntó ella, siguiéndolo mientras salía de la habitación y se dirigía los pocos metros restantes por el pasillo hasta una pequeña puerta que daba al jardín trasero.

"Voy a enseñarte a disparar", dijo él sombríamente.

"¿Es eso lo que piensas?" Mark no podía verla, pero estaba seguro de que escuchó ironía en su voz.

"Sí", respondió él, avanzando.

La tarde estaba nublada pero más cálida de lo que suele ser octubre. Se detuvo en el extremo del jardín francés y miró a su alrededor, buscando algo que pudiera servir como blanco para su práctica. Si hubiera pensado con anticipación, podría haberle pedido a Baxter que preparara blancos de tiro formales. Como no lo hizo, los desafortunados árboles en el borde del bosque que bordeaba el camino tendrían que servir.

"El Bull Dog tiene cinco disparos", dijo, colocando el Remington y su caja de balas en la hierba. "Es relativamente simple de cargar. Observa cómo lo hago". Con Angelica observando, una mirada dudosa apretando su hermoso rostro, abrió la recámara e insertó cinco balas. "¿Ves?" preguntó. "Es importante que puedas hacerlo rápidamente".

"Lo veo", dijo ella. El destello en sus ojos, frustraba y lo excitaba al mismo tiempo. Ella no estaba tomando la lección en serio, pero su actitud despreocupada era encantadora de todos modos.

Le entregó el arma, luego se inclinó para poner la caja de balas y tomar el Remington.

"Esta es un arma estadounidense", comenzó él, abriendo la recámara y cargándola.

"Una Remington 1875, por lo que veo", dijo ella, levantando una ceja.

Mark se detuvo en el proceso de carga y miró con curiosidad a ella.

"El abuelo Miles tenía una", dijo ella, aunque Mark tuvo la impresión de que había más en eso que eso.

Mark asintió. "Bien. Entonces al menos estás un poco familiarizada con las armas de fuego".

"Un poco", dijo ella con una sonrisa burlona.

Sintió que la alfombra estaba a punto de serle quitada de debajo, pero procedió de todos modos. "No tengas miedo del ruido y el retroceso", dijo, volteándose para enfrentar los árboles y levantando su arma. "La práctica te ayudará a acostumbrarte. Cuando Shayles venga por mí, si estás cerca, necesitarás poder apuntar y disparar sin dudar. La velocidad lo es todo. Trabajaremos en la precisión después..."

Ella levantó su revólver y disparó un tiro, alcanzando una rama y dividiéndola para que la rama cayera del árbol.

Con la boca aún abierta, Mark se giró hacia ella. Sus ojos se abrieron de par en par ante la seriedad tranquila de su expresión. "Ya sabes cómo disparar, ¿verdad?" preguntó, sabiendo la respuesta.

Angelica sonrió, agachándose para poner el Bull Dog en la hierba. Dio unos pasos alejándose

de él, luego le hizo un gesto. "Ven aquí".

Mark hizo lo que ella dijo, caminando hacia ella. Cuando estuvo a su alcance, ella se inclinó hacia él, agarrando su mano derecha con el arma. No estaba seguro de lo que había sucedido, pero en un latido, ella quitó el arma de su mano y giró su cuerpo de tal manera que su rodilla golpeó la parte posterior de la suya, haciéndolo tambalear. Antes de que pudiera respirar, ella torció su brazo, y él estaba en el suelo, parpadeando mirando hacia arriba, con los músculos adoloridos.

"Sé cómo defenderme", dijo ella, mirándolo.

Mark se movió lentamente a medida que el sentido regresaba a él. Ella no solo le había quitado el aire cuando aterrizó de espaldas. La urgencia frenética que había estado sintiendo desde que Shayles susurró su amenaza el día anterior, sentía como si se hubiera levantado de sus hombros. Gruñó mientras se ponía de pie y se frotaba la cara y el cabello con una mano.

Angelica apartó el Remington y se sentó en la hierba con él. Mark la miró, con dificultad para creer que una mujer tan hermosa, con un vestido de viaje finamente confeccionado, pudiera haberlo vencido físicamente. No decía mucho sobre su destreza física.

"¿Dónde aprendiste a hacer eso?" preguntó él, una vergüenza tímida asomándose a su rostro.

Ella lo miró fijamente con seriedad implacable. "Hace cinco años, uno de los asociados comerciales del abuelo Miles me acorraló en el almacén e intentó violarme".

La ira fría recorrió a Mark, endureciendo cada músculo y nervio de su cuerpo.

"Estaba indefensa", continuó Angelica, sus hombros redondeándose mientras dejaba escapar un aliento. La miseria marcó su rostro. "Era más fuerte que yo, aunque solo era un empresario y no un trabajador del muelle o del campo. Recuerdo no poder apartarlo, por más que lo intentara. Recuerdo que mis brazos se sentían débiles mientras él los mantenía a un lado y mis piernas no eran lo suficientemente fuertes como para apartarlo o mantenerlas juntas mientras él metía la mano entre ellas. Simplemente era más poderoso que yo en todos los sentidos".

Gritos largamente silenciosos resonaban en los oídos de Mark. La visión de pesadilla de Shayles y sus amigos sosteniendo a Kitty, sujetando sus brazos y abriendo sus piernas mientras ella intentaba y fallaba en defenderse, amenazaba con arrastrarlo.

"Lo único que pude hacer fue gritar", continuó Angelica. "Y lo hice. Tan fuerte que dos trabajadores del almacén salieron corriendo. Me salvaron segundos antes de que mi atacante terminara lo que había empezado. O tal vez debería decir centímetros antes. De cualquier manera, lo detuvieron".

Ella se detuvo, mirando el pasto, con una expresión enfermiza en su rostro. Parte de Mark quería tenderle la mano y abrazarla, prometiéndole que nunca volvería a permitir que algo así le sucediera. Parte de él quería cazar al atacante y castrarlo. Pero el resto de él sabía que si hubiera estado allí cuando ella necesitaba ayuda, le habría fallado. Al igual que había fallado a Kitty. Su estómago se revolvía, y el conocimiento abrumador de que no merecía a Angelica, que no merecía la felicidad ni siquiera la vida, amenazaba con devorarlo.

"Juré nunca volver a sentirme tan impotente", continuó Angelica. Volvió la cabeza para encontrarse con sus ojos. Su mirada era feroz, y sin embargo, no había enojo dirigido hacia él, aunque debería haberlo habido. "Juré que la próxima vez que un hombre me atacara, sería más fuerte que él. Sería más rápida y ágil. Sería yo quien tuviera el poder, no sería la víctima. Así que busqué a un hombre que conocía en Nueva Orleans, un amigo de mi difunto padre, que era boxeador".

Se detuvo como si esperara que él dijera algo o hiciera una pregunta, pero Mark estaba más allá de las palabras. Así que ella continuó.

"Su nombre era Samuel. Había sido un esclavo en una plantación en Alabama antes de la guerra. Era el hombre más grande y fuerte que conocía. Le pedí que me enseñara a pelear. Por supuesto, dijo que no", agregó ella con una sonrisa irónica. "Hasta que expliqué por qué. Entonces dijo que sí". Encogió los hombros. "Él me enseñó sobre el boxeo y cómo fortalecerme. Me presentó a otros que conocía que peleaban en diferentes estilos. Aprendí todo lo que pude sobre autodefensa y combate cuerpo a cuerpo. Por eso camino siempre que puedo y por eso arrojo piedras". Su boca se torció en una sonrisa por segunda vez. "Los escoceses no son los únicos que necesitan entrenar para la batalla sin que parezca que están entrenando".

"¿Alguien alguna vez ha intentado...?" Mark no pudo terminar su frase.

Angelica negó con la cabeza como si entendiera a qué se refería. "Nunca he tenido motivo para poner a prueba mis habilidades. Bueno, hasta ahora". Su sonrisa se amplió, y de todas las cosas, sus ojos brillaban con cariño por él.

No podía soportar que ella lo mirara de esa manera, con tanto afecto. Ella era valiente donde él había sido un cobarde toda su vida. Había permitido que Shayles lastimara a tanta gente durante tanto tiempo.

"Aprendí a defenderme como una forma de recuperar lo que alguien intentó robarme", continuó ella en voz suave, apoyando una mano en su brazo. Cuando él la miró a regañadientes, ella continuó. "Me hice fuerte como una forma de defenderme a mí misma. Cuando te sucede algo malo, tienes que defenderte a ti mismo".

Juntó los labios y lo estudió. Mark sentía como si fuera un libro abierto para ella. La inteligencia en sus ojos iba mucho más allá del aprendizaje de libros y la experiencia. Ella lo conocía por dentro y por fuera.

Ella demostró tanto cuando dijo: "Eso es de lo que trata ese cuadro tuyo, ¿verdad?"

Él apartó la mirada.

"Ese cuadro que tiene Lord Shayles. El cuadro que quieres recuperar", continuó ella. "Así es como estás tratando de defenderte a ti mismo".

"Es solo un cuadro", mintió. Nunca había dicho una mentira tan descarada en su vida. No podía mantener una cara seria mientras lo decía. Aunque luchara, su rostro se contraía en un sollozo silencioso.

"¿Lo pintaste tú?" ella preguntó.

Él no respondió.

"¿De qué se trata el cuadro?"

Tampoco respondió.

"Es la mujer", ella dijo. "La que está en todos los otros cuadros de tu estudio. ¿Qué le pasó?"

Él no podría haber respondido, aunque hubiera querido. Su garganta se cerró mientras la culpa y la miseria hacían estragos en él, amenazando con encerrarlo en una locura de décadas.

"Tienes que recuperarlo", continuó ella, con voz tranquila pero firme en su determinación. "No me importa lo que diga ese abogado, o lo que diga Lord Shayles. Tienes que recuperarlo".

"No puedo". Las palabras salieron de Mark en un suspiro estrangulado, con una voz que sonaba como su yo de dieciocho años a sus oídos.

"¿Por qué no?" Angelica encogió los hombros. "Sabes dónde está ahora. Está en la finca de Lord Shayles, donde sea que esté".

"No puedo ir allí", Mark escupió. "No puedo recuperarlo".

"Tienes que hacerlo". Ella volvió a poner su mano en su brazo.

Él negó con la cabeza, mirando hacia el cielo gris y parpadeando las lágrimas que no tenía derecho a derramar. "No merezco recuperarlo".

"Sí lo haces", insistió ella.

Él se retorció para encontrarse con sus ojos, sintiéndose como el gusano que todos siempre le habían dicho que era. "Tú, de todas las personas, deberías saber que no merezco recuperar nada".

Ella lo miró fijamente. "No puedes decirme que pusiste a esa mujer en la misma situación en la que estuve yo". Era una declaración de hecho en lugar de una pregunta. "No tienes eso en ti, Mark". Ella hizo una pausa, con entendimiento iluminando sus ojos. "Pero Lord Shayles sí".

Él se apartó de ella, dibujando sus rodillas hacia arriba y enterrando su rostro en sus manos mientras sus codos descansaban en sus rodillas. No podía sacudirse la sensación de que era ese hombre confundido, asustado y afligido nuevamente. Ese hombre todavía estaba.

"Tienes que recuperarlo", dijo ella, más fuerte que antes. A pesar de su vestido de viaje, se arrodilló, agarrando su hombro encorvado con fuerza. "Ahora más que nunca. Ese cuadro y todo lo que representa es tuyo. Lo has dejado ir demasiado tiempo. Ahora es el momento. Tienes que recuperarlo".

"No tengo la fuerza", dijo él, repitiendo su historia de la manera más lastimosa. "Nunca tuve la fuerza. Toda mi vida, he sido el perro lamentable que continuó siguiendo a su amo sin importar cuántas veces lo patearon".

"Pusiste a Lord Shayles en la cárcel", insistió ella. "No es tu culpa si su condena fue demasiado corta".

Mark supuso que Lavinia le había contado todo sobre eso, sin mencionar lo que Dowland le había dicho en Londres, pero eso no cambiaba su cobardía. Sacudió la cabeza. "Es demasiado tarde", dijo. "Shayles será liberado de la cárcel y vendrá por mí. Ya estoy muerto".

"No lo estás", insistió Angelica. "Acabas de nacer. Es hora de que reclames lo que es tuyo".

Suspiró, volviéndose hacia ella, "Angelica", comenzó.

Ella lo interrumpió poniéndose de pie. "Entiendo", dijo con un asentimiento determinado. "Nunca has tenido a nadie que te defienda o que esté a tu lado. Todos te han decepcionado. Pero yo no".

"Angelica", comenzó de nuevo, pero no estaba seguro de qué seguiría. Su corazón se sentía extrañamente vivo mientras estaba de pie con ella.

"Necesitas recuperar ese cuadro", dijo ella, mirándolo desafiante.

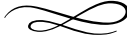
"Está en la finca de Shayles", le recordó.

Ella continuó como si él no hubiera hablado. "Mereces recuperar ese cuadro, y si no tienes la fuerza para recuperarlo, entonces yo sí".

"Ángel", dijo, llamándola accidentalmente con el nombre que solo había pronunciado cuando estaba al borde del clímax. "No puedes..."

"Olvídalo", dijo ella, luego se dio la vuelta y marchó hacia la casa.

Trece



Mark se quedó en un silencio perplejo, observando a Angelica alejarse con determinación de él. Su cabeza no podía entender la conversación que acababan de tener, pero su corazón ardía con ella. Su vida había sido radicalmente alterada por aquello mismo que él había fallado en detener hace tanto tiempo. Debería odiarlo, pero en cambio era como si hubiera tomado una espada y se hubiera lanzado a la batalla por su bien.

"Angelica, espera", llamó tras ella.

Se inclinó para recoger las pistolas y las cajas de balas, perdiendo momentos preciosos mientras vaciaba cada revólver, luego las empujó en sus bolsillos para poder correr detrás de ella.

"Despacio", volvió a llamar cuando llegaron al borde del jardín francés. Angelica no hizo tal cosa, así que él corrió para alcanzarla, cayendo en paso con ella. "No puedes simplemente salir disparada hacia Ravencrest Hall para recuperar un cuadro".

"¿Ravencrest Hall?" Ella lanzó una mirada rápida y burlona hacia él mientras esquivaba un seto. "Así que ese es el nombre de la finca de Lord Shayles".

Mark exhaló un suspiro y esquivó con ella. "Me equivoqué".

"Así que la finca de Lord Shayles no es Ravencrest Hall", preguntó ella, avanzando.

"Sí lo es, pero..."

"Bueno, entonces debería poder encontrarla sin mucha dificultad". Una sonrisa torcida jugaba en sus labios.

Mark apretó los dientes de frustración. No podía decir si ella lo estaba provocando o simplemente disfrutando de su loca búsqueda.

"No puedes adentrarte en la guarida del león", la amonestó cuando se acercaban a la casa.

Uno de los lacayos debe haberlos visto venir. Abrió una de las puertas francesas hacia el invernadero a tiempo para que Angelica pasara sin problemas.

"Shayles te amenazó", admitió Mark en voz baja, lo más susurrante que pudo en su estado de agitación. Los sirvientes no necesitaban escucharlo todo. "No puedes ir volando a la casa de un hombre que tiene planes infernales contigo".

"Lord Shayles está en la cárcel", ella le recordó, mirando por encima del hombro mientras atravesaba el invernadero, hacia el vestíbulo y hacia las escaleras. "No puede levantar un dedo contra mí cuando está en Londres y su finca está en un lugar remoto... ¿dónde está de nuevo?"

Mark frunció el ceño mientras subían las escaleras. "No te lo diré".

"Lo averiguaré de alguna otra manera", dijo ella.

"Instruiré a los sirvientes para que no te lo digan", dijo Mark, cada vez más desesperado. No podía entender por qué ella se lanzaría deliberadamente al peligro cuando sabía perfectamente lo que se sentía ser el objetivo de ese peligro.

Angelica se detuvo en lo alto de las escaleras. "No sé qué se espera de las damas británicas, pero soy mucho más ingeniosa de lo que parece pensar. He ayudado en la gestión de un negocio a pesar de una intensa presión en contra. Sé cómo obtener información y lograr muchas cosas, incluso frente a la resistencia".

Marchó adelante, con la cabeza en alto y los hombros cuadrados. Mark apretó los puños frustrado a su lado y la siguió. En cualquier otro día y en cualquier otra circunstancia, habría pulsado con admiración por ella. Incluso ahora, su espíritu feroz e independiente avivaba el deseo en él de una manera que nunca había experimentado. Pero precisamente lo que lo hacía ansiarla podría ser su perdición.

"Esta locura debe detenerse", dijo mientras marchaban hacia la habitación al otro lado del pasillo de su dormitorio, que era supuestamente de ella, aunque habían estado durmiendo en su habitación desde su noche de bodas.

Lucy todavía estaba en el proceso de desempacar las cosas de Angelica de su viaje a Londres, con Styx parado junto al baúl, observando, y parecía lista para saltar de la piel del susto cuando Mark y Angelica irrumpieron en su habitación. Dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia la puerta, pero Angelica la detuvo.

"No es necesario que desempaque, Lucy", dijo en voz alta y mandona. "Me iré de nuevo antes del anochecer".

La cabeza de Mark nadaba ante la sugerencia de que Angelica se iba y su estómago se retorció en nudos. "Lady Gatwick no hará tal cosa", le dijo a Lucy, sin poder mantener un tono sereno. Pobre Lucy se puso pálida de miedo. "Por favor, déjanos", logró decir con un tono ligeramente más amable.

Lucy estaba encantada de obedecer. Se precipitó hacia la puerta, pero Mark la detuvo con un gesto y metió las manos en los bolsillos. Por un momento, estaba seguro de que Lucy se desmayaría cuando sacó las pistolas.

"Por favor, llévelas a Mr. Baxter", dijo, entregándole las pistolas, manijas primero, y luego dándole las cajas de balas.

Lucy tomó los objetos y finalmente huyó. Mark giró bruscamente para enfrentarse a Angelica. Con Lucy fuera, ella se había encargado de volver a empacar su baúl. Mark se acercó a la mesa plegable donde estaba el baúl, lo abrió y sacó un brazo de vestidos. Styx se unió al frenesí de actividad saltando al baúl y golpeando una camisola con su garra.

"Detente", lo reprendió Angelica. "No estás ayudando en la situación". Miró a Mark como si también le estuviera hablando.

Parte de Mark quería reír. Miró a Styx con recelo, luego miró a su esposa. "Esta no es una situación que debería existir para empezar".

"No, no lo es", dijo Angelica, sorprendiéndolo. Se enfrentó a él, poniendo las manos en las caderas. "Lord Shayles debería haberte devuelto tu cuadro hace años. Nunca debería haberlo tomado en primer lugar".

"Decirlo no va a cambiar el hecho de que lo tiene", argumentó Mark. "No vale la pena correr el riesgo de lanzarse al infierno para recuperarlo".

"Creo que sí", dijo ella, con los ojos amplios y encendidos. "Creo que recuperar ese cuadro lo es todo".

"Es solo un cuadro", gruñó él, sorprendido por la ferocidad y el volumen de su voz. Nunca gritaba. Nunca alzaba la voz.

"Es mucho más que un cuadro", dijo Angelica, igualando su tono e intensidad. "Ese cuadro eres tú, Mark. Ese cuadro representa todo lo que Lord Shayles te quitó. Recuperarlo es una

cuestión de principios".

La frustración le recorría la espalda a Mark. Pasó una mano por su cabello, dando unos pasos para liberar la energía desbocada que había acumulado en él. Styx asomó la cabeza por encima del borde del baúl de Angelica como si quisiera ver qué lo tenía tan alterado. "No me importa el cuadro", mintió. No pudo evitar sentir que la mirada de Styx era de reproche. "No me importa recuperar lo que es mío. Es demasiado tarde para mí de todos modos. Nunca voy a recuperar eso. Todo en lo que puedo pensar ahora es en mantenerte a salvo, y esto no te va a mantener a salvo".

Angelica arrojó al baúl un montón de ropa interior que Lucy había dejado sobre la cama. Styx lo tomó como una afrenta personal y saltó del baúl y corrió hacia el pasillo. "¿Piensas irte por tu cuenta para enfrentarte a lord Shayles?" preguntó. "¿Se supone que Styx debe protegerme? Porque parece tan irritado por la situación como yo".

Mark exhaló un suspiro impaciente y se frotó la cara con una mano. "Por favor, no reduzcas una cuestión de vida o muerte a una farsa con un gato".

Angelica lo fulminó con la mirada. "Lord Shayles está en la cárcel" le dijo en tono pausado y entrecortado. "No puede tocarme a mí ni a ti mientras esté allí, incluso si estuviéramos parados en el corazón de su propiedad. Pero pronto será liberado. Esta oportunidad no durará mucho, por lo que debemos aprovecharla".

"¿Con qué fin?" argumentó Mark, acercándose a ella y agarrándola por la parte superior de los brazos. "¿Para que podamos tener en nuestras manos un trozo de lienzo cubierto de pintura?"

"Para que puedas demostrarle a lord Shayles que ya no tiene control sobre ti" replicó ella.

"Pero sí lo tiene" dijo Mark con voz hueca. "Mientras tenga el poder de alcanzarte y hacerte daño, siempre me controlará".

La verdad le dolía mucho más de lo que pensaba. Después de décadas de intentar en vano convencerse a sí mismo de que estaba alejado de la situación, de que no era realmente parte de Shayles y su locura, fue una agonía darse cuenta de que no era más que un peón en los juegos de poder de Shayles, no era más que otro gatito que el bastardo se deleitaba en torturar antes de arrojarlo al río.

"Sobreestimas el poder de lord Shayles" dijo Angelica, "porque subestimas el mío".

Mark suspiró, soltándola, sus hombros cayeron en señal de derrota incluso cuando su piel se erizó de frustración. Cerró los ojos y se frotó la cara con una mano. "No sabes a qué tipo de mal te enfrentas".

"¿Crees que nunca he visto el mal?" preguntó ella, mirándolo con incredulidad. "¿Crees que no he conocido de primera mano todas las formas en que los hombres buscan esclavizar a aquellos que creen que son inferiores a ellos?"

A Mark se le revolvieron las tripas. Se había olvidado demasiado rápido de las raíces de Angelica ante su belleza y su audacia. Su tez era lo suficientemente clara como para que alguien que no supiera no pensara dos veces de dónde venía, pero el legado que llevaba dentro brillaba en la determinación que poseía y en su espíritu indomable.

Se acercó a él, apoyó las manos en su pecho y lo miró a los ojos. "Lo que he visto o no he visto es irrelevante. Se trata de ti, Mark. Se trata del sufrimiento por el que has pasado a manos de ese hombre. No sé todo lo que te hizo y no creo que quiera saber hasta dónde llegar, pero puedo ver los grilletes que te puso. Y me rompe el corazón verte a ti, un hombre fuerte, inteligente y talentoso, abatido por la traición".

"Piensas demasiado bien de mí" dijo él, mirando a un lado, incapaz de soportar la amabilidad en sus ojos.

"No, no piensas lo suficientemente bien de ti mismo", insistió.

"Me quedé de brazos cruzados durante años y dejé que Shayles se saliera con la suya", dijo.

"No estoy diciendo que no lo hiciste".

Su respuesta lo sorprendió. Se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

"Tal vez podrías haber detenido algo de lo que hizo", continuó. Pero sospecho que no podrías haberlo hecho si lo hubieras intentado. Eras joven y no tenías guía".

"No", la corrigió, "yo era un hombre adulto que sabía exactamente en cuánta maldad estaba sumido".

"Muy bien". Le agarró las solapas de la chaqueta. "Fracasaste. Fuiste cómplice de cosas horribles y te quedaste callado cuando debiste haber hablado".

Mark frunció el ceño. Su alma se retorció de dolor ante sus palabras, y una voz en el fondo de su mente protestó instantáneamente. Había sido incapaz de detener a Shayles. Había hecho lo que podía cuando podía. La montaña del mal bajo cuya sombra había vivido había sido demasiado grande para que supiera siquiera por dónde empezar a defenderse.

Una chispa de conocimiento llegó a los ojos de Angelica, y su boca se torció en una sonrisa. "Acéptalo", dijo. "Eras un hombre malo, Mark Pearson, conde de Gatwick. Hiciste cosas terribles y permitiste que sucedieran cosas terribles".

Tragó saliva incómodamente.

"Pero esos días han terminado", continuó. "Hoy eres un hombre nuevo. Tú eres el hombre que hizo que Lord Shayles fuera enviado a prisión. Eres un esposo, un artista, y con la bendición de Dios, algún día serás padre".

"No merezco serlo" murmuró, y el torrente de sus emociones salió a la superficie con una velocidad y potencia alarmantes.

"Ese hombre no merecía serlo", insistió Angelica. "Pero tú ya no eres ese hombre. Eres el hombre de antes otra vez". Ella le soltó la chaqueta y dio medio paso hacia atrás, entrecerrando los ojos. "Creo que de eso se trata esta pintura. Supongo que es algo que pintaste al principio, algo de antes de que lord Shayles te agarrara".

Mark no dijo nada. Tenía razón, pero su corazón no estaba preparado para hablar de Kitty.

"Recuperar esa pintura no es una recuperación", continuó. "Es una misión de rescate. Es apresurarse a salvar a alguien que no ha sido lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a un mal monumental sin ayuda".

Su expresión cambió a la misma determinación que había mostrado después de su conversación en el prado. Volvió a la pila de ropa que había en la cama y llevó otro puñado al baúl.

"Esto es algo que tiene que hacerse antes de que Lord Shayles sea liberado de la prisión", continuó. "Porque si no recuperas esa parte de ti mismo que él tomó hace tanto tiempo, realmente no tendrás el temple para defenderte cuando venga a asesinarte".

Sus palabras tardaron un momento en asimilarse, pero tan pronto como lo hicieron, la alarma resonó a través de él.

"¿Así que crees que Shayles vendrá a matarme, entonces?" preguntó.

"Sí" respondió ella con tono sombrío. "Porque tú lo dices. Creo que lo intentará. No creo que lo logre".

"Entonces tienes que ver que es una locura total ir a su tierra natal de esta manera". Se acercó a ella y la agarró de los brazos una vez más. Quería atraerla a su abrazo y protegerla del peligro para siempre.

"Veo que, si quiero tener algún tipo de felicidad en mi futuro, si quiero tener un esposo del que me sienta orgullosa e hijos que pueda adorar, tengo que tomar una posición", dijo. Apoyó

una mano en su mejilla, enviando remolinos de culpa y anhelo a través de él. "Vale la pena luchar por ti".

A Mark se le apretó el pecho. Más que eso, sus palabras parecieron resonar en su cabeza en la voz de su padre. Un recuerdo olvidado hacía mucho tiempo se agitó. Era un niño y su padre había llegado a Eton para exigir que se tomaran medidas contra un niño mayor, hijo de un duque, que lo había acosado. Se había sentido mortificado por la intervención de su padre e insistió en que podría haber manejado la situación él mismo. Pero su padre había negado con la cabeza y le había dicho que valía la pena luchar por él y que nunca había vergüenza en mostrar a los adversarios que uno no estaba solo.

"Si te pasara algo" dijo al fin, con voz temblorosa, "no sé qué haría". Ya había perdido al único aliado y defensor que había significado más que nada para él y lo había cambiado por completo y para peor.

"Mientras actuemos antes de que Lord Shayles sea liberado de prisión, las posibilidades de que algo suceda son escasas", le dijo con absoluta certeza. "Y una vez que Lord Shayles sea liberado, mientras estemos juntos, no podrá hacernos daño".

Mark quería creerle. Quería dejar que su coraje lo infundiera y lo convirtiera en el hombre que anhelaba ser para ella. Sabía demasiado para aceptar todo lo que ella había dicho, sabía lo astuto y empeñado que era Shayles en vengarse, pero su esperanza lo reforzaba de todos modos.

Se inclinó hacia ella, deslizó una mano a lo largo de su cintura y tiró de ella. Con la otra mano, le inclinó la barbilla hacia arriba. Inclinó su boca sobre la de ella en un beso que salió directamente de su alma. Puso su corazón en ella, un corazón que ahora le pertenecía por completo. Ella era su caballero de brillante armadura, que había venido a rescatarlo de la torre de su propia pesadilla y, sin embargo, quería invocar un poder que estaba seguro de que no tenía para poder luchar por ella.

Deslizó sus brazos alrededor de ella, presionando su cuerpo contra el suyo y profundizando su beso. Ella abrió los labios para él, apoyó los brazos sobre sus hombros y se ablandó para él. La exploró con la lengua, los labios y los dientes. Su cuerpo se sentía exuberante contra el de él. Lo envalentonó saber que, si lo deseaba, podría acostarla sobre su cama, levantarle las faldas y destrozarla como el amante más romántico. Ella se sometía a cualquier capricho que él tuviera porque se preocupaba por él.

El efecto que tuvo ese conocimiento fue tan diferente de lo que alguien como Shayles le habría incitado a hacer que encendió un tipo especial de fuego dentro de él. Rompió su beso, levantando una mano para trazar la curva de su rostro, memorizando su mirada de ojos nublados, y luego dio un paso atrás.

"Le diré a Baxter que vuelva a empacar mi baúl de inmediato" dijo, con voz ronca por la pasión. "Es posible que desees que Lucy clasifique tu baúl y lo vuelva a empacar con ropa y sábanas limpias. Algo resistente sería apropiado. Dorset puede ser frío en esta época del año, y Ravencrest Hall está rodeado de arroyos y estanques".

Angelica parpadeó, sus mejillas sonrosadas, una sonrisa se extendió por su rostro. "¿Me vas a dejar ir?"

Le acarició la mejilla y le pasó el pulgar por los labios. "Voy contigo", dijo. "Nunca me abandonarías, y yo nunca te abandonaré".

La última vez que Mark visitó Ravencrest Hall, la finca estaba perfectamente arreglada, la casa estaba en perfecto estado y los sirvientes de rostro sombrío se habían escabullido, cumpliendo las órdenes de Shayles con los hombros encorvados y miradas de miedo en los ojos. Cuando él y Angelica se acercaron a la casa dos días después de su confrontación, una sensación de dilapidación flotaba en el aire, el césped se había convertido en semillas, los caminos no habían sido mantenidos y cada ventana tenía un aspecto desesperado y hueco.

"Esto no parece particularmente prometedor", dijo Angelica mientras subían los escalones de los porches escalonados que conducían a la puerta principal. Le apretó el brazo un poco más de lo que él hubiera esperado.

"No, para nada" murmuró Mark.

Giró los hombros y volvió a mirar el polvoriento camino de grava. El carruaje que habían alquilado para llevarlos desde la posada frente a la estación de tren parecía una pequeña mota en el otro extremo del camino. Por más que Mark intentó convencer al conductor de que los llevara hasta la puerta principal de Ravencrest, el hombre se había negado rotundamente. Había hecho falta una cantidad obscena de dinero para encontrar a alguien dispuesto a llevarlos a Ravencrest en primer lugar, y una pequeña fortuna para sobornar al hombre para que esperara mientras Mark y Angelica llevaban a cabo sus negocios.

Angelica giró para ver lo que Mark estaba mirando. "¿Crees que realmente nos esperará?", preguntó.

Mark se encogió de hombros y la miró. "Supongo que eso depende de cuánto tiempo tome este asunto".

Ella le dirigió una mirada cautelosa de acuerdo y se dirigió a la puerta. Mark se aclaró la garganta y cuadró los hombros. Cada fibra de su cuerpo le rogaba que se diera la vuelta y corriera, para escapar de los horribles recuerdos del tiempo que había pasado bajo el techo de Shayles. Pero los dos últimos días lo habían convencido de que Angelica tenía razón al insistir en que ya era hora de que recuperara lo que era suyo.

Respiró hondo por última vez y dio un paso adelante, tirando de la cadena para tocar el timbre del vestíbulo. Tiró dos veces por si acaso, luego se apartó y esperó.

Angelica deslizó su brazo a través del suyo una vez más. Si hubiera sido cualquier otra mujer, Mark habría asumido que el gesto era un indicio de ansiedad y una forma de sentirse más seguro. Conociendo a su intrépida esposa, ella estaba tratando de reforzar su coraje. Eso hizo que le invadiera una ola de entereza. Si alguna vez iba a merecer a Angelica a su lado, tendría que armarse de valor y ser el hombre que ella merecía.

Su coraje se hinchó... luego se desvaneció cuando no pasaba nada. Frunció el ceño, apretó la

mandíbula por un momento, luego dio un paso adelante para volver a tirar de la cuerda de la campana. Volvió a su posición al lado de Angelica, pero la escena permaneció tranquila.

"Empiezo a pensar que no hay nadie en casa" dijo Angelica con el ceño fruncido.

"Parece que es una posibilidad", coincidió Mark.

Se hizo a un lado, soltando el brazo de Angelica para poder asomarse al borde de la escalera en un intento de asomarse por la ventana más cercana a la puerta principal. Las cortinas estaban casi corridas, pero había suficiente espacio para que pudiera distinguir los contornos sombríos de algunos muebles en uno de los salones delanteros.

"Está demasiado oscuro para ver algo". Suspiró decepcionado y se acercó a Angelica.

"Pensé que los sirvientes se quedaban para mantener la finca cuando sus empleadores no estaban", dijo, luego se mordió el labio y miró hacia la casa. "Este lugar se siente profundamente vacío".

Mark se quitó el sombrero para pasarse una mano por el pelo y luego volvió a colocarlo en su sitio. Ravencrest se sentía vacío. Habría estado dispuesto a apostar dinero por el hecho de que los sirvientes habían abandonado el lugar y, sin embargo, si ese fuera el caso, seguramente los ladrones habrían entrado para robar cualquier cosa de valor que Shayles aún tuviera. Aunque era posible que no quedara nada de valor después de que lady Shayles se hubiera marchado a Italia.

"Tenemos que tratar de ver mejor el interior", dijo Angelica, reflejando sus pensamientos.

Ella lo tomó de la mano y comenzó a bajar por los imponentes patios hasta el sendero que serpenteaba alrededor de la casa. Shayles siempre había tenido un destello para lo dramático, y el hecho de que la puerta de su casa estuviera a varios pies por encima del nivel del césped y se accediera a ella por lo que parecía un escenario no era un accidente. Los lados y la parte trasera de la vasta casa no eran tan dramáticos, pero todavía había una sensación de intimidación incorporada en las paredes del lugar.

"No es fácil ver a través de las ventanas", comentó Angelica, poniéndose de puntillas en un intento de mirar por una ventana alta cerca de la esquina de la casa.

Mark gruñó. "Shayles lo hizo a propósito. No quería que nadie espiera la actividad de la casa".

Angelica se bajó de los dedos de los pies y se volvió hacia él con una mirada irónica. "No estoy seguro de querer saber qué actividades fueron esas".

"No lo haces", le dijo Mark. Las fiestas en casa de Shayles eran conocidas por sus orgías espontáneas en cualquier habitación de la casa, por no hablar del "arte" desnudo en vivo, como llamaba a las jóvenes cautivas que había mantenido encadenadas a los muebles o a las paredes para la diversión de sus invitados.

Los recuerdos eran tan amargos y venenosos como la lejía, y Mark se limpió la boca con disgusto por el sabor que dejaban allí. Siguió adelante, respirando con cuidado para que el pánico no se apoderara de él mientras buscaban una mejor manera de determinar si la casa realmente estaba vacía.

"Mira".

Los recuerdos de Mark eran más fáciles de apartar cuando Angelica exclamó, y luego se alejó de él hacia la esquina trasera de la casa. Aceleró para mantenerse lo más cerca posible de ella, reacio a tenerla a más de un brazo de distancia.

El objeto de su fascinación quedó claro tan pronto como llegaron al borde del patio de losas que se extendía desde la parte trasera de la casa. Una pila de vidrios verdes rotos que incluía el cuello de una botella de vino brillaba al sol. Angelica se arrodilló en el borde del patio para estudiarlo.

"Parece una botella de vino rota", dijo.

Mark echó un vistazo, pero no sintió la necesidad de jugar a Scotland Yard. "No me sorprende", dijo. "Shayles y sus invitados siempre fueron notoriamente descuidados. Los vidrios rotos eran tan comunes como las flores y los arbustos en este patio durante los bailes". Al igual que las carcajadas y los gritos de los que no estaban dispuestos a participar en las fiestas.

"No, mira" dijo Angelica. Cogió el cuello de la botella de la pila de cristal y se puso de pie para mostrárselo.

Mark frunció el ceño mientras lo miraba. "¿Y qué hay de eso?"

"Está limpio", dijo. Él negó con la cabeza y se encogió de hombros ligeramente, por lo que ella continuó: "El vidrio está limpio y los bordes aún están afilados. ¿Qué otra cosa por aquí es limpia y afilada?"

Poco a poco, Mark se dio cuenta de la verdad, lo que le provocó un escalofrío en la espalda. "La botella se rompió recientemente".

"Lo que significa que la casa no está abandonada" dijo Angelica en voz baja y cautelosa.

Colocó el cuello de botella roto en la pared baja que dividía el patio del césped y subió al patio.

"Tenemos que ser extraordinariamente cuidadosos" dijo Mark en voz baja, siguiéndola. Entrecerró los ojos mientras recorría toda la parte trasera de la casa. El patio se elevaba lo suficiente como para proporcionar un área extendida para los juerguistas en el salón de baile, que ocupaba toda la planta baja en ese extremo de la casa. Una hilera entera de puertas francesas se extendía a lo largo del patio, pero sus cortinas estaban bien cerradas.

Mark alzó la vista hacia los pisos que había encima del salón de baile. Quien hubiera roto la botella de vino podría haberla roto desde el patio, pero también podría haberla arrojado por una ventana. Buscó en su memoria, tratando de recordar qué habitaciones había encima del salón de baile de Shayles. Todos eran dormitorios, pero algunos eran para invitados, mientras que otros estaban diseñados para reunirse durante los bailes y se accedía a ellos a través de escaleras secretas en las paredes. Lo más probable es que los sirvientes supieran de la existencia de esas habitaciones y que pudieran haber estado escondidos allí.

"Vaya".

El súbito jadeo de Angelica lo apartó de su contemplación y lo hizo buscarla a ella y a la fuente de su repentina alarma. Marchó a su lado justo en el momento en que un hombre harapiento se levantaba de un arbusto crecido en el otro extremo del patio, donde las escaleras descendían al jardín.

"¿Quién es?" preguntó Mark, colocándose frente a Angelica para poder protegerla si lo necesitaba. "¿Qué hace aquí?"

"No pretendo hacer daño, mi señor" dijo el hombre, saliendo de detrás del arbusto. Se quitó una gorra gastada de la cabeza y la sostuvo sumisamente frente a él. "Yo... Me preguntaba qué estaba haciendo aquí y todo eso".

Mark entrecerró los ojos. Había algo en aquel hombre que le resultaba familiar. "¿Es usted uno de los sirvientes de Shayles?" preguntó, tratando de ubicar al hombre en su memoria.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par por el miedo ante la mención del nombre de Shayles, lo que hizo que su empleo fuera casi seguro. "Lo era" admitió con voz hueca. "Antes de que se fuera. Yo era jardinero".

"¿Se han ido todos los sirvientes, entonces?" preguntó Mark. Una parte de él quería indignarse con los sirvientes que abandonaran sus puestos al por mayor, pero el resto de él se alegraba por su bien de que lo hubieran hecho.

"Tan pronto como lady Shayles se fue" confirmó el jardinero. "Ni un hombre ni una mujer querían quedarse atrás una vez que ella se fue".

"Supongo que es comprensible" dijo Angelica, sonriendo amablemente al hombre.

Un torrente de orgullo invadió a Mark. Angelica tenía una manera especial de tratar con la gente. Después de todo, había logrado domarlo. Estaba seguro de que podrían descubrir lo que necesitaban gracias a su encanto.

"Por supuesto que nos fuimos", se apresuró el jardinero, con el rostro pálido. "Esa casa está embrujada".

La expresión de Mark se endureció, pero no tenía ningún deseo de corregir al hombre. Los fantasmas eran una invención de la imaginación. Pero admitiría que las pesadillas que había visto Ravencrest Hall en su tiempo eran lo suficientemente inquietantes.

"¿Qué le hace decir que la casa está embrujada?", preguntó Angelica, acercándose al hombre mientras rodeaba a Mark.

El jardinero miró con recelo hacia el edificio. "Todos hemos visto cosas allí", dijo. "Cosas horribles. Cuando el Sr. Urban se fue, pasó una semana entera en el Cock and Spurs contando las historias".

Mark asintió. Urban había sido el mayordomo de Shayles, y Mark no dudaba de que el hombre supiera todo lo que había pasado en la casa, conociera cada onza de la maldad de Shayles.

"Otros dijeron las mismas cosas, criados y doncellas y demás", continuó el jardinero. "Yo no trabajaba en la casa, pero también vi cosas".

"Estoy seguro de que lo hizo", dijo Mark, intentando imitar un poco del reconfortante estilo de Angelica.

"Y luego la gente empezó a escuchar cosas", continuó el jardinero.

Mark y Angelica intercambiaron una mirada incierta.

"El viejo Benny y el Tuerto Jake vinieron una noche en julio, con la intención de robar el lugar. Pero ni siquiera lograron pasar por la puerta delantera antes de ser ahuyentados por un grito horrible".

El jardinero claramente interpretó eso como un signo de fantasmas. Mark se preguntó si podría haber sido un búho o el viento.

"Otros intentaron lo mismo", continuó el jardinero. "Jonas Flint se rompió la pierna intentando entrar por esa ventana allí".

Señaló una ventana parcialmente abierta más allá del patio. Mark estaba bastante seguro de que se abría en el comedor. "¿A nadie se le ocurrió cerrar la ventana de nuevo?", preguntó.

"Nadie ha sido lo suficientemente valiente como para volver aquí", dijo el jardinero. "Excepto ustedes dos".

"Pero la botella", murmuró Angelica. "Alguien ha estado aquí recientemente".

"Lo juro por la tumba de mi madre, nadie se ha atrevido a poner un pie cerca de Ravencrest Hall en meses", dijo el jardinero.

"Está aquí", señaló Mark.

Se estremeció y dio un pequeño paso adelante. "Los vi entrando en la finca y corrí a advertirles. Parecen buenas personas. Vine a decirles que corrieran, que corrieran lo más rápido posible lejos de aquí".

"Se arriesgó a volver a la propiedad para advertirnos que nos alejáramos", dijo Mark, dudando de la historia.

El jardinero lanzó una mirada ansiosa a su alrededor. "Otra persona vino aquí ayer mismo".

"¿Quién?", preguntó Angelica.

El jardinero negó con la cabeza, apretando su gorra en sus manos tan fuerte que Mark estaba seguro de que la cosa nunca volvería a ser la misma. Se encogió de hombros. "Ladrones, probablemente. Hombres lo suficientemente tontos como para tentar a los demonios que aún viven aquí". Tragó saliva. "Se vio a un hombre entrar, pero no salir. No puedo permitir que le pase a alguien más lo que le pasó a Jonas. Un grupo de nosotros ha solicitado al magistrado local que toda la casa sea incendiada".

"Pero es propiedad privada", concluyó Mark el pensamiento por él. Respiró hondo y se volvió hacia la casa. "Y Shayles saldrá de la cárcel en una semana".

El jardinero lo miró boquiabierto, volviéndose tan blanco como los fantasmas en los que creía. "¿El diablo vuelve a casa?" preguntó con voz entrecortada.

"Así es".

Angelica intentó hablarle reconfortantemente, pero el jardinero estaba más allá de cualquier consuelo. Retrocedió, casi tropezando y cayendo por la corta escalera que llevaba al jardín.

"Tengo que salir de aquí", dijo en pánico. "Todos tenemos que salir de aquí. Si el diablo vuelve a casa, habrá infierno que pagar".

"Estoy seguro de que Shayles no está interesado en vengarse de sus sirvientes", intentó decirle Mark, principalmente porque sabía perfectamente a quién buscaría Shayles para vengarse primero, pero era demasiado tarde. El jardinero se dio la vuelta y corrió tan pronto como sus pies tocaron el césped crecido. Mark no pudo hacer más que quedarse allí y verlo huir.

"No creo que la casa esté embrujada", dijo Angelica con una voz sorprendentemente firme cuando el jardinero finalmente desapareció de su vista. Se volvió para enfrentarse a Mark. "Nunca creí en los fantasmas, ni en la magia ni en el vudú, y crecí en Nueva Orleans". Su valentía volvió con fuerza mientras volvía a enfrentarse a la casa. "Tenemos que encontrar una manera de al menos mirar dentro".

"Shayles hizo deliberadamente que fuera difícil hacerlo", dijo Mark, siguiéndola mientras ella marchaba de nuevo por el patio hacia las ventanas del salón con cortinas. "La mejor oportunidad que tendremos de ver dentro podría ser desde los aposentos de los sirvientes".

Angelica tarareó considerando, pero no parecía emocionada por la perspectiva. "Shayles no escondería tu pintura en los aposentos de los sirvientes", dijo, avanzando hacia el lado del patio y siguiendo el muro trasero de la casa. "Al menos, no creo que lo haría".

"No", admitió Mark. Miró hacia arriba en el primer y segundo piso. "Es probable que la tenga fuera del alcance de cualquiera".

"Tiene que haber una manera de entrar", resopló Angelica. Se apresuró por las escaleras en el extremo opuesto del patio, luego se detuvo junto a la ventana que Jonas Flint había abierto parcialmente. "Si ese otro hombre pensó que podía entrar por esta ventana, entonces estoy segura de que yo también puedo".

"¿Cómo planeas...?"

La pregunta de Mark murió en sus labios mientras Angelica respondía con sus acciones. Dio unos pasos hacia atrás, luego se lanzó contra la pared, saltando y lanzándose contra ella. Por algún milagro, sus manos alcanzaron el alféizar de la ventana y logró agarrarse. Pateó sus faldas lo suficiente para liberar sus pies para que pudiera encontrar agarre en la pared, luego se levantó. Mark observó todo con admiración, con la boca abierta. Sabía que su esposa estaba en forma. Había experimentado íntimamente la flexibilidad de su cuerpo. Pero cada vez que demostraba sus habilidades, lo dejaba boquiabierto.

"Todo adentro está oscuro", informó con un gruñido. Trató de mover un brazo para poder

equilibrarse y abrir la ventana con su mano libre, pero incluso desde donde estaba, Mark podía ver que no sería posible. Angelica gruñó de frustración, luego retrocedió, aterrizando en el césped con un golpe.

Se enderezó, cepillando sus faldas, con el pecho jadeante por el esfuerzo de lo que acababa de hacer. "Los muebles están cubiertos por lienzos", informó. "Pero parece un comedor pequeño".

"Lo creo", dijo él, estudiándola con admiración.

Una sonrisa lenta se extendió por la boca bien formada de Angelica. "Me gusta cuando me miras así", le dijo con un ligero guiño de ceja. "Me hace sentir como si nuestro primogénito estuviera a la vuelta de la esquina".

Tenía un punto distintivo. Si hubieran estado en cualquier otro lugar que no fuera la finca de Shayles, habría estado tentado de barrerla en sus brazos, acostarla en el césped y hacer el amor con ella hasta que ambos estuvieran agotados y satisfechos.

Ella cortó esa fantasía en seco, o tal vez aumentó su alcance y tentación, al volverse de repente seria y decir: "Tenemos que entrar en la casa si vamos a recuperar tu pintura".

Mark se puso serio con ella, pero no tenía una respuesta a su declaración.

"Y si vamos a entrar", continuó ella, "no podemos hacerlo de cualquier manera. Necesitamos un plan".

Vaciló, apretando la mandíbula y buscando cualquier tipo de plan alternativo que pudiera salvarlos de la locura de una intrusión, pero no encontró nada. "Volveremos a la posada", dijo, avanzando y tomando su mano para llevarla con él. "Conozco lo suficiente la casa como para idear algunos puntos de entrada posibles, pero si vamos a hacer esto, sería mejor hacerlo bajo la cobertura de la oscuridad".

"Tal vez necesitemos encontrar una escalera y quizás un poco de cuerda", continuó Angelica, toda su persona centelleando con la trama.

Mark la miró con recelo. Haría todo lo que ella le pidiera y probablemente más, pero si había una forma de evitar que se lanzara hacia el desastre mientras llevaban a cabo el loco plan, no escatimarían esfuerzos para protegerla.

Quince

La confianza de Angelica en ella y la misión de Mark de recuperar su pintura flaqueó después de deambular por los terrenos de Ravencrest Hall y espiar por sus ventanas. No creía en los fantasmas tanto como Mark, pero había una sensación decididamente siniestra en la imponente casa y sus extensos terrenos. No podía quitarse la sensación de que la casa no estaba completamente abandonada.

"Y todos esos estanques alrededor de los límites de los terrenos", le dijo a Mark mientras discutían la situación durante una cena ligera en la posada Traveler's Rest, frente a la estación de tren más tarde. "No he descartado la idea de que pueda haber cuerpos debajo de toda esa agua oscura". Se estremeció al expresar su sospecha en voz alta.

"Nunca he sabido que Shayles deshaga cuerpos en su propia propiedad", dijo Mark con una expresión que podría haber sido destinada a tranquilizar, pero no lo logró. Sus palabras implicaban que había habido cuerpos que deshacer.

"De todos modos", continuó ella, reuniéndose y enderezándose. "No debería ser terriblemente difícil entrar en la casa. Una vez dentro, la velocidad será esencial, sin embargo. ¿Tienes alguna idea de dónde Lord Shayles podría estar guardando tu pintura?"

Mark respondió a su pregunta con una mirada apretada, frunciendo el ceño. "Desafortunadamente, podría estar en cualquier número de lugares. Ravencrest Hall es vasto".

Angelica temía esa respuesta. No quería tener nada que ver con la ominosa finca. Si no fuera por la pintura y la importancia que sabía que tenía para Mark, a pesar de su reticencia para hablar al respecto, habría insistido en que abordaran el próximo tren para regresar a Blackmoor Close. Pero algunas cosas eran más importantes que el malestar personal y la desconfianza. Necesitaba demostrarle a Mark que lo apoyaría en cualquier circunstancia, incluso si significaba ponerse en peligro, tanto como Mark necesitaba demostrarse a sí mismo que el pasado era pasado.

Por eso, menos de dos horas después, ella y Mark estaban de vuelta en Ravencrest Hall, deslizándose a través de la recién llegada noche hacia la parte trasera del edificio donde estaba la ventana entreabierta.

"Una vez que estés arriba, párate en mis hombros", le instruyó Mark, formando sus manos en una cesta para impulsarla, aunque ella podría haber saltado hasta el alféizar de la ventana, como lo hizo más temprano en el día.

Angelica asintió, y sin comentario, apoyó su pie en sus manos. Con un silencioso "Uno, dos, tres", saltó hacia arriba, elevándose aún más alto mientras él la impulsaba hasta el nivel de la ventana. Se sorprendió por su fuerza, al igual que por casi todo sobre él, y no pudo evitar sonreír.

Esa sonrisa se desvaneció a medida que se concentraba en ajustarse para pararse sobre sus hombros y apoyarse contra el costado de la casa. Mark le sujetaba los tobillos firmemente, lo que

le daba toda la estabilidad y equilibrio que necesitaba para agarrar el borde inferior de la ventana y empujar hacia arriba. Le tomó varios intentos y más ruido del que deseaba, pero poco después, tenía la ventana abierta lo suficiente como para gatear a través de ella.

Una vez dentro de la casa, abrió un poco más la ventana.

"¿Necesitas que encuentre una silla o una escalera o algo para ayudarte a subir?" susurró por la ventana.

"No", respondió Mark.

Siguió su monosílaba respuesta con un salto no muy diferente al suyo de esa mañana. Atrapó el borde y se subió el resto del camino, con Angelica ayudando donde pudo.

Una vez dentro de la casa con ella, jadeando por el esfuerzo de su escalada, Angelica se volvió para inspeccionar la habitación. Era un comedor pequeño, como había deducido esa mañana. La mesa y las sillas, así como un aparador, estaban cubiertos con muselina. Había una fina capa de polvo en el suelo, pero como la casa había estado abandonada durante solo meses, no era suficiente para hacer que la casa se sintiera antigua y olvidada. En cambio, daba la sensación de estar de luto o esperando que sucediera algo.

"Está tan oscuro", susurró Angelica, abrazándose a sí misma y frotándose los brazos. "No veo cómo vamos a encontrar algo sin un poco de luz".

"Debería haber lámparas por toda la casa", dijo Mark, avanzando con cautela.

Angelica lo siguió fuera del pequeño comedor y hacia el pasillo. Con tantas cortinas cerradas, apenas llegaba luz tan adentro del edificio. Sin embargo, Mark parecía conocer el camino. Aun así, se mantuvo cerca de la pared, usándola como guía, mientras Angelica mantenía una mano en su espalda.

Llegaron a lo que debía ser el pasillo principal, y Mark encontró su camino hacia una ventana con cortinas. Abrió las cortinas, dejando entrar la luz de la luna creciente. Apenas era suficiente para distinguir las formas de los cuadros colgados en la pared, el contorno de un armario y una larga y ancha escalera que se extendía hasta el primer piso. Con esa luz, Mark cruzó el pasillo principal con confianza, abriendo las cortinas de otra ventana. Aunque la cantidad de luz se duplicó, Angelica aún estaba preocupada por sus posibilidades de encontrar la pintura.

Al menos hasta que Mark abrió el pequeño armario cerca de la puerta y sacó una lámpara.

"Urban recibía a los invitados en todo momento del día y de la noche", explicó en voz baja. "Frecuentemente llevaba una lámpara consigo, esta lámpara, supongo".

Angelica imaginó que Urban era el mayordomo del Lord Shayles. Le daba crédito al hombre por estar preparado. Mark encontró una caja de cerillas en el armario y encendió la lámpara.

Inmediatamente, el pasillo principal se iluminó, pero la luz no eliminó la sensación de premonición de Angelica. No estaba segura de qué esperar de las obras de arte en la casa del Lord Shayles, pero el pasillo principal estaba decorado con retratos de rostros afilados de mujeres pétreas y hombres que lucían sonrisas burlonas.

"¿Deberíamos buscar primero en la planta baja o empezar desde arriba y trabajar hacia abajo?" preguntó.

Mark guardó silencio por un largo momento. "No habría exhibido la pintura donde cualquiera pudiera haberla visto", dijo. "O si lo hubiera hecho, la habría visto en algún momento durante mi visita".

Angelica se mordió el labio por un momento, frunciendo el ceño. "Entonces debe tener tu pintura en una habitación en la que nunca has estado antes".

"A menos que la haya movido durante los momentos en que estuve aquí", dijo Mark, dirigiéndose hacia las escaleras. "Aunque eso habría requerido esfuerzo, dudo que sea lo que

hizo".

Angelica inclinó la cabeza hacia un lado en consideración mientras subían los escalones. Eso parecía alinearse con lo poco que sabía del Lord Shayles. Era arrogante, voluble, malvado y astuto, lo que significaba que probablemente solo hacía cosas que lo beneficiaban a él mismo con el menor esfuerzo posible.

Cuando llegaron a la parte superior de las escaleras, Mark giró a la derecha. Dos pasos después, el tablón del piso crujió tan fuerte bajo su pie que hizo que los dientes de Angelica se pusieran de punta. Peor aún, algo golpeó más adentro de la casa. Su estómago se estremeció y revolvió.

"Por favor, dime que fue un ratón o una ardilla", susurró.

"Probablemente", murmuró Mark sobre su hombro mientras seguía avanzando. "Estoy seguro de que esta casa está infestada de alimañas ahora".

Angelica soltó una risa irónica. "Por lo que me has contado, estaba infestada de alimañas antes".

Captó el borde de la sonrisa de Mark por su comentario a la luz de la lámpara. La forma en que la llevaba creaba sombras inquietantes sobre sus rasgos usualmente estoicos. Le daba una sensación paradójica de calidez y animación de él, como si la llama danzante resaltara la emoción de su misión. Parte de ella sabía que debía matarlo haber regresado a la casa del Lord Shayles, pero sentía pasión y dinamismo en él mientras avanzaban.

"Las salas familiares están en este ala", le susurró mientras doblaban una esquina y pasaban por lo que parecía ser una sala de recepción de algún tipo. "Hasta donde sé, los invitados rara vez se aventuraban en esta parte de la casa".

"Entonces, aquí debe estar la pintura", respondió ella.

Pero las obras de arte que adornaban las paredes de la sala de recepción parecían más la colección inexperta de alguien con gusto juvenil que había comprado cada pintura que representaba pastoras de caras rosadas revoloteando en esplendor pastoral que pudieran encontrar. Los muebles también eran llamativos y anticuados.

"Me pregunto si lord Shayles pasaba tiempo en esta parte de la casa" murmuró Angelica mientras cruzaban la puerta hacia un pasillo más estrecho en el otro extremo de la habitación.

"Lo hacía" respondió Mark con el tipo de certeza sombría que hizo que Angelica tuviera miedo de preguntar más.

Unos metros más adelante en el pasillo, Mark se detuvo y se frotó la cara con una mano. Miró en la oscuridad, luego se giró para mirar por encima del hombro, de vuelta a la sala de recepción y luego a ella.

"Solo he estado en esta parte de la casa una vez, y no por mucho tiempo", dijo. "El dormitorio de Shayles, su dormitorio real, no aquel en el que se entretenía..." dijo la palabra con fuerte disgusto, "y la suite de lady Shayles estaban en esta parte de la casa. Su hermana también tenía una habitación aquí cuando eran niñas".

"¿Lord Shayles tiene una hermana?" La mente de Angelica se rebeló ante la idea.

"Tenía una hermana" dijo Mark, acercándose a la puerta cerrada que había más cerca de ellos-. "Murió en el parto menos de un año después de haber sido casada con un marqués en Yorkshire".

"Vaya". Angelica no supo qué decir. El tono de Mark daba a entender que había una historia detrás de la muerte, pero como tantas otras cosas, no estaba segura de querer saberlo.

La primera habitación que probaron fue un dormitorio que no se había utilizado durante tanto tiempo que las cubiertas de muselina que cubrían los muebles estaban cubiertas de polvo, a

diferencia del comedor por el que habían entrado. La habitación al otro lado del pasillo era la misma. Una tercera habitación resultó ser una repetición de las dos primeras.

Mark resopló impaciente al entrar en una cuarta habitación. Resultó ser una pequeña biblioteca, no mucho más grande que las habitaciones. Varias estanterías estaban repletas de libros tan antiguos que Angelica temía tocarlos, y mucho menos sacarlos de sus hogares, no fuera a ser que se desmoronaran. Los muebles parecían estar cubiertos con muselina, pero alguien o algo había tirado de las sábanas en un sofá de cuero y sobre el escritorio, dejándolas torcidas.

"No me acercaré a ese sofá", dijo Angelica, con el más mínimo toque de humor en su declaración recelosa.

"¿Por qué no?" preguntó Mark, acercándose al sofá.

Extendió una mano hacia la muselina, pero Angelica exclamó: "¡No! Puede que haya una rata escondida ahí".

Mark retiró su mano, enfrentándola con una mirada que indicaba que ella podría tener razón. Luego giró en círculo, sosteniendo la lámpara para iluminar las paredes.

"No está aquí", dijo, con decepción en su voz. "Tenemos que encontrarlo pronto. No... No me gusta cómo se siente la casa".

"A mí tampoco", coincidió Angelica.

Le hizo un gesto para que la siguiera de vuelta al pasillo. Por un momento, se sumió en la oscuridad al llegar al pasillo antes de que Mark pudiera llevar la luz consigo. En un instante, tuvo la sensación de que las sombras se movían a su alrededor, que había movimiento desde el extremo lejano del pasillo y de algo más grande que una rata. Estuvo a punto de correr de regreso a la biblioteca cuando Mark, y su lámpara, se unieron a ella.

"No me gusta este lugar", susurró. "Se siente poseído".

Mark asintió en acuerdo y avanzó delante de ella, caminando con cuidado por el pasillo.

"Entiendo por qué la gente piensa que el lugar está embrujado", continuó ella.

"Solo está embrujado por el pasado", dijo Mark, una vez más tranquilizándola sin hacer que se sintiera un poco mejor.

Registraron otras dos habitaciones, y aunque no encontraron nada destacable en ellas, la inquietante sensación de que los observaban, no, que los acechaban, crecía en ella.

"Quizás deberíamos irnos si no lo encontramos pronto", susurró, avergonzada de su propia cobardía.

"Lo encontraremos", dijo Mark. Por una vez, él era el fuerte.

Ella se aferró a eso, apoyando su mano en su espalda mientras continuaban por el pasillo. Por fin, llegaron a una puerta que se abría a una habitación que no se sentía tan abandonada como el resto de las cámaras que habían explorado. Mark se tensó incluso antes de entrar en la bien equipada habitación. Un rastro de caro perfume llenó la nariz de Angelica. Solo pudo deducir que la habitación era el dormitorio del Lord Shayles. Se sentía como si estuvieran entrando en el corazón de la guarida de un dragón.

"No me gusta la sensación de esta habitación", dijo Angelica mientras avanzaban más adentro en la opulencia desvanecida. Una ventana estaba abierta y una sola copa de vino con los restos de vino tinto en el fondo estaba en el alféizar, sin botella a la vista. Miró la cama, sus cobertores arrugados como si los sirvientes ni siquiera se hubieran molestado en tocar la habitación antes de huir de la finca, un escalofrío recorriéndola. "Se siente malvado aquí, como..."

Se detuvo abruptamente cuando se volvió hacia Mark. Él se había quedado completamente

quieto, con la boca abierta en estado de shock, la lámpara sostenida ligeramente mientras miraba la pared sobre la fría chimenea de la habitación. Ahí estaba. Angelica supo en un instante que el cuadro colgando sobre la repisa de Lord Shayles era el que estaban buscando. Un escalofrío recorrió su espalda, haciendo que se estremeciera mientras se acercaba lentamente al lado de Mark.

Era hermosa. La mujer en el cuadro era encantadora más allá de la medida. No podía tener más de veinte años. Su cuerpo desnudo estaba estirado perezosamente sobre un sofá cubierto con un pañuelo azul y dorado. Sus curvas eran lustrosas, pintadas con tonos cálidos de rosas y oros. Cubría la parte inferior de su cuerpo con el pañuelo, pero sus pechos estaban al descubierto. La expresión en su rostro sonrosado era risueña y modesta, como si el artista la hubiera persuadido para que posara y ella hubiera aceptado como un desafío, pero no pudiera creer su audacia. Su sonrisa era la de una amante—feliz y despreocupada—y sus ojos azules estaban llenos de ardor y promesas.

Era la misma mujer que lloraba y gritaba en todos los otros cuadros en el estudio de Mark en Blackmoor Close.

"Oh, Mark", susurró Angelica, acercándose a su lado y poniendo una mano en su brazo. "Lo siento tanto".

No estaba completamente segura de qué lamentaba, solo que la mujer en el cuadro frente a ellos era tan alegre y todas las demás imágenes que había visto de ella eran sombrías y oscuras. Algo le había sucedido a la mujer. Algo que había arruinado a Mark.

Otro detalle llamó su atención—uno que estaba sorprendida de no haber notado primero. El cuadro no simplemente colgaba en la pared. Estaba encerrado en una delgada caja de vidrio. El destello de la linterna de Mark se reflejaba en la superficie, junto con una tenue imagen fantasmal de él y Angelica contra el telón de fondo del espacio más privado del Lord Shayles.

"No la he visto en veinticinco años", dijo Mark con voz seca y entrecortada.

Angelica no era lo suficientemente ignorante como para pensar que se refería solo al cuadro. Al menos, no solo al cuadro. "¿Ella fue tu amante?", preguntó en voz baja, su mano aún en su brazo.

Mark permaneció en silencio. El más mínimo indicio de asentimiento fue toda la respuesta que le dio.

"Algo le sucedió", continuó Angelica. "Lord Shayles le hizo algo a ella". No eran preguntas. Podía ver la verdad tan claramente como podía ver el afecto en el rostro pintado de la mujer.

Mark se quedó completamente quieto, paralizado por los pensamientos atrapados dentro de él. No había tiempo para sumergirse en viejos recuerdos, sin embargo. El sentimiento insinuante que Angelica había tenido desde que entraron en la casa continuaba pesando sobre ella junto con la necesidad desesperada de salir.

"Llévatelo", dijo, dando un medio paso adelante. "Toma tu cuadro y vámonos".

"No puedo", dijo Mark. "El vidrio".

Angelica lo estudió por un momento. Incluso a la luz de la linterna, podía ver que se había puesto mortalmente pálido. Sus ojos estaban anchos y llenos de tristeza, y una antigua sensación polvorienta de impotencia lo rodeaba.

"El vidrio no parece ser grueso", dijo ella. "Debe haber algo aquí que podamos usar para romperlo".

Vio un conjunto de utensilios para el fuego al lado de la chimenea y se acercó para agarrar una vara. Pero cuando se volvió para ofrecérsela a Mark, él negó con la cabeza.

"No puedo romper el vidrio", dijo, apenas dedicándole una mirada antes de volver a

contemplar el cuadro.

"Estoy segura de que puedes", dijo Angelica, volviendo con la vara extendida.

Mark negó con la cabeza. "Podría dañar el cuadro. Ella ha pasado por suficiente ya".

Dos descargas de frustración y simpatía atravesaron a Angelica. Tenía razón. Romper el vidrio bien podría cortar algo tan delgado como el lienzo y la pintura. Pero la alternativa era dejarlo donde estaba. A menos que...

"Podríamos quitarlo todo", dijo, lanzando la vara a la cama y regresando a la chimenea. "Trae la lámpara aquí. El vidrio debe estar montado en la pared de alguna manera y el cuadro colgado dentro de él. Si pudiéramos encontrar donde está sujetado..."

"No lo haría si fuera usted".

La voz baja y siniestra habló tan repentinamente que Angelica gritó de terror y se volvió. Una sombra oscura emergió de una pequeña puerta al final de la habitación. Todo lo que Angelica necesitaba ver era el mechón de cabello pálido, el rostro hundido y el aspecto desaliñado del hombre para adivinar que era Lord Shayles.

Mark se giró, sus ojos se abrieron de par en par al ver al hombre. Su boca quedó abierta, pero no dijo una palabra. Tampoco dudó.

"Corre", gritó a Angelica, lanzándose a la acción.

La agarró mientras cargaba hacia la puerta, prácticamente levantándola en su prisa por alejarla de Lord Shayles. Angelica actuó solo por instinto, escapando del dormitorio y corriendo por el pasillo tan rápido como sus pies la llevarían. Fue lo suficientemente rápida como para mantenerse a la par de Mark y bien alejada de Lord Shayles mientras él los perseguía.

"¿Crees que puedes huir de mí?" Lord Shayles gritó mientras salía al pasillo.

Angelica y Mark ya estaban en la sala de recepción, alejándose. Pero no parecía suficiente.

"Nunca podrás escapar de mí", continuó Lord Shayles mientras los perseguía. "Dije que te mataría y lo haré. Con mis propias manos. Pero no antes de que haya tenido mi venganza contigo y la haya dejado ahogándose y sangrando".

Continuó con sus amenazas, pero Angelica apenas las escuchó. "Date prisa, date prisa", jadeó mientras alcanzaban la parte superior de las escaleras y bajaban corriendo. No podía pensar en nada más que en escapar, y Mark aparentemente tampoco estaba interesado en nada más.

"El comedor", gruñó, dirigiendo a Angelica de vuelta por donde vinieron cuando llegaron al piso de abajo.

Parecía la mejor opción. Podían escapar de la casa de la misma manera que entraron sin preocuparse por desbloquear puertas y perder un tiempo precioso. Tan pronto como llegaron al comedor, Mark la empujó hacia adelante. Cuando llegaron a la ventana, mientras levantaba una pierna sobre el alféizar de la ventana, se giró y lanzó su lámpara a la mesa con toda su fuerza.

Angelica gritó de nuevo cuando la lámpara se hizo añicos en la mesa cubierta de muselina, estallando en una bola de fuego. El aceite ardiente se derramó por la tela y en el suelo. Sin embargo, no se quedó para ver si el fuego prendía. Con el corazón latiéndole en el pecho, salió por la ventana, cayendo al césped abajo con un gruñido poco elegante. El impacto de su salto le tomó un segundo sacudirse, pero cuando se puso de pie, Mark saltó por la ventana después de ella.

Su recuperación fue más rápida, y tan pronto como estuvo en pie, agarró su mano. "Vamos", dijo, corriendo por el césped negro de la noche con ella. Un resplandor anaranjado brillaba desde la ventana mientras el fuego se extendía. "No dejaré que su casa se queme. No vendrá tras nosotros".

Angelica solo podía rezar para que Mark tuviera razón mientras ponía todo lo que tenía en

correr lejos de Ravenscrest Hall.

Mark no se detuvo ni siquiera para tomar aliento mientras llevaba a Angelica lejos de la casa de Shayles y a través de los terrenos iluminados por la luna hasta la puerta. No tenía intención de frenar una vez que llegaran al borde del pueblo, pero dos personas corriendo por un pueblo adormilado hacia la posada cerca de la estación de tren habrían levantado sospechas a las que no quería responder.

"No creo que venga tras nosotros", jadeó Angelica mientras giraban en la calle de la posada.

"El fuego debe haber hecho su trabajo", respondió, recuperando el aliento.

Todavía podía sentir el calor del repentino incendio que había causado, sentir el sudor goteando por su espalda. O tal vez era el destello de horror al ver a Shayles lo que mantenía su sangre hirviendo. ¿Qué hacía el hombre en casa? No debía ser liberado de prisión hasta dentro de una semana.

"¿Por qué estaba Lord Shayles en casa?", reflexionó Angelica en voz alta mientras entraban en la posada y subían directamente las escaleras hacia su habitación. "Se supone que debe estar en prisión".

La expresión de Mark se oscureció en un ceño mientras buscaba en su bolsillo la llave para dejarlos entrar en la habitación. "Obviamente, mintió", gruñó.

"¿Sobre el día de su liberación?", preguntó Angelica. Entró rápidamente en la habitación y se desplomó en una de las sillas junto a la chimenea.

Mark cerró con llave la puerta detrás de ellos, pero no estaba de humor para sentarse. Recorrió el cuarto de un lado a otro como un tigre enjaulado. "Soy un tonto", se recriminó con un gesto de dolor. "Él debe haber estado planeando esto durante meses. Debería haber verificado con Newgate o la policía para confirmar la fecha de su liberación en lugar de confiar en la palabra de Shayles y la palabra de su abogado. El bastardo debe haberme engañado deliberadamente haciéndome pensar que su liberación sería más tarde para poder atraparme desprevenido".

"Odio estar de acuerdo contigo", comenzó Angelica pero no continuó. Lo observó caminar con una mirada cautelosa. Varios momentos de silencio llenaron la habitación antes de que continuara con: "¿Qué hacemos ahora?"

"No hacemos nada", dijo, temiendo cómo reaccionaría ella a lo que diría a continuación.

Ella retrasó lo inevitable al apresurarse con: "Sabemos dónde está tu cuadro. Ahora que lo he visto, creo más que nunca que debes recuperarlo, pase lo que pase".

Mark emitió un sonido indeciso y se frotó la cara. No tenía fe en absoluto en que Shayles le permitiera recuperar el cuadro. No tenía fe en que Shayles lo dejara ir en absoluto. El hombre lo perseguiría hasta que uno de los dos o ambos estuvieran muertos. Era un destino que aceptaba.

Pero se negaba a dejar que Angelica cayera con él.

"No me estás respondiendo", dijo ella, enderezándose.

"No hiciste una pregunta", dijo él, consciente de que ella lo vería como terco y malhumorado. Tal vez eso era lo que necesitaba ser para alejarla y mantenerla a salvo.

"Está bien", dijo ella, poniéndose de pie, claramente irritada. "¿Qué tal esto como pregunta? ¿Qué hacemos a continuación para asegurarnos de que recuperes tu cuadro, Lord Shayles se mantenga a raya y los dos podamos regresar a casa y vivir vidas pacíficas sin la amenaza de que él penda sobre nuestras cabezas?"

Mark le lanzó una mirada cautelosa y dejó de caminar al otro extremo de la habitación. Tenía que mantener su distancia, en más de un sentido, o nunca podría hacer lo que tenía que hacer.

"Voy a volver a Ravencrest Hall", dijo en voz baja. La vergüenza brotaba en él por su declaración, aunque sentía como si estuviera tomando una acción desde hacía mucho tiempo pendiente.

"Excelente", Angelica se acercó a él, su rostro iluminándose. "Podemos regresar armados, o tal vez podamos llevar a la policía con nosotros. Estoy segura..."

"Voy a volver solo", Mark habló por encima de ella, odiando cómo levantó la voz.

La boca de Angelica quedó abierta por un momento antes de que sus ojos se agrandaran indignados. "No lo harás".

"Sí, Ángel, lo haré", dijo. Se acercó a ella, agarrando sus brazos. No funcionaría para él mantenerse distante con ella. Su corazón estaba demasiado involucrado para poder interpretar el desalmado bastardo. Pasó una mano por su mejilla cálida. "Tengo que enfrentar a Shayles solo. Siempre iba a ser así".

Ella frunció los labios y lo miró fijamente. "Esto no es un cuento de hadas donde el héroe debe matar al dragón solo", insistió. "Lord Shayles no es más que un criminal mezquino que ha robado algo que te pertenece".

Mark negó con la cabeza. "Shayles es mucho más que eso. No puedo confiar en los canales adecuados de autoridad para acabar con su amenaza de una vez por todas, al igual que no puedo permitirte ponerte en peligro, un peligro que no puedes imaginar, enfrentándote a él conmigo".

Ella se apartó de él, cruzando los brazos y pareciendo una furia de la mitología griega. "Parece que olvidas que no soy una violeta que desmaya y que nunca ha enfrentado a un asno como Lord Shayles antes".

"No estoy diciendo que no seas fuerte o negando las experiencias que has tenido", insistió Mark. "Y entiendo que creas que tu experiencia en ese almacén y el entrenamiento que has recibido desde entonces te han preparado para enfrentarte a Shayles. Pero por favor, por favor, créeme cuando digo que no lo has hecho". Abrió la boca para protestar, pero Mark continuó apresuradamente. "Shayles no es simplemente un violador. Es un sádico y un asesino. No simplemente te atacaría si tuviera la oportunidad. Te humillaría y te torturaría de formas que no puedes imaginar".

Ella comenzó a discutir, pero se detuvo y apretó los labios. Cuando habló, Mark tuvo la sensación de que no era lo que originalmente había pretendido decir. "¿Crees que es tan malvado? ¿Qué haría todas esas cosas conmigo?"

"No solo lo creo", dijo él. "Lo he visto cometer maldades que no habría soñado que fueran posibles. Lo he visto destruir mujeres de formas que te darían pesadillas. No hice nada para detenerlo".

Su última frase salió en un suspiro antes de que pudiera ocultar el pensamiento o sus recuerdos acompañantes. Se apartó de Angelica, escondiendo su rostro de ella. En lugar de

horrorizarse por él, como estaba seguro de que debería estar, ella se acercó por detrás y posó una mano en su espalda.

"Necesitas dejar de culparte por las acciones de otro hombre", dijo suavemente.

Se volvió para enfrentarla. "No me culpo por las acciones de Shayles, me culpo por mi inacción. Tenía el poder para detenerlo y nunca lo hice".

Angelica arqueó una ceja. "¿Lo tenías? ¿Realmente tenías el poder para detener a un hombre como él?"

Mark vaciló. Ansiaba desesperadamente creer que no lo había tenido, que podía ser absuelto por décadas de males que había observado en silencio. Pero no había tal perdón para él. Otro hombre habría intervenido y habría llevado a Shayles ante la justicia mucho antes. Su padre habría visto a Shayles arrojado a la prisión o desterrado de Inglaterra antes de que tuviera la oportunidad de cometer cualquiera de sus crímenes.

"Ya es suficiente", dijo Angelica, sorprendiéndolo fuera de sus recuerdos. "Estoy cansada de ver esa expresión en tu rostro".

"¿Qué expresión?" gruñó él.

"La expresión como si no merecieras un lugar en esta tierra", dijo ella, cruzando los brazos. "¿Por qué no me dejas a mí ser la jueza de si eres un cobarde horrible que permitió que ocurrieran horrores al permanecer en silencio o simplemente eres otra víctima de un hombre malvado?"

Mark se retorció bajo su pregunta. Incluso con la montaña de culpa que perpetuamente amenazaba con aplastarlo, odiaba que lo llamaran víctima. Si acaso, él era el criminal, no el receptor del crimen.

Negó con la cabeza. "No deseo cargarte con el pasado".

"No me importa lo que desees", dijo ella, agarrando su brazo cuando intentó alejarse. Su agarre era como hierro mientras lo mantenía en su lugar. "No permití que el abuelo Miles me trate como si fuera frágil, y tampoco permitiré que tú lo hagas. Dímelo ahora o volveré marcha atrás hacia Ravencrest Hall y exigiré que Lord Shayles me cuente toda la historia él mismo".

"No lo harás", insistió Mark, irritado y a la vez excitado por su tenacidad. ¿Qué tipo de hombre encontraba placer en ser dictado por su esposa? Pero, por supuesto, él conocía la respuesta a esa pregunta. Shayles había empleado mujeres en The Black Strap Club que se especializaban en dominar a hombres que se excitaban con la humillación. La comparación de sí mismo con esos hombres le revolvía el estómago. Todo en su pasado lo revolvía.

"Basta", Angelica lo sacó de la espiral de sus pensamientos nuevamente. "Ya es hora de que dejes de desaparecer en ti mismo cada vez que te enfrentas a verdades incómodas y comiences a hablarme de ellas en su lugar".

"Me despreciarías", dijo él, queriendo apartar la mirada de ella, pero sin poder hacerlo.

"Lo dudo mucho", dijo ella. "De cualquier manera, ya es hora de que dejes mis sentimientos para que yo los decida. No necesito que me digas qué hacer con mi vida y ciertamente no necesito que me digas cómo debería sentirme al respecto mientras lo hago".

Mark parpadeó, con la culpa apoderándose de él. "Lo siento, no quise..."

"Lo sé", dijo Angelica, su rostro tenso, su paciencia al límite. "Nunca lo haces. Y soy completamente consciente de que no puedes darme el crédito que merezco antes de dártelo a ti mismo".

Mark frunció el ceño. "¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que es hora de que me cuentes toda la historia de tu asociación con Lord Shayles para que yo misma pueda decidir si mi vida y la tuya están verdaderamente en peligro o

si el hombre es una tormenta en un vaso de agua", dijo ella.

"Te puedo asegurar que Shayles es una amenaza real y peligrosa".

"¿Cómo?", demandó ella. "¿Por qué? Dime qué te ha hecho que te haya destrozado tanto".

Su demanda estaba envuelta en una preocupación genuina, así que en lugar de resistirse y alejarse de ella, soltó un suspiro, bajando la cabeza y los hombros.

"¿Qué quieres saber?", preguntó con voz derrotada.

"Todo", ella encogió los hombros. "¿Cómo conociste a Lord Shayles?"

"Nos conocimos en la universidad", explicó Mark, alejándose de ella. No podría contar la historia si no se movía mientras lo hacía. "Estábamos en el mismo año en Oxford".

"Ya veo", Angelica cruzó los brazos y lo siguió con la mirada mientras recorría la habitación.

"Al principio apenas lo noté", Mark continuó. "Desde luego, no lo habría elegido como amigo. No tenía intención de hacer amigos en Oxford".

"¿Por qué no?", preguntó ella frunciendo el ceño.

"Mi padre estaba enfermo", explicó. "Gravemente enfermo. Sentía que hacer amigos y disfrutar del tiempo con ellos sería una traición hacia él. No quería alejarme de su lado para asistir a Oxford en primer lugar, pero él insistió. Decía que no tenía sentido que un joven brillante y enérgico desperdiciara sus días al lado de un hombre moribundo". Se atragantó con las últimas palabras y se vio obligado a aclararse la garganta antes de continuar.

"Tenía la intención de mantenerme apartado, pero Shayles tenía otros planes", continuó. "Vivíamos en el mismo dormitorio, y tan pronto como Shayles se dio cuenta de que existía y de que no tenía interés en socializar, me acosó en cada oportunidad que tuvo. Él y sus secuaces. Me rodeaban en las comidas, me seguían al baño y en general se negaban a dejarme en paz. Me arrastraron a pubs cuando quería quedarme en casa estudiando, y me llevaron a la fuerza a burdeles varias veces cuando no tenía intención de frecuentar a las damas allí. Era como si me convirtiera en su mascota, una necesidad para su actividad traviesa". Hizo una pausa. "Estaba demasiado abrumado y débil para detenerlos".

"Eras joven", dijo Angelica, como si eso solo bastara para explicar su participación.

Mark se retorció incómodo y se detuvo por un momento junto a la chimenea, mirando las llamas bajas. "Mi padre murió antes de terminar mi primer semestre. Regresé a casa para estar con él, pero era demasiado tarde. Había instruido a todos que no me enviaran a llamar hasta el final amargo". Su pecho y garganta se apretaron ante el recuerdo, ante el sentimiento de dolor y traición. Se le negó el simple derecho de estar con la única persona a quien amaba más que a la vida en sus últimos días.

"Me senté junto a su cama y le conté todo sobre Shayles, sobre las cosas horribles que me estaban haciendo hacer, pero papá no tenía una respuesta para mí", explicó, su voz áspera y hueca. "El hombre que me había guiado a través de todo en mi vida no pudo decirme cómo navegar fuera de la influencia de un grupo de matones. Murió, y me quedé solo, sin respuestas, sin un plan".

"Lo siento mucho", dijo Angelica.

Mark negó con la cabeza, apartándose de su intento de alcanzarlo. "No merezco tu simpatía".

"Cuando regresé a Oxford, Shayles fue tan implacable como siempre", continuó. "Él y sus amigos me molestaron y atormentaron sobre ser un huérfano, solo en el mundo. Me humillaron por llorar".

"Eso es horrible".

"Horrible era la moneda de cambio de Shayles", dijo con un gruñido. "El problema fue que nada de lo que Shayles decía era mentira. Yo era un huérfano. No tenía familia cercana".

"¿Qué hay de Lord Helm?" preguntó Angelica.

Mark negó con la cabeza. "Armand estaba ocupado persiguiendo sus propios intereses. Se unió al ejército y se fue a la Crimea a luchar. Estaba tan abandonado como Shayles decía que estaba. El bastardo fue lo suficientemente astuto como para ver su oportunidad. Se lanzó con la suficiente tentación para hacerme sentir como si dependiera de él, como si sin él no tuviera nada en absoluto".

"Te manipuló", dijo Angelica, con una expresión dura. "Se aprovechó de un joven en duelo".

Mark asintió. Con el beneficio de la retrospectiva, podía ver exactamente cómo Shayles lo había atado a su lado. Pero eso no explicaba por qué había permanecido allí después de que comenzara el descenso a la pesadilla.

Se detuvo cerca de la ventana, mirando hacia el exterior por un momento. "En mi último año en la universidad, logré pasar más tiempo solo, pintando, que siendo arrastrado a los planes de Shayles. Por un tiempo, pensé que finalmente me había olvidado. Y era más feliz cuando estaba en el pequeño estudio que alquilaba que en cualquier otro momento de mi vida joven, aparte del tiempo que pasaba con mi padre".

"¿Fue allí donde conociste a la mujer del cuadro?" preguntó Angelica, dejando caer los brazos.

Mark asintió. "Kitty. Ese era su nombre. Era la hija del hombre que era dueño del edificio y alquilaba el espacio. Limpiaba las habitaciones y traía comida de vez en cuando". Su corazón se apretó ante el recuerdo de ella, al menos, el recuerdo de ella antes de que todo se fuera al diablo.

"¿Eran ustedes dos amantes?" preguntó Angelica con respeto cuando el silencio se alargó demasiado.

"Sí", admitió Mark. "Todo esto me tomó por sorpresa. Kitty pasaba más tiempo en mi estudio, hablándome mientras trabajaba. La dibujé y pinté unas cuantas veces. Esos lienzos ya no existen. Era joven y hombre, y eventualmente la convencí de que posara desnuda. Ella estuvo de acuerdo, aunque constantemente temía que su padre se enterara. A partir de ahí, fue un paso simple para que los dos pasáramos nuestras tardes en la cama una vez que se terminaba la pintura".

"La pintura que tiene Shayles", dijo Angelica, poniendo dos más dos juntos.

Mark tragó saliva mientras el eco doloroso de todo lo que sucedió a continuación se apoderaba de las partes más oscuras de su alma. "No sé por qué Shayles de repente volvió a interesarse en mí. Tal vez estaba aburrido". Le dolía decir lo que sucedió después, así que lo soltó. "Él y tres de sus secuaces me rastrearón en mi estudio y me encontraron con Kitty". Tragó saliva, su boca se volvió seca.

"No tienes que decirlo si no quieres", dijo Angelica con voz atormentada.

"La violaron", se ahogó. "Los cuatro, Shayles dos veces. Me detuvieron y me obligaron a mirar. No hice nada. Estaba demasiado horrorizado para moverme".

Angelica se llevó una mano a la boca, conteniendo las lágrimas. "¿Nadie más en el edificio escuchó?"

"Todos escucharon", continuó Mark, su voz apenas por encima de un susurro. "Los amigos de Shayles mantuvieron la puerta cerrada. Después, Shayles amenazó al dueño del edificio con asesinato y ruina. Fue tan efectivo que cuando llegó la policía, el hombre los envió lejos, diciendo que era un malentendido".

"¿Y Kitty?" preguntó Angelica, una mano apretada contra su corazón.

Mark encogió los hombros y negó con la cabeza. "La alejaron. No pregunté a dónde. No creo que hubiera tenido el coraje si hubiera querido. Y poco después de eso..." tragó saliva, su

estómago se revolvió, "se quitó la vida".

"Oh, Mark", dijo Angelica.

Él se apartó de su intento de alcanzarlo. "Todo fue culpa mía. Hui del estudio y nunca volví", admitió con voz sofocada.

"¿Ni siquiera por la pintura?"

"Shayles se llevó la pintura", dijo. "La trajo al dormitorio para mostrármela. Dijo que era su recuerdo de la tarde más hermosa de su vida". Escupió las palabras, el odio y el dolor hicieron que su voz se pusiera espesa.

Hubo una pausa antes de que Angelica dijera: "¿Te quedaste con él? No como amigos, seguramente, pero... ¿asociados?"

Mark suspiró inútilmente. "No sabía lo que estaba haciendo", admitió. "Al principio, creía que podría vengarme de alguna manera si mantenía al bastardo a la vista. Lo seguí, creyéndome un espectro, mirándolo como si pudiera romper sus defensas para hacer que se sintiera mal por lo que había hecho".

"Dudo que alguna vez lo hiciera".

"No, por supuesto que no", se frotó la cara con una mano. "Y luego pasó el tiempo. Me volví insensible. Cualquier gran idea que había tenido para ser un constante picor en la conciencia de Shayles se embotó en nada. Lo seguí porque no sabía qué más hacer. Mi padre había muerto. La mujer que amaba fue violada y se había ido. Traté de seguir pintando, pero el único trabajo que pude crear fue un reflejo de ese día. Tenía una finca que administrar, pero el mayordomo de mi padre hizo un trabajo tan bueno manteniendo Blackmoor Close en orden que mi propósito allí era mínimo. Lo único en lo que encontraba la más mínima alegría era en el arte de los demás, coleccionándolo, comprándolo, buscándolo".

"Lo que explica tu magnífica colección", dijo Angelica. Se movió hacia la cama para sentarse, como si el peso de todo lo que había revelado fuera demasiado para ella.

"Me presento ante ti como una sombra de hombre", dijo, girándose para enfrentarla y sosteniendo sus manos a los lados. "Cualquier vida que hubiera en mí me fue arrebatada hace veinticinco años en ese fatídico día. Solo he logrado existir desde entonces, no vivir".

Incluso cuando admitía la verdad, algo dentro de él se rebelaba. Su corazón latía dentro de él, y el buen sentido huía. Cruzó la habitación para arrodillarse frente a ella, tomar sus manos y sostenerlas como si su vida dependiera de ello.

"Hasta que llegaste", confesó, mirándola de reojo.

"Mark", susurró, poniendo una mano en el costado de su rostro y conteniendo las lágrimas.

"Eres todo para mí", le dijo, con la voz cargada de emoción. "No pensé que pudiera sentir algo por nadie más, pero irrumpiste en mi vida triste, superficial y a medias y despertaste cosas en mí que pensé que estaban muertas desde hace mucho tiempo".

"Querido", dijo ella. Liberó su otra mano de la suya y rodeó su rostro con ambas manos, inclinándose para besarlo. "Estoy aquí para ti".

"Lo estás", dijo desde el fondo de su corazón. "Sé que lo estás. Nadie ha estado allí para mí desde que murió mi padre. Muy pocas personas estuvieron allí para mí antes de eso. Contigo, por fin, no me siento solo. Yo..." Su garganta se cerró, pero forzó las palabras más allá de sus labios de todos modos. "Te amo, Angelica. Y no pensé que fuera capaz de amar".

"Tú eres", dijo ella con pasión, inclinándose para besarlo de nuevo. "Eres mucho más capaz de amar de lo que puedas imaginar. Lo siento cuando estoy en tus brazos. Lo veo en tus ojos. Eres amoroso de corazón". Lo besó por tercera vez, luego se inclinó repentinamente hacia atrás. "Quizás por eso has sido tan fácilmente herido".

"Quizás", estuvo de acuerdo ostensiblemente, sin querer hacer un problema de eso en ese momento. "Pero también es por eso que debo hacer todo lo que esté a mi alcance para protegerte de Shayles ahora". Se puso de pie, llevándola consigo y envolviendo sus brazos alrededor de ella. "Moriría si le hiciera algo a ti. Moriría para mantenerte a salvo".

"No vas a morir, Mark", le dijo ella, agarrando sus solapas. "Apenas has vuelto a la vida. No puedo dejarte morir ahora".

Elevó los talones para poder lanzarse hacia él con un beso destinado a encender los cielos. Parte de Mark sabía que debería resistirla, que debería apartarla y enfrentar lo que había estado llegando para él durante años. Pero sus brazos eran demasiado maravillosos a su alrededor. La presión de su cuerpo contra el suyo era intoxicante. Ella era su corazón. Ella era la nueva vida que pululaba en él. Le debía todo a ella y ansiaba darle todo lo que merecía y más.

La soltó el tiempo suficiente para quitarse la chaqueta y desabrochar los botones de su chaleco. Su camisa estaba húmeda de sudor debajo, pero no podía importarle menos. A Angelica tampoco parecía importarle. Trabajó con él, ayudándolo a deshacerse de su ropa y a quitarse la camisa por encima de la cabeza. Una vez que la prenda sucia había sido arrojada a un lado, ella se puso a trabajar en los botones de su blusa, compitiendo con él para ver quién podía quitarse la ropa más rápido.

El fantasma de un plan se formó en su mente mientras se apartaba para quitarse las botas y despojarse de los pantalones. Amaba a Angelica. Las palabras habían sido pronunciadas en voz alta ahora. Haría todo lo que estuviera en su poder para mantenerla fuera del alcance de Shayles. Se negaba a permitir que los horrores que le habían sucedido a Kitty le sucedieran a ella. Si significaba tomar medidas que terminarían con Angelica odiándolo, sería un precio pequeño a pagar. Angelica viviría, y si él tenía algo que ver con ello, viviría a través de ella.

Ella había terminado rápidamente con su blusa y falda, y cuando él se puso de pie, desnudo y listo, para unirse a ella en la cama, ella ya estaba retirando las sábanas.

"Podría pintarte de mil maneras", dijo, acercándose a ella, ansioso pasar sus manos sobre su cuerpo. "Así, como haciendo la cama, o extendida sobre ella en esplendor erótico".

"Esa pintura será solo para nosotros dos", dijo ella, retorciéndose para deslizarse contra él mientras él se acercaba a ella. "Pero será magnífica".

"Solo porque eres un ángel", dijo él, inclinando su boca sobre la suya.

Dejó caer una mano sobre su trasero, acariciándolo posesivamente y presionándola contra el insistente calor de su erección. Ella murmuró bajo en su garganta y levantó una pierna sobre su cadera para acercarlos aún más. Mark fue tomado por el deseo loco de sumergirse en ella y aparearse con toda la ferocidad de un animal salvaje. Igual de fuerte era su necesidad de darle tanto placer como pudiera manejar y luego algo más.

Apuntó al término medio, levantándola del suelo y cayendo en la cama con ella. Ambos ya estaban salados con sudor de su misión en Ravenscrest Hall, pero a Mark no le importaba. Lamió su cuello, saboreándola y gimiendo ante la forma en que le hacía la boca agua. Se retorció debajo de él como si disfrutara de cada segundo de su atención. Se estiró, arqueándose hacia él mientras él se desplazaba hacia abajo para jugar con su pecho con su boca. Ella era tan libre al expresar su placer que él se tomó un tiempo extra besando el montículo de su pecho y acariciando su pezón hasta dejarlo duro con sus dientes y lengua. Y cuando cerró la boca alrededor de él y succionó, ella gimoteó satisfecha.

"Mark", jadeó mientras cambiaba para adular su otro pecho con la misma atención. Deslizó una mano por su vientre para adentrarse en la humedad entre sus piernas también. Era poderoso y humillante que siempre estuviera húmeda para él. "Mi amor".

No estaba seguro si sus palabras eran una confesión del tipo de amor que sentía por ella, pero lo alentaron de todos modos. Ella separó sus muslos cuando él la acariciaba. El pequeño movimiento fue el signo más potente de aceptación que podría haberle dado. A su vez, él quería darle todo.

Se desplazó hacia abajo, agarrando sus muslos y abriéndolos completamente. Su jadeo de respuesta le envió una oleada de lujuria. Ella era todo lo erótico y hermoso que podría haber esperado. El aroma de su musgo lo volvía loco, y su pene se sacudió listo mientras se inclinaba para saborearla.

Era como miel y especias mezcladas. Su coño temblaba de necesidad mientras él trazaba su lengua por su raja, luego se adentraba más profundamente. Su respiración se volvió errática y superficial mientras él se perdía en ella, sosteniendo sus pliegues abiertos para que pudiera pasar su lengua por su clítoris. Ella se arqueó debajo de él, gimiendo y agarrando las sábanas mientras lo hacía. Su evidente disfrute lo estimuló, acumulando calor en su entrepierna de una manera que insinuaba que no duraría mucho. Necesitaba enterrarse profundamente dentro de ella, pero no hasta que ella llegara al clímax.

No tuvo que esperar mucho. Lamió y rodeó su clítoris, sintiendo una tensión cada vez más profunda en su interior. Su respiración llegaba en jadeos más superficiales y los sonidos que hacía alcanzaron un tono ferviente antes de soltar un largo grito cuando su sexo latía con el éxtasis.

No pudo esperar un segundo más. Necesitaba sentir su placer apretándolo, y con un movimiento rápido, se subió sobre ella y se adentró en ella. El puro éxtasis carnal de hundir su longitud completa y dolorida en ella, sentir sus músculos ordeñándolo, era el cielo mismo. Era un cielo que solo era posible porque la amaba con todo su corazón. Se movió dentro de ella, empujando con el abandono que había anhelado desde las primeras chispas de deseo. Ella lo envolvía, y la fricción tan poderosa como un terremoto encendió cada centímetro de él y más allá.

Ya podía sentir la tensión ascendente de su liberación a punto de romperse, y cuando lo hizo, gritó de alegría mientras el resplandor de su vida abandonándolo le proporcionaba un placer puro a través de él. Su orgasmo fue tan poderoso que duró varios empujes antes de desvanecerse en el calor envolvente del amor y la satisfacción.

"Te amo", suspiró finalmente cuando se derrumbó, agotado, a su lado.

Ella rodó con él, manteniendo sus cuerpos en contacto total y abrazándolo con mucho más que solo su cuerpo. "Yo también te amo", susurró.

Una oleada de amor tan poderosa que se sintió como un segundo orgasmo emocional lo golpeó. Cerró los brazos alrededor de ella y le besó la frente, la mejilla, los labios.

Pero al mismo tiempo, un silencioso y constante temor comenzó a llenarlo. Ella lo amaba. Era lo que siempre había querido escuchar. Y, sin embargo, significaría que ella lo odiaría aún más cuando descubriera lo que él planeaba hacer.

Angelica despertó lentamente a la mañana siguiente, con sus músculos doloridos ligeramente por correr tanto la noche anterior. Y por otras cosas. Una sonrisa perezosa se extendió por su rostro al recordar cuán magistralmente Mark había hecho el amor con ella. Cada indicio de la vacilación que lo había afectado cuando se casaron había desaparecido, y en su lugar estaba un hombre que estaba en camino de ser el tipo de amante del que escriben los poetas. Él la había hecho sentir viva y vibrante, apreciada y deseada. Y después de que descansaron un poco, lo había hecho todo de nuevo. De hecho, la había complacido tan completamente que ella se había preocupado de que quien estuviera en la habitación contigua se quejara. O tal vez los sonidos que ella había hecho habían estimulado a su vecino a realizar actividades amorosas por su cuenta.

Una risita baja resonó desde sus pulmones y ella se estiró hacia Mark a través de la cama.

Abrió los ojos cuando su búsqueda la dejó con las manos vacías. La cama junto a ella estaba desordenada por la actividad de la noche, pero Mark se había ido y las sábanas estaban frías.

Angelica se sentó, con los últimos vestigios del sueño alejándose de ella. No se molestó en cubrirse mientras escaneaba la habitación. Estaba vacía, excepto por ella. Se frotó los ojos y miró de nuevo, como si eso hiciera que Mark se materializara de la nada. Pero no, estaba sola.

Frunciendo el ceño, apartó las cobijas y se puso de pie, sintiendo cómo el enojo comenzaba a crecer dentro de ella. Lo reprimió, diciéndose a sí misma que había una explicación perfectamente razonable para que Mark no estuviera allí. Se apresuró al armario y lo abrió. Efectivamente, la pequeña cantidad de ropa que había traído para su misión estaba justo donde debía estar, junto a sus vestidos. Su bolsa de viaje también estaba allí.

Sacó un vestido y ropa interior para el día, arrojándolos sobre la cama, y se acercó al lavabo en la esquina de la habitación. Lo más probable era que Mark hubiera bajado a desayunar y que no quisiera molestarla. Se lavó y se vistió lo más rápido que pudo, ansiosa por alcanzarlo. Pero incluso mientras su mente ideaba una docena de explicaciones razonables para que Mark no estuviera allí para saludar el nuevo día con ella, su estómago se revolvía de preocupación. No era como si hubieran viajado a Dorset para hacer turismo. Si Lord Shayles estaba realmente en casa, cualquier cosa podría haberle pasado a Mark.

Cuando bajó las escaleras hacia el salón común de la posada, Angelica era un manojo de nervios. El salón estaba lleno de viajeros que habían pasado la noche o que acababan de llegar en el tren que Angelica había escuchado llegar a la estación mientras se vestía. Por lo general, las multitudes no le molestaban en absoluto, pero mientras buscaba a Mark, estirando el cuello y caminando hasta el extremo del salón para ver si había salido al porche con vistas al pueblo y al valle, se sintió extrañamente conspicua.

La vista desde el porche incluía el césped inclinado de Ravencrest Hall a lo lejos y un vistazo del rincón de la casa. Un escalofrío la recorrió al ver el lugar malévolo. Lord Shayles tenía el cuadro de Mark. ¿Habría ido Mark a recuperarlo? ¿Habría ido por otras razones?

"¿Señora Gatwick?"

Angelica jadeó cuando un hombre pronunció su nombre. Se volvió para encontrar a Sir Christopher Dowland sonriéndole desde unos metros de distancia.

"Pensé que era usted", dijo Christopher, su sonrisa ampliándose. Avanzó los últimos metros para unirse a ella, ofreciendo su mano. Cuando Angelica extendió la suya, él se inclinó sobre ella con una perfección caballerosa.

"Sir Christopher", Angelica intentó sonreírle, pero sus nervios la superaron. Su voz temblaba de una manera a la que no estaba acostumbrada.

"Supongo que las cosas han llegado a un punto crítico", preguntó Christopher mientras soltaba su mano.

Angelica parpadeó ante la falta de sorpresa del hombre de carácter apacible al verla. "¿Qué quiere decir con eso?", preguntó, reuniendo su voluntad para enfrentar la ausencia de Mark con mayor fuerza, aunque las mariposas rugían en su estómago.

Christopher le dio una sonrisa avergonzada. "Lord Gatwick me envió un telegrama ayer, aconsejándome que sería necesario que cumpliera con el acuerdo que hicimos recientemente en Londres." Sus mejillas se sonrojaron modestamente ante el comentario, y parecía como si Angelica pudiera golpearlo en cualquier momento.

"¿Arreglo?" Angelica estaba a punto de cumplir las expectativas de Christopher y enfadarse con él. "¿Qué arreglo?"

"Recientemente prometí a Lord Gatwick que, si algo le sucedía, sería su aliado." Aclaró la garganta. "¿Está Lord Gatwick por aquí?" Miró por encima de su hombro hacia el salón común de la posada.

"No sé dónde está", dijo Angelica. Su ira inexplicablemente cedió ante la inusual certeza de que podía confiar en Sir Christopher. Mark era un demonio por establecer un acuerdo que afectaba directamente a ella a sus espaldas, pero la presencia tranquila de Sir Christopher calmó la bestia del miedo que la amenazaba desde dentro. Le caía bien el hombre. Y si era honesta consigo misma, necesitaba un amigo en ese momento. "Vinimos aquí por... un asunto particular", dijo, sin querer explicarlo todo todavía. Miró por encima del hombro hacia el pequeño pedazo de Ravencrest Hall a lo lejos.

De repente, la expresión de Sir Christopher cambió. "¿Lord Gatwick vino aquí para enfrentarse a Lord Shayles?"

"En realidad, no lo hizo", dijo Angelica. Miró a su alrededor. Demasiadas personas estaban lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación. El porche estaba vacío, sin embargo, así que le hizo un gesto a Christopher para que la siguiera afuera.

Tan pronto como estuvieron solos, ella se enfrentó a él y dijo: "Vinimos aquí en un intento de recuperar algo de la casa en Ravencrest Hall antes de la liberación de Lord Shayles de la cárcel."

Christopher parpadeó y sacudió la cabeza. "Pero Lord Shayles fue liberado hace tres días."

La frente de Angelica se levantó alarmada.

"Fue liberado dos días después de que nos encontráramos en la National Gallery", continuó Christopher. "¿Lord Gatwick no estaba al tanto?"

"No", dijo Angelica, sintiendo como si una piedra se le hubiera caído en el estómago. Mark debió haber adivinado correctamente. Lord Shayles y su abogado deben haber engañado deliberadamente sobre la fecha de la liberación del hombre para que Lord Shayles atrapara a

Mark desprevenido.

"Parece ansiosa", dijo Christopher, extendiendo una mano hacia ella como si fuera para apoyarla, pero retrocediendo. "¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla?"

"No lo sé", masculló Angelica, mirando de nuevo hacia Ravencrest Hall. "Fuimos a la finca de Lord Shayles ayer, pensando que estaba abandonada y que podríamos recuperar... el objeto en cuestión, y luego irnos. Pero Lord Shayles nos sorprendió." Se volvió hacia Christopher. "No tengo reparos en admitir que el hombre era aterrador. Nos amenazó, como creo que ha amenazado a Mark antes."

Christopher se puso serio. "Sí, Shayles no ha ocultado su enemistad hacia Mark, ni su deseo de venganza."

Angelica tragó saliva, presionando una mano contra su estómago. "Escapamos de Ravencrest Hall sin incidentes anoche." Dejó cuidadosamente fuera el fuego que Mark causó. Lord Shayles debe haberlo extinguido, ya que no parecía haber nada malo con la casa esa mañana, ni un indicio de humo en el horizonte. "Mark no estaba en nuestra habitación esta mañana", continuó.

"Desconcertante", dijo Christopher frunciendo el ceño. "Supongo que no le dejó ninguna idea de a dónde podría haber ido o de otros asuntos que necesitaba atender."

Angelica negó con la cabeza, luego bajó los hombros con un suspiro. "Todas sus cosas siguen en la habitación. Creo que solo hay un lugar al que podría haber ido, una cosa que podría haber hecho."

"¿Enfrentarse a Shayles?" preguntó Christopher.

Angelica asintió. Sus nervios se erizaron, causando que la piel le picara. No estaba segura de si quería correr a rescatar a Mark o si quería reprenderlo hasta el último aliento. De cualquier manera, no podía quedarse quieta.

"Tengo que volver a la finca para ver si está allí", dijo, marchando hacia la puerta.

"Mi señora, si me permite decirlo, esto es una locura", dijo Christopher, manteniéndose firme tras ella. "Como usted misma dijo, Shayles está en casa. Sé que no tiene mucha experiencia con ese canalla, pero puedo asegurarle que es el peor tipo de villano".

"Lo sé", dijo Angelica, esquivando su camino a través del bullicioso salón común hacia el vestíbulo.

"Es particularmente peligroso para las mujeres, para una mujer como usted, enfrentarse a él", insistió Christopher.

Angelica se detuvo en el vestíbulo, pivotando para enfrentar a Christopher, quien casi chocó contra ella al no detenerse tan rápidamente como lo hizo ella.

"Lord Shayles puede ser un enemigo formidable", dijo, "pero nunca ha visto a alguien como yo. Es posible que se acobarde de terror cuando vea de lo que estoy hecha".

Sentir el poder de nuevo, rechazar la preocupación y la ansiedad, le hizo bien. Se aferró a su antigua determinación de no ser víctima de nuevo, aunque una vocecita en su cabeza le advirtiera que escuchara a Christopher, que escuchara a Mark, que escuchara a la razón.

"Todo eso está muy bien, mi señora", empezó Christopher.

No le dieron oportunidad de terminar.

"¿Lady Gatwick?", preguntó el empleado detrás del mostrador del vestíbulo, aunque parecía renuente a interrumpir la conversación. Cuando Angelica se volvió hacia él, con ceja levantada en pregunta e indignación, continuó apresuradamente: "Lord Gatwick dejó esto para usted".

Sostuvo un papel doblado.

Con un repentino torrente de ira, miedo y anhelo, Angelica se lanzó hacia el mostrador y arrebató la carta de la mano del empleado. La abrió y escaneó las palabras escritas por Mark con

una ráfaga de frustración tan poderosa y repentina que tuvo que detenerse y releer la carta para comprender su impacto completo.

"Mi querida Ángel", comenzaba. "Sé que no comprenderás, ni me perdonarás, pero voy a Ravencrest Hall para poner fin de una vez por todas a esta locura con Shayles. Espero que Sir Christopher Dowland haya llegado para llevarte a casa cuando recibas esta carta. Por favor, ve con él y no vengas por mí. Esta es mi cruz y mi batalla por terminar. He dejado lo inevitable por demasiado tiempo. No puedo seguir inactivo. El reinado de terror de Shayles debe terminar, pero también debes mantenerte a salvo. Solo puedo esperar haberte dado el hijo que sé que tanto anhelas. Blackmoor Close y todo lo que contiene es tuyo, ahora y para siempre. Hago lo que hago ahora para asegurar tu futuro y tu felicidad. Tu amado, Mark".

Angelica jadeó por aire, presionando una mano sobre su estómago. "Eso—" No sabía si llamar a Mark un nombre vil o bendecirlo por llegar a tales extremos para protegerla. De cualquier manera, sus acciones —que él debe haber visto como un sacrificio heroico— debían detenerse. "No puedo dejar que haga esto", susurró, marchando hacia la puerta.

"No puedes detenerlo", dijo Christopher, saltando tras ella y bloqueándola con su cuerpo.

"Quítese de mi camino, Sir Christopher", dijo Angelica, su voz temblando de furia.

"No puedo", dijo Christopher. "No si tiene la intención de volar hacia Ravencrest Hall en busca de su esposo."

Angelica lo miró con furia. Debió haber leído al menos parte de la carta sobre su hombro. "Lo haré", insistió. "Y si no se mueve en este instante, pasaré por encima de usted para hacerlo."

Christopher levantó las manos. "No la detendré si estás realmente decidida", dijo. "Pero por favor, le ruego, permítame acompañarla."

Angelica parpadeó sorprendida. Nunca habría esperado que el hombre amable ofreciera marchar al infierno con ella.

"Y si vamos", continuó, "no podemos simplemente irrumpir sin un plan."

Angelica respiró profundamente. "¿No tratará de detenerme?" le preguntó, aún cautelosa. En su experiencia, incluso si sonaban de acuerdo, los hombres rara vez dejaban que las mujeres tomaran cualquier tipo de acción desde una posición de fuerza. Aparte de Mark y el abuelo Miles, no había conocido a ningún hombre que se preocupara por admitir que las mujeres podían ser fuertes en absoluto.

La postura de Christopher se suavizó, como si el peligro inicial que había sentido hubiera pasado. "Hubo un hombre, un inspector jefe de Scotland Yard, que trabajó con mis amigos para llevar a Shayles ante la justicia. Detective Jack Craig. Está en Londres, pero aún es temprano, y si le enviamos un telegrama, con la forma en que corren los trenes hoy en día, puede que pueda estar aquí para la cena."

"¿Cena?" La ceja de Angelica se levantó indignada. "Eso es demasiado tiempo. Si Mark fue a Ravencrest Hall", se detuvo, volviéndose hacia el joven detrás del escritorio. "¿Cuándo dejó Lord Gatwick este mensaje para mí?" exigió.

"Antes del amanecer", respondió el joven, tartamudeando de shock por ser abordado tan enérgicamente. "Hace no más de una hora y media."

Angelica asintió, luego se dio la vuelta hacia Christopher mientras se dirigía hacia la puerta. No había tiempo que perder, pero si las autoridades locales habían sido amedrentadas para la inacción, quizás fuerzas de Londres serían necesarias.

Por amargo que fuera el pilló de tragar, tener a Sir Christopher con ella aceleró las cosas de formas que Angelica nunca podría haber logrado por su cuenta. Envío el telegrama, pagándolo de su propio bolsillo, ya que se había olvidado de traer dinero consigo, luego convenció a un

comerciante local para que los llevara hasta las puertas de Ravencrest Hall. El hombre se negó a llevarlos hasta la puerta principal, pero los llevó lo suficientemente lejos.

La sensación de angustia de Angelica se profundizó al llegar a la casa después de una larga caminata por la entrada principal. La enorme puerta principal había estado cerrada con llave el día anterior, cuando ella y Mark llegaron por primera vez, pero ahora estaba abierta. No solo desbloqueada, sino ligeramente entreabierta.

"Esto no augura nada bueno", dijo Christopher, empujando la puerta abierta aún más.

Angelica contuvo su lengua sobre el comentario dolorosamente obvio, y entró furiosa en la casa. El débil olor a humo persistía en el aire, pero el pasillo hasta donde alcanzaba a ver estaba tan impoluto como el día anterior, lo que significaba que todavía tenía un aire de abandono polvoriento.

"Lord Shayles, ¿dónde está?", llamó. "He venido por mi esposo".

Su declaración resonó de manera inquietante por los pasillos abandonados. Fue recibida con silencio. Los vellos de la nuca de Angelica se erizaron.

El silencio que resonaba se extendió tanto que Christopher se volvió hacia Angelica y preguntó: "¿Qué quiere hacer?"

Ella respondió a su pregunta dirigiéndose hacia las escaleras. Christopher la siguió. Sus pasos resonaban en el silencio. Seguramente Lord Shayles podía escucharlos venir. Seguramente Mark también, si había llegado a la casa antes que ellos. A menos que estuviera siendo retenido de alguna manera.

Ese pensamiento aceleró los pasos de Angelica cuando llegaron a la parte superior de las escaleras. Ella corrió a través de la sala de recepción por la que ella y Mark habían pasado el día anterior y entró en el largo pasillo al otro lado. Las puertas de la mayoría de las habitaciones estaban cerradas, como ella y Mark las habían dejado antes, pero apenas importaban. Si Lord Shayles y Mark estaban en alguna parte de la casa, estarían donde estaba el cuadro.

Aceleró el paso, convirtiéndolo en un trote. Otra ola de temor la golpeó cuando vio la puerta abierta del dormitorio de Lord Shayles. Se detuvo bruscamente cuando llegó a ella, mirando dentro de la habitación.

"Querido Dios", jadeó al ver lo que encontró.

El cuadro había desaparecido. Vidrios rotos cubrían la alfombra frente a la chimenea donde había estado colgado el día anterior. Algunos de los fragmentos de vidrio tenían rastros de sangre alrededor de los bordes.

"Ha habido una lucha", dijo Christopher, dando un paso tentativo hacia la habitación. "Mira".

Angelica miró hacia la cama, donde él estaba señalando. Sus cortinas estaban desordenadas, y la esquina de las cubiertas había sido claramente tirada, como si alguien las hubiera agarrado para aferrarse mientras caían al suelo. Manchas de sangre cubrían la tela, pero no había manera de saber de quién era la sangre.

"¿Qué es eso?", preguntó Christopher, avanzando más hacia la habitación.

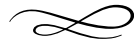
Angelica tragó saliva con fuerza, luego miró. Una sección de la pared estaba agrietada. La noche anterior había creído que esa sección era una puerta. Era la puerta por la que había aparecido Shayles.

Christopher cruzó la habitación, el vidrio roto crujiendo bajo sus botas mientras avanzaba. Cuando llegó a la pared abierta, dijo: "Es un pasadizo secreto". Miró incómodo a Angelica. "Fueron por aquí".

Angelica se puso en movimiento, caminando con cuidado sobre el vidrio para unirse a Christopher. El pasadizo detrás de la pared estaba oscuro, pero no tanto como para que no

podiera ver el rastro de sangre que conducía por una estrecha escalera. Su corazón latía en sus oídos. Sea lo que sea que le hubiera sucedido a Mark, era imperativo que lo encontraran a él y a Lord Shayles lo más rápido posible.

Peciocho



"Y eso es por informarle al Duque de Westerfield que estaba hasta los huevos en el culo de su esposa", gruñó Shayles, cortando a Mark en el pecho con su daga.

Mark apenas se inmutó por el corte. Había dejado de estremecerse hace dos docenas de cortes atrás. Ya no había punto en protestar o reaccionar. El dolor de los cortes se había fusionado en uno solo, un zumbido mareante interminable.

"Y otro por intervenir cuando estaba a punto de dejar al hombre en el suelo". Shayles se abalanzó, cortando a Mark de nuevo.

Shayles lo había estado esperando cuando había venido a llamar al amanecer. No había respondido a la puerta, pero en el momento en que Mark puso un pie en la casa, sabía que Shayles era consciente de él. Había sido como un ratón que caminaba voluntariamente hacia una trampa mientras subía las escaleras al primer piso de Ravencrest Hall y caminaba por la sala de recepción y el pasillo, como un hombre yendo al patíbulo.

No le sorprendió que Shayles estuviera esperando, tirado en una silla que miraba la fría chimenea y la pintura de cristal de Kitty. Estaba desarreglado y descuidado, con ojeras debajo de los ojos y un tic en la sien que insinuaba que no había dormido toda la noche.

Tan pronto como Mark cruzó la puerta, él atacó.

"Y esto es por ayudar a esa miserable, cómo se llame, a escapar de mi club". Shayles atacó de nuevo, otro corte desgarrando la camisa de Mark y añadiendo al florecimiento de rojo mientras su sangre se derramaba.

Mark no estaba seguro de quién era la persona de la que Shayles estaba hablando. Parte de él dudaba que Shayles lo supiera tampoco. Pero eso no lo detuvo de infligir dolor. Al parecer, el hombre tomaba la frase "muerte por mil cortes" literalmente. La cabeza de Mark nadaba de dolor y pérdida de sangre.

"Y eso..." Shayles pasó la hoja por el rostro de Mark, haciéndolo fruncir el ceño. "Eso es sin razón alguna".

Shayles retrocedió, jadeando mientras miraba a Mark, de rodillas en la hierba junto a uno de los estanques de Ravencrest Hall. Le había atado las manos detrás de la espalda tan pronto como lo había abordado en el dormitorio. Todo había sucedido tan repentinamente que Mark no había tenido la presencia de ánimo para luchar, a pesar de lo débil que se sentía Shayles. No estaba seguro de si hubiera luchado de todos modos. Cada golpe, cada corte, cada onza de dolor que sentía era profundamente merecido.

"Bien", exigió Shayles. Se limpió la manga por la boca y continuó respirando pesadamente. "¿No vas a decir nada?"

Mark lo miró, encontrando su mirada. Shayles claramente estaba fuera de sí. Había estado

fuera de sí durante casi tanto tiempo como Mark lo había conocido. Lo veía ahora. La locura no era más que el mal dejado sin control. Lo que le sorprendió fue lo tranquilo que se sentía ahora frente a tal locura.

"No", dijo al fin, sin emoción en su voz.

El rostro de Shayles se contorsionó de rabia. Avanzó rugiendo, pateando a Mark en el estómago. El golpe fue suficiente para doblarlo y dejarlo jadeando por el aliento. Cayó de lado, su pecho y brazos ardiendo mientras las docenas de cortes que habían destrozado su carne besaban la hierba húmeda de rocío. Se concentró en respirar, concentrado en sentir el dolor, aceptándolo y dejándolo pasar.

"Levántate, gusano", gritó Shayles en la oscuridad que amenazaba con envolver a Mark, paseando a su alrededor. "Levántate y enfrenta a tu amo".

Mark apretó la mandíbula, reuniendo la poca fuerza que le quedaba.

"Levántate", gritó Shayles por segunda vez.

Poco a poco, Mark reunió sus fuerzas. Se arrodilló, su pecho y brazos un manto de dolor, y se estabilizó antes de enderezarse. No lo hizo porque Shayles lo ordenara, se mantuvo erguido porque tenía la firme intención de enfrentar la muerte con orgullo.

Orgulloso. Quería que Angelica estuviera orgullosa de él. Quería que ella lo lamentara como el hombre que se había sacrificado para que ella pudiera tener la vida que se merecía. Más que eso, enderezó los hombros y levantó la barbilla porque quería encontrarse con su padre como el hombre que se suponía que debía ser. Quería, por una vez en su vida, ser la roca a la que nunca había tenido que aferrarse.

"Di algo", gruñó Shayles. "Suplica por misericordia".

Mark mantuvo la mandíbula dura y los labios apretados.

"Suplica que te perdone la vida", exigió Shayles.

Terminó un círculo alrededor de Mark, luego se lanzó hacia él, agarrándolo del pelo y levantando la cabeza para sostener el cuchillo en su garganta. La única reacción de Mark fue aspirar una bocanada de sorpresa. Se templó a sí mismo para mantener la calma tan pronto como aceptó su impotencia.

"¿No quieres vivir?", Shayles lo presionó. "¿No quieres volver con tu encantadora esposa para que puedas follártela sin sentido? ¿O quieres que lo haga yo por ti?"

Un temblor de ira reverberó a través de Mark, pero mantuvo la boca cerrada. No se inclinaría ante las provocaciones de Shayles. Cuanto más hablaba sobre Angelica, mayor era el peligro en el que la pondría.

"Si vas a matarme, acaba de hacerlo", dijo, con voz ronca, mirando fijamente hacia arriba mientras el cuchillo de Shayles le rozaba la piel de la garganta.

"Oh, no", Shayles canturreó, aparentemente calmado y alimentado por las palabras de Mark. "Voy a hacerte sufrir primero, como me hiciste sufrir a mí".

Soltó la cabeza de Mark, haciéndolo perder el equilibrio mientras retrocedía y comenzaba a dar vueltas alrededor de Mark una vez más. De alguna manera, Mark logró mantenerse erguido. Podía sentir la sangre goteando de la línea que Shayles había tallado en su garganta y el corte en su rostro, pero era solo una punzada más de dolor encima de toda una vida de cortes amargos.

"He perdido todo por tu culpa", gruñó Shayles, volviéndose cada vez más siniestro mientras circulaba. "Mi dinero, mi club, mi libertad. Quiero que experimentes cada parte de la humillación que sentí en esa prisión. Hombres que no son dignos de lamer mis botas diciéndome cuándo levantarme, cuándo acostarme, cuándo comer, cuándo mear. No permitiré que me nieguen mi libertad de nuevo".

No, pensó Mark para sí mismo. No si tenía algo que ver. Si su plan tenía éxito, ninguno de los dos saldría vivo del estanque esa mañana.

"Has sido la causa de toda mi miseria durante años", continuó Shayles. "Me has retenido cuando debería haber destacado. Me has llevado en mil direcciones equivocadas cuando sabía perfectamente a dónde quería ir".

Mark parpadeó a pesar de su determinación de permanecer quieto y sin expresión. No podía recordar haber hecho tal cosa. Shayles siempre había hecho exactamente lo que quería cuando quería. Había herido y destruido personas sin impunidad durante décadas. Mark había sido impotente para detenerlo.

Y, sin embargo, cada uno de los brutales cortes en su pecho y brazos parecía contar una historia diferente. Cada vez que Shayles había hecho sangre, había sido en respuesta a alguna ofensa imaginada que Mark le había infligido. Y eran legión. Suficientes para nublar su mente con dolor mientras el sudor se mezclaba con la sangre, ardiéndolo. Cuanto más dolor sentía Mark, más recuerdos largamente sepultados surgían. Había retenido a Shayles. El hombre era un monstruo, pero podría haber sido mucho peor.

"Di algo", Shayles gritó, repitiendo el ciclo en el que habían estado atrapados desde el amanecer, desde el momento en que se conocieron. "No tienes derecho a quedarte en silencio cuando quiero escucharte gimotear".

Mark giró la cabeza para seguir a Shayles en su caminar. "Esa siempre fue tu mayor debilidad".

"¿Qué?" Shayles rugió, sus ojos se agrandaron con indignación.

"Siempre necesitabas una audiencia. Siempre necesitabas el estímulo y elogio de los demás". La verdad fue repentinamente clara. Durante todos esos años, tan lejos como la universidad, Shayles siempre había jugado con la multitud de sus amigos. Incluso si la audiencia había desaparecido con el tiempo. Mark era el único que se había quedado. Shayles nunca lo había apartado, nunca se había cansado de él. Y en última instancia, Mark había sido el instrumento de su perdición.

Shayles debió haber sentido alguna versión de la verdad también. Gruñó, lanzándose de nuevo. Su cuchillo se clavó profundamente en la mejilla de Mark, tan cerca de su ojo izquierdo que una oleada de miedo pulsó a través de él. No quería perder la vista. No quería morir.

Ese pensamiento lo fortaleció, incluso si no sacudió los cimientos de su creencia de que el fin estaba cerca. "Todo lo que te ha pasado, te lo has buscado", dijo, tan tranquilo como si estuvieran discutiendo poesía en una biblioteca. "Podrías haberte deshecho de mí en cualquier momento, pero me necesitabas".

"No es así", Shayles rió despectivamente, pero sus ojos centelleaban con recelo. "No te agrandes. No eres más importante para mí que un mendigo en la calle".

Mark lo miró fijamente, sin moverse en sus opiniones.

"No eres nada, ¿me oyes?", Shayles le ladró, corriendo hacia adelante y agarrando un puñado de la desgarrada y ensangrentada camisa de Mark. "No eres mejor que... que un gatito que ahogué en el río por diversión".

Una sonrisa lenta y amenazadora le partió la cara, y estudió a Mark como si esperara un colapso que estaba seguro que seguiría. Cuando Mark no hizo nada más que mirarlo, cuando no hizo nada más que devolverle la mirada, Shayles perdió su sonrisa.

Fue rápidamente reemplazada por otra, más siniestra.

"No eres mejor que esa puta que me follé".

Arrojó el brazo a un lado, apuntando con su cuchillo a la pintura de Kitty. Estaba en la hierba

a pocos metros de distancia, inclinada lo suficiente como para que Mark pudiera ver el hermoso rostro inocente de Kitty mirándolo mientras Shayles lo torturaba. Mark tragó saliva, incapaz de mantener su furia bajo control mientras fulminaba con la mirada a Shayles.

Shayles parecía alimentarse de su ira. "Le gustó, ¿sabes?", dijo con una voz aguda y fea. "Estoy seguro de que recuerdas cómo gemía y suspiraba con mi polla tan profunda dentro de ella".

"La violaste", dijo Mark, su voz temblando. Un coraje inexplicable latía en él. Nunca se había atrevido a nombrar lo que Shayles había hecho, nunca se había atrevido a hablarlo en voz alta o a enfrentarlo.

"Ella abrió las piernas para todos nosotros", continuó Shayles, aparentemente no afectado por la acusación de Mark. Sin embargo, había algo salvaje en sus ojos, como un hombre que había sido atrapado en el acto, la luz de repente brillando sobre él. "Rogaba por más. Lo quería como..."

"La violaste", dijo Mark, más alto. "Cada uno de ustedes. Lo que le hiciste fue abominable. Su sangre está en tus manos. Su muerte fue..."

"¿Muerte?" Shayles lo interrumpió, retrocediendo. Se rio. "¿Qué quieres decir con muerte?"

Mark tragó saliva, incapaz de responder.

Shayles se rio aún más fuerte. "¿Crees que está muerta?" Shayles se apartó, agarrando la pintura de la hierba. Señaló la dulce imagen de Kitty con su cuchillo, como amenazándola. "¿Crees que tu dulce Kitty está muerta? ¿Que la asesinamos después de disfrutar de ella o que se suicidó desesperada?"

La boca de Mark se abrió mientras su corazón latía con fuerza. Todo lo que sabía con certeza era que Kitty había sido enviada lejos. Estaba seguro de que había descubierto que se había ahorcado solo unos meses después de esa horrible tarde. Había vivido cada momento de su vida desde entonces creyendo que era responsable de su muerte. Pero de repente se dio cuenta de que Shayles era quien le había informado de la muerte de Kitty. Shayles, el mentiroso.

"¿Dónde está ella?", exigió, con voz ronca de furia.

Shayles se rio. "Aquí mismo". Pinchó la pintura con su cuchillo, dejando una pequeña rajadura en el pañuelo pintado que cubría las caderas de Kitty. "Ups. No queremos lastimar a la pobrecita, ¿verdad?" Shayles se burló de él.

"Ella sobrevivió a tu tortura", dijo Mark, pulsando con renovada vida. "Lo mismo no se puede decir de ti".

"¿De verdad crees?" Shayles continuó burlándose. Miró la pintura, lamiéndose los labios. "Pobre pequeña Kitty. Es una lástima que no esté aquí ahora. La haría gritar en poco tiempo". Llevó la punta de su cuchillo a la rajadura que ya había hecho, gesticulando groseramente, como si la estuviera violando de nuevo.

Mark hervía de furia. No había pensado que fuera posible odiar al hombre más de lo que ya lo hacía, pero se equivocaba.

"Oh, ¿no te gusta eso?", le preguntó Shayles con voz de canto. "¿Quieres salvar a tu dulce gatita? Quiero decir, ¿Kitty?" Le ofreció la pintura a Mark con una risa burlona, la misma risa que había tenido mientras veía a sus amigos hacer lo peor a Kitty todos esos años atrás.

La burla continuó durante unos minutos hasta que Shayles de repente pareció aburrirse. Cuando lo hizo, lanzó la pintura al estanque. Mark tragó saliva, rezando para que de alguna manera sobreviviera al agua. Flotaba con una suave gentileza bajo la luz del sol de la mañana.

"Y ahora por ti, muchacho". El tono de Shayles se volvió más siniestro una vez más mientras avanzaba hacia Mark, el cuchillo apuntándolo. "No tengo uso para un perro desobediente que

muerde la mano de su amo".

Mark tiró de los nudos que sujetaban sus manos detrás de su espalda. Sintió el momento que había estado esperando que llegara. No había tenido tiempo de asegurar un arma propia antes de regresar a Ravenscrest Hall. Había apostado a la esperanza de que Shayles se descuidara con su propia arma. Efectivamente, la oportunidad de arrebatarse su cuchillo parecía haber llegado.

"Suplica por misericordia", exigió Shayles, agarrando de nuevo los restos de la camisa de Mark y dominándolo. Sostenía su cuchillo sobre la garganta de Mark. "Discúlpate por todo lo que has hecho y pídemelo que termine tu vida rápidamente. De lo contrario..." Cambió tanto su agarre en Mark como su cuchillo para bajar la hoja a la entrepierna de Mark. "Me daría un enorme placer abrirte la polla y los huevos y verte desangrarte hasta la muerte, retorciéndote de dolor. No he disfrutado de los entretenimientos que tengo en mi vida sin aprender cómo infligir la máxima cantidad de dolor durante el mayor tiempo posible".

Mark permaneció lo más quieto posible, con solo sus manos retorciéndose detrás de él. En cuestión de segundos, había aflojado el nudo mal atado de Shayles y había liberado sus manos. Fue una fracción de segundo demasiado lento. Shayles cortó hacia abajo cuando sacó las manos de detrás de él para empujar a Shayles lejos.

Al mismo tiempo, el agudo grito de Angelica, "¡Mark, no!" partió el aire.

Angelica y Christopher siguieron el pasadizo secreto detrás del dormitorio del Lord Shayles hacia abajo a través de las paredes de la casa. Salieron a una sala de estar grotescamente decorada en el rincón más alejado de la casa. La puerta que conducía a esa habitación estaba abierta, y una senda de finas gotas de sangre indicaba a Angelica que iban por buen camino. Siguiendo esa senda bajaron por el pasillo y a través del salón de baile, donde una de las puertas francesas estaba abierta.

Sin embargo, una vez afuera, la senda desapareció. O bien quienquiera que estuviera sangrando había parado —sabía que debía ser Mark, aunque su corazón esperaba más allá de la esperanza que el herido fuera Lord Shayles— o simplemente no sangraba lo suficiente para que la senda se viera en el césped.

"Tendremos que rastrearlos de alguna otra manera", dijo Christopher, saliendo al patio detrás de Angelica y siguiéndola al césped. "No pueden haber ido muy lejos".

Angelica rezó para que tuviera razón. Solo podía imaginar las atrocidades de las que era capaz Lord Shayles. Sabía poco sobre el hombre, pero sabía que era cruel. Eso era suficiente para acelerar su pulso mientras ella y Christopher buscaban en los jardines más cercanos a la casa como un reloj que marcaba la medianoche.

"Fueron por aquí", jadeó cuando vio la chaqueta de Mark extendida sobre una colina inclinada que llevaba a algunos de los estanques de la finca.

Christopher se apartó del borde de un laberinto de setos que estaba investigando para correr a su lado. Tomó la chaqueta de ella y la estudió por un momento antes de ponerse más erguido y buscar el área.

"Definitivamente lo hicieron", dijo finalmente, señalando hacia abajo por la pendiente.

La altura de Christopher debe haberle permitido ver lo que Angelica finalmente notó una vez que cargaron por la pendiente. Una forma oscura apareció al lado de uno de los estanques mientras rodeaban un grupo de arbustos. Tan pronto como se movió, Angelica supo que era Mark y Lord Shayles, enredados en algún tipo de confrontación. Mark estaba de rodillas, Lord Shayles se erguía sobre él, parado tan cerca que los dos podrían haber estado luchando. Pero estaban demasiado quietos.

Angelica recogió sus faldas y corrió hacia ellos. Sus peores temores se realizaron un momento después cuando Lord Shayles levantó la mano y la luz del sol brilló en la larga hoja teñida de rojo de un cuchillo.

"¡Mark, no!" gritó mientras Lord Shayles se preparaba para golpear hacia abajo sobre el cuerpo de Mark.

Lo que sucedió después fue un borrón. La furia bombeaba a través de Angelica mientras se

abalanzaba sobre Lord Shayles. Mark empujó al hombre, pero retrocedió y fue lento en levantarse. Eso solo alimentó la ira de Angelica. Sin pensar en las consecuencias, apenas recordando que Lord Shayles estaba armado, se lanzó hacia él, usando la fuerza de su impulso para derribar al bastardo al suelo.

Lord Shayles soltó un grito, y por un glorioso momento Angelica pensó que le había quitado el aire. Había caído sobre él, aplastándolo con su mano. La cara de Lord Shayles estaba retorcida en shock. Angelica estaba tan sorprendida de haberlo vencido tan fácilmente que no estaba preparada para su estallido de energía.

Con la cara aún arrugada y retorcida por el dolor, él la empujó hacia un lado, cambiando sus posiciones para presionar sobre ella.

"Esto es una sorpresa agradable", gruñó, arrastrando su mano con el cuchillo hacia arriba. La hoja estaba resbaladiza con sangre fresca, pero no pudo sostenerla contra la garganta o el corazón de Angelica. En su lugar, se vio obligado a usar el puño cerrado alrededor del mango del cuchillo para sostener su hombro mientras ella se retorció y luchaba para salir de debajo de él. "¿Ves, Gatwick?", llamó por encima de su hombro, jadeando. "Tu esposa se lanzó sobre mí como una puta con la concha ardiente".

Se acercó a ella. El hedor de su cuerpo sucio y su aliento fétido amenazaba con dominarla mientras intentaba besarla. Ella apartó la cara, pero eso no detuvo al villano de lamer su mejilla.

"Como café con leche", dijo, atrapando su mandíbula con su mano libre y tratando de forzarla a mirarlo. "Voy a disfrutar lamiéndote, querida mía. Veamos qué tan fuerte puedo hacerte gritar por tu marido". Movié sus caderas contra las suyas.

Los recuerdos inundaron a Angelica, densos y grotescos. Lord Shayles se sentía como el hombre que la había sujetado sobre un montón de cajas en el almacén y levantado sus faldas en su intento de violarla. La impotencia entrecortada que había sentido entonces amenazaba con abrumarla ahora. Ese hombre la había hecho sentir pequeña y débil, justo como Lord Shayles estaba tratando de humillarla para obtener obediencia ahora. Conocía demasiado bien la táctica, sabía cómo el mal creía que podía tomar lo que quisiera. Pero ella no era débil, no más. Había luchado. Había aprendido y practicado para justo ese momento. Saber que cada esfuerzo que había hecho para fortalecerse, los esfuerzos por los que la gente la había menospreciado, valían la pena le daba un tipo de valentía que ningún hombre podría tener jamás.

"Lady Gatwick", llamó Christopher, cerrando la distancia y alcanzando como si quisiera arrancar a Lord Shayles de ella.

Angelica no le dio la oportunidad. "Es demasiado peligroso", la advirtió.

Mientras Mark y Lord Shayles continuaban luchando, Angelica se volvió hacia Christopher con una mirada de indignación. "No me quedaré de brazos cruzados mientras mi esposo está en peligro. Ustedes, que dicen apoyarlo, lo han dejado luchar solo durante demasiado tiempo. Yo no lo haré".

Se desprendió del agarre de Christopher y se lanzó hacia Mark y Lord Shayles.

Fue una fracción de segundo demasiado tarde. Mark había tomado la delantera. También había tomado el cuchillo del césped y ahora lo sostenía en la garganta de Lord Shayles, aunque su mano temblaba al hacerlo.

Lord Shayles estalló en una risa débil y sin aliento. "Hazlo", provocó Mark. "Mátame. Es lo que siempre has querido hacer, ¿no?"

Mark mantuvo su posición, perfectamente quieto, con el cuchillo en la garganta de Lord Shayles.

"Has tenido asesinato en tus ojos desde el día en que todos follamos a Kitty. ¿Tú también te

acostaste con ella, o no te acuerdas? Eres tan vil como yo, así que demuéstalo. Termina con mi vida y maldícete en el proceso".

Angelica observó cómo el cuerpo de Lord Shayles perdía su tensión. Yacía plano e indefenso mientras Mark se encorvaba sobre él. Más que eso, Lord Shayles se había vuelto completamente pálido, pareciendo un espectro tendido en el césped.

Mark aún no decía nada. No se movía en absoluto. Miraba fijamente a los ojos de Lord Shayles mientras el malhechor lo miraba. Angelica se tambaleó en su lugar, queriendo ayudar a Mark en todo lo que pudiera, pero sintiéndose tan paralizada como él.

Hasta que notó una mancha húmeda y roja en su falda. Parpadeó, tocándola. La mancha estaba tan cerca de sus caderas que por un momento pensó que había sangrado. Pero no, la sangre estaba en el exterior de su falda, aunque había una pequeña raja en la tela. Lo que la cortó no había cortado a través de sus enaguas.

Un momento después, la realización la golpeó. Se lanzó hacia adelante, hundiéndose de rodillas junto a la forma tendida de Shayles con Mark sujetándolo. Empujó una de las piernas de Mark, y cuando él la movió, vio de dónde venía la sangre en sus faldas. La sangre aún pululaba y salía de una profunda herida en el muslo interno de Lord Shayles. Su cuchillo había quedado atrapado entre ellos cuando ella se lanzó sobre él. No había podido cortar a través de las capas de sus enaguas, pero había cortado completamente los pantalones de Lord Shayles y claramente había cortado la arteria de su pierna.

"Se está desangrando hasta morir", jadeó.

Lord Shayles rio, el sonido espeluznante e histérico. "Por supuesto que sí, zorra", siseó sin aliento.

Mark pareció volver en sí. Empujó hacia atrás, sentándose pesadamente al lado de Lord Shayles. Tiró el cuchillo a un lado, luego apartó la tela desgarrada de los pantalones de Lord Shayles para echar un mejor vistazo a la herida abierta.

"Tenemos que detener la hemorragia", dijo, con los ojos entrecerrados en concentración.

"Aquí". Angelica levantó el dobladillo de su falda y desgarró el algodón de su enagua. El pedazo que se desprendió era de una forma incómoda y demasiado pequeño, pero Mark lo agarró y trató de detener el flujo de sangre de todos modos.

"Necesitamos más", dijo, trabajando frenéticamente.

Lord Shayles continuó riendo, el sonido debilitándose más y más. "Mírate", jadeó, mirando brevemente a Mark, luego cerrando los ojos. "Mi perro leal hasta el final. Me odias con todo lo que tienes, y aun así estás tratando de salvarme".

"Él salvaría a cualquiera en problemas", insistió Angelica. "A diferencia de ti, Mark valora la vida".

"No lo hace", Lord Shayles continuó riendo y sacudiendo la cabeza, pero el sonido y el movimiento se desvanecieron. Mark continuó moviéndose con una energía desesperada, presionando sobre el muslo de Lord Shayles con el manojo de algodón. Pero la venda improvisada se empapó en poco tiempo. Lord Shayles se quedó tan quieto que Angelica se balanceó hacia atrás y se sentó pesadamente, sabiendo que no había nada que pudieran hacer. Miró a Mark, que seguía trabajando, aunque su rostro estaba arrugado en un sollozo silencioso de arrepentimiento.

De repente, Lord Shayles jadeó, su expresión burlona se convirtió en una mueca de terror. Se retorció... luego se quedó quieto, con el aire saliendo de sus pulmones. El momento había llegado. Cualquier horror que hubiera visto en ese momento final lo había llevado lejos.

Mark siguió presionando contra el muslo de Lord Shayles, pero Angelica extendió la mano,

cubriendo sus manos para detenerlo. Él levantó la mirada para encontrarse con la suya, y Angelica negó con la cabeza. Mark soltó un suspiro pesado y se balanceó hacia atrás, sentado con los brazos laxos a sus lados.

Durante un momento, los dos se quedaron allí sobre el cuerpo de Lord Shayles, mirándolo en silencio. El sol de media mañana brillaba sobre ellos. Los pájaros cantaban mientras revoloteaban de arbusto en arbusto. El sutil chapoteo de los peces cerca de la superficie del estanque se unió al coro. De repente, Angelica se dio cuenta de que era un día hermoso. Toda la naturaleza parecía estar celebrando la eliminación de tal maldad del mundo.

"No pude haber hecho nada", dijo Mark finalmente con una voz tranquila.

Angelica se puso de pie, pasando por encima del cuerpo de Lord Shayles y sentándose a su lado. Abrazó su brazo, sorprendida de encontrarse llorando.

"No solo hoy", continuó Mark con toda la calma de un hombre que había encontrado la paz en la muerte. "Durante toda mi vida. No pude haber hecho nada para salvarlo".

"Lo intentaste", le dijo, apoyando su frente contra el costado de su cabeza. "Sé que lo intentaste".

Asintió lentamente. Continuaron sentados allí, como si estuvieran diciendo una oración final sobre la forma sin vida del hombre que le había quitado tanto a tantos. Angelica no sabía si era correcto. Las oraciones por el alma de hombres tan malvados como Lord Shayles eran inútiles, según ella podía entender. Así que cerró los ojos y dijo su oración por su esposo. Oró para que su pesadilla finalmente hubiera terminado y la vida que siempre había merecido vivir pudiera continuar.

Permanecieron en silencio durante varios segundos más antes de que un chapoteo llamara la atención de Angelica. Levantó la cabeza y se volvió hacia el estanque solo para encontrar a Christopher hasta las pantorrillas en el agua. Usaba un palo para alcanzar algo que flotaba a varios metros del borde del estanque. Un momento después, se dio cuenta de qué se trataba.

"El cuadro", jadeó, levantándose de rodillas para observar a Christopher.

Mark se enderezó y se volvió para mirar también, aunque Angelica sintió que no tenía la fuerza para levantarse e investigar.

Christopher enganchó el borde del lienzo empapado con su palo y lo acercó lo suficiente como para agarrarlo. Tan pronto como lo hizo, lo levantó, goteando, fuera del estanque y lo llevó al césped.

"Está empapado", dijo mientras caminaba hacia Angelica y Mark. "No sé nada sobre pinturas. ¿Se puede salvar?"

"Posiblemente", dijo Mark, su voz tranquila pero decidida. "Debe secarse lentamente para evitar que se agriete o se formen burbujas. Con atención, puede sobrevivir".

Angelica no pudo evitar sonreír. "Sobrevivirá", susurró, abrazando su brazo. "Me aseguraré de que así sea".

Mark se volvió hacia ella, con una mirada de total agotamiento en sus ojos. Pero a pesar de todo, sonrió. Fue una sonrisa pequeña, una cansada, pero hizo que Angelica contuviera el aliento y que su corazón se acelerara. Fue la primera sonrisa genuina que había tenido de él. Iluminó todo su rostro y lo hizo parecer cálido y humano.

El estallido de alegría de Angelica fue de corta duración. "Estás herido", dijo, tocando la tela destrozada de su camisa. "Te lastimó".

Mark negó con la cabeza mientras miraba su pecho. "Son solo cortes en la carne. Sanarán con el tiempo".

"Necesitas ver a un médico", insistió Angelica, ayudándolo a levantarse. Dieron unos pasos

alejándose del cadáver de Lord Shayles, pero Mark la detuvo con un gesto de negación antes de llegar muy lejos.

Se sentó en un parche soleado de césped con ella, luego se echó boca arriba con mueca de dolor. "Solo necesito descansar un momento", dijo, cerrando los ojos. "O tal vez más que un momento".

Angelica frunció el ceño. Tenía una mejor vista de sus heridas con él acostado, pero aún no le gustaba lo que veía. Tiró cuidadosamente de su camisa arruinada hasta que pudo quitarla por completo, luego desgarró otra tira de su enagua para limpiar las docenas de cortes en su pecho. Odiaba cada uno de ellos, pero tenía que admitir que tenía razón, ninguno era particularmente grave, y a pesar de la aterradora visión de su camisa empapada de sangre, la mayoría ya había dejado de sangrar. Los cortes en su mejilla izquierda eran los peores de todos, y probablemente llevaría ligeras cicatrices por el resto de su vida.

De alguna manera extraña, parecía justo que Mark finalmente tuviera cicatrices visibles para mostrar las innumerables heridas internas que le habían infligido a lo largo de los años.

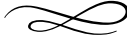
"¿Estás seguro de que no podemos llevarte a un médico?" preguntó Angelica suavemente, dejando de lado sus heridas para pasar los dedos por su cabello.

"No", negó con la cabeza, relajándose más en el césped calentado por el sol. "Estoy bien". Exhaló. "Estoy mejor que bien".

"¿Estás seguro?" preguntó Angelica. "Porque es mucha sangre para alguien que está bien".

Negó con la cabeza y sonrió al sol. "Son solo cortes, eso es todo. Sanarán". Hizo una pausa, luego soltó un profundo suspiro. "Sanarán".

Veinte



El sol de la mañana seguía sonriéndoles, una brisa se levantaba y un silencio aliviado se apoderó de Ravencrest Hall. Nadie habló durante mucho tiempo. Angelica no sabía qué hacer. No parecía correcto distraer a Mark del descanso que se había ganado. Parecía perfectamente contento de tumbarse en la hierba sin camisa, sonriendo al cielo, a pesar de sus heridas. De hecho, Angelica estaba bastante segura de que se había quedado dormido. No tuvo el corazón para despertarlo.

Christopher había pasado unos instantes mirando torpemente de Angelica y Mark al cuerpo de lord Shayles, mordiéndose el labio con incertidumbre, frunciendo el ceño pensativo. Finalmente se dio la vuelta y se alejó, de regreso a la casa. Angelica no se preguntó a dónde iba ni qué planeaba hacer una vez que llegara allí.

La dejaron sentada donde estaba, con un hombre dormido y otro muerto como compañía. Levantó las rodillas, apoyó los codos en ellas, con la barbilla apoyada en las manos, contemplando el desperdicio de vida de lord Shayles. Y era un desperdicio, estaba segura. Sabía muy poco sobre él, pero ver el impacto que había tenido en Mark y en la vida de los demás le había enseñado todo lo que necesitaba saber. Había visto suficientes hombres malvados, codiciosos y licenciosos en Nueva Orleans como para conocer su tipo. El mundo estaba mejor sin algunas personas.

Y, sin embargo, era una tragedia de todos modos, y lloró en silencio por ello. Era evidente que lord Shayles había sido inteligente. Había pasado por su casa y había visto cuánta riqueza había tenido antes. Había nacido con un título y todas las ventajas que la vida le podía haber dado, y sin embargo lo había desperdiciado todo. Había usado sus dones para herir a otros y complacer su maldad. Angelica lloró por eso de la misma manera que habría llorado si hubiera estado presente el día en que él había arrojado a los gatitos al río en Blackmoor Close. Todo había sido un lamentable desperdicio de vida.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en sus manos por un tiempo, solo respirando, ya no quedaba energía para el pasado. El futuro estaba por delante, y allí era donde ella quería vivir.

Algún tiempo después, no estaba segura de cuánto tiempo, los pasos en la hierba la sacaron de sus pensamientos. Christopher había regresado de la casa con un gran trozo de muselina, como los que cubrían los muebles en desuso en Ravencrest Hall. En silencio y con más respeto del que Angelica estaba segura de que el hombre merecía, cubrió el cuerpo de lord Shayles. Cuando terminó, se sentó a su lado.

"Probablemente deberíamos llamar a las autoridades y trasladarlo al lugar apropiado", dijo.

"Probablemente", coincidió Angelica. Sin embargo, ella no tenía la voluntad de actuar de acuerdo con esas palabras, y Christopher tampoco parecía tenerla.

"Lo más probable es que el detective Craig esté en camino" dijo con voz pensativa. "No estoy dispuesto a hacer nada hasta que él llegue".

"¿Cuánto tiempo se tarda en viajar de Londres a Dorset?" preguntó Angelica.

"Horas". Christopher se encogió de hombros. Y eso suponiendo que recibiera mi telegrama de inmediato.

"¿Pero está seguro de que vendrá?" preguntó Angelica.

"Lo estoy. Christopher asintió. Permanecieron en silencio durante varios minutos más antes de que él respirara hondo y lo soltara con un sonido entre una risa y un suspiro. "Es el fin de una era", dijo. "Shayles y su suerte nos han atormentado a muchos de nosotros durante mucho tiempo. Sin mencionar que era el centro de una camarilla de compañeros que se oponían al proyecto de ley que todos hemos estado tratando de aprobar para extender los derechos de las mujeres".

Angelica alzó el ceño. "Lavinia me habló de tu proyecto. ¿Crees que podrá pasar ahora que lord Shayles ha muerto?"

Christopher se encogió de hombros. "Podría ser. El Parlamento regresa a Westminster este invierno, y aunque hay muchas cosas en el plato del Primer Ministro, preveo que el proyecto de ley en el que hemos estado trabajando finalmente podría someterse a votación el próximo año".

"Eso es maravilloso", dijo Angelica, sintiendo su corazón aún más ligero.

"No había pensado en eso"—dijo Mark con voz aturdida, sentándose con una mueca de dolor. Angelica se sorprendió de que estuviera despierto y se retorció para ayudarlo a sentarse, preocupándose por él mucho más de lo que estaba segura de que le gustaría. Su pecho lacerado se había cubierto de costras, pero ella se dio cuenta de que todavía le dolía. De todos modos, continuó: "Todo cambiará ahora".

"Para mejor" convino Christopher, sonriéndole a Mark.

Un aleteo recorrió las entrañas de Angelica. La sonrisa de Christopher era cálida y genuina, y aunque Angelica todavía no conocía toda la historia de cuántos hombres habían rechazado a Mark a lo largo de los años, cuántos amigos podría haber tenido, pero no tuvo, estaba llena de la certeza absoluta de que los aterradores eventos del día habían abierto la puerta para que Christopher se convirtiera exactamente en el tipo de amigo que Mark necesitaría en el futuro. Al fin y al cabo, Sir Christopher Dowland era lo más diferente posible de Lord Shayles.

Por fin, decidieron que había que hacer algo con el cuerpo de Lord Shayles. Era una tarea sombría, pero entre los tres, lograron envolver completamente el cadáver en muselina y llevarlo de regreso a la casa. Angelica estaba bastante segura de que le quedaba más fuerza que a Mark, pero tanto él como Christopher insistieron en que ella no debería tener nada que ver con llevarlo. En su lugar, recogió el cuchillo ensangrentado de Lord Shayles y la pintura de Mark. Hicieron una macabra procesión cuando regresaron a la casa y depositaron el cuerpo de lord Shayles en un sofá en el salón más cercano a la puerta principal.

Desde allí, Angelica y Mark se aventuraron a bajar al salón de los sirvientes, donde Angelica pudo limpiar los cortes de Mark lo mejor que pudo y vestirlos con los suministros que encontraron en la habitación del ama de llaves. Mark incluso fue capaz de encontrar una camisa blanca y sencilla entre los artículos de librea sin usar. Parecía casi presentable cuando regresaron al piso de arriba para unirse a Christopher en la larga y dolorosa espera.

Pareció una eternidad antes de que el sonido de las ruedas crujiera en la grava fuera de Ravencrest Hall y sonara un golpe en la puerta principal. Habían dejado la puerta abierta —parecía que la propia casa necesitaba respirar aire fresco ahora que su amo había muerto— y al cabo de unos instantes una voz masculina con acento escocés gritó: "¿Hola?".

“Aquí” contestó Christopher, poniéndose en pie de un salto desde donde había estado sentado en una silla cubierta de muselina junto al sofá donde yacía lord Shayles.

Mark también se levantó, con expresión de asombro, y Angelica se quedó a su lado. Un momento después, dos hombres entraron en la habitación. Uno de ellos parecía tener unos treinta años, el pelo oscuro y los ojos penetrantes, y el tipo de traje sencillo y útil que Angelica imaginaba que llevaría un inspector de Scotland Yard. El otro era mayor, con el pelo gris, un traje fino y una expresión irascible.

“¿Dónde está el bastardo?”, gruñó el mayor. “¿Estás seguro de que está muerto?”

Se detuvo en seco al ver el cuerpo envuelto en muselina sobre el sofá, luego cruzó la habitación con una mirada decidida y retiró la muselina de la cabeza de lord Shayles. Sus ojos se abrieron de par en par por un momento antes de entrecerrarse mientras permanecía erguido. Arrojó la muselina sobre la cara de lord Shayles.

“Por fin obtuviste lo que te merecías, ¿verdad?”, dijo con una voz que era casi decepcionada.

“Lamento que no hayas tenido la oportunidad de asestar el golpe mortal”, dijo Mark.

El escocés se apresuró a mirarlo, con la sospecha y la aversión pellizcándole la cara. “Gatwick” saludó a Mark.

“Lord Malcolm” Mark le devolvió el saludo, inclinándose respetuosamente.

Lord Malcolm seguía mirando a Mark con disgusto. “¿Cómo sucedió?”

Marcos abrió la boca para responder, pero terminó cerrándola y volviéndose hacia Angelica.

“Creo que accidentalmente se perforó el muslo con el cuchillo que empuñaba cuando me estrellé contra él”, dijo.

Lord Malcolm alzó el ceño, pero fue el otro hombre, el que tenía que ser el detective Craig, quien intervino para preguntar: “¿Hubo un altercado?”

“Sí” le dijo Angelica. “Lord Shayles tenía a mi marido a punta de cuchillo. Ya había herido gravemente a Mark. Me abalancé sobre él en un intento de que se detuviera”.

“¿Se abalanzó sobre él?” preguntó lord Malcolm. “¿Quién es usted?”

“Lord Malcolm Campbell, detective Jack Craig, permítanme presentarles a mi esposa, lady Angelica Gatwick”. Mark hizo la presentación como si se estuvieran reuniendo en un baile de palacio en lugar de en circunstancias sombrías.

Lord Malcolm pareció sorprendido mientras miraba a Mark y a Angelica. “Había oído que estabas casado, pero pensé que era solo un rumor. No pensé que ninguna mujer estaría...”. Cerró la boca.

Angelica arqueó una ceja hacia él y se cruzó de brazos, desafiando al arrogante escocés a terminar su frase. Afortunadamente, no parecía particularmente inclinado a hacerlo.

“¿Y dice que hubo un enfrentamiento?” le preguntó el detective Craig, volviéndose hacia ella de tal manera que lord Malcolm quedó sutilmente excluido de la interacción.

“Sí” contestó Mark. “Es una historia complicada, pero temprano esta mañana, vine a Ravencrest Hall con la intención de confrontar a Shayles sobre su traición pasada”.

Toda la historia se repitió para el detective Craig, incluida la citación que Lord Shayles había emitido para que Mark se reuniera con él en la prisión de Newgate y el papel que el cuadro había desempeñado en todo el calvario. Angelica aportó su granito de arena donde fue necesario para darle al detective una imagen lo más completa posible. El detective Craig permaneció estoico durante toda la explicación, lo que hizo que Angelica se preocupara de que Mark pudiera terminar en serios problemas debido a la muerte de Lord Shayles.

“No fue culpa de Mark” estalló cuando llegaron al final de la historia. “Lord Shayles tenía la intención de asesinarlo. Si alguien va a enfrentar cargos por su muerte, debería ser yo”.

“No” dijo Mark, levantando una mano como para evitar que ella se lanzara en su nombre. “El nombre de Lady Gatwick no debería estar relacionado con Shayles o su muerte de ninguna manera. Si alguien tiene que enfrentar las consecuencias, debería ser yo”.

“No debería”, argumentó Angelica. “Has pasado demasiado tiempo de tu vida enfrentando consecuencias que no deberías haber tenido que enfrentar por culpa de ese hombre. Estaba lidiando con Lord Shayles cuando ocurrió la lesión, así que si alguien tiene la culpa, realmente soy yo”.

“No dejaré que te haga daño, ni siquiera en la muerte”, dijo Mark. Se volvió completamente hacia ella, agarrándola de los brazos, con una pizca de desesperación en sus ojos. “Juré que te protegería con todo lo que tengo. Déjame hacer eso”.

“No cuando no tienes la culpa”. Angelica apoyó una mano en la mitad ilesa de su rostro. “Te amo, Mark, y me destrozaría si te pasara algo más”.

Un pozo de emoción se desbordó en la expresión de Mark. Pasó de sujetarla a deslizar sus brazos alrededor de ella. “¿Me amas? ¿Todavía? ¿Incluso después de que hice esto?”

“Por supuesto que sí”, dijo. “Eres valiente y brillante. Eres compasivo y cariñoso. Eres un artista talentoso y el esposo más maravilloso que podría haber pedido”.

“Tú me amas”. Exhaló las palabras con el mismo alivio que había brillado en su rostro justo después de la muerte de lord Shayles. La rodeó con los brazos y se inclinó para besarla. Fue un beso breve y ligero, seguido de un abrazo que de alguna manera significó mucho más. Apoyó la frente en la cabeza de ella, su peso se hundió contra el de ella mientras dejaba escapar un suspiro que ella tenía la sensación de que había estado conteniendo desde que era un niño.

Pasaron unos minutos de silencio mientras se abrazaban el uno al otro antes de que lord Malcolm dijera: “Siento que me he perdido algo”.

“Creo que sí” respondió Christopher de inmediato, con un dejo de irritación en la voz. Angelica se soltó de los brazos de Mark, aunque permaneció pegada a su lado, mientras Christopher miraba a lord Malcolm con el ceño fruncido y continuaba. “Tú y tus amigos habéis insistido en ver a lord Gatwick como el enemigo, como el aliado de Shayles. Pero lo que he visto hoy cuenta una historia completamente diferente. No viste la forma en que se enfrentó a Shayles esta mañana o la forma en que defendió a su esposa”. Se volvió hacia el detective Craig. “Señor, si va a haber un juicio, deseo testificar en nombre de lord y lady Gatwick”.

Lord Malcolm se quedó boquiabierto, pero fue el detective Craig quien habló.

“Dudo que haya un juicio”, dijo. “Una investigación, sí. Pero por lo que he podido averiguar hasta ahora, la muerte de Lord Shayles fue claramente el resultado de una herida autoinfligida”.

Una ola de tensión chisporroteó a través de la habitación.

“Autoinfligida como parte de una lucha” dijo Angelica en voz baja.

El detective Craig se encogió ligeramente de hombros. “Quizás. O tal vez la locura de Lord Shayles llegó a su punto álgido y se quitó la vida. Ciertamente tenía razones para hacerlo, ya que su reputación se arruinó, su dinero desapareció, y esta propiedad pronto será dividida y vendida para pagar a los acreedores”.

“¿Lo será?” preguntó Christopher, parpadeando.

“De hecho, lo será” asintió el detective Craig.

“Pero... pero la muerte de Lord Shayles no fue un suicidio” Angelica trató una vez más de aclarar las cosas.

“¿Quién puede decir que no lo fue?”, le dijo el detective Craig con una voz particularmente firme. Antes de que Angelica pudiera hacer otra objeción o de que Mark pudiera añadir algo, prosiguió: “Volveré a la ciudad para buscar al alguacil local e informarle de la situación. Lord

Malcolm, ¿me acompaña?"

"Yo..." Lord Malcolm vaciló, mirando a Mark con una mirada cautelosa, luego a Angelica y luego a Christopher antes de abandonar los pensamientos a los que se había aferrado con un suspiro y decir: "Sí, supongo que lo haré".

Tan pronto como se fueron, Mark rodeó a Angelica con sus brazos una vez más. Christopher se acercó a la repisa de la chimenea, donde la pintura había sido apoyada para que se secara, y la estudió para darles privacidad a los dos.

"Se acabó" dijo Mark, besándole la frente antes de apoyar la suya contra la de ella. "Por fin, creo que realmente ha terminado".

"¿Y estás de acuerdo con que la muerte de lord Shayles sea oficialmente un suicidio?" preguntó.

Su rostro se frunció por un momento. "Estoy seguro de que la verdad siempre pesará en mi conciencia, pero es un pequeño precio a pagar para que el asunto se cierre, de una vez por todas".

Angelica esbozó una sonrisa y lo abrazó. Al menos hasta que hizo una mueca de dolor e hizo un pequeño ruido de dolor. "Lo siento" dijo ella, balanceándose hacia atrás. "No quiero hacerte daño".

"No es nada", insistió. "Nunca me quejaré de que estés en mis brazos. Los cortes sanarán".

"Pero aun así deberíamos buscar un médico en la ciudad".

"Lo haremos", prometió Mark. "Y una vez que lo hagamos, una vez que estas pequeñas heridas finalmente se curen, te abrazaré lo más fuerte posible durante todo el tiempo que pueda".

"Tenemos mucho tiempo" sonrió ella, levantándose de puntillas para besarlo.

Permanecieron juntos durante varios y largos segundos. Angelica estaba feliz de que todo hubiera terminado y su vida pudiera comenzar por fin.

"¿Lo sabes?" dijo Christopher, rompiendo ese sentimiento cálido y esperanzado. Continuó estudiando la pintura, frotándose la barbilla. "Si no lo supiera, diría que se trata de Catherine Walker".

Mark se tensó bruscamente y se separó de Angelica para mirar a Christopher, con los ojos muy abiertos. A Angelica le preocupaba que sus cortes se volvieran a abrir, se movía tan rápido. "¿Qué dijiste?", preguntó con voz ahogada.

Christopher miró a Mark, con el ceño fruncido. "Catherine Walker" repitió encogiéndose de hombros. "Es la esposa de uno de mis inquilinos". Volvió a mirar el cuadro y se encogió de hombros. "Esta es la viva imagen de ella, solo que más joven".

Mark cruzó la habitación hacia Christopher, con el rostro enrojecido. Angelica la siguió.

"¿Cuál era su apellido de soltera?" preguntó, con voz temblorosa.

Christopher pareció sorprendido y alarmado por la fuerza de la reacción de Mark. "Yo... no estoy seguro" dijo, alejándose de la chimenea. "Ella no es de Cornualles originalmente. Creo que su familia es de Oxfordshire. Yo era joven en ese momento y no recuerdo mucho, pero creo que la enviaron a unos primos que son nuestros inquilinos después de algún tipo de incidente en casa".

Mark se hundió, y por un momento Angelica tuvo miedo de caerse. Se agarró al respaldo de una silla cerca de la chimenea y se puso de pie, aclarándose la garganta. "¿Los primos se llamaban Jackson?" preguntó, casi en un susurro.

Christopher alzó el ceño. "Sí, en realidad, sí".

Mark se quedó boquiabierto, y esta vez se sentó pesadamente en el brazo de la silla. Angelica corrió hacia él, tanto para apuntalarlo físicamente como para reforzarlo emocionalmente.

"Shayles me dijo que mintió" dijo él, mirándola boquiabierto. "Hace años, se burló de mí,

diciéndome que Kitty se suicidó de vergüenza después de lo que sucedió. Esta mañana me dijo que era mentira, que ella vivía".

"¿Crees que es Catherine Walker?" preguntó Christopher, tan sorprendido como Angelica.

Mark se limitó a asentir. No parecía capaz de expresarse con palabras.

Christopher dejó escapar un suspiro y se pasó una mano por el pelo. Echó un vistazo al cuadro y luego volvió a mirar a Mark. Su expresión se estabilizó. "Ella está feliz, ¿sabes?", dijo. "Al menos, creo que lo está. Ha estado casada con Charlie Walker durante más de veinte años. También tienen seis hijos: cuatro muchachos fornidos y dos niñas. Una de las chicas, Nell, se comprometió con un granjero, James Hughes, el verano pasado. Son una familia muy alegre".

Para sorpresa de Angelica, Mark respondió a la revelación bajando la cabeza y rompiendo en un sollozo. A Angelica le dolía el corazón en el pecho y se apresuró a abrazarlo, sin importar cuánto sus acciones corrían el riesgo de abrirle los cortes.

"Está bien" le susurró ella. "Todo está bien".

"Lo está" asintió, con la voz cargada de emoción. "Nunca pensé que podría estarlo. Pensé que estaba muerta, pero no lo está. Está feliz. Encontró el amor. Shayles no la destruyó".

Angelica se dio cuenta de que las lágrimas de Mark eran de felicidad, que el espectro más oscuro que se había cernido sobre él durante veinticinco años no había sido más que una mentira dicha por un hombre malvado. Parecía probable que hubiera pasado su vida llorando a alguien que no estaba muerto en absoluto, que de hecho, era mucho más bendecida que él.

"Eres bienvenido a visitar Penrose House en cualquier momento" prosiguió Christopher vacilante. "Consideren esto como una invitación abierta. Estoy seguro...". Hizo una pausa. "Bueno, no estoy seguro, pero tal vez Catherine se alegraría de verte".

Mark negó con la cabeza, pero Angelica no estaba segura de si se trataba de una negativa o si simplemente estaba demasiado abrumado por el giro que su vida —y su pasado— habían tomado para pensar con claridad en el momento.

"No tenemos que decidir ahora" dijo ella, plantándole un suave beso en la mejilla. "Tenemos todo el tiempo del mundo para dar forma a nuestra vida de la manera que queremos que sea".

Mark asintió y se puso de pie. Sintió como si su fuerza hubiera regresado cuando se enfrentó a ella, atrayéndola hacia sus brazos. "El pasado ha terminado", dijo con una voz que era a la vez fuerte y cálida. "El hombre que era murió junto con Shayles. Pero eso simplemente significa que ahora tengo la oportunidad de decidir quién seré en el futuro". Se balanceó para besarla, suavemente, pero con tanta emoción hizo que los ojos de Angelica se llenaran de lágrimas. "Todo lo que sé es que quiero ser tu esposo", continuó. "Quiero ser el padre de tus hijos. Quiero criarlos con todo el amor que nunca tuve, toda la felicidad. Nada más importa".

"Eso es lo que yo también quiero" dijo Angelica con un suspiro, devolviéndole el beso y deseando poder apretarlo con fuerza en lugar de rodearlo ligeramente con los brazos. Tenía razón. Sus heridas sanarían con el tiempo, y una vez que eso sucediera, los dos nunca se separarían.

Epílogo

Penrose House era un nombre inadecuado para la extensa finca agrícola que había pertenecido a la familia Dowland durante generaciones. Se extendía a lo largo de las colinas de la costa norte de la península de Cornualles, y mientras el sol de principios de primavera caía sobre los campos repletos de fresas y otros cultivos de mercado temprano, Mark estaba convencido de que Sir Christopher poseía una joya escondida.

Pero él y Angelica no habían hecho el largo viaje simplemente para esperar su momento como invitados de Christopher antes de que la última e intensa ronda de debate sobre el proyecto de ley de derechos de las mujeres llegara a las Cámaras del Parlamento.

"Las cabañas de los inquilinos están aquí abajo" explicó Christopher mientras conducía a Mark, con Angelica aferrada expectante a su brazo— por un sendero que bordeaba los campos recién plantados. "He informado a los Walker de que vas a visitarlos, así que deben estar preparados."

Mark se limitó a asentir en respuesta. No podría haber respondido con palabras si hubiera querido. Su corazón latía salvajemente en su pecho y sus emociones se desbocaron. No estaba listo para enfrentarse a Kitty de nuevo, pero tampoco podía evitarlo si quería abrazar por completo la nueva vida que él y Angelica habían emprendido.

Aunque todavía había días en los que Mark se despertaba bruscamente en medio de la noche, atormentado por los recuerdos y sorprendido de que Angelica todavía estuviera allí en la cama con él. En los días posteriores a la muerte de Shayles, le había contado muchas de las cosas que había tenido miedo de revelar sobre su vida antes de que ella apareciera, sobre las numerosas formas en que Shayles lo había manipulado y lo había mantenido atado a su lado. No estaba orgulloso de las cosas que le había dicho y estaba bastante seguro de que ella no quería oír la mayoría de ellas, pero Angelica era muy paciente. Reconoció que había cosas que él necesitaba exorcizar de su alma, y ella había estado dispuesta a ser su confesora.

Lo que había sorprendido a Mark era la poca reacción que había habido a la muerte de Shayles. Fiel a su promesa, Jack Craig había reportado la muerte como un suicidio, aunque Mark todavía se sentía incómodo con la ligera mentira. El alguacil y el enterrador que habían acudido a Ravencrest Hall para ocuparse del cadáver de Shayles no habían tenido nada bueno que decir sobre el hombre. Ni siquiera habían cuestionado los acontecimientos que condujeron a su muerte. Mark se había sorprendido si alguno de los dos hombres hubiera escupido a Shayles mientras lo sacaban de la casa. No hubo funeral, ni reunión de dolientes, y solo un pequeño aviso del fallecimiento de Shayles en *The Times*. Cuando Mark regresó a Londres para la apertura del Parlamento, nadie chismorreaba sobre Shayles o su muerte. Era como si el hombre hubiera dejado de existir.

Los pensamientos de Mark regresaron al presente cuando Christopher los condujo a la vuelta de una esquina hacia una hilera de cabañas de piedra unidas con musgo creciendo en el techo.

"Los Walker están en la cabaña tres" dijo con voz respetuosa, deteniéndose al principio de la fila. Su postura y la pregunta en sus ojos le preguntaron en silencio si Mark quería seguir solo o si necesitaba amigos a su lado.

Mark hizo una pausa y respiró hondo, inseguro de la respuesta. Echó un vistazo al cuadro que llevaba en la mano libre mientras Angelica le abrazaba el otro brazo con más fuerza. ¿Cómo se vería Kitty ahora? ¿Llevaba de alguna manera las cicatrices de esa horrible tarde o había recuperado milagrosamente la tímida sonrisa que lucía en su obra de arte?

"Estoy aquí contigo" susurró Angelica, moviendo el brazo para tomarle la mano. "No tienes que hacer esto solo".

"¿Qué pensará de mí?" preguntó, apartando los ojos del cuadro para encontrarse con los de Angelica. Respondió a su propia pregunta con: "Ella no puede sentir nada más que odio por mí".

Angelica se encogió de hombros e inclinó la cabeza hacia un lado. "Es una posibilidad. Pero si es una mujer fuerte, sabrá la verdad de las cosas, entonces y ahora".

Mark la miró fijamente, estudiándola. Todavía le desconcertaba cómo una mujer de tanta fuerza y carácter había llegado a su vida. Angelica no solo había estado a su lado en la lucha final contra Shayles, sino que había tomado la espada proverbial y había luchado en su nombre. Y aunque ella afirmaba continuamente que su ferocidad había sido aprendida a través de su propia y aterradora experiencia, Mark estaba seguro de que era mucho más que eso. Su esposa era un ángel venido a la tierra. Incluso había tomado sus pinceles para representarla como tal en las semanas posteriores a la muerte de Shayles. Su arte había cobrado una nueva vida, la vida de Angelica.

"¿Vienes conmigo?", preguntó, plenamente consciente de lo vulnerable que lo hacía sonar. "Solo puedo hacer esto con tu bendición".

Angelica sonrió. "Tienes mi bendición en esto y en tantas otras cosas".

Ella se puso de puntillas para besarlo suavemente. Mark respiró hondo, asintió con la cabeza a Christopher y siguió caminando.

Angelica le quitó el cuadro y se lo entregó a Christopher cuando llegaron a la puerta del Número Tres para que llamara. En cuestión de segundos, como si los ocupantes de la casa hubieran estado esperando al otro lado de la puerta, ésta se abrió.

Mark contuvo el aliento al ver a la joven de rostro fresco que lo conoció. Tenía la cara redonda y la sonrisa alegre de Kitty. Por un momento, Mark retrocedió convencido de que la mujer era Kitty y de que no había cambiado nada. Entonces la joven le hizo una reverencia y se hizo a un lado, abriendo la puerta de par en par.

"¿Es él?", preguntó una mujer desde lo más profundo de la cabaña.

"Creo que sí, mamá" dijo la joven que abrió la puerta.

Mark se sintió congelado. El terror se apoderó de él, y por un momento no estuvo seguro de si sería capaz de dar los pasos necesarios para entrar en la casa. No fue hasta que Angelica le dio un codazo y una mujer de mediana edad se levantó de una sencilla mesa en lo más profundo de la cabaña que pudo cruzar el umbral.

Supo que la mujer era Kitty en el momento en que la vio. Tenía los ojos cálidos y amables de Kitty, su boca en forma de arco y su aura de alegría sencilla. Y aunque su cuerpo había envejecido y se había vuelto más redondo, su cabello se había vuelto gris y las arrugas cruzaban su rostro, era la misma mujer que había conocido y amado.

"Estás viva" jadeó, tragándose un sollozo antes de avergonzarse delante de todos los

presentes. Porque Kitty no estaba sola. Un granjero de rostro sombrío estaba de pie con los brazos cruzados junto a la mesa, y dos adolescentes revoloteaban en los bordes de la habitación con la misma cautela en sus ojos.

Kitty parpadeó y dio un paso vacilante hacia adelante. "Por supuesto que estoy viva" dijo vacilante. "¿Pensabas...?"

"Shayles me dijo que tú..." Mark dejó caer sus palabras y negó con la cabeza. Ya no importaba. Dio otro paso cauteloso hacia adelante. "Te ves bien", dijo, de repente dolorosamente consciente de sí mismo. No tenía derecho a hablar con Kitty después de todos estos años, después de lo que le había pasado a ella. Si ella lucía bien, era a pesar de él, no gracias a él.

"Tú también", respondió ella, luego hizo una reverencia, agregando: "Mi señor".

"Por favor, no lo hagas", le dijo él, dando otro paso adelante. "No merezco tu deferencia".

"Pero eres un conde", dijo ella, inclinando ligeramente la cabeza, aunque parecía más por timidez que por respeto.

Mark negó con la cabeza. "Soy un hombre con mucho que expiar", dijo. "Y no tengo idea de por dónde empezar esa expiación".

Kitty parpadeó y se enderezó, mirándolo sorprendida. "¿Por qué tienes que expiar algo?"

Mark abrió la boca, pero al principio no salió nada. Miró a Angelica, quien se acercó a su lado y tomó su mano. Su tacto le dio el coraje de enfrentar a Kitty.

"Yo fui responsable de... de lo que pasó", dijo, con la voz apagada y ronca. "Shayles nunca habría...". Respiró hondo. "Te puse en peligro por asociación. Debería haber sabido que él atacaría a todo lo que me importaba".

Kitty lo miró boquiabierta. "Lord Shayles era un hombre malvado, muy malvado", dijo, llevándose una mano a la garganta. "Sus amigos también lo eran. Se aprovecharon de muchas de las chicas del pueblo, no solo de mí".

Mark frunció el ceño. Lo sabía, pero eso no hacía que el peligro en el que había puesto a Kitty fuera correcto. "Si hubiera sido más fuerte", comenzó, su garganta se cerró y lo detuvo de continuar.

Kitty dio un paso adelante. Miró cautelosamente a Angelica, luego se centró en Mark. "Hiciste todo lo que pudiste".

"No lo hice", dijo Mark, luchando contra la vergüenza y las lágrimas que amenazaban con abrumarlo. "Debería haber hecho más. Fui patético, impotente. Simplemente me quedé allí parado mientras ellos...". No pudo continuar.

Pero Kitty continuó mirándolo, boquiabierta. "Los enfrentaste con todas tus fuerzas", dijo. Miró por encima de su hombro al hombre que Mark suponía que era su esposo, luego continuó en voz baja. "Arrancaste uno de encima y le pusiste un ojo morado. ¿Por qué, dos de ellos estaban inconscientes cuando mi padre llegó?"

Mark se quedó boquiabierto. Recordaba esa tarde de manera tan diferente durante tanto tiempo, pero un nuevo conjunto de recuerdos, cosas que había olvidado a propósito, brotaron a través de la historia que se había contado durante tanto tiempo.

"Te golpearon hasta dejarte negro y azul", continuó Kitty. "No podía soportar verlo. Seguí gritando que se detuvieran, pero te golpearon tanto que tu cara se hinchó, y cuando caíste, te patearon hasta que te desmayaste. Todo el tiempo, te defendiste". Hizo una pausa y tragó saliva. "Pensé que te habían matado con certeza".

Los ojos de Mark se abrieron de par en par. Había luchado de vuelta. Había luchado hasta que el dolor lo abrumó y se desmayó. Nuevos recuerdos surgieron sobre los que se había aferrado. El padre de Kitty estaba de pie sobre él, limpiando su rostro hinchado con un paño frío

cuando se despertó. Estaba en el proceso de contarle al policía local lo que había sucedido y cómo Mark había luchado en vano por salvar a Kitty. Mark había olvidado todo eso. También había olvidado lo cerca que Shayles y sus amigos habían estado de ser expulsados de Oxford por el incidente y cómo solo una enorme donación de dinero había evitado que un joven Shayles fuera encarcelado.

"No... no sé qué decir", admitió finalmente. "Me culpo totalmente por todo lo que pasó".

"Pero no fue tu culpa", dijo Kitty, acercándose lo suficiente para tocar el brazo de Mark. Lo hizo con una mirada cautelosa a Angelica, y cuando Angelica sonrió y asintió, Kitty dejó descansar su mano en el brazo de Mark. "Fuiste mi salvador. Estoy segura de que me habrían matado si no hubieras estado allí".

Se mordió el labio, miró por encima del hombro a su esposo una vez más, luego siguió adelante con, "Quería visitarte en el hospital, pero Papá dijo que sería lo mejor para todos si viniera aquí, a Cornwall. Tú estabas tan por encima de mí, después de todo, y... y si terminaba encinta..." bajó la cabeza, el color inundando sus mejillas, "Papá explicó que no podrías casarte conmigo para hacer las cosas bien, que tendrías que casarte con una mujer de tu propia clase".

Miró a Angelica una vez más, luego continuó.

"He sido feliz aquí". Retrocedió, cruzando hacia su esposo y tomando su mano. "John es el mejor esposo que cualquier mujer podría pedir, y lo amo".

John sonrió cariñosamente y llevó su mano a sus labios para besarle los nudillos. "Es una buena mujer, mi Catherine", dijo. Cuando miró a Mark, la sospecha y el desafío en sus ojos se habían suavizado hasta convertirse en admiración. "Debería agradecerte por preservarla para mí".

Mark estaba sin palabras. Durante tanto tiempo, se había aferrado a una versión de las cosas que habían sido tan falsas como las historias y promesas que Shayles le había hecho. Su vida podría haber sido tan diferente si hubiera sabido la verdad desde el principio. Pero la vida sucedió de la manera en que sucedió, y nada podía borrar el pasado.

"Fue difícil al principio", admitió Kitty. "Y tenía pesadillas. Sobre todo, quería estar segura de que estuvieras bien. Papá me mandaba noticias de vez en cuando, pero una vez que tomaste tu asiento en la Cámara de los Lores..." dijo las palabras con asombro y reverencia, "... seguí tus idas y venidas en el periódico. ... escuché que te habías casado finalmente, y estaba tan feliz por ti. Acabo de leer sobre las exposiciones de pinturas que mostrarás este verano también".

Mark parpadeó como si lo hubieran sorprendido en la propiedad. "Perdóname. Esta es mi esposa, Angelica, Lady Gatwick".

"Es un placer conocerla", dijo Angelica, dando un paso audaz para tomar las manos de Kitty.

Kitty la miró, boquiabierta, por un momento. "Es americana".

"Lo soy", se rio Angelica. Se volvió hacia Mark antes de decir: "Tenemos un regalo para usted, si desea aceptarlo".

Hizo un gesto a Christopher, quien dio un paso adelante, presentando la pintura.

Kitty se llevó una mano a la boca, con los ojos llenos de lágrimas mientras la miraba. "La guardaste", dijo. "La guardaste todos estos años".

La cara y el cuello de Mark se pusieron rojos. No podía decir que no la había guardado en absoluto. No quería pensar dónde había estado, solo que se había conservado.

"Me gustaría que la tuvieras", dijo. "Parece lo más correcto".

"Oh, no", dijo Kitty, negándose a aceptar la pintura. "Vas a ser un famoso artista en poco tiempo. Todos los periódicos lo dicen. No podría conservar algo tan valioso".

"Insisto", dijo Mark, su corazón desbordando.

Kitty asintió y sostuvo la pintura, estudiándola con una sonrisa nostálgica. Sus hijos se

reunieron a su alrededor para mirarla. Su hija se rio y se llevó una mano a la boca, luego le susurró algo a su madre.

"Era joven y tonta entonces", le dijo a su hija con una sonrisa afectuosa.

"Estaremos encantados de aceptarlo", respondió John con una sonrisa. "Aunque no estoy seguro de dónde en nuestra antigua casa debería colgar una pintura de tanta belleza".

"Tal vez en nuestro dormitorio", le dijo Kitty con un guiño.

Un peso se levantó de los hombros de Mark mientras el resto de la familia estallaba en risas y comentarios sobre lo encantadora que había sido Kitty en sus días de juventud. Era un pequeño milagro para Mark que no se sorprendieran por su pose en la pintura o por su estado de desnudez, pero como descubrió cuando los invitaron a él y a Angelica a tomar el té, la familia Walker era animada y abierta, y un poco ruidosa. Se relajó, quizás más de lo que lo había hecho desde que era un niño, más de lo que lo había hecho en toda su vida, mientras tomaban té, comían pasteles y contaban historias graciosas sobre la vida de Kitty con su esposo e hijos.

"Esta fue una tarde mucho más agradable de lo que podría haber soñado", dijo Angelica horas más tarde, mientras caminaban de regreso a Penrose House con la luz del sol desvaneciéndose.

"Los Walker son buena gente", estuvo de acuerdo Mark. "Estoy feliz de que Kitty haya vivido una buena vida con gente así". Hizo una pausa. "Estoy feliz de que no haya sufrido".

Angelica abrazó el brazo de Mark mientras caminaban. "Es suficiente con que uno de ustedes haya sufrido. Es demasiado, si me preguntas".

"Intentaré no sufrir más", dijo Mark, dejando escapar un suspiro. "Es hora de que miremos hacia el futuro".

"Sí, lo es", dijo Angelica, con un toque de picardía en su tono. "Por eso tengo pensado pedirle consejo a la señora Walker sobre cómo criar a niños tan despreocupados y educados como los suyos".

Le llevó unos pasos más que sus palabras se hundieran. Cuando lo hicieron, Mark se detuvo, volviéndose hacia ella. "¿Estás...?", comenzó, pero no pudo terminar la oración mientras la esperanza brotaba tan repentinamente en él que le quitaba el aliento.

Angelica asintió, estallando en una brillante sonrisa. "He sospechado durante bastante tiempo, pero no quería decir nada con este viaje pendiente".

"Mi Ángel", suspiró, abrazándola. "Es lo más maravilloso que he escuchado en... nunca".

Las palabras eran inadecuadas para la alegría que lo inundaba, así que la besó. En el momento en que sus labios se encontraron con los suyos, supo que no podría contenerse, sin importar cuán delicada fuera su condición. Angelica lo había devuelto a la vida, lo había llenado de alegría y confianza que nunca podría haber imaginado. No pudo evitar besarla apasionadamente, saboreándola por completo y abrazándola. Ella era la vida y el amor personificados, y juntos habían logrado crear una nueva vida.

"Amaré a este hijo y a cualquier otro que quieras tener con todo mi corazón", juró.

"Sé que lo harás", dijo ella. Pasó sus brazos sobre sus hombros, sonriéndole con una felicidad que se sentía como la luz del sol mismo.

"A este hijo no le faltará nada", continuó. "Ni cosas materiales, y especialmente no le faltará amor. Perdí a mi padre demasiado pronto, pero no tan pronto como para que no me enseñara el tipo de padre que quiero ser. Seré todo eso y más para este pequeño". Reposó sus manos sobre sus caderas, frotando sus pulgares tan cerca de su estómago como se atrevió. "Y si a este le toca enfrentarse al mal en este mundo, estaré a su lado".

"Yo también", prometió Angelica. "Y estaré a tu lado también. De aquí en adelante,

enfrentaremos juntos al mundo".



Espero que hayas disfrutado de la historia de Mark y Angelica. Siempre supe que Mark no era un malo, como Shayles. Me alegro de que Sir Christopher Dowland también viera al héroe en él. ¿Y qué pasa con Christopher? ¿Es realmente el tonto que tanta gente piensa que es? Y si te has estado preguntando qué le pasó a la hermana de Mariah, Victoria, de *Corazón Otoñal*, tu espera ha terminado. El que se quema con leche ve una vaca llora, Vicky duda en entregar su corazón y su cuerpo a un hombre por segunda vez. Pero también quiere tener hijos. Christopher parece la respuesta natural, benigna e incluso aburrida a sus deseos. Pero cuando conoce a un misterioso hombre enmascarado en un baile de máscaras, podría estar lista para entregar su corazón de nuevo... pero ella no tiene idea de que su hombre misterioso es el propio Christopher. ¿Qué hará Christopher cuando se dé cuenta de que, al ganar a la chica, la pierde para siempre? ¡Descúbrelo en el próximo y último libro de la serie!

[Haga clic aquí para obtener una lista completa de otras obras de Merry Farmer.](#)

Sobre el autor

Espero que hayas disfrutado *Amor y Venganza*. Si quieres ser el primero en enterarte de cuándo saldrán los nuevos libros de la serie y más, suscríbete a mi boletín aquí: <http://eepurl.com/cbaVMH> Y recuerda, ¡Léelo, Revísalo, Compártelo! Para obtener una lista completa de las obras de Merry Farmer con enlaces, visite <http://wp.me/P5ttjb-14F>.

Merry Farmer es una galardonada novelista que vive en los suburbios de Filadelfia con sus gatos, Torpedo, su viejo gruñón, y Justine, su hiperactiva recién nacida. Ha estado escribiendo desde que tenía diez años y un día se dio cuenta de que no tenía que esperar a que el maestro le asignara un proyecto de escritura creativa para escribir algo. Fue el mejor día de su vida. Luego obtuvo no uno, sino dos títulos en Historia para tener siempre algo sobre lo que escribir. Sus libros han alcanzado el Top 100 en Amazon, iBooks y Barnes & Noble, y han sido nombrados finalistas en los prestigiosos premios RONE y Rom Com Reader's Crown.



Agradecimientos

Tengo una enorme deuda de gratitud con mis increíbles lectoras beta, Caroline Lee y Jolene Stewart, por sus sugerencias y consejos. ¡Y doble gracias a Julie Tague, por ser una excelente editora y asistente!

[Haga clic aquí para obtener una lista completa de otras obras de Merry Farmer.](#)